

Nuestra Memoria

Año XII · Nº 27 · Junio de 2006



**MUSEO DEL HOLOCAUSTO
SHOÁ**

**FUNDACIÓN MEMORIA DEL HOLOCAUSTO
Buenos Aires • Argentina**

El Museo del Holocausto de Buenos Aires es miembro de la delegación ITF* - Argentina

*ITF: Grupo de Trabajo para la Cooperación Internacional en Educación, Rememoración e Investigación del Holocausto.

Task Force for International Cooperation in Holocaust Education, Remembrance, and Research.



MUSEO DEL HOLOCAUSTO
SHOÁ

FUNDACIÓN MEMORIA DEL HOLOCAUSTO
Buenos Aires • Argentina

Consejo de Administración 2005/2007

Presidente	Dr. Mario Feferbaum
Vice Presidentes	Dr. Alejandro Dosoretz Arq. Boris Kalnicki Dr. José Menasce Dr. Enrique Ovsejevich Sra. Susana Rochwerger
Secretaria General	Lic. Sima Weingarten
Pro Secretarios	Sr. Daniel Banet Lic. Mario Silberstein
Tesorero	Dr. Manuel Kobrynec
Pro Tesoreros	Sr. Jaime Machabanski Dr. Sixto Stolovitzky
Vocales	Sr. Moisés Borowicz Sra. Raquel Dawidowicz Sr. Enrique Dychter Sr. Gregorio Fridman Dr. Pablo Goldman Sra. Danuta Gottlieb Sr. León Grzmot Lic. Susana Luterstein Sra. Eva Rosenthal Dr. César Siculer z ^L Sra. Eugenia Unger Lic. Susana Zang
Vocales Suplentes	Lic. Tobías Holc Dr. Norberto Selinger z ^L Sr. Ernesto Slesatt
Revisor de Cuentas	Sr. Israel L. Nielavitzky
Presidente Fundador	Dr. Gilbert Lewi
Directora Ejecutiva	Prof. Graciela N. de Jinich
Comité de Honor	Arq. Ralph Appelbaum Prof. Haim Avni Prof. Yehuda Bauer Dr. Michael Berenbaum Dra. Griselda Pollock Rab. Israel Singer Sra. Simone Veil Sr. Elie Wiesel

Nuestra Memoria

Año XII N° 27, junio de 2006

Coordinación Editorial

Lic. Sima Weingarten
Prof. Abraham Zylberman

Consejo Editorial

Lic. Patricio Brodsky
Dr. Mario Feferbaum
Prof. Abraham Huberman
Prof. Graciela Jinich
Lic. Sima Weingarten
Prof. Abraham Zylberman

Consejo Académico

Dra. Graciela Ben Dror
Dr. Yossi Goldstein
Prof. Avraham Milgram
Dr. Daniel Rafecas
Dr. Leonardo Senkman

Colaboración

Julia Juhasz
Sebastián Scherman

Producción

Lic. Claudio Gustavo Goldman

Diseño e impresión

Marcelo Kohan

Imágenes de tapa: Copia de documentos de la colección del Museo del Holocausto de Buenos Aires.

«Nuestra Memoria» es una publicación de la Fundación Memoria del Holocausto. Las colaboraciones firmadas expresan la opinión de sus autores, declinando la institución toda responsabilidad sobre los conceptos y/o contenidos de los mismos. Permitida su reproducción citando la fuente.

Se imprimieron 3.000 ejemplares de esta edición.

*Esta publicación ha sido
posible gracias al apoyo del
doctor Mario Feferbaum*

*Dedicamos este número de
Nuestra Memoria, a todos
aquellos comprometidos con la
permanente lucha contra toda
forma de discriminación,
racismo y xenofobia.*

Sumario

- 9 Y esto sucedió en la Argentina...
- 11 Los mil niños judíos que no pudieron ingresar al país
Lic. Sima Weingarten
- 15 Influencia del pensamiento nazi en la jurisprudencia de los tribunales federales argentinos durante el período 1933-1958
Dr. Daniel A. Sabsay / Dra. Andrea Pochak
- 28 Primer Congreso contra el Racismo y el Antisemitismo
- 35 Escoged, pues, la vida
Rabino Marshall T. Meyer z"l
- 41 Día Internacional de Rememoración del Holocausto
Prof. Yehuda Bauer
- 49 El alma de la memoria
Manuela Fingueret
- 51 Preservar la memoria de la Shoá
Dr. Salo Lotersztein
- 57 Noche y Niebla
Prof. Haïm-Vidal Sephiha
- 61 La transmisión de la Shoá como vivencia multidisciplinaria
Dr. Yossi Goldstein
- 73 Comprender el sentido del infierno
Stephen Eric Bronner
- 93 La Shoá en el juicio de Nuremberg
Prof. Abraham Huberman
- 101 *Rassenschande*, la contaminación racial
Prof. Abraham Zylberman
- 131 La razón concentracionaria
Lic. Patricio Brodsky
- 139 Auschwitz. Los mecanismos del exterminio
Jean Pierre Azéma
- 151 Rodas, Auschwitz, Lager VII, XII y V, Dachau
Sarah Jerusalem

- 157 La situación de los judíos en Alemania
- 161 Freud y Moisés dialogan sobre *civilización y barbarie*
Dr. Enrique Habif
- 167 Música en las tinieblas
Dr. Arnoldo Liberman
- 175 Cine y propaganda en el nacionalsocialismo
Dana Zylberman
- 185 El asesinato de una nación
Henry Morgenthau
- 201 Genocidio armenio, entre la verdad y la negación
Prof. Nélide Boulgourdjian-Toufeksian
- 217 Reflexiones de índole estadística acerca de las visitas guiadas al Museo de la Shoá
Lic. Florencia Schkolnik
- 223 Relatos de una travesía de Auschwitz a Jerusalem
Lic. Damián Weizman

Documentación y reseñas bibliográficas

- 231 La destrucción de los judíos europeos *de Raul Hilberg*
Dr. Daniel Rafecas. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA
- 237 Informe sobre antisemitismo en la Argentina 2005 *de Lic. Marisa Braylan; Lic. Adrián Jmelnizky*
Lic. Adrián Jmelnizky. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA
- 239 160023. Cenizas y esperanzas *de Tulio Astudillo*
Lic. Sima Weingarten. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA
- 240 Después de Auschwitz. Renacer de las cenizas *de Eugenia Unger*
Lic. Eduardo Alberto Chernizki. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA
- 242 Sociología de la memoria *de Paolo Montesperelli*
Lic. Eduardo Alberto Chernizki. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Institucionales

- 247 Reconstrucciones identitarias en la modernidad. *Lic. Damián Setton*
- 251 Puesta en valor de la colección del Museo de la Shoá. *Lic. Susana Luterstein; Lic. Valeria Ugarte*
- 254 Prensa. *Sebastián Scherman*

Y esto sucedió en la Argentina...

Así como los judíos desde el medioevo estaban obligados a identificarse con un distintivo, durante el régimen nazi debían llevar una estrella amarilla. También en Argentina, a partir de la década del '20, esta mentalidad inquisitorial y estigmatizadora, subsistió hasta después de terminada la Segunda Guerra Mundial, tal como se puede ver en las fotos aquí expuestas, que muestran cómo se señalaba a los judíos inmigrantes en su cédula de identidad con una estrella de David punteada.



Copia de foto de la cédula de identidad expedida a fines de los años '20, correspondiente a Don Simón Benito Feferbaum, inmigrante a la República Argentina. Identificada su etnia con una estrella de David.

Duplicado del mismo documento, expedido en 1942.



**Lic. Sima
Weingarten**

Secretaría General de la
Fundación Memoria del
Holocausto.

Los mil niños judíos que no pudieron ingresar al país

Por decreto del presidente Ramón Castillo, firmado el 20 de noviembre de 1942, mil niños judíos del sur de Francia, cuyas vidas peligraban dada la invasión alemana, fueron autorizados a ingresar al país.

La Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA), junto a organizaciones internacionales judías, tales como el JOINT y el HICEM, solicitaron una entrevista al Presidente para que facilitase la entrada de mil niños judíos condenados a su internación en los campos de concentración.

Por el Decreto N° 136.320 del Poder Ejecutivo, firmado por el doctor Castillo y su ministro de Agricultura, Amadeo Videla, se dio curso al pedido.

Dicho decreto expresa: *“Que por las razones invocadas sobre la situación de peligro en que se encuentran los niños mencionados puede accederse a lo solicitado, adoptando las medidas necesarias para la identificación de los mismos”*.

Sin embargo, comenzaron a surgir trabas burocráticas que dilataban y, por lo tanto, impedían llevar a cabo tal acción solidaria de salvataje de estos niños.

Además, la prensa nacionalista dejó oír su violenta actitud antisemita. *Crisol*, en su edición del 29-11-42, escribía: *“Hemos supuesto que los mil niños judíos pueden convertirse en diez mil inmigrantes judíos(...). Según parece, el gobierno no ha pensado en que los chicos crecen. Y si son judíos, se multiplican, potenciándose.”*

El Pampero alertaba que, dentro de veinticinco años, *“mil niños bien alimentados, bien criados y bien educados en el seno de la alta sociedad porteña; o sea, judía, desalojarán de los puestos públicos a los últimos burócratas criollos(...) todos saben que el antisemitismo actual ha nacido por reacción contra la excesiva tolerancia con los judíos”*.

La DAIA ya había recibido noticias de la hostilidad manifestada por la Cancillería en la tramitación oficial necesaria para hacer cumplir el decreto antes señalado.

Los mil niños, finalmente, no fueron recibidos. Fueron enviados a campos de exterminio. Conforme a la documentación existente en los archivos del Minis-

terio de Relaciones Exteriores, había pleno conocimiento de lo que sucedía en la Europa ocupada por los nazis y el destino de los judíos allí (Ver *Proyecto Testimonio*. DAIA, Centro de Estudios Sociales [CES], 1998). Argentina, al igual que otros países, se negaba a dar refugio y, por ende, salvar a las víctimas judías del nazismo.

Esta situación resulta paradigmática de cómo el exterminio del pueblo judío en la *Shoá* fue posible por la indiferencia y la complacencia del mundo.

Cabe señalar que aún hoy, temas como los planteados **no forman parte de los programas oficiales de estudio de la red de escuelas de nuestro país**, lo que no contribuye a la construcción de una conciencia ciudadana alerta ante toda forma de discriminación y racismo.

Contenido del decreto N° 136.320 del PEN, 20 de noviembre de 1942, autorizando la entrada de mil niños judíos de Europa

“Visto la gestión promovida en estas actuaciones por la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, en el sentido de permitir la entrada al país de niños que se encuentran en campos de concentración en Europa, comprometiéndose a tomar a su cargo el mantenimiento y tutelaje de los mismos hasta llegar a su mayoría de edad; y Considerando:

Que por las razones invocadas sobre la situación de peligro en que se encuentran los niños mencionados puede accederse a lo solicitado, adoptando las medidas necesarias para la identificación de los mismos (...).”

El artículo 1º autorizaba a la Dirección de Inmigraciones a que, a pedido de la DAIA, impartiera instrucciones a los consulados argentinos más inmediatos a los campos de concentración en el continente europeo en los cuales se encuentran internados niños menores de 14 años a los efectos de identificarlos mediante la confección de fichas individuales con sus fotografías, impresiones digitales y datos que los mismos aporten, con la finalidad de permitir su viaje a la Argentina. El número de autorizados a ingresar no podía exceder los un mil niños en lo que restaba del año 1942 y durante todo 1943.

El artículo 2º supeditaba el permiso a las condiciones sanitarias exigidas por la Ley de Inmigración y a sus disposiciones reglamentarias.

El artículo 3º establecía que, con intervención del Defensor de Menores, se haría entrega –en cada caso– a las personas de reconocida solvencia que propusiera la Delegación de Asociaciones Israelitas Argenti-

nas de los niños llegados en virtud del decreto. Hasta tanto no se llenara esa formalidad, los menores permanecerían alojados en el Hotel de Inmigrantes.

El artículo 4º prescribía que los gastos originados por la entrada, como así también por la estada en el hotel, estarían a cargo de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, la cual –igualmente– quedaba obligada a tomar a su cargo el mantenimiento de los mismos hasta su mayoría de edad.

Boletín Oficial, 20/11/1942, pág. 924.

Bibliografía

Faingenblat, Lena. “Los mil niños judíos que nunca arribaron a Argentina”, en *Nuestra Memoria*. Nº 15, Buenos Aires, Abril de 2000.

Senkman, Leonardo. *Argentina. La Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables. 1933-1945*. Buenos Aires, Grupo Editorial Latinoamericano, 1991.

**Dr. Daniel A.
Sabsay**

Abogado. Profesor
titular de Derecho
Constitucional (UBA).

**Dra. Andrea
Pochak**

Abogada. Docente de
Derechos Humanos y
Garantías, y de Elementos
de Derecho Penal y
Procesal Penal (UBA).

Influencia del pensamiento nazi en la jurisprudencia de los tribunales federales argentinos durante el período 1933-1958¹

Luego de una ardua investigación, que llevó varios meses de trabajo y el rastreo de un elevado número de sentencias,² nos parece útil difundir los resultados de la tarea. La misma partió de la premisa que con la lectura crítica de fallos judiciales dictados en el transcurso de los años 1933 a 1958 –período que abarca tanto el ascenso, consolidación y caída del régimen nazi como un lapso posterior a él– se podrían conocer los valores, criterios y hasta las ideologías que tuvieron en cuenta los magistrados argentinos al momento de la toma de sus decisiones. A partir de allí, para la búsqueda de jurisprudencia se debió acudir a “voces”³ claves para la materia de este trabajo.

El trabajo analiza, en la primera parte, los temas objeto de sentencias, en los cuales resulta muy perceptible el influjo del ideario nacionalsocialista, o al menos, de teorías y concepciones muy cercanas a él. Es preciso tener en cuenta que la investigación no estuvo encaminada exclusivamente a encontrar manifestaciones de abierta discriminación contra ciudadanos judíos o las instituciones que los agrupan. La propuesta de trabajo incluyó, igualmente, la observación de aquellas cuestiones en las cuales dicha ideología pudo haberse infiltrado, en razón de haber sido tomada como pauta para la solución de con-

¹ El estudio se realizó en el marco de una investigación sobre la influencia del pensamiento nazi en la Justicia argentina, realizada para la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina. Publicado por Hispamérica, en 2002.

² Se han analizado más de 250 fallos de los tribunales federales argentinos. La fuente principal fue la colección *Jurisprudencia argentina*, aunque se utilizó *La ley* de manera complementaria. Por otra parte, se ha recurrido a la lectura de artículos de doctrina de aquellos años y a publicaciones que compilan fallos importantes, buscando identificar los *leading cases* (casos testigo) en la materia.

³ En la Argentina, los compendios o repertorios de jurisprudencia se encuentran ordenados en base a diversos criterios (fecha, tribunal, partes intervinientes). Las “voces” son uno de los criterios agrupadores; se trata de conceptos temáticos que aglutinan a los fallos relacionados con la misma materia.

flictos en sede judicial e independientemente de la identidad de las partes o la naturaleza de la cuestiones en juego. En el presente artículo, por motivos de espacio, nos limitamos a exponer algunos de los temas y casos que consideramos paradigmáticos.

En tal sentido, se hace referencia al discurso intolerante y discriminatorio hacia el extranjero y al influjo de la eugenesia –esto es, la “ciencia” que estudia el mejoramiento de la raza–. Luego se examinan detalladamente algunos fallos judiciales de la época. Por último se desarrollan algunas consideraciones generales, a modo de conclusiones.

Temas y casos

A) Temas respecto de los cuales se pudo observar una mayor influencia del pensamiento nazi

Intolerancia hacia el extranjero

La política de “puertas cerradas” impulsada por la Argentina en materia migratoria, a partir –fundamentalmente– de 1932, fue acompañada –de manera más o menos uniforme– por la jurisprudencia de entonces. La población judía que huía del avance nazi se encontró con la indiferencia en el trato recibido por parte de las autoridades administrativas y judiciales argentinas, y a veces, hasta con un tratamiento peor.⁴

Desde la normativa vigente y la interpretación jurisprudencial se alegaba –a la hora de imponer restricciones más severas para el ingreso al país– la necesidad de evitar la entrada de individuos inadaptados, “indeseables”, con carencia de aptitudes físicas o morales que pudieran perjudicar el funcionamiento de la sociedad. Este razonamiento se encuentra fuertemente influenciado por la doctrina nazi, en la medida que uno de los elementos característicos de esta ideología es la discriminación o intolerancia hacia el extranjero. Sobre este particu-

⁴ En tal sentido, se encontraron numerosos ejemplos de casos en los que el trato otorgado a un extranjero de origen no semita era claramente menos intolerante y restrictivo en materia migratoria. No sólo se hace referencia a decisiones diferentes ante situaciones similares, sino –en general– al lenguaje utilizado en las sentencias, mucho más neutral, menos intolerante y despectivo. Así, cf. entre otros: 1) “Gómez, Dalmiro”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 18 de junio de 1934. Más allá del sentido de la decisión, es curioso que el procurador haya considerado que correspondía conceder la ciudadanía, tratándose de un extranjero con antecedentes penales. 2) “Psaradelis, Jorge”, CSJN, 9 de noviembre de 1934, JA, t. 48. Si se comparara este caso con otros relacionados con extranjeros que hubieran ingresado al país de manera clandestina, se observaría una diferencia sustancial en el lenguaje utilizado. 3) “Urrutia, Vicente”, CSJN, 29 de noviembre de 1951, JA, 1952-II. En este caso, se concedió la ciudadanía a un extranjero a pesar de tener antecedentes penales, teniendo en cuenta la “personalidad moral del acusado”.

lar es de destacar que en muchos de los casos relacionados con la obtención o denegación de la ciudadanía argentina, y aun con la expulsión de extranjeros, la jurisprudencia, las fuentes normativas y la doctrina utilizada evidencian una fuerte influencia de este pensamiento.

Con relación a los casos sobre ciudadanía, es posible vislumbrar en muchos fallos cómo el pensamiento discriminatorio e intolerante hacia el extranjero se filtraba de diversas maneras en los fundamentos y resoluciones de los magistrados argentinos, acompañando la política inmigratoria restrictiva. Así, en ciertos casos denegando las solicitudes de extranjeros o cancelando la ciudadanía que ya había sido otorgada, se evidencian excesos de ritualismo arbitrario,⁵ o bien, una falta de criterios objetivos para fundamentar la denegación o cancelación de cartas de ciudadanía. En este último supuesto se advierten argumentaciones sumamente vagas, tales como que el extranjero era “*persona deshonesto, inmoral e incorrecto*”⁶ o que tenía “*mal concepto público*”.⁷ Asimismo, frecuentemente se consideraba que el mero hecho de alguna vez haberse iniciado al extranjero una causa penal, aunque luego éste hubiera sido sobreseído o absuelto, era similar al hecho de “*tener antecedentes penales*”.⁸ Por último, vale la pena resaltar que, como uno de los requisitos necesarios para obtener la ciudadanía era presentar partida de nacimiento legalizada por el cónsul argentino del país de origen y esta documentación muchas veces era imposible de conseguir por el extranjero inmigrante, la Justicia utilizaba su

⁵ Cf. “Glick, Federico”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 5 de octubre de 1932, y “Schneider, Samuel”, CSJN, 21 de febrero de 1952, JA, 1952-II, entre otros. En el primer caso, se alegó la existencia de vicios procesales (tales como la falta de firma del secretario del juzgado, por ejemplo), de ninguna manera atribuidas al perjudicado; en el segundo, la Corte Suprema revocó la sentencia de Cámara y anuló la carta de ciudadanía de un extranjero que, a pesar de gozar de buenos antecedentes y haber residido por más de veinte años en el país, había presentado el trámite de solicitud de ciudadanía ante un juez de distinta ciudad. Consideró que esa actitud reflejaba malicia u ocultamiento.

⁶ Cf. “Novelli, Menotti”, Cámara Federal de Mendoza, 19 de febrero de 1937, JA, t. 58. A pesar de que la persona no tenía antecedentes penales, se le denegó la ciudadanía argumentando que —de acuerdo con informes policiales— la conducta de Novelli era “*mala, siendo el mismo persona deshonesto, inmoral e incorrecto*”, sin hacer mención de mayores precisiones objetivas.

⁷ Cf. “Muñiz y García, Manuel Antonio”, Cámara Federal de Rosario, 14 de marzo de 1938, JA, t. 62. En este caso se decidió no concederle la ciudadanía por gozar la persona de “*mal concepto público*”. Vale aclarar que los jueces se basaban únicamente en el testimonio de dos policías y que la persona no tenía antecedentes penales. Asimismo, consideraron que la circunstancia que en algún momento se le hubiese iniciado una causa penal, aunque luego haya sido sobreseído, lo catalogaba como una persona “*sospechosa*”.

⁸ En este sentido, cf. “Alvarez, Secundino”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 7 de noviembre de 1934, JA, t. 48; “Benigno, Lorenzo”, Cámara Federal de la Capital Federal, 24 de junio de 1935, JA, t. 50; “Muñoz, Juan Francisco”, Cámara Federal de la Capital Federal, 26 de junio de 1935, JA, t. 50, entre muchos otros.

ausencia para o bien justificar la denegación de la ciudadanía, o bien concederla, de manera totalmente arbitraria.⁹

Con relación a los casos de expulsión de extranjeros, puede vislumbrarse –en primer lugar– la utilización de criterios absolutamente subjetivos para justificar una medida de tal importancia. Así, se utilizaban informes proporcionados por la Policía, muchos de los cuales únicamente reflejaban meras opiniones de concepto, tales como tratarse de individuos que “*resultan peligrosos o indeseables*”, “*anarquistas peligrosos o reincidentes*”¹⁰ o “*elementos cuya moralidad, costumbres e ideología se [desconocían] y que, en un momento dado, [podían] perturbar el orden interno o constituirse en injustificadas cargas sociales*”.¹¹

En segundo lugar, merece la pena destacar que muchos casos relacionados con la tramitación de la expulsión reflejan serias violaciones al debido proceso en perjuicio de los extranjeros. En tal sentido, una de las cuestiones más debatidas era la facultad de detener del Poder Ejecutivo, prevista en la propia ley de expulsión.¹² Así, por lo general, esas detenciones –que sólo estaban previstas a efectos de ejecutar la expulsión– se mantenían indefinidamente en el tiempo, convirtiendo a la medida en una verdadera pena.¹³ Incluso, en algunos casos, los tribunales permitían las detenciones prolongadas, argumentando que la demora era culpa de los propios detenidos, por no haber proporcionado la documentación necesaria para proceder a su expulsión.¹⁴

⁹ Así, es llamativo que muchos de los casos en los que se adoptó un criterio restrictivo –esto es, no conceder la ciudadanía ante la falta de esta documentación– son los que se refieren a extranjeros que provenían de la Unión Soviética, y que la imposibilidad derivaba justamente de la falta de relaciones diplomáticas entre la Argentina y ese país. Sobre este punto, cf. “Sverdloff, Boris”, CSJN, 12 de agosto de 1938, JA, t. 63; “Blumberg, José”, CSJN, 21 de octubre de 1938, JA, t. 64; “Jaskelioff, Salomón y otro”, Juzgado Federal de Rosario, 3 de junio de 1940, JA, t. 73.

¹⁰ Cf. “Scheimberg y otro s/expulsión”, CSJN, 6 de mayo de 1932, JA, t. 38.

¹¹ Cf. “Klajnberg, Chil Wolf”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 24 de noviembre de 1939, JA, t. 68. Sobre el mismo tema, cf. –entre muchos otros– “Swiatlo, Majer y otros”, Cámara Federal de la Capital Federal, 12 de diciembre de 1947, JA, 1947-IV, que expresa “*el riesgo (...) que la Nación Argentina sea el receptáculo tanto de la ‘élite’ como de la basura que vuelquen en su suelo hospitalario las naciones pletóricas de población*”.

¹² Ley 4.144 (Ley de Residencia), del 23 de noviembre de 1902.

¹³ Cf. “Groisman, Bernardo”, CSJN, 22 de julio de 1935, JA, t. 51. Este caso está referido a un extranjero de origen rumano, detenido a disposición del Poder Ejecutivo por más de seis meses. El más alto tribunal del país consideró que la ley 4.144 de expulsión de extranjeros no preveía un plazo máximo para que el Estado mantuviera privado de su libertad a un extranjero. En el mismo sentido, cf. “Valfisch, Juan”, CSJN, 9 de septiembre de 1935, JA, t. 51; y “Dimant, Jacobo”, Cámara Federal de la Capital Federal, 7 de octubre de 1935, JA, t. 52; entre muchos otros.

¹⁴ Cf. “Mysliwiec, Larisa S. de”, CSJN, 13 de diciembre de 1950, entre otros.

Influencia de la eugenesia

Se denomina eugenesia a la “ciencia” que estudia el mejoramiento de la raza. Se trata de un movimiento interdisciplinario de gran prestigio a principios y mediados de este siglo (NdR: por el XX). Si bien no es posible asimilar lisa y llanamente “eugenesia” con “racismo”, lo cierto es que la doctrina nazi se ha servido de las ideas eugenésicas para justificar el régimen totalitario y racista que llevó adelante.

En materia normativa, la influencia de la eugenesia puede advertirse en la legislación sobre matrimonio civil, estableciendo impedimentos físicos y psíquicos para los contrayentes, y en la ley de profilaxis, que llegó hasta a tipificar como delito la transmisión de enfermedades venéreas.

En el ámbito jurisprudencial, en numerosos fallos del período bajo análisis se vislumbra una fuerte influencia de las ideas eugenésicas. Así, en casos relacionados también con extranjeros se descubren ciertos fundamentos de intolerancia y “estereotipación” hacia “los indeseables”, quienes no contribuyen a mejorar la raza; por ejemplo, asimilando a “*los proxenetas, mendigos, vagabundos, dementes, sordomudos y delincuentes*”, considerando que todos ellos eran “*elementos*” que carecían de “*condiciones morales y materiales indispensables*”, “*extranjeros indignos*” que corrompían “*las costumbres sanas y tradicionales*”.¹⁵ En el mismo sentido y a pesar de no ser un impedimento legal, se denegaba la ciudadanía a extranjeros por el mero hecho de ser analfabetos.¹⁶

Otro de los temas en los que se advierten ideas eugenésicas en la Justicia se relaciona con la atribución de responsabilidad penal. En tal sentido, al momento de asignar la pena a un condenado, los jueces evidenciaban un discurso despectivo hacia el infractor enfermo, al considerar como agravante del hecho la circunstancia de que el autor fuera alcohólico o padeciera enfermedades venéreas;¹⁷ asimismo, se infería de ellos una mayor peligrosidad.¹⁸

¹⁵ Cf. “Kamil”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 29 de septiembre de 1932, JA, t. 41.

¹⁶ “Bissantí, Barlaan”, Cámara Federal de la Capital Federal, 7 de mayo de 1941, JA, t. 74, confirmado por la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el 24 de septiembre de 1941, JA, t. 76.

¹⁷ Cf., entre otros, “Cams Tomás, Joaquín”, CSJN, 12 de abril de 1935, JA, t. 50, en el que se afirmó que “*la Justicia está en presencia de un sujeto con estigmas degenerativos, que se agravan con sus hábitos de franco y constante alcoholismo*”; “Díaz, Francisco”, CSJN, 6 de marzo de 1936, JA, t. 53, en el que se afirmó que “*no [era] circunstancia eximente la existencia de estigmas degenerativos, antecedentes sífilíticos y blenorragicos, agravados con hábitos alcohólicos, pues un hombre que a causa de anomalías psíquicas, de carácter intelectual, volitivo o afectivo (...) es más peligroso, desde que resiste menos a los impulsos perversos de un hombre sano*”; “Cigorraga, Oscar”, CSJN, 24 de agosto de 1936, JA, t. 55, en el que se rechazó la aplicación de la legítima defensa con argumentos tales como “*debe considerarse como sujeto de particular peligrosidad el delincuente que es un degenerado impulsivo, orgulloso, con perversiones morales, alcoholista [sic], mujeriego, con preferencias por los elementos de la mala vida, que carece de los factores de frenación moral para sus impulsos antisociales*”; entre muchos otros.

¹⁸ En este sentido, se afirmó en un caso que “*es indudable que los delincuentes con anormali-*

Por último, es preciso hacer mención a la interpretación jurisprudencial de la ley de profilaxis.¹⁹ Si bien la misma norma resultaba violatoria de libertades constitucionales básicas –como el principio de reserva–, al momento de intervenir en un caso relacionado con los supuestos prohibidos por la ley, los jueces interpretaban la normativa de manera muy amplia y fundamentando sus sentencias con frases despectivas hacia el infractor; por lo general, personas de sexo femenino.²⁰

B) Algunos casos paradigmáticos

1. El caso del jefe del Partido Nacional Socialista en Argentina²¹

Se ha elegido este caso ya no para demostrar la influencia del pensamiento nazi en la jurisprudencia argentina, sino directamente como una evidencia de la presencia del nazismo en nuestro país. Más allá de lo interesante de los hechos particulares del caso, merece la pena analizar el tono bastante “suave” con el que los funcionarios judiciales intervinientes se refieren al nazismo.

El caso se inició a partir de una denuncia presentada por Enrique Jürges, un alemán exiliado del régimen nazi, contra Alfred Müller, jefe del Partido Nacional Socialista en Argentina, por la supuesta comisión de delitos contra el orden público y la seguridad nacional; básicamente, se refería a las actividades nazis en la Argentina, y en especial, a determinadas manifestaciones que resultarían atentatorias de la soberanía argentina en la Patagonia. Así, se le imputaba a Müller, como jefe del partido nazi en la Argentina, ser el autor de un documento confidencial que explicaba las actividades desplegadas por el movimiento en la Argentina y atentaba contra la soberanía de la república.

El fallo comienza con el dictamen del procurador fiscal, quien pareciera hacer las veces de defensor de Müller, olvidando –así– el ejercicio de sus funciones propias, de conformidad con las cuales debía cumplir con el rol de acu-

dades orgánicas y psíquicas, que revelan tendencias criminales, son sujetos peligrosos” (“Cams Tomás, Joaquín”, cit).

¹⁹ Ley 12.331.

²⁰ Cf., a modo de ejemplo, “Q.F.”, Juzgado Federal de Santa Rosa, 21 de diciembre de 1939, JA, t. 69. El fallo se refiere a una persona acusada de haber violado la ley de profilaxis, al haber contagiado la sífilis a dos hombres. Más allá del caso puntual, merece la atención la influencia eugenésica del juez al momento de establecer la pena: “*a efectos de graduar la penalidad a aplicar debe apreciarse (...) la alta finalidad social que ha inspirado la sanción de la ley 12.331, destinada a acentuar en nuestro país la eficacia de la profilaxis antivenérea con el propósito de propender a una mejor eugenesia, eliminando uno de los factores de degeneración de la raza, las malas condiciones morales de la procesada (...)*”.

²¹ “Müller, Alfredo”, fallo de primera instancia del Juzgado Federal de la Capital Federal (juez Miguel Jantus), 6 de mayo de 1939 (con dictamen del procurador fiscal Víctor Paulucci Cornejo); y fallo de segunda instancia de la Cámara Federal de la Capital Federal, 26 de junio de 1939, ambos publicados en J.A., t. 66, pág. 769 y ss.

sador. En un extenso informe, el fiscal destruyó toda prueba de cargo contra el imputado, para el que solicita su sobreseimiento, y descalificó de manera absoluta al denunciante,²² solicitando su procesamiento por falsa denuncia.

Como más allá del supuesto documento confidencial estaba en juego la legitimidad del Partido Nacional Socialista en Argentina, el fiscal se dedicó a analizar las “*agrupaciones extranjeras en nuestro país*”²³ de origen alemán, con el objeto de dilucidar si sus actividades en nuestro territorio eran incompatibles o no con los principios de orden público argentino. Si bien consideró que el Partido Nacional Socialista “*contradice principios fundamentales de la Constitución y de las leyes argentinas*”,²⁴ no llegó a esta conclusión motivado por los lineamientos de su doctrina intolerante y discriminatoria, sino porque –al igual que el resto de los “*partidos de extranjeros*” (sic)– “*desacata la soberanía argentina, desvirtúa los principios básicos de nuestra Constitución, perturba la tranquilidad pública y obstaculiza la asimilación de las corrientes inmigratorias*”.²⁵

Los fallos de primera y segunda instancias repiten similares consideraciones acerca del descrédito del denunciante²⁶ y la falta de elementos de cargo contra el imputado. Tanto el juez como la Cámara decidieron sobreseer al imputado y ordenar el procesamiento del denunciante por falso testimonio. La decisión a la que arribaron los magistrados intervinientes resulta a todas luces cuestionable, básicamente por el principal fundamento jurídico utilizado; esto es, si bien el “*desarrollo y desenvolvimiento de esta organización [Partido Nacional Socialista] en los principales puntos de la República ha escapado a todo control del Estado, ya que no existe legislación alguna que regle las actividades de los or-*

²² Se consideró que Enrique Jürges tenía “*enemistad personal*” con Müller por pertenecer al partido Frente Negro, “*adversario*” del Partido Nacional Socialista. Además, se descalificó su testimonio a raíz de “*carecer de ocupación profesional, y sus medios de vida –al parecer– residirían en la misma lucha partidaria extranjera, mantenida con el aporte pecuniario de connacionales ‘antinazis’*”. Otro de los argumentos utilizados contra Jürges por el procurador fue contar con antecedentes criminales, aclarando que se trataba de un proceso que se había iniciado en Alemania dieciséis años antes, por un delito menor.

²³ Resulta paradójico que el dictamen se refería, en general, a las “*agrupaciones extranjeras*”, sin identificarlas, analizando sus características y críticas de manera conjunta. Así, se consideró que “*el esfuerzo de esas agrupaciones se [dirigía] a conservar a cada inmigrante dentro del régimen jurídico, político y social que [imperaba] en su país de origen*”. Y sólo en uno de los apartados analizó particularmente al Partido Nacional Socialista.

²⁴ Considerando 24 del dictamen fiscal.

²⁵ Considerando 29 del dictamen citado. Preocupaba al fiscal la falta de asimilación de las colonias extranjeras a la vida política, social y jurídica argentina; la conservación rígida de costumbres, idiomas y religiones; con prescindencia del uso de símbolos como el idioma nacional, por ejemplo.

²⁶ Es más, la Cámara Federal de la Capital Federal agregó como causa de desconfianza hacia las manifestaciones del denunciante el hecho de que éste residía en nuestro país “*como refugiado político*”.

ganismos políticos extranjeros (...) ello es ajeno a todo pronunciamiento judicial y de competencia exclusiva del Poder político".²⁷ En palabras de la Cámara Federal, "la consideración de las perturbaciones que tales actividades puedan ocasionar a la tranquilidad del país y el peligro que signifiquen para la soberanía nacional y la eficacia de nuestras instituciones, en el estado actual de nuestra legislación, es ajeno al Poder Judicial".²⁸

En este sentido, vale la pena remarcar que los magistrados debían analizar si la conducta de una persona configuraba la comisión de un delito y, por lo tanto, se hallaban más que facultados para interpretar si las actividades desplegadas por el Partido Nacional Socialista, del cual el imputado era jefe en la Argentina, atentaban contra la seguridad y la soberanía nacional. Sin embargo, consideraron que esto era tema ajeno al Poder Judicial y se desentendieron del asunto. Por otra parte, la postura asumida contradice la adoptada en fallos en los que se cuestionaba la legitimidad del Partido Comunista, en los que los argumentos utilizados para denostar a sus militantes y prohibir sus actividades fueron justamente los opuestos.²⁹

2. La expulsión del país de alemanes nazis

Los casos que a continuación se comentan son similares entre sí y se refieren a acciones de *habeas corpus* planteadas en favor de ciertos extranjeros: José Enrique Arzac Moya,³⁰ Fritjof Schmidt,³¹ Claudio Joaquín Watjen³² y Juan Sigfrido Becker,³³ todos ellos detenidos para ser expulsados del país, en virtud de las facultades conferidas al Poder Ejecutivo Nacional por la ley 4.144.

²⁷ Fallo de primera instancia, considerando 6º.

²⁸ Fallo de Cámara, considerando 6º. Es de suponer que el presente caso dio lugar al dictado del decreto 31.321, del 15 de mayo de 1939, del presidente Ortiz, que reglamentó la actividad de "asociaciones foráneas" (publicado en J.A, t. 66, sección Legislación, pág. 22).

²⁹ Sobre este punto, cf. "González Carreño, Miguel Juan", Cámara Federal de Mendoza, 30 de marzo de 1938, JA, t. 62; "Spagnol, Amador y otros", CSJN, 10 de diciembre de 1941, JA, t. 76, entre otros.

³⁰ "Arzac Moya, José Enrique", Juzgado Criminal y Correccional de la Capital Federal, 21 de diciembre de 1945, confirmado por la Cámara Criminal y Correccional de la Capital Federal, el 25 de enero de 1946, JA, 1946-I, pág. 318 y sig. Si bien no proviene de un tribunal federal, hemos considerado apropiado su análisis en virtud de la materia tratada.

³¹ "Schmidt, Fritjof", Juzgado Federal de la Capital Federal, 21 de diciembre de 1945, confirmado por la Cámara Federal de la Capital Federal, el 4 de enero de 1946, JA, 1946-I, pág. 650 y sig.

³² "Watjen, Claudio Joaquín", Juzgado Federal de la Capital Federal, 8 de marzo de 1946, confirmado por la Cámara Federal de la Capital Federal, el 3 de abril de 1946, y revocado por la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el 8 de mayo de 1946, todos publicados en JA, 1946-II, pág. 396 y sig. Este fallo es –tal vez– el más importante, debido a que permite analizar la jurisprudencia en este tema de las tres instancias de la Justicia Federal, incluyendo la del más alto tribunal argentino.

³³ "Becker, Juan Sigfrido y otros", CSJN, 21 de agosto de 1946, JA, 1946-III, pág. 739 y ss.

En primer lugar, los fallos revisten fundamental interés ya que son indicadores de la importante actividad desplegada por el nazismo en la Argentina. En tal sentido, el primero de ellos expone –aunque en muy pocas líneas– las actividades de espionaje en favor del Eje desplegadas en la Argentina por un conjunto de personas, entre las cuales se encontraba Arzac Moya. En tanto que el segundo, tercero y cuarto revelan, a partir de los antecedentes citados, que los casos bajo análisis no eran los únicos; que por el contrario, por esos días, la Justicia debía decidir varios casos similares, es decir que se encontraban en el país numerosos nazis, algunos de los cuales estaban por ser expulsados.³⁴

En segundo lugar, estos cuatro fallos exponen la liviandad en la apreciación del nazismo por parte de los tribunales intervinientes, una neutralidad de lenguaje que –por ejemplo– dista mucho del encontrado en fallos referidos a movimientos ideológicos de izquierda. Nada dicen los magistrados sobre la doctrina del genocidio del movimiento nazi, de la cual participaban Arzac Moya, Schmidt, Watjen y Becker, entre muchísimos otros. Sobre este punto, en el caso de Arzac Moya, la orden de expulsión del país no se había fundado en su ideología, sino en las supuestas actividades de espionaje realizadas por éste. En tanto que respecto de Schmidt y Watjen, sólo las sentencias de primera instancia permiten inferir el carácter nazi del detenido, en el único fundamento de los escuetos fallos: “*la salida del país del recurrente obedece a la Resolución VII del Acta Final de Chapultepec, y la información policial revela sus actividades ‘nazis’*”. Esta cita corresponde al caso de Schmidt; paradójicamente, en el fallo de primera instancia del “caso Watjen” únicamente se menciona el Acta de Chapultepec y no su condición de nazi.

Por último, vale la pena destacar que en los casos de Arzac Moya y Schmidt, no obstante las críticas arriba formuladas, al menos se hizo lugar a la expulsión, siendo los fallos de primera y segunda instancias coincidentes en tal sentido.

³⁴ Cf., por ejemplo, “Lange, Ludovico”, CSJN, 5 de marzo de 1947, JA, 1947-I, y “Wissen, Enrique”, Cámara Federal de la Capital Federal, 2 de julio de 1947, JA, 1947-II. Estos casos se refieren a dos alemanes que habían llegado al país a bordo de un buque de guerra, “*en cumplimiento de prácticas internacionales*”, y al escaparse del campamento militar son detenidos por las autoridades militares argentinas, para ser “*repatriados*” junto con el resto de los tripulantes. Lange y Wissen pretenden quedarse en el país; sin embargo, se los considera prisioneros de guerra y se rechazan los *habeas corpus* interpuestos. Es llamativo que en ninguna de las instancias se refieran al nazismo. Asimismo, cf. “Lüters, Juan Teodoro Luis”, CSJN, 28 de febrero de 1947, JA, 1947-IV, pág. 121 y ss., y “Mezger, Alberto”, Cámara Federal de la Capital Federal, 10 de noviembre de 1947, JA, 1947-IV, pág. 362 y sig., entre otros. En estos últimos casos, los supuestos de hecho eran diferentes: los alemanes que habían residido en el país, luego de ser condenados por espionaje, habían sido expulsados, solicitados por Alemania. Una vez allí, interpusieron *habeas corpus* ante la Justicia argentina para que se les permitiera el reingreso, impugnando la orden de expulsión. Los tribunales intervinientes rechazaron sus planteos.

Sin embargo, en el caso de Watjen y Becker, a pesar de que los fallos de la Cámara mantuvieron la jurisprudencia de los casos anteriores, la Corte Suprema de Justicia de la Nación revocó la decisión e hizo lugar a los *habeas corpus*, impidiendo la expulsión de los nazis. En el caso de Watjen, para arribar a esa resolución, el más alto tribunal argentino –haciendo una interpretación restrictiva de las facultades del Poder Ejecutivo y la necesidad de su control judicial– consideró que éste había violado la garantía constitucional de defensa de Watjen, al no haberle hecho conocer los motivos de la expulsión ni permitido ejercer su derecho a ser oído. No es posible discernir la veracidad o no de este fundamento, sin embargo resulta por lo menos llamativo que en fallos anteriores, también referidos al trámite de expulsión de extranjeros, la Corte no había adoptado una posición tan respetuosa de las garantías constitucionales.³⁵ En el caso de Becker, la Corte Suprema fue más allá y declaró la inconstitucionalidad de la ley 4.144, revirtiendo la jurisprudencia opuesta sostenida durante largos años³⁶ –y por ello, padecida por innumerables extranjeros–³⁷ y que, sorpresivamente, fue dejada de lado tiempo después.³⁸

3. El caso de la marca “antinazi”³⁹

En 1947 se presentó ante la Comisaría de Marcas de la Dirección de la Propiedad Industrial una persona, Ernesto Holzman, solicitando registrar la expresión “antinazi” para distinguir impresiones, publicaciones y reproducciones. Ante la denegación de esta dependencia administrativa, Holzman recurrió a la Justicia, la cual –tanto en primera como en segunda instancia– confirmó el rechazo de la expresión como marca.

³⁵ “Groisman, Bernardo”, CSJN, 22 de julio de 1935, JA, t. 51; “Valfisch, Juan”, CSJN, 9 de septiembre de 1935, JA, t. 51; entre otros.

³⁶ Cf. “Scheimberg y otro s/expulsión”, cit., pág. 7; “Cantor, Antonio”, CSJN, 6 de abril de 1938, JA, t. 62, pág. 23; entre otros.

³⁷ En este sentido, establece que la ley 4.144 de expulsión de extranjeros, al atribuir al PEN la facultad de expulsar del país a todo extranjero cuya conducta, a su juicio, comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público, es violatoria de los artículos 14, 18, 20 y 95 de la Constitución Nacional. Vale destacar que, en este caso, las personas a quienes se pretendía expulsar estaban procesadas en una causa criminal relacionada con actividades de espionaje en favor del gobierno alemán. Sin embargo, sólo uno de los jueces, que votó de manera separada y no coincidiendo con la declaración de inconstitucionalidad, rechazó la expulsión ya que “*imposibilitaría la acción de la Justicia*”.

³⁸ Es notorio que esta jurisprudencia de la Corte Suprema, sin embargo, haya sido modificada un año después, en un caso similar a “Becker”, decidiéndose –esta vez– que la ley 4.144 era constitucional. Cf., entre otros, “Müller, Ottomar”, CSJN, 15 de septiembre de 1947, JA, 1947-III, pág. 600 y sig., y “Zovrko, Miguel”, CSJN, 13 de noviembre de 1950, JA, 1951-II.

³⁹ “Holzman, Ernesto”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 16 de febrero de 1950, confirmado por la Cámara Federal de la Capital Federal, el 9 de agosto de 1950, ambos publicados en JA, 1951-I.

El caso posee relevancia, básicamente por los fundamentos esgrimidos por los tribunales intervinientes al momento de decidir la cuestión. Al respecto, además de la razón aducida por el organismo administrativo,⁴⁰ el juez y la Cámara adujeron un argumento adicional, que resulta bastante llamativo y criticable. Esto es *“que no es posible admitir que los conflictos ideológico-políticos sean llevados al terreno de las marcas de fábrica, desvirtuándose la finalidad de la ley, y así sucedería (...) con el registro de cualquier marca que refleje claramente un propósito de oposición a un régimen político o a una tendencia política. Por ello es que, del mismo modo que no resulta registrable ‘antinazi’, tampoco lo serían ‘antirradical’, ‘antilaborista’, ‘antiperonista’ y, en cambio, han podido serlo ‘radical’, ‘democracia’, etc., porque aún cuando tengan vinculación con principios o partidos políticos, no expresan por sí mismas un propósito antagónico”*.⁴¹

Como se deriva del fundamento citado, el argumento de no permitir la expresión “antinazi” por expresar *“un propósito antagónico”* a ciertas ideas políticas y, en cambio, sí admitir eventualmente el vocablo “radical” o “peronista” esconde *–a contrario sensu–* que, a juicio del magistrado, eventualmente la expresión “nazi” –cargada de una concepción totalitaria, opuesta a los principios básicos de un Estado de Derecho– sí podría haber sido aceptada como marca.

II. Conclusiones

Ante todo, consideramos necesario destacar que en la Argentina, durante el período en cuyo transcurso se analizan las decisiones judiciales, en términos generales, la persecución a judíos no fue generalizada ni evidente. Dentro de este marco, el comportamiento del Poder Judicial no fue la excepción a esta primera impresión general. De esta realidad se pueden extraer tres consecuencias.

La primera, que debido –justamente– a que la influencia del nazismo en la Argentina no fue abierta, sino más bien solapada, el análisis de las “voces” de más abierta relación con la materia (por ejemplo, “nazismo”, “judaísmo”, “discriminación”) no arrojaron resultado alguno. Tal es así que las mencionadas ex-

⁴⁰ La Dirección de la Propiedad Industrial había denegado la solicitud por considerar que *“la expresión [‘antinazi’] no reúne las condiciones de fantasía que el art. 1, ley 3975 exige”*. Este artículo establecía que la señal que como marca ha de distinguir un producto debía resultar extraña al mismo; esto es, arbitraria respecto de su naturaleza, sus propiedades y la función normal que debía desempeñar, y distinta de la denominación con que habitualmente se le conocía y del lugar de su origen y producción. En tanto que *“la denominación reivindicada ‘antinazi’ tiene un contenido semántico de conocimiento general y público, por lo cual no puede ser considerada por esta Comisaría como expresión de posible registro, dado que es palabra moderna que no tiene sinónimo, que forzosamente se la emplea para referirse a lo que ella designa”*.

⁴¹ Cf. “Holzman, Ernesto”, Juzgado Federal de la Capital Federal, cit., considerando 2º.

presiones ni siquiera aparecen en los repertorios de jurisprudencia de aquel entonces. Por esa razón se debió recurrir al estudio de otras “voces” susceptibles de relacionarse con la temática de manera indirecta –nos referimos a los fallos sobre “ciudadanía y naturalización”, “expulsión de extranjeros”, “inmigración” y “comunismo”, entre otros–. Estos pronunciamientos judiciales fueron los que –sin lugar a dudas– permitieron “correr el velo” y descubrir cómo las ideas nazis se filtraron en los tribunales federales argentinos y fueron aplicadas al momento de decidir aun en asuntos cotidianos.

La segunda consecuencia a subrayar consiste en el hecho que el ideario de corte nazi-fascista que influyó en las fundamentaciones y decisiones judiciales está presente tanto en aquellos fallos en los que intervenían judíos en calidad de partes como, así también, en resoluciones referidas a personas de otro origen.

La tercera, que no todos los magistrados actuaban al unísono en relación con la permeabilidad –al momento de fallar– favorable a la incorporación, en sus fundamentos, de doctrinas totalitarias ligadas al nazismo. Por el contrario, aun en los momentos de mayor predominio de estas ideas en diferentes estamentos de la Justicia pudieron encontrarse fallos muy respetuosos de la igualdad y la tolerancia,⁴² decisiones que, aplicando la misma fuente normativa y ante situaciones similares, arribaron a conclusiones completamente inversas a las tomadas en las sentencias que son objeto de comentario en el presente estudio.

En base a lo que se acaba de manifestar queremos expresar que si bien nuestra investigación ha podido detectar la influencia de ideas nazis en la jurisper-

⁴² Simplemente a modo de ejemplo, cf. 1) “Hernández, Blas”, Cámara Federal de la Capital Federal, 5 de junio de 1935, JA, t. 50. Este fallo es fundamental, pues se resolvió –casi por única vez– que un extranjero, aun cuando hubiera entrado clandestinamente al país, habiendo pasado mucho tiempo de residencia debía considerarse “habitante” y gozar de todas las garantías constitucionales. 2) “Groisman, Bernardo”, Cámara Federal de la Capital Federal, 21 de mayo de 1935, JA, t. 51. Estableció que la ley 4.144 imponía al Estado un plazo máximo de tres días para tener detenido a un extranjero a punto de ser expulsado. Este fallo es muy importante, aunque –como luego se verá– fue revocado por la Corte Suprema. 3) “Archipenko, Irene Lukin de”, Cámara Federal de la Capital Federal, 22 de julio de 1935, JA, t. 51. En este caso se adoptó un criterio amplio en materia de la documentación exigida para acceder a la ciudadanía, al concederla a una persona de origen ruso que no contaba con el original de su partida de nacimiento, sino con una traducción hecha y certificada en París. 4) “Sack, Samuel León”, Cámara Federal de Rosario, 21 de noviembre de 1936, JA, t. 55. Similar al anterior, pero se estableció que no debía requerirse la documentación exigida por ley a extranjeros de origen ruso por la falta de relaciones diplomáticas entre Argentina y “Rusia”, no atribuible a éstos, si se tratara de personas que hubieran residido en la Argentina muchos años y sean “*personas de trabajo*”. 5) “Cantor, Antonio”, CSJN, 6 de abril de 1938, JA, t. 62. En este caso se discutía la detención de una persona de origen ruso que estaba presa hacía más de nueve meses a disposición del PEN, en base a la facultad concedida por la ley de expulsión de extranjeros, y fue la propia Corte Suprema la que resolvió que el plazo de detención era excesivo y convertía a la detención en una pena. 6) “Colman, Francisco y otro”, CSJN, 15 de julio de 1938, JA, t. 63. Se trataba de un juicio penal por homicidio, y la Corte Suprema revocó el fallo de primera y segunda instancias, considerando que no podían aceptarse las confesiones ante la Policía, máxime cuando los imputados

dencia de los tribunales federales argentinos, ello de ninguna manera puede conducirnos a concluir que el Poder Judicial, en general, y sus integrantes, en particular, se hayan volcado en bloque a favor del nazismo o que sus decisiones hayan estado influidas, de manera generalizada, por dicha ideología.

Por último, corresponde reconocer que son las décadas de los años '30 y '40 las que reflejan un mayor predominio de estas ideas, coincidiendo su retirada con la caída del régimen nacionalsocialista en Europa, siendo perceptibles –en muchos temas– cambios abruptos en la jurisprudencia dominante.⁴³

Otros fallos consultados

“Grinstein y otro”, CSJN, 3 de febrero de 1933, JA, t. 41.

“Kamil”, Cámara Federal de la Capital Federal, 15 de marzo de 1933, JA, t. 41.

“Aduana de la Cap. c/Glücksman”, Cámara Federal de la Capital Federal, 22 de mayo de 1933, JA, t. 42.

“Aduana de la Cap. c/Krammer”, Cámara Federal de la Capital Federal, 31 de mayo de 1933, JA, t. 42.

“Bloch”, Cámara Federal de la Capital Federal, 12 de julio de 1933, JA, t. 42.

“Brissanoff c/Radisky”, Cámara Federal de la Capital Federal, 3 de julio de 1933, JA, t. 42.

“Cia. Arg. de Navegación c/Mihanovich”, Cámara Federal de la Capital Federal, 2 de junio de 1933, JA, t. 42.

“Fefferman”, Cámara Federal de la Capital Federal, 19 de junio de 1933, JA, t. 42.

“Gobertz c/S. A. Import. y Export. de la Patagonia”, CSJN, 26 de junio de 1933, JA, t. 42.

“Impuestos Internos c/Neumann y Willy”, Cámara Federal de la Capital Federal, 7 de junio de 1933, JA, t. 42.

“Kaplan”, CSJN, 23 de junio de 1933, JA, t. 42.

“Jacobovich s/habeas corpus”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 16 de junio de 1933, JA, t. 42.

“Jacobovich s/habeas corpus”, Cámara Federal de la Capital Federal, 7 de julio de 1933, JA, t. 42.

“Fefferman”, CSJN, 18 de diciembre de 1933, JA, t. 44.

“Winkler c/Fisco Nac.”, CSJN, 15 de noviembre de 1933, JA, t. 44.

“Kugelfresen Gutman s/anulación de ciudadanía”, Juzgado Federal de la Capital Federal, 19 de septiembre de 1933, JA, t. 44.

eran extranjeros y habían manifestado ante el juez instructor que no sabían expresarse correctamente en español y su confesión se realizó sin intérprete. 7) “Tegila, Gino”, Cámara Federal de Rosario, 17 de abril de 1943, JA, 1943-II. En este caso se concedió la carta de ciudadanía a un extranjero de origen italiano que tenía pedido de captura por parte de las autoridades italianas por ser comunista. Si bien no modificó completamente el concepto sobre el comunismo, se consideró que los buenos antecedentes en la Argentina, su residencia de muchos años, el hecho de tener familia argentina y el que las autoridades argentinas nada habían hecho en tanto tiempo desvirtuaban todo otro antecedente.

⁴³ En este sentido, vale la pena comparar el tratamiento otorgado al comunismo. Así, la jurisprudencia dominante hasta mediados de los '40 era el rechazo absoluto: el mero hecho de ser comunista justificaba la expulsión de un extranjero (Cf. “Rosemblat, Angel”, CSJN, 18 de agosto de 1934, JA, t. 47; “Sacikauskas, Francisco”, Cámara Federal de la Capital Federal, 7 de septiembre de 1934, JA, t. 47, entre muchos otros). En tanto que a partir de ese momento se adopta un criterio más tolerante (“Tegila, Gino”, Cámara Federal de Rosario, 17 de abril de 1943, JA, 1943-II; “Rodríguez, Eladio”, CSJN, 29 de noviembre de 1943, JA, 1944-I, entre muchos otros).

ACTAS

DEL

PRIMER CONGRESO CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO

SESIONES CELEBRADAS
en el H. Concejo Deliberante
de la ciudad de Buenos Aires
los días 6 y 7 de agosto de 1938

PUBLICACION OFICIAL DEL COMITE CONTRA EL
RACISMO Y EL ANTISEMITISMO DE LA ARGENTINA

B U E N O S A I R E S • 1 9 3 8

Primer Congreso contra el Racismo y el Antisemitismo*

Declaración inicial del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina

Entre las muchas ilusiones con que se nutre la mente de los pueblos de América hay una que, por antihistórica, es la más nociva. Se ha pretendido que América tiene un destino propio, inmanente a su posición y aislamiento geográfico, y se ha afirmado que los males que germinaron y mantienen en angustiosa zozobra a la vieja Europa, desde la Gran Guerra hasta nuestros días, no encontrarían entre nosotros ambiente propicio para su desarrollo.

Ni América tiene un destino propio, ni la civilización americana tiene un contenido original. Todo lo que era original por autóctono ha sucumbido ante la penetración de civilizaciones milenarias o se ha fundido con ellas. Los elementos autóctonos de América no han sido el fundamento cultural de su historia. Por el contrario, han sucumbido y han sido sofocados en sus manifestaciones originales por la corriente civilizadora y la conquista, que se han despreocupado de los valores espirituales de los pueblos en que se desarrollaban. Civilización creadora de incalculables riquezas materiales, sólo ha considerado el elemento humano como productor de bienes concretos.

Nuestra civilización americana se ha desenvuelto siguiendo el ritmo de la civilización europea. Sistemas y métodos, técnica e instrumental, hombres y cosas, ideas filosóficas y políticas, corrientes emocionales y míticas que los hombres llevan consigo, todo nos ha venido –en mayor o menor escala y con un ritmo más o menos tumultuoso– para entroncar con la realidad americana, precaria en hombres, pero inconmensurable en posibilidades por su riqueza natural.

* Celebrado en el entonces Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, los días 6 y 7 de agosto de 1938, bajo los auspicios del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina.

América, y con ella nuestro país, ha ido estructurando su historia sin dejar de sentir, en ningún momento, el influjo exterior. Vana ilusión la de pretender que todo el trabajo implicado en la creación de la cultura del resto del mundo había de sernos extraño. Nos llega con los hombres, nos llega con los instrumentos que los hombres inventan, nos llega con el libro en que los hombres fijan el flujo incontenible de su pensamiento, nos llega con la obra de arte en que los hombres traducen su emoción íntima y profunda, su constante anhelar.

Después de la Gran Guerra, problemas que no habían tenido repercusión entre nosotros comienzan a agitar la conciencia de hombres y grupos. La crisis ha sido tan profunda que todo fue conmovido: la estructura material y moral del mundo social, las ideas y los regímenes, las costumbres y las instituciones. Algunos de esos problemas sólo habían tenido formulación teórica en ciertas mentes ultraconservadoras. Entre ellos, el problema racial y, concretamente, el “problema judío”. Hoy, en nuestro país como en muchos otros de América, ha dejado de ser un problema. Es un hecho, y un hecho grave, en sus proyecciones y en su significación para el futuro democrático de nuestras instituciones y nuestra historia civil.

Hay una campaña antisemita de descrédito y calumnia contra el judío, sea cual fuere su ubicación social; persecución llevada por elementos que se pretenden nacionalistas y sirven, así, a fines inconfesables, al servicio de gobiernos extranjeros que han hecho de la brutal y cínica persecución al judío el núcleo de toda su política nacional. En revistas científicas se han hecho publicaciones realmente monstruosas acerca de los judíos; que si evidencian la enorme ignorancia y obcecación del autor, testimonian también la existencia de una mentalidad y un estado de ánimo que urge a los hombres libres y honestos del país a impedir que se difunda, en defensa de nuestra cultura y nuestra dignidad nacional. El odio racial tiene, también en nuestro país, sus cultores literarios. Y desde el cartel delictuoso e impudicamente brutal hasta las amenazas de *pogroms* a los barrios judíos, todo se ha hecho.

La colectividad israelita en la Argentina, integrada por elementos de todas las clases sociales y que comprende vastos núcleos de intelectuales, obreros, agricultores, comerciantes, etc., ha certificado su honesta y fecunda colaboración en el desarrollo progresivo del país con el aporte de energías y aptitudes que, en oportunidades repetidas, han sido reconocidas por los hombres más representativos de la opinión nacional.

Hombres libres, de ideas filosóficas y políticas muy diversas, nos reunimos para afirmar el respeto que esa colectividad nos merece, como integrante de nuestra nacionalidad. Trataremos por todos los medios que ese respeto y ese sentimiento solidario de convivencia sean efectivos. No consentiremos que se haga de los judíos una minoría oprimida, vejada y perseguida. Reivindicamos para nuestro suelo, al amparo de instituciones democráticas que están sufrien-

do el embate abierto e insidioso de la reacción, la más amplia libertad de pensamiento y de creencia, y ninguna limitación para su expresión. Sólo así nuestra vida colectiva seguirá desarrollándose en la órbita liberal de fecunda y amplia tolerancia que nuestra Constitución Nacional ha establecido.

Esta es la única y verdadera tradición que la Argentina se enorgullece en compartir con los pueblos más civilizados del mundo: respeto a la persona en su integridad moral y física.

Detrás de la sistemática campaña racial está el odio a todo lo que es y quiere seguir siendo libre y digno.

A todos incumbe defender esa libertad y esa dignidad.

Julio de 1937

Lisandro de la Torre, Eduardo Laurencena, Mario Bravo, Emilio Troise, Julio A. Noble, Centro de Estudiantes de Derecho, Leónidas Anastasi, Edmundo Guibourg, Diego Luis Molinari, Arturo Frondizi, Luis M. Reissig, Sixto Pondal Ríos, Conrado Eggers-Lecour, Eduardo Araujo, Avelino Sellares, Américo Ghioldi, Ernesto Sanmartino, Enrique Dickmann, Joaquín Coca, Luis Ramiconi, Alejandro Castiñeiras, José Peco, Juan José Díaz Arana, Juan Unamuno, Francisco Chelia, Alvaro Yunque, Julio Arraga, Román Gómez Masía, Arturo Orzábal Quintana, Rodríguez Guerrero, Rafael de la Vega, Salvadora Medina Onrubia, Arturo U. Illía, Deodoro Roca, Saúl A. Taborda, Jorge Orgaz, Antonio Zamora, Carlos Sánchez Viamonte, Benito Marianetti, Félix Molina Téllez, Avelino Alvarez, Aníbal Montero Mendoza, Ricardo Balbín, Emil Mercader, Ernesto Laclau, J. R. Laguingue, Adelmo R. Montenegro, Pablo Suero, Juan Sorazábal, Alvaro Guillot Muñoz, Gervasio Guillot Muñoz, Enrique Puccio, Isidro J. Odena, J. Castagnino, María Carmen de Aráoz Alfaro, Bartolomé Gowland, J. Ochoa Castro, Juan Zorrilla, Luis B. Franco, Santiago C. Fassi, César Tiempo, Carlos Mastronardi, Sergio Bagú, Saúl Bagú, O. Planas, E. Brocquen, José Barreiro, Pedro Juliá, Rodolfo Aráoz Alfaro, Clemente Gutiérrez, Bartolomé A. Fiorini, María Rosa Oliver, Lorenzo Carnelli, E. Bonfanti, Faustino Jorge, Carlota Barreira, González Carvallo, Juan Carlos Centenaro, Julio A. Notta, Carlos Riente, Pascual Cassaso, Carlos Olivari, Leo Rudni, Manuel Agromayor, Elio M. A. Colle, Elio C. Leyes, Adolfo Abello, Mario Martínez Arroyo, Conrado Monfort, L. Almonacid, José de España, Lidio G. Mosca, Samuel Eichelbaum, Miguel Gómez, Ramón R. Maza, Dino Cinelli, Félix A. Amuchástegui, Luis Reinaudi, Andrés Guevara, Bruno Premiani, Roberto Gómez, Abraham Vigo, Roberto Martínez Cuitiño, A. López Pasarón, V. Catalano, R. A. Vázquez Cey, R. Marré, R. M. Setaro, Angel Walk, Juan Avellaneda, Félix Asnaurow, Margarita del Campo, León Dourgue, Francisco Rimoli, J. Boero, Horacio Estol, Concepción Fernández, Vázquez Escalante, José Pérez Garaña, Pedro Godoy, René Hart, Ramón García, Carlos Yorío, López Ascona, Raúl Larra, Ernesto Morales, José Morales, S. Mallo López, D. Mallo López, E. Navas, Pedro Martínez, Fernando Pelletier, Alfredo Varela, José M. Chiapetti, José Fueyo, Horacio Rava, Tomás Zía.

Resoluciones del Congreso

El Congreso contra el Racismo y el Antisemitismo, considerando las modalidades de la prédica racista, sus objetivos políticos y su repercusión en los países de Latino-América, DECLARA:

- 1º Que la prédica racista encubre propósitos de expansión imperialista que comprometen la independencia política y económica de los países latinoamericanos, que es aliada inseparable de las ideas opresivas y antidemocráticas sustentadas por los países totalitarios, que representa un peligro para la paz internacional y para el orden nacional interno.
- 2º Que los gobiernos de los países democráticos, en defensa de los intereses vitales de la nacionalidad, están en el deber de poner coto a la penetración racista.
- 3º Que el racismo y el antisemitismo son armas de la reacción para destruir las normas jurídicas de las democracias y distraer al pueblo oprimido y exaccionado de las verdaderas causas de su situación.
- 4º Que esas doctrinas son contrarias al espíritu y la letra de nuestras leyes, inspiradas en los principios liberales de tolerancia y respeto de la persona humana, y vulneran especialmente las normas constitucionales que aseguran derechos iguales para todos los habitantes de la Nación.
- 5º Que las instituciones oficiales deben abstenerse de prestigiar y apoyar económicamente, mediante avisos u otras prebendas, a los periódicos, publicaciones y organismos dedicados a fomentar la propaganda racista en el país.
- 6º Que deben asegurarse los derechos constitucionales de entrar, transitar y salir del territorio argentino a todos los hombres de la Tierra, sin distinción de razas ni credos religiosos, y sin aplicar reglamentaciones administrativas sobre inmigración, de forma tal que aquellas distinciones tengan influencia sobre los derechos y prerrogativas del individuo.
- 7º Que en estos momentos urge abrir las puertas del país a los refugiados y perseguidos austríacos, alemanes, rumanos y polacos, víctimas de una despiadada persecución racial.
- 8º Que debe evitarse que en los institutos de enseñanza se lleve a cabo, en forma encubierta o desembozada, propaganda racial de cualquier índole, a cuyo fin se hace urgente revisar los textos de enseñanza, especialmente los de Historia y Geografía, y castigar a los docentes que fomenten el racismo en la escuela y desde la cátedra.

Y CONSIDERANDO la necesidad de que los grupos antifascistas organicen sus actividades a fin de asegurar la eficacia de sus tareas:

El Congreso RESUELVE:

- 1º Que es urgente llevar a cabo la unidad de acción antirracista, a cuyo fin es indispensable establecer enlaces de carácter permanente con los grupos democráticos y antifascistas, las instituciones culturales y los partidos políticos de orientación liberal.
- 2º Que urge fundar en Buenos Aires una Agencia Continental para orientar y coordinar la acción antirracista, de acuerdo con lo resuelto por el Congreso de la Solidaridad de los Pueblos, reunido en París en septiembre de 1937, a cuyo fin se encomienda su organización al Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, con sede en Buenos Aires.
- 3º Que es preciso esclarecer ante los pueblos de América los verdaderos móviles político-económicos del racismo, mediante una campaña intensa de divulgación, a cuyo fin deben crearse entidades antirracistas en todos los grandes centros de población; que estas organizaciones deben constituirse aun en los países donde no se haya hecho visible la persecución racial, ya que la propaganda antirracista es un aspecto de la defensa de la democracia; y que es menester que las organizaciones sindicales obreras realicen una intensa obra de esclarecimiento entre la clase trabajadora, para desenmascarar la esencia verdadera del racismo.
- 4º Que en los países de América la propaganda antirracista debe considerar especialmente la situación del indio y el negro; que es preciso combatir los conceptos que inferiorizan a las poblaciones aborígenes y de color, propiciar la liberación económica y cultural de esas razas para incorporarlas eficazmente al trabajo y al progreso social.
- 5º Que las organizaciones deben vigilar las actividades de las personas y grupos racistas, denunciando a las autoridades competentes, en cada caso, los atentados que se cometan contra el espíritu y la letra de las leyes argentinas, que aseguran a los hombres la más amplia tolerancia e igualdad, desde el punto de vista racial.
- 6º Que es conveniente que las organizaciones antirracistas propicien y apoyen los periódicos, libros y folletos, piezas de teatro y películas cinematográficas, conferencias y obras de arte de orientación antifascista.
- 7º Que es necesario velar, dentro de las colectividades perseguidas, de modo especial por la defensa de las clases desposeídas, que son las más expuestas a sufrir los rigores de la persecución racista.
- 8º Que es necesario llevar a cabo y alentar mediante una propaganda incansable el *boycott* a los productos de los países totalitarios, en defensa del salario de los trabajadores de los pueblos libres y para no colaborar económicamente con los Estados agresivos y guerreros; para lo cual este Congreso invita a cumplir el *boycott* sancionado por la CGT (Confederación General del Trabajo).

9º Que es necesario exhortar a todos los hombres que alientan ideales democráticos y liberales para que colaboren con las tareas antes señaladas; proclamando este Congreso su esperanza de que, por tales medios, se impedirá definitivamente en nuestro país el triunfo del racismo; y su fe en que la generosa consigna de “América para la humanidad”, se impondrá a la regresión y la barbarie fascista, porque traduce el sentir auténtico de los pueblos jóvenes de América.

**Rabino
Marshall T. Meyer**

z'l

Escoged, pues, la vida*

En memoria del Rabino Marshall Meyer z'l, un consecuente luchador por los derechos humanos que hizo de sus ideales una práctica cotidiana.

Estamos reunidos aquí, esta noche, porque tenemos memoria. ¿Y qué es memoria?

La memoria puede ser una prisión que encierre la creatividad del alma humana.

La memoria puede estar en el dolor y la sangre que fluyen de las heridas abiertas por mil latigazos.

La memoria puede producir una parálisis que nos deje encadenados para siempre a antiguos tormentos o a luminosos sueños de gloria, sin escapatoria posible.

La memoria es, también, la facultad del hombre de atesorar –en recónditas zonas de su mente– aquellas sonrisas, miradas, lágrimas, sufrimientos y amor que constituyen la celebración del pasado.

La memoria puede ser la fuerza que impulsa al ser humano a nuevas dimensiones de vida y amor, hacia un futuro desconocido hasta ahora.

La memoria es –también– un puente vital, en el cual se fusionan pasado y presente transformando el futuro, si uno puede encontrar la fortaleza necesaria para combatir a los poderes que quieren mantener el *statu quo* y esa insensibilidad que se disfraza de madurez y profundidad.

La falta de memoria encadena al hombre a la rueda sin fin del eterno retorno, donde “*ein jdash tájat hashémesh*”, nada es nuevo bajo el sol, y la escena de brutalidad, humanidad, sufrimiento es repetida una y otra vez.

La falta de memoria lleva al alma humana a vivir prisionera de un pasado condenado a la eterna reiteración, en el cual sentimientos, emociones, frustraciones, errores y dolor están destinados a ser repetidos, los árboles no tienen raíces y la identidad es artificialmente fabricada.

Esta noche estamos aquí para recordar la indescriptible brutalidad de las hordas nazis.

* Palabras pronunciadas en el acto organizado por el Movimiento Judío por los Derechos Humanos, en conmemoración del 41^{er} aniversario de la batalla del Ghetto de Varsovia. Plaza de la República, Buenos Aires, 25/4/84. En *Maj'shavot/Pensamientos*. Año XXIII, Nº 2. Abril-Junio 1984.

Estamos reunidos esta noche, aquí, para recordar que Hitler y sus asesinos causaron la muerte de más de cincuenta millones de seres humanos en la Segunda Guerra Mundial.

Estamos reunidos esta noche, aquí, rodeados por el drama y el ruido de Buenos Aires, para ser testimonio de los seis millones de judíos que fueron golpeados, asesinados y quemados por el solo hecho de ser judíos.

Esforzamos nuestra memoria y nuestra imaginación y tratamos de pensar en ese millón y medio de niños asesinados porque nacieron judíos. ¿Quién puede imaginar montañas de cabellos humanos, zapatos, ropas, dientes, huesos, o imaginar archivos y archivos y archivos que no fueron quemados ni destruidos por nazis y contienen cientos de miles de nombres?

Estamos reunidos aquí, esta noche, para recordar a los 50.000 judíos del ghetto de Varsovia que, hace 41 años, armados con algunas pistolas, rifles, granadas y *cocktails molotov* decidieron combatir contra divisiones de carniceros nazis –y no sólo en Varsovia, también en Vilna, Bialistok y otros ghettos– y, milagrosamente, durante semanas se mantuvieron firmes contra tanques y aviones y bombas y cañones, a fuerza de coraje y decisión. Una decisión que surgía de un compromiso: el compromiso de demostrar que la vida humana es sagrada y nadie puede asesinar impunemente, que aquellos que apaguen una vida humana como si soplaran la llama de una vela, pagarán esa muerte con su propia vida.

Nosotros, los judíos, estamos aquí, esta noche, bañados en las lágrimas de nuestra memoria, pero con la férrea decisión de que nunca otra vez, nunca jamás, permaneceremos callados permitiendo –por nuestra pasividad o miedo– que ocurra una catástrofe de esta magnitud.

Dijo el rabino Morris Shapiro, quien estuvo preso en Auschwitz: “Permítame decir que uno no sobrevive a Auschwitz. Las llamas de Auschwitz continúan consumiendo nuestra felicidad, nuestra fe, nuestra humanidad. Nada, a excepción de una transformación radical del espíritu humano, puede hacer que el mundo se deshaga de la sombra de Hitler. ¡Y sin embargo, no hay señal de que esto ocurra!”

Esta noche, aquí, los judíos somos testigos. En palabras del profeta Isaías: “*Atem edai, neum Adonai vaaní El*”, “*Sois Mis testigos, dice el Señor, y Yo soy Dios*” (Isaías 43:12). Para el pensamiento rabínico, esto significaba que el hombre y Dios se necesitan mutuamente, porque los rabinos interpretan la frase como sigue: “*Si tú eres Mi testigo, entonces Yo soy Dios, pero si tú dejas de ser mi testigo, entonces Yo –por así decirlo– dejo de ser Dios*” (Midrash Tehilim, en referencia al Salmo 123:1).

Nosotros, judíos, estamos aquí, esta noche, como testigos del renacimiento del Estado de Israel. Sólo Dios sabe si Israel nació de las cenizas de los campos de concentración y los ghettos, pero nosotros, seres humanos, sabemos que si Israel hubiera existido, millones de vidas habrían sido salvadas.

Nosotros, judíos, afirmamos con toda la fuerza de nuestro ser que: ¡Nunca permitiremos que Israel sea destruido!

Todos nosotros, judíos, cristianos, no creyentes y agnósticos, todos argentinos, estamos aquí, esta noche, para traer testimonio. “*Zjor et asher asá lejá Amalek*”, “*Recuerda lo que Amalek te hizo*” (Deuteronomio 25:17).

Es fácil olvidar... ¡pero no olvidaremos! Es fácil estar callado... ¡pero no callaremos! Es fácil ser insensible al dolor del hermano... pero no seremos insensibles y abriremos nuestros corazones.

Nadie ayudó a los judíos en los campos y los ghettos. El mundo se mantuvo al margen cuando los gritos que salían de las cámaras de gas eran ahogados por las excusas de naciones y líderes: no era conveniente interferir. Por otra parte, no todos los judíos eran inocentes. No resultaba inteligente debilitar el esfuerzo de guerra utilizando aviones y armas para ayudar a unos pobres judíos que, de todos modos, estaban destinados a morir.

Estamos aquí, esta noche, argentinos, en silencioso –o quizá no tan silencioso– dolor porque aquí, en la Argentina, hemos vivido nuestra propia “larga noche de horror y crimen”, de la cual nuestros compatriotas se mantuvieron al margen, callados... En un silencio dictado por el miedo, o la comodidad, o la incredulidad, o la falta de solidaridad humana, o la falta de compasión y sensibilidad, mientras los gritos de los torturados, de aquellos tirados vivos al Río de la Plata desde helicópteros, de aquellos quemados en los crematorios argentinos, de aquellos sepultados en fosas comunes en los campos de concentración argentinos... todos esos llantos y gritos eran ahogados por voces conocidas que decían: “Debe haber un motivo”, “Por algo será”, “Debemos defender a la Patria del terrorismo, que destruirá nuestros valores occidentales y cristianos”; voces que afirmaban que “en una ‘guerra sucia’, los excesos son inevitables”; voces que insistían en que “en toda guerra hay víctimas inocentes”. ¡Y el horror mayor es que todavía estamos escuchando las mismas voces, repitiendo los mismos sórdidos argumentos!

Los miembros del Movimiento Judío por los Derechos Humanos hemos convocado esta vigilia aquí, esta noche, porque creemos que no hay distinguos entre los derechos humanos de cristianos, judíos, radicales, peronistas, ateos, blancos, negros, ricos o pobres.

Hemos decidido recurrir a nuestros recuerdos, esta noche, porque –como argentinos judíos– creemos que la memoria colectiva del pueblo judío puede encerrar una enseñanza inestimable para la Argentina toda, una acción que puede ser aprendida, que debe ser aprendida. Nadie puede vivir en libertad o seguridad o comodidad mientras a su semejante le son negados los mismos privilegios.

Cuando la comunidad europea se negó a tomar en serio a Hitler, o la persecución a los judíos, redactó su propia sentencia de muerte. Toda Europa debió

pagar el precio por esta falta de respuesta adecuada. Los argentinos hemos vivido un mini-Holocausto durante los años de la dictadura militar. Nuestra tierra todavía está empapada de sangre inocente. Nuestras heridas aún están abiertas. Nuestros gritos de dolor todavía pueden ser escuchados por aquellos capaces de oír. Sin embargo, nuevas y viejas voces asumen, con orgullo, su responsabilidad por los excesos y hablan de “guerras sucias”.

Exijamos un lenguaje honesto. Exijamos a aquellos que se presentan como estridentes voceros de la civilización occidental y cristiana que admitan que han asesinado en forma indiscriminada. Exijámosles que admitan que han arrojado a los vientos todo signo de justicia y decencia. Exijámosles que admitan que, por su sola cuenta, han juzgado y asesinado sin justicia y sin jueces de la ley. Exijámosles que admitan que han torturado. Exijámosles que confiesen las barbaridades que han cometido, la utilización de crematorios, la venta de niños, el asesinato de jóvenes madres, las fosas comunes. Que nadie tape sus oídos. Que sus voces resuenen, claras y estridentes. ¡Y que nuestra respuesta sea aún más clara y estridente!

El pueblo argentino exige justicia. El pueblo argentino exige que los asesinos y torturadores no recorran las calles libremente. Queremos construir una sociedad basada en el respeto mutuo y la integridad. No queremos venganza. Queremos que se haga justicia porque el profeta nos ha enseñado que, a través de la justicia, Dios es santificado: “*Ha-El hakadosh nikdash bitzdaká*” (Isaías 5:16)

En esta noche, en el cuarenta y un aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia, exigimos justicia y el consiguiente castigo a todos aquellos que sean hallados culpables de la represión y asesinatos ocurridos bajo la dictadura militar. ¡Exigimos esto porque si no hay justicia hoy, no habrá democracia mañana! Quienes no sientan culpa por el pasado serán quienes planifiquen el golpe futuro. Pacientemente debemos construir una democracia genuina, una tradición pluralista. Esto implica un sistema educacional completamente nuevo. Significa acción, no demagogia.

Ejercemos nuestra memoria para que nunca más permitamos que persona o fuerza alguna tome la ley en sus propias manos. Aseguremos la voluntad de la mayoría reafirmando los derechos de la minoría. Afrontemos con honestidad y profundidad la extraordinaria complejidad de los problemas que se nos presentan. Renunciemos a todo credo idólatra que nos haga caer en la magia y la mitología. Basta de *slogans*. Basta de clichés.

Reemplacemos con trabajo duro y honesto tanta tontería repetida. Mantengamos un diálogo genuino. Respetemos las diferencias de opinión, que haya una comprensión profunda de hechos y seres. Ya no tenemos derecho a quedarnos “piola, en el molde”. ¡Debemos quebrar los moldes de la pasividad! Ya no hay derecho a vivir basado en el “no te metás”. Debemos comprometernos con una Argentina más justa.

Que nuestra memoria nos sirva de tal modo que los sueños dorados del pasado, así como sus tormentos y dolores, puedan fundirse juntos en una democracia social flexible, que sea capaz de responder a las exigencias del futuro.

Si así lo hacemos, habremos respondido al pasado, estaremos respondiendo al momento, estaremos respondiendo al futuro.

Está escrito en el *Deuteronomio* (30:19): “*Convoco al Cielo y a la Tierra a testimoniar contra ti en este día. Ante ti he desplegado la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Por lo tanto, elige la vida que tú y tus hijos puedan vivir*”.

Ubajarta bajaím... Escoged, pues, la vida.

**Prof. Yehuda
Bauer**

Historiador.
Asesor Académico de
Yad Vashem.

Día Internacional de Rememoración del Holocausto

El 27 de enero de 1945, el “Ejército Rojo” liberó el campo de concentración y exterminio de Auschwitz. No fue éste el final de la matanza de la Segunda Guerra Mundial, que costó la vida de unas 35 millones de personas, en su mayoría civiles. La guerra aún continuaría más de tres meses.

Unos diez días antes de la liberación de Auschwitz, 58.000 prisioneros fueron obligados a salir de allí caminando porque los nazis no querían que cayeran vivos en manos de sus liberadores. Vivirían lo que se ha conocido como las “Marchas de la Muerte”. Alrededor de la mitad murió en su transcurso. Dejaron atrás las cenizas y los huesos de mucho más que un millón de seres humanos, la mayoría gaseados; un millón de los cuales eran judíos y unos 7.000 prisioneros enfermos y moribundos, tanto niños judíos como romaníes (gitanos), con los cuales los médicos alemanes habían realizado criminales experimentos médicos.

¿Qué había provocado esa guerra, el más terrible conflicto en la historia de la humanidad hasta ese momento? No fue primariamente una cuestión económica. La Alemania nazi había emergido de la crisis de los treinta, había vencido al desempleo, el nivel de vida había vuelto a ser más o menos el que había en los veinte y estaba mejorando. Tampoco era amenazada por otro país; por el contrario, Alemania estaba amenazando a otros. Tampoco fue una causa el deseo que el pueblo alemán pudiera tener por la guerra, como lo refieren en forma unánime todos los observadores de aquel tiempo.

El conflicto fue causado por los dirigentes nazis por razones puramente ideológicas, y la ideología contenía dos elementos principales. Uno, el deseo de controlar Europa y, a través de ella, el mundo entero para edificar una jerarquía racial y global que tuviera a los pueblos nórdicos de la raza “aria” en el lugar más elevado y a todos los demás, debajo. Para conseguirlo, Europa debía ser

* Discurso pronunciado en la Organización de las Naciones Unidas, 27/1/06.
Traducción del inglés: **Diana Wang**.

conquistada. Las poblaciones germánicas se asentarían allí y garantizarían la explotación de los recursos agrícolas e industriales de la región en favor de Alemania, asegurando –en consecuencia– su supremacía sobre sus enemigos. Polacos, rusos y otros serían los esclavos que trabajarían en beneficio de la “raza maestra”.

El segundo elemento importante en la ideología nazi era el antisemitismo. Veían a Jesús como el Satán que controlaba a todos los enemigos de Alemania. En un extremo, a sus ojos, estaba Hitler, el nuevo Jesucristo, el Salvador que llevaría a la humanidad –bajo el imperio germánico– a un futuro de gloria. En el otro extremo estaba el “judío satánico” que intentaba evitar esta utopía de conquistar el gobierno global.

En nombre de aquella utopía de un nuevo mundo racista y maravilloso, la gran mayoría del pueblo alemán fue persuadida de abandonar su moralidad aceptada e integrar el proceso necesario para que se cometieran vastos asesinatos. Estos incluyeron al menos tres genocidios: el de los polacos, los roma (gitanos) y los judíos. Jamás debemos olvidar que las utopías matan; las utopías radicales y universalistas, como el nacionalsocialismo, el comunismo y los radicales que apoyan –hoy– el terrorismo global, matan radical y universalmente.

La ideología antisemita estaba basada en una distorsión del cristianismo: era anticristiana porque Jesús de Nazaret y sus discípulos tuvieron origen judío. El nazismo desarrolló tradiciones antisemitas cristianas, tales como la leyenda de la conspiración mundial judía, que actualmente es revivida por las ideologías radicales islámicas. El antisemitismo cristiano provenía de la disputa entre cristianismo y judaísmo, en el mundo antiguo, por las almas de romanos y griegos. Las acusaciones se transformaron en asesinatos cuando el cristianismo se constituyó en una religión de Estado y usó el poder del Estado para imponer sus ideas. Con el transcurso del tiempo se agregaron otras invenciones y supercherías, tales como la acusación del libelo de sangre, que acusaba a los judíos de matar a niños no judíos para usar su sangre como alimento; una superstición mortal diseminada, hoy, entre los mismos radicales que promueven el terrorismo mundial.

Pero el cristianismo y el islam nunca planearon un genocidio de judíos. Eso quedó para el mundo secularizado y anticristiano de un grupo de intelectuales europeos que estaban frustrados por las crisis introducidas con los desarrollos económicos y sociales.

La ideología nazi, en consecuencia, fue la fuerza que motivó el deseo alemán por la guerra; ciertamente existieron consideraciones pragmáticas, pero fueron secundarias. No es una exageración decir que la Segunda Guerra Mundial y la muerte de decenas de millones de personas, la destrucción de países y culturas, la tortura y muerte de niños y adultos, fueron causados –en parte– por el odio hacia los judíos. A todos los que aún hoy dudan en actuar contra la propaganda antisemita, venga de donde venga, es preciso preguntarles: ¿no han aprendi-

do la lección? ¿Saben que es un veneno que mata incluso a quienes lo propagan? Algunos de nosotros, como los gobiernos de los 55 países de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa, que se han comprometido a luchar contra el antisemitismo, ya parecemos haberlo comprendido.

Auschwitz se ha transformado, con toda razón, en el símbolo del mal como tal. Para el pueblo judío es el mayor cementerio del mundo, un cementerio sin tumbas. Pero lo asesinado en los campos de exterminio no fue sólo gente, por si no fuera suficiente; otra parte fue el intento de erradicar la cultura judía, una civilización, una tradición que proveyó una de las columnas de la civilización moderna.

Una es la especificidad del destino judío, la otra contiene implicaciones universales; son dos lados de una misma moneda. Los judíos fueron las víctimas específicas del genocidio. Pero sus implicancias son universales porque quién sabe quién puede ser “los judíos” la próxima vez.

Por supuesto que existen paralelos entre la *Shoá* y otros genocidios. El principal es que el sufrimiento de las víctimas es el mismo. Un asesinato es un asesinato, el homicidio de un niño es el homicidio de un niño, la tortura es la tortura, la violación es la violación. El hambre, las enfermedades y la humillación son las mismas en todos los asesinatos masivos. No hay gradaciones, y ningún genocidio es mejor o peor que otro; nadie es más víctima que otro.

El otro paralelo es que cada genocidio es perpetrado con los mejores medios técnicos y burocráticos disponibles para los perpetradores. El actual genocidio en Darfur está perpetrado con la ayuda de bombardeos aéreos; se usan teléfonos celulares y la burocracia gubernamental apoya a los asesinos y evita una efectiva intervención externa. En Ruanda, el genocidio fue perpetrado con la ayuda de la estación central de radio, que daba instrucciones a los asesinos, y la burocracia central del gobierno, que había sido desarrollada sobre modelos europeos por intelectuales, algunos de los cuales habían estudiado en las mejores universidades francesas, belgas y canadienses.

La Alemania nazi usó la burocracia moderna y los mejores medios tecnológicos a su disposición. Los hutus y los janjaweed no tenían y no tienen gas; los alemanes sí, y lo usaron. Sí, es verdad que la *Shoá* fue perpetrada en el propio centro de Europa y de la civilización mundial y que sus perpetradores principales venían de los mismos lugares en los que se originaron algunos de los logros culturales más maravillosos de la raza humana. El pueblo alemán ha producido a Kant y Hegel, Mozart, Beethoven y Brahms, Durero y Planck; desdichadamente, no fueron éstos los nombres de quienes condujeron Alemania en los treinta y los cuarenta. El hecho que esta tragedia sucediera en el centro de la supuesta civilización más avanzada no tenía precedentes. Pero el que fuera realizada con los mejores medios técnicos disponibles para los perpetradores sí tiene un paralelo con otros genocidios.

Los investigadores políticos han mostrado que, durante el siglo XX, un vasto número de civiles y prisioneros de guerra desarmados han sido asesinados por gobiernos y organizaciones políticas; algunos dicen que fueron 91 millones de personas, otros, aún más. A esto se le suman unos 34 millones de soldados que cayeron en las guerras de ese período, incluyendo las dos mundiales. Esto significa que murieron muchos más civiles que soldados. De aquellos, cerca de seis millones fueron judíos que perecieron en el caso más extremo de genocidio existente.

¿Por qué es la *Shoá* el caso más extremo? ¿Por qué es cada vez mayor la cantidad de gente interesada en esta tragedia en particular? ¿Por qué hay una inundación de obras de ficción, teatro, cine, series de televisión, arte, música y, por supuesto, investigaciones académicas, históricas, sociológicas, filosóficas y psicológicas, en una medida que raramente pueda ser igualada respecto de otros sucesos históricos?

Pienso que la razón es que mientras todos los elementos de cada genocidio se repiten en otros, hay elementos en la *Shoá* que no tuvieron antecedentes, que no pueden ser encontrados en genocidios que la precedieron. Además del hecho que sucedió en el centro de la civilización humana, son cinco esos otros elementos.

Uno, que los perpetradores trataron de encontrar, registrar, marcar, humillar, disponer, concentrar y asesinar a cada persona que tuviera tres o cuatro abuelos judíos por el crimen de haber nacido hebrea. No había precedentes de eso.

Dos, debía hacerse –definitivamente– en todas partes del mundo; entonces, por primera vez en la historia hubo un intento de universalizar el genocidio.

Tres, había una ideología muy inusual. Sabemos –por supuesto– que todo genocidio es racionalizado por una ideología basada en factores pragmáticos, como aspectos económicos, sociales, políticos o militares. Así, en Ruanda, la ideología hegemónica hutu se desarrolló en un contexto pragmático de lucha por el poder dentro del sistema y de lucha militar contra una fuerza de invasión compuesta mayormente por personas de la minoría tutsi perseguida. Pero con los nazis, los elementos pragmáticos eran menores. No mataron judíos porque querían sus propiedades. Robaron sus propiedades en el proceso de deshacerse de ellos: primero, mediante la emigración; después, por la expulsión; y al final, con la muerte. Mataron a trabajadores judíos de fábricas de armamento cuando precisaban de cada par de manos, luego de la derrota en Stalingrado, en los comienzos de 1943. Mataron gente en el gueto de Lodz, en 1944, donde se producía casi el 10 por ciento de toda la ropa que usaba el ejército alemán. Asesinaron a trabajadores esclavos judíos que construían caminos por los cuales debía transitar el ejército alemán. Si hubieran estado movidos por las modernas prácticas capitalistas, económicas y efectivas en términos costo-beneficio, habrían robado las propiedades judías y, luego, utilizado la fuerza de trabajo esclava para sus propios propósitos,

como lo hicieron con los polacos, por ejemplo. Pero no, tenían que asesinar a los judíos porque ésa era la ideología que los conducía.

La ideología nazi tenía la característica de las pesadillas. Creían en una conspiración mundial judía, una imagen en espejo de su propio deseo de controlar el mundo. La vieja trama desarrollada en la conocida superchería *Los protocolos de los sabios de Sión*, producida a comienzos del siglo XX por la policía zarista rusa, fue despertada, usada y adaptada por los nazis y sigue siendo propagada en todo el globo por movimientos y regímenes antisemitas. Creían en la acusación del asesinato ritual de niños no judíos en manos de judíos; otra vez, una leyenda delirante que sigue envenenando las mentes de tantos en el mundo. El genocidio de los judíos, luego, se basó en pesadillas que se transformaron en ideologías, y eso no tenía precedentes.

Cuatro, la utopía de la jerarquía racial y global con un real enemigo satánico, los judíos, que debían ser eliminados. No hay razas, todos los humanos nos hemos originado en África. Aborígenes, australianos, rusos, norteamericanos, chinos, Albert Einstein, todos venimos del mismo lugar. La pseudociencia racista de los nazis planeaba una utopía que llevó al asesinato de los judíos.

Y quinto, los judíos son los últimos restos sobrevivientes de los tres pilares originales de lo que es conocido inadecuadamente como la civilización occidental: Atenas, como el origen de la estética, la poesía, la literatura, la arquitectura, la filosofía; Roma, que nos dio la idea de un Estado ordenado y también desarrolló una literatura y una arquitectura de la que ha aprendido la moderna civilización; y Jerusalén, con sus profetas y su ética representando las aspiraciones de la humanidad. Los modernos griegos e italianos no hablan el griego antiguo o el latín; rezan a dioses diferentes y escriben distintas literaturas. Pero los judíos todavía hablan el idioma antiguo, y su civilización es una continuación directa y un desarrollo de su cultura antigua. Los nazis se oponían conscientemente a todos los valores de la civilización europea, tales como el liberalismo, la democracia, el socialismo y el humanismo, y querían destruirlos. Veían en los judíos a los símbolos de aquellos valores que querían eliminar; la destrucción de la gente que los simbolizaba fue lo que siguió.

La *Shoá* no tuvo precedentes, y nuestra expectativa era que se hubiera convertido en una advertencia, no en un antecedente. Pero se ha probado nuestro error. Se ha vuelto un precedente y fue seguido por otros genocidios. ¿Qué significa esto para la humanidad? ¿Qué significa para las Naciones Unidas? ¿Qué haremos respecto de las Naciones Unidas?

Cuando tenía cinco años, le dije a mi madre: “Mamá, no sos hermosa, pero sos mía”. Las Naciones Unidas son nuestras; son las mejores Naciones Unidas que tenemos, no tenemos otras. Entonces, más que oponernos o criticarlas, apoyémoslas y tratemos de que mejoren y sean más efectivas para proteger a la humanidad.

¿Hay posibilidad de éxito si intentamos prevenir genocidios usando nuestra comprensión de aquel paradigmático de los judíos y su comparación con otros que han sucedido después? ¿Es acaso la propensión a asesinar y a hacerlo masivamente algo que todos llevamos dentro, de alguna manera? Creo que los humanos tenemos el instinto de matar, sea a individuos o a grupos, y que somos los únicos mamíferos que matamos a nuestra misma especie en grandes cantidades. Ello podría ser el resultado de nuestro desarrollo como especie: cuando nos defendemos, protegemos a nuestras familias, clanes, tribus, naciones y territorios de enemigos reales o imaginarios para eliminarlos.

Si no tuviéramos ese instinto, ¿cómo podemos explicar el hecho que prácticamente todas las sociedades tengan leyes contra el asesinato? Si no estuviéramos inclinados al homicidio, esas leyes serían completamente superfluas. Con diferentes crianzas y procesos de socialización y una historia diferente de nuestras comunidades, todos podríamos convertirnos en asesinos masivos. Pero si ello es así, ¿hay una manera realista de prevenir los brotes de genocidas?

La *Shoá* es uno de los genocidios que puede proveer una respuesta a esta cuestión: en Yad Vashem, el instituto israelí y judío para la conmemoración de la *Shoá*, sabemos que tenemos más de 21.000 nombres de individuos y grupos que han rescatado a judíos y pensamos que el número real debe ser –al menos– diez veces mayor; no conocemos los otros nueve décimos. Tal vez sean una pequeña proporción de los pueblos europeos los que han salvado a sus prójimos humanos, pero evidencian que hay una alternativa, que existe en nosotros la posibilidad de acceder a la salvación de otros humanos, aun a riesgo de nuestras propias vidas. La razón básica de por qué ustedes y yo estamos hoy acá es que queremos hacer todo lo que podamos para que la gente se aleje del polo asesino que todos tenemos y se acerque al polo del autosacrificio, que también tenemos, en pos de los demás.

Les daré un ejemplo: en el pequeño poblado de Kurenets, en la actual Bielorrusia, vivían unos 1500 judíos cuando fue ocupado por los alemanes. Inmediatamente esclavizaron a los judíos y cercaron, con un alambrado de púas, la plaza central para las masas de prisioneros de guerra soviéticos que habían sido capturados en las primeras semanas de su invasión a la Unión Soviética. Cada día traían a miles, andrajosos, desesperadamente hambrientos y sedientos, heridos y enfermos, y los llevaban, en la mañana siguiente, hacia el Oeste. Los esclavos judíos debían llevar barriles de pan y agua para los prisioneros. Entre los trabajadores esclavos había un grupo de ocho jóvenes que ya habían empezado a pensar en resistir. Uno de ellos, Zalman Gurevich, se acercó al capitán soviético Pyotr Mikhailovich Danilochkin, quien acababa de decir: “¡Sáquenme de aquí!”. Gurevich, de acuerdo con sus amigos, decidió ayudarlo. Se puso una segunda capa de ropa de trabajo con la estrella judía y entró en el espacio cercado llevando un barril. Escondido entre la multitud de prisioneros de guerra desespe-

rados, Danilochkin se puso rápidamente el segundo traje que llevaba Gurevich y se transformó en un trabajador esclavo judío por el resto del día. No había gueto en Kurenets, y a la noche, los trabajadores podían volver a sus casas. Gurevich llevó a Danilochkin a lo de sus padres, quienes lo cuidaron hasta que recuperó la salud. Danilochkin fue el organizador del primer grupo de partisanos en Bielorrusia, y nunca olvidó a quienes lo rescataron y salvaron. Los ocho del grupo fueron los primeros judíos que se le unieron. Cuando los alemanes vinieron a matar a los judíos de Kurenets, unos trescientos se fueron con los partisanos de Danilochkin, quienes los ayudaron como pudieron. Los jóvenes y fuertes se volvieron miembros de las unidades partisanas; otros entraron clandestinamente en el territorio no ocupado de la Unión Soviética. Unos 150 sobrevivieron.

¿Qué les he contado con esto? Les dije que, durante la *Shoá*, los judíos rescataron a un no judío, a quien no conocían, arriesgando sus propias vidas, y luego, ese no judío y sus camaradas rescataron a judíos, a quienes no conocían, arriesgando sus vidas. Ciertamente, la *Shoá* revela la hondura de la depravación humana, pero hay en sus márgenes picos que muestran el autosacrificio que algunos humanos hacen por los demás. Es esto lo que nos indica que hay una alternativa, que los intentos por impedir los genocidios —como por ejemplo, la Oficina del Consejero Especial del Secretario General para la Prevención del Genocidio y varias ONG y gobiernos— no son, después de todo, una tarea sin esperanzas. Pero el fracaso, hasta ahora, de la comunidad internacional para tratar con el actual genocidio en Darfur muestra cuán grande es la dificultad.

La expansión de la Alemania nazi pudo haber sido evitada, así como el comienzo de la guerra y la comisión del genocidio, no por causa de los bellos ojos de los judíos, sino por los intereses de los grandes poderes: Inglaterra, Francia, la Unión Soviética y los Estados Unidos. No lo hicieron, y lo pagaron no sólo con el asesinato industrial de cerca de seis millones de judíos, sino con la muerte de decenas de millones de sus propios ciudadanos y la destrucción de Europa. Si no se puede detener el genocidio de Darfur, éste se difundirá, habrá más masacres genocidas y el precio para el mundo será muy pesado.

Los intereses económicos son uno de los primeros factores que impiden la prevención, pero la gente debiera advertir que es mucho más barato impedir un genocidio que pagar por la reconstrucción más tarde. Nadie gana con matanzas genocidas, incluidas las comunidades de las cuales provienen los perpetradores.

El hecho es que en muchos —si no en casi todos— los sucesos genocidas, el escape y la impunidad de los líderes de los asesinos es otro escándalo, que la comunidad internacional debe rectificar. La impunidad estimula más masacres genocidas. Después de la *Shoá*, algunos altos jefes del régimen nazi fueron llevados a juicio y una cantidad de otros fueron sentenciados en los sesenta, en Alemania. Pero miles de criminales de nivel medio no fueron llevados a juicio, o escaparon con diferentes estratagemas. Un consenso internacional efectivo de-

bería hacer que todos los potenciales asesinos masivos advirtieran que hay un precio muy pesado por pagar si se dejan de lado los principios morales básicos.

Somos una sola raza humana, interconectada e interdependiente. Las políticas que no están basadas en consideraciones morales son, al final del día, muy poco prácticas. Es en base a estas consideraciones que les solicito me permitan repetir aquí lo que dije exactamente hace ocho años en mi discurso al *Bundestag*: “Vengo del pueblo que entregó los Diez Mandamientos al mundo. Convengamos que estamos necesitando otros tres mandamientos: no serás un perpetrador, no serás una víctima y nunca, pero nunca jamás, serás un observador indiferente”.

**Manuela
Fingueret**

Escritora.

El alma de la memoria

¿Es posible escribir poesía después de Auschwitz?

Esta pregunta nos enfrenta a algunos de los dilemas que plantea la *Shoá* como paradigma trágico de la humanidad.

Y escribir después de Auschwitz permite rescatar a cada uno de los masacrados y reivindicar la dignidad del pueblo judío y de todos los pueblos frente al exterminio masivo y planificado con cruel alevosía.

Primo Levi, sobreviviente de un campo de exterminio, escribió libros conmovedores de sus vivencias y en uno de sus poemas invoca: “*Pensad que esto ha sucedido:/Os encomiendo estas palabras./Grabadlas en vuestros corazones/al estar en casa, al ir por la calle,/al acostaros, al levantaros.*” Sabía que la memoria también puede convertirse en ficción cuando se la banaliza. Cuando el mundo repite su brutalidad en Vietnam, Camboya, los Balcanes, las tribus de Africa, los talibán, el terrorismo o el genocidio de Estado –como ocurrió en la Argentina– invocando a Dios, la supremacía étnica o la razón política, es necesario acceder a otros confines para recobrar el sentido de una memoria.

Se han concebido obras conmovedoras y se rescataron testimonios invaluable después de la *Shoá*, que desnudan resistencias inefables por parte de las víctimas y aullidos dolorosos o callados frente a los verdugos o al silencio de los que sabían y callaron.

En el filme de Alain Resnais *Noche y niebla*, una voz avanza sobre el paisaje de un campo de exterminio abandonado:

“La sangre se ha coagulado, las bocas se han callado, los bloques sólo son visitados por una cámara. Una extraña hierba ha crecido y ha cubierto la tierra gastada por el paso de los concentrados.”

Mirada que pone en imágenes el desasosiego que produce un paisaje calmo que oculta las cenizas de miles de cuerpos bajo el manto inocente de un día soleado.

El Museo del Holocausto de la Argentina se ha propuesto reunir a los diversos actores de una historia que nos compromete como judíos, como argentinos y como habitantes de un mundo en donde el dolor, la culpa y la piedad parecen

extinguirse. Y es importante que se constituya en un espacio de referencia pedagógica, de investigación y consulta, en tanto avance en el insustituible objetivo de incluir los genocidios emblemáticos contemporáneos en una visión conceptual abarcadora.

Auschwitz desnudó la inhumanidad de lo humano y aún buscamos significados inequívocos que nombren el horror y la violencia en tiempos en los que la barbarie ha globalizado su simiente y el mal se ha instalado como un pasatiempo que se mira en pantalla gigante.

Romper el silencio con el que se aislaron los sobrevivientes y al que los sometieron quienes prefieren saber lo menos posible y escuchar sin comprometerse es una tarea ineludible que como ciudadanos nos debemos, en un país que deambula por sus propias iniquidades.

Después de Auschwitz, escribir, poner en escena y hallar nuevas metáforas es una actitud que puede rescatar el alma del olvido del desván de los objetos en desuso al que la hemos confinado con demasiada naturalidad.

**Dr. Salo
Lotersztein**

Doctor en Psicología,
docente universitario y
crítico en cinematografía.

Preservar la memoria de la *Shoá*

Preservar la memoria de la *Shoá* es parte de nuestra identidad, de nuestra condición humana, de nuestro deseo de un orden universal más justo, lo que implica –también– la cuestión del cuidado de esos valores. Es un no “bajar la guardia” en un mundo contemporáneo que se presenta sumamente peligroso y altamente confrontativa, y que –a menudo– muestra signos de estar al borde de la explosión.

Entonces, la sagrada memoria de la *Shoá* –que hoy puede convertirse en nuclear– nos alerta, nos recuerda y nos alienta vigorosamente a exclamar: “¡Nunca jamás!”.

Cabe a los educadores, en general, y a las instituciones comunitarias y a sus dirigentes, en particular, el mantener viva la “llama” de la *Shoá* por medio de la profundización de la identidad, las actividades recordatorias, el desarrollo continuo de programaciones relativas a los sucesos que llevaron a esa noche aciaga de la humanidad.

Mis tareas de investigador, conferenciante, expositor y docente del fenómeno cinematográfico me han posibilitado llevar a la gente que me acompañó en los diferentes cursos (universitarios, grupos de estudio, cursillos, presentaciones de filmes, etc.) algunas de las postulaciones teóricas que he mencionado, en cuanto a la difusión de la temática de la identidad judía y el recuerdo y la memoria de la *Shoá*.

Para el tema de la identidad me he valido del trabajo con filmes tan paradigmáticos como *El otro señor Klein* (Joseph Losey, 1976), que también incluye la persecución de los judíos en la Francia ocupada y el lugar de un cristiano en la tragedia; *Identificación de un homicidio* (David Mamet, 1991), magnífico estudio referido a la búsqueda de la identidad judía en una verdadera “tierra de nadie” individual; *Europa, Europa* (Agnieszka Holland, 1992), un hondo y estremecedor fresco sobre el periplo de un joven judeoalemán en tiempos del estallido del nazismo y la persecución de la que fueron objeto los judíos en varios países europeos, como Rusia, Polonia y la misma Alemania. El protagonista vuelve a su país e ingresa en una escuela de jóvenes “destacados”, haciéndose

pasar por nazi y torturando su alma y su cuerpo para intentar –inútilmente– “arrancar” su judaísmo. Se salva milagrosamente de la muerte en un campo de concentración, es liberado por el ejército soviético y se reencuentra allí con su hermano, para establecerse –luego– en Israel.

De la temática centrada en la *Shoá* he traído al presente, para compartir con la gente, *El Diario de Anna Frank*, un hermoso homenaje fílmico del gran Georges Stevens al libro de una adolescente inmolada por los nazis; *Mujeres heroicas*, la valiente película polaca de Wanda Jakubowska, de 1948, sobre la rebelión de un grupo de mujeres en Auschwitz; varios episodios de la monumental obra de Claude Lanzmann *Shoah* (1989); *Memoria-Voyages*, el más reciente filme de Emmanuel Finkiel (1999), entre otros títulos.

Con respecto a las películas con temática centrada en la *Shoá* quisiera referirme a ciertas experiencias con algunos grupos privados o institucionales, incluida una alta casa de estudios universitarios.

A menudo, los grupos me solicitaban no tocar dicha temática, refiriendo estar “saturados” o “sobrecargados” de la misma puesto que se les hacía muy difícil o penoso confrontarla, sobre todo al universo concentracionario y su inmenso horror.

Cuando surgió el fenómeno Roberto Benigni, con su conflictivo filme *La vida es bella* –que, entiendo, debe estar comprendido en lo que Claude Lanzmann llamó la “banalización de la *Shoá*”–, mucha gente alzó su viva voz a favor de la “libertad del creador”, que habilitaría a un artista a referirse al cruel genocidio de seis millones de nuestros hermanos vinculándolo con juegos de lotería o de apuestas que le harían ganar al pequeño niño –protagonista verdadero de la película– un mil puntos, equivalentes a un tanque norteamericano en la concepción de Benigni. El tanque sí aparece, al final del filme, cuando el padre ha muerto. El vínculo entre un padre y un hijo lo justificaba todo, a pesar de que en los campos de concentración habían muerto 1.500.000 niños, de quienes nada se decía.

Había sido invitado a formar parte de una mesa de debate relativa a esta temática, y habiendo preparado un cortometraje de montaje opuesto a la línea lúdica de ocultación elegida por Benigni, comencé a mostrarlo. Llegado un cierto punto, una mujer me pidió que interrumpiera la exhibición porque era “muy fuerte”.

Las escenas objetadas eran parte del documental *Noche y niebla* (1955), del extraordinario director francés Alain Resnais, y mostraban los inenarrables sufrimientos y el exterminio cruel, en los “campos”, de judíos por el solo hecho de serlo y a pesar de no formar parte de la contienda bélica mundial. En gran parte, dichas escenas provenían de documentos filmados por los mismos nazis. (Resnais ya había presentado otros notables documentales, como *Van Gogh*, *Guernica*, *Toda la memoria del mundo*, y más tarde, dicho realizador revolucionaría el lenguaje cinematográfico con *Hiroshima, mon amour*.)

Pregunté a esa misma gente que daba su conformidad al tratamiento comedia-fábula de *La vida es bella*, de Benigni, qué sentirían si se mostraran episodios tan dolorosos como algunos que conocemos por haber tenido lugar en el llamado “Proceso” argentino o en cualquier otro hecho o acción que significara cercenar vidas o hacer “desaparecer” gente atribuyéndoles puntaje, como en un juego, al estilo de la por ellos ponderada *La vida es bella*.

Yo lo sentía revulsivo e infamante. ¡Era ciertamente ultrajante! ¡Un sacrilegio a su memoria! ¡Por qué, entonces, lo aceptaban en el marco de la Shoá, en un campo de concentración criminal y asesino como el de Auschwitz? ¡Porque los masacrados eran judíos? ¡No puedo comprenderlo! Cuando se lo pregunté a la mujer que inicialmente había cuestionado el cortometraje, no pudo contestarme.

La polémica suscitada por la mencionada película italiana incluía hechos tan incomprensibles para mí como el premio que se le otorgó al filme en Jerusalén o el apoyo a su contenido por parte de algunos intelectuales, e incluso sobrevivientes. No lo comprendo, aunque puedo aceptar la libertad de opinión.

En materia artística y con referencia al arte cinematográfico, el famoso crítico italiano Luigi Chiarini ha dicho que “fondo y forma constituyen una unidad inseparable” y que no hay formas estéticas que justifiquen lo inmoral.

Tiempo después –y sobre todo, con el estreno de *Memorias-Voyages*– fue surgiendo una posición estética que clasificaba las películas sobre la Shoá en:

a) Una línea documentalista: En ella estarían la nombrada *Noche y niebla*, de Resnais (el material de los “campos” fue filmado por el ejército alemán) y *Shoah*, de Lanzmann, como reportajes que reconstruyen sucesos reales, pero no son ficcionalizados. Las entrevistas son reales; los entrevistados, sobrevivientes.

b) Una línea de ficción: Aquí estaría incluida *La lista de Schindler* (S. Spielberg, 1994), *La vida es bella* (R. Benigni, 1997) y *Por aquello que amamos* (Roberto Enrico, 1985).

c) Una línea nueva: Surgiría con *Memoria-Voyages* (Emmanuel Finkiel, 1999). La vida no es bella, sino dramática e impredecible; no sucumbe a la nostalgia, ni al sentimentalismo. Finkiel dice que es “ficcional”: el trozo de vía férrea que aparece bajo la nieve no estaba allí, fue puesto para crear un efecto, lo mismo que la casa que aparece cerca de donde se detiene el ómnibus que los lleva a Auschwitz. (Agregaría que en los documentales más rigurosos se eligen planos, se recortan hechos, se desechan elementos que no son funcionales, según el ojo-cámara del realizador.)

A Finkiel le molestaría el dolor ostentoso, lo melodramático. Dijo que “*los filmes de testimonio pretenderían tener el monopolio del dolor*”.¹

¹ “Entrevista con Emmanuel Finkiel y Yael Fogiel”, en Otro campo, 2001. www.otrocampo.com/4/finkiel.html.

Con referencia a la misma película de Finkiel, Pablo Klappenbach sostiene:

La representación del horror es, quizás, el eje problemático más importante de este siglo. Fundamentalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial y las matanzas provocadas por el nazismo, la discusión en el ámbito artístico, y específicamente en el cine, giró en torno de cuál era la forma más eficaz de representar los hechos ocurridos. Un problema surgió de inmediato: cómo dar cuenta del horror a partir del lenguaje, a partir de las imágenes (o las imágenes del lenguaje), sin banalizar los hechos. El relato simplifica, pero no sólo a nivel de los detalles, sino también en cuanto asimila, torna normales los hechos relatados. De esta manera, aquello que en primera instancia surge como terrible, inefable, in traducible e irreplicable logra un espacio dentro de lo conocido; o sea, dentro de la norma.²

Yo diría que *Memorias-Voyages* es un hermoso filme sobre la memoria que sostienen los recuerdos de la Shoá, pero que se proyectan sobre el futuro de un padre anciano, sobreviviente, que busca a su hija en Francia y, patéticamente, la confunde con una francesa del mismo apellido, quien termina ayudándolo a quizá reencontrar a su familia. También desarrolla el vínculo que une a las diversas diásporas, a través de tres mujeres situadas en sendas ciudades importantes del mundo actual: París, Tel Aviv y Moscú.

En tanto, *La lista de Schindler* –aun siendo ficción– es una excelente reconstrucción de impactantes y dolorosos sucesos de la Segunda Guerra Mundial –la persecución y el horror vividos por poblaciones enteras, víctimas del nazismo–, pero se centra –esencialmente– en la posibilidad de cambio de sentido en la vida de un hombre que se inclina hacia el bien y –sobre todo– a cómo mejorar la condición humana, posibilitando la vida de otros seres.

Agregaré que el cine de Lanzmann está más en una línea documental que ficcional. Reiteraremos que las entrevistas son auténticas, verdaderos los relatos, y cuando se los ilustra, no se utilizan dramatizaciones, sino que se recrean o reproducen climas que están muy cerca de los estados de ánimo que probablemente despertaron. Por ejemplo, un cielo gris y un crudo paisaje invernal acorado acompañaban el recuerdo que uno de los sobrevivientes entrevistados reconstruía de un hecho macabro, surgido de la locura diabólica nazi, como el desenterrar los cadáveres para incinerarlos masivamente –una vez que se hubieron construido los hornos crematorios–, dejando las tareas primeras en manos de los familiares que aún quedaban, prohibiéndoles toda referencia a seres humanos. Debían hablar de “marionetas”, “muñecos”, etc. (A veces, los re-

² Klappenbach, Pablo. “El horror del lenguaje”, en “Críticas” de *Otro campo*, 2001. www.otrocampo.com/criticas/memorias.html.

conocían por los restos de ropa que aún conservaban.) Esto último era realmente opuesto a la conservación de la memoria; su objetivo era profanar el recuerdo querido.

Los títulos cinematográficos sobre temática de la Shoá son ya considerables y permiten una labor educadora importante por su impacto y fácil acceso.

La educación directa en el secundario, por medio de la inclusión de esta problemática en las cátedras de Historia universal, es el mayor reaseguro de que el mensaje del “¡Nunca más!” podrá integrar la mente de los adolescentes y futuros jóvenes y adultos. Textos y enseñanza deben ser tenidos en cuenta, con la supervisión de las autoridades respectivas, para evitar las distorsiones peligrosas en que los medios masivos incurren con frecuencia.

He consultado con algunas escuelas y obtuve como respuesta que el tema de la Shoá es parte de los programas de la enseñanza oficial secundaria en las asignaturas Historia, de tercer año, y Formación Cívica, de primero, en relación al tema de los Derechos Humanos. Asimismo, junto a estos hechos que surgen como alentadores, se ha declarado oficialmente un día que involucra el recuerdo de la Shoá, el 27 de enero, fecha en la cual el ejército soviético liberó el campo de concentración de Auschwitz.

**Prof. Haïm-Vidal
Sephiha**

Profesor emérito de la
Universidad de la
Sorbona, París.
Sobreviviente de la
Shoá.

Noche y Niebla*

*Es un universo tibio en el horizonte plomizo,
donde nadan en la noche el horror y la blasfemia.*

BAUDELAIRE

¡Noche y Niebla! ¡Título evocador! Dos palabras que se completan. Dos aspectos del caos primitivo, donde se vuelve borrosa toda memoria. Dos imágenes del olvido al que se consagraron las víctimas del universo concentracionario. Dos imágenes que se interpenetran y se contienen la una a la otra. Desencadenan infaliblemente el recuerdo de la admirable película de Alain Resnais; nada podría ser más sobrio y elocuente.

Pero, ¿qué encubren estas palabras? Son la traducción literal de *Nacht und Nebel*, mucho más expresivas en alemán. “*Nacht und Nebel*” es la interpretación de la abreviatura “N. N.”, que la administración de las SS le adosaba a todo preso que –desde su deportación– se destinaba a la destrucción, la desaparición, y que de ninguna manera podía formar parte del grupo –¡cuán descarnado e hipotético!– de los sobrevivientes del “Infierno organizado”. En efecto, se los dejaba con vida con la única finalidad de explotar su fuerza de trabajo. Cada uno de nosotros sabía lo que era un N. N., un *Nacht und Nebel*.

Esta expresión se aplicó, además y poco a poco, a ese habitante de los campos de concentración al cual el agotamiento destinaba al gas y las inyecciones letales. Se los llamaba, sobre todo, “*Muselmenn*” (musulmán), por analogía con el aspecto físico de los faquires o ascetas que trastabillaban vacilantes por la debilidad causada por el ayuno.

* Elaborado con motivo del 29º aniversario de la liberación de los campos de concentración y exterminio, en 2004.

Traducción del francés: **Julia Juhasz**.

Pero, ¿qué significaba originalmente esta abreviatura “N. N.”? Parece que nunca se insistió lo suficiente a este respecto. Y sin embargo, ¡qué símbolo!

En estos días, el aniversario de la liberación de los campos, es necesario decirlo y volverlo a repetir, para descubrir todo la simbología nazi y concentracionaria. Basta con consultar un diccionario alemán para descubrir, estupefactos, que esta abreviatura ya se utilizaba en Alemania bastante antes del régimen nazi. Y figura aún hoy en Francia, con la sencilla abreviatura “N.”. El primer diccionario Larousse, de 1972, lo define de este modo: “*Alguien a quien no se quiere nombrar*”.

El Gran Diccionario Alemán-Francés de Birman y G. Kister (Garnier, 1920) agrega: “*N.N.: nomen nescio (para un nombre que se ignora)*”. El de Sachs-Villatte ofrece una definición similar. Sin embargo, su última edición, de 1970, ya no menciona esta abreviatura.

Consultando otros diccionarios se podría –por un lado– encontrar a qué momento se remonta la utilización de esta abreviatura y –por otra parte– constatar que todos están de acuerdo sobre el sentido que se le da. Por lo tanto, el concepto acarreado por estas dos fatídicas letras, que se utilizan aún hoy en Alemania y otros lugares (véanse los carteles del Colegio de Francia), es el de “anonymato”, *nomen nescio*, nombre ignorado voluntaria o involuntariamente.¹

¡Ignorar el nombre! ¡Despersonalizar! ¡Borrar hasta el nombre!

¿Acaso no era precisamente éste el principal objetivo del sistema concentracionario? ¿No era más cómodo –tal vez– liquidar, aniquilar, una vez que su identidad quedara reducida a un “N. N.” o a un número?

A su vez, las SS utilizaron esta abreviatura, cuyo significado desconocían con precisión, pero –para ellos– seguía acarreado las nociones de “anonymato” (“*namenlosigkeit*”), “nada” (“*nichts*” o “*nichtigkeit*”), “destrucción” (“*vernichtung*”), negación (“*nicht*” y “*nein*”), muerte como resultado de la negación (“*vernichtung*” > “*vernichtung*”).

Algún día –sin poder precisar cuándo– algún tosco SS, aunque tal vez un poco menos tosco que otros de sus congéneres, ya que era un poeta –situación que era posible incluso en su condición (la poesía también se extiende al horror)–,² descubrió esta fórmula explosiva para estigmatizar el anonymato concentracionario: “*¡Nacht und Nebel!*”

Incluso, algunos de nuestros guardianes comentaron entre sí esta frase “genial” “sin igual”, “ignorada”. Afirmaban que “*nacht*”, “noche”, es el olvido; “*nebel*”, “niebla”, es el humo con el cual todos se volatilizarán: “*¡ihr werdet alle krepieren!*”, “¡reventarán!”

¹ En los registros de las morgues, los cadáveres de los desconocidos N. N. figuraban con esta abreviatura. Aún en los tiempos actuales se emplea la expresión “Herr N. N.” (“Sr. N. N.”).

² A este respecto, Baudelaire exclama, hablando del Sol: “*Cuando, como un poeta, descendiendo a las ciudades, ennoblece el destino de las cosas más viles y se introduce como un rey, sin ruido y sin criados, en todos los hospitales y en todos los palacios*”.

Siendo acertada, ¡cuán macabra y significativa es esta explicación! Sin embargo, se trataba exactamente de eso. Todo el universo concentracionario lo sostenía. Ese intérprete de la abreviatura “N.N.” vio y sintió con exactitud de qué se trataba. Condicionado por ese mundo dantesco y sus “espectáculos” diarios, dio la imagen fiel de esas dos palabras, que están rodeadas por un halo infernal.

En efecto, entre los condenados de este universo deshumanizado, abigarrado, dividido en jerarquías –basándose en sus pecados capitales– se encontraban los presos políticos y comunes, sabotadores, homosexuales, quienes –por sus convicciones– se oponían al régimen, rusos, bohemios, y muy abajo en la escala humana establecida por los nazis, estaban los judíos; todos ellos pertrechados con sus insignias –del color establecido– y sus números. El último que aparecía en esa escala era el N. N., el último de los últimos, el “subproducto” de la humanidad más abyecta, destinado irremediabilmente a la exterminación.

Al fin de cuentas, numerados o no, todos éramos N.N. Bajo el anonimato: la tortura.

¡Cuántas personas desfallecientes, con la mirada perdida y piernas temblorosas, fueron obligadas a presentarse en el sitio de la convocatoria y obligados –a fuerza de puñetazos, garrotazos o látigos hechos con nervios de buey– a ponerse nuevamente de pie! ¡Cuántos de ellos no escucharon el llamado de los SS en servicio, señalándoles con el dedo la chimenea trapezoidal: “Mañana partirás por allí convertido en humo; subirás a ver a los ángeles”!

Los mismos detenidos adoptaron –entre ellos– este humor negro. El humor jamás pierde sus derechos. Es una triste compensación, un fúnebre sistema de defensa en este lugar, siendo específico para cada sociedad.

Si uno de nosotros tosía, se le posaba amigablemente la mano en la espalda, diciéndole en forma lacónica: “*Morgen Krematorium*”, “Mañana, crematorio”, frase homóloga de la expresión “escaparle al féretro” de nuestra sociedad casi normal.

Nacht und Nebel. Es todo un programa, todo un mundo; otro mundo, la jungla impuesta, donde todos los elementos se desencadenan y asocian para asegurar vuestra pérdida, donde la brutalidad es la reina y el más fuerte, el rey.

Allí, cada uno vive el minuto al instante. La fuerza de trabajo del condenado, del venido a menos, es succionada hasta el total agotamiento, hasta la última chispa de vida. Con mayor o menor brevedad llega la muerte. La muerte que penetra e impregna el alma desde el mismo momento del arribo, la muerte que corre en los trabajos forzados, la muerte punzante del invierno y la escarcha.

La muerte insidiosa de las brumas. La muerte lenta o violenta.

La muerte omnipresente de los campos de la muerte, situados, concebidos, organizados y armados con ese sólo fin, tanto al fondo de un vallecito lleno de árboles (Dora), como en las alturas heladas de otro bosque (Buchenwald), como...

La muerte frente a frente, a cada día, a cada instante. Lo vano de la llovizna, de la lluvia, de la bruma. Las tinieblas de la niebla y de la noche. Las noches

blancas de la noche concentracionaria. La noche herida, tajeada por los reflectores de los miradores. La noche glauca por el despertar estruendoso de la descarga de un tren cargado con ladrillos, arribado durante el sueño. La noche súbitamente abrazada por las llamas, las llamaradas de los hornos crematorios. Las humaredas, las volutas de humo que se abaten día y noche sobre las barracas. El olor acre de la carne quemada. La noche de los centinelas, los cancherberos y los mastines. La noche crepitante con “ruido de pasos y armas”, los aullidos de los ovejeros alemanes, las vociferaciones de los SS, el chasquido de los fusiles que se recargan.

¡El miedo siempre presenta la opresión permanente!

El abismo, la fosa a la cual cada uno se siente precipitado por siempre. El calabozo que me recuerda este verso de Baudelaire:

Imploro tu piedad; tú, el único a quien amo.

Desde el fondo de este abismo oscuro, donde cayó mi corazón.

Este intenso deseo de metamorfosis.

Estos sueños de pájaros, libres de sobrevolar los alambrados electrificados.

El aislamiento total. El mundo cerrado, en el cual los “señores” pueden perpetrar impunemente sus crímenes. La maquinaria infernal, domesticada y explotada con finalidades asesinas. La impotencia, la ausencia de ayuda y recursos; la falta de novedades, el mutismo del Más allá, el Silencio, el atroz Silencio. ¡El olvido!

Perdidos, olvidados en las tinieblas del infierno nazi, donde toda la naturaleza parece cómplice. Cielo bajo y pesado. La capa de neblina, nubes de polvo, nubes naturales, nubes artificiales.

Este ciclo perpetuo, infernal: noche, día ahumado, noche, día cubierto, noche, día en el cual el sol –a su vez– se torna verdugo, noche, día...

La larga cadena de noches y días erizados por horcas, ¡cubiertos de extenuados, muertos, asesinados, exterminados! El crimen impune, presentado como expiación...

El crimen anónimo de condenados sin nombre: *Nomen Nescio, Nacht und Nebel*, Noche y Niebla. ¡Noches y nieblas que se relevan alternadamente para cubrir, englobar el crimen!

Tal es el poder de evocación de estas dos palabras mágicas, plenas de las violencias de la noche de los tiempos, la noche negra del Tormento, recorrida por las furias satánicas y las sombras de los proscritos, los reprobados y los condenados del nazismo.

**Dr. Yossi
Goldstein**

Educador e investigador.
Director de Proyectos
educativos del Departa-
mento de Educación de la
Agencia Judía para Israel.

La transmisión de la *Shoá* como vivencia multidisciplinaria

De la clase frontal al espacio público de
la memoria colectiva

La transmisión de la *Shoá* en pleno siglo XXI constituye un desafío único, difícil de afrontar tan sólo a través del aprendizaje formal. Un nuevo consenso, a nivel de políticas educativas, surge hacia fines del siglo XX en Europa y el continente americano, cuyo eje central es la universalización de la *Shoá* y su conversión en imagen emblemática o síntesis del mal absoluto y el genocidio industrial.

Varios hitos muestran la culminación de este proceso:

1. La inauguración del Museo Federal del Holocausto, en Washington DC, en abril de 1993, con objetivos que trascienden la memoria colectiva judía y el enfoque particular de la *Shoá*.
2. El Foro de Estocolmo, llevado a cabo en enero de 2000, y la *Task Force* creada para asegurar la transmisión sistemática de la *Shoá* en el mundo.
3. La celebración del 60º aniversario de la liberación de Auschwitz-Birkenau, el 27 de enero de 2005.
4. La inauguración del nuevo Museo de Yad Vashem, en Jerusalén, el 15 de marzo de 2005.

En el presente trabajo nos focalizaremos en algunas reflexiones acerca del significado y las proyecciones educativas del nuevo museo de Yad Vashem, trazando algunas comparaciones con el Museo Federal del Holocausto, en Washington DC, y estableciendo posibles impactos e influencias en el contexto argentino.

El punto de partida de nuestro análisis es la reflexión en torno a procesos de transmisión con miras a una era digital, marcada por nuevas tecnologías de informática. En esta era deberemos enfrentar la desaparición de testigos directos –testimonios vivos de sobrevivientes de la *Shoá*– y el bajo impacto de filmes documentales. ¿Cómo pasar del testimonio directo al digitalizado, del video documental al video-art, de la fotografía en blanco y negro al imperio de los colores realistas? ¿Cómo impactar en las nuevas generaciones sin perder de vista el objetivo original de transmitir información y generar un banco de datos cognitivo en el joven y el adulto, muchas veces indiferentes,

sean judíos o no? ¿Cómo asegurar un equilibrio entre los enfoques particularista judío y universal?

Sin duda, el estudio de la *Shoá* en el futuro debe procurar basarse en unidades sistemáticas y en un aprendizaje cognitivo (frontal o parasistemático). No obstante, tal enfoque sería insuficiente si no se profundizan los aspectos vivenciales-emocionales, fundamentales para asegurar una transmisión que impacte en la identidad y forje la personalidad.

Es en este contexto que, a partir de la década del '90, comenzaron a erigirse museos recordatorios de la *Shoá* en distintos países del mundo occidental, a la par de la sistematización de los viajes a Polonia. La visita a “sitios de la memoria” (siguiendo las huellas de Pierre Nora) se convirtió en un eje central de la transmisión de la *Shoá*, no sólo en Israel y el mundo judío, sino en general.

Los contextos norteamericano y europeo

En la década del '90 se forjó una visión universal de la *Shoá*, la cual —a su vez— intentó enfatizar narrativas nacionales de cada país a costa de la visión hegemónica israelí, a partir de dos hitos centrales: la inauguración del Museo Federal de Washington DC y la realización del Foro sobre el Holocausto, en Estocolmo.

La especificidad del Museo Federal de Washington radica en su mensaje educativo, ya que fue definido por su primer director, J. Weinberg, como un memorial nacional cuya función conmemorativa primaria “*se cumple a través de un esfuerzo multifacético de educación de masas*”.¹ Según Weinberg, todas las secciones y exhibiciones del museo son “*herramientas educativas*”, constituyéndose en un “*museo conceptual*” cuyo énfasis es el aprendizaje y no la exhibición de objetos originales.

La idea del museo surgió en 1978, bajo la presidencia de James Carter, con el fin de construir un “*memorial viviente*”, un centro que pudiera narrar el mensaje universal de la *Shoá* a una audiencia estadounidense,² y fue sancionada unánimemente por el Congreso en 1980, pero finalmente el museo abrió sus puertas en abril de 1993, coincidiendo con los actos recordatorios del 50º aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia. Las tres misiones del museo son: “*Memoria, educación y concientización*”, y de acuerdo a uno de sus mentores, Elie Wiesel, apunta al futuro y no sólo al estudio del pasado, ya que “*sin futuro se viola la memoria del pasado*”.³

¹ Berenbaum, Michael. *The world must know. The history of the Holocaust as told in the United States Holocaust Memorial Museum*. Boston, Little, Brown and Company, 1993, pág. XIV.

² *Ibid.*, pág. 233.

³ Bloomfield, Sara. “La importancia del Museo de la *Shoá*”, en *Nuestra Memoria*. Nº 16, 2000. www.fmh.org.ar.

El mensaje, pues, es de democracia y derechos humanos, y de responsabilidad individual cuando libertades individuales corren graves riesgos. El museo busca la recordación directa e individualizada, a través de la impresión de cédulas de identidad (pudiendo escogerse la edad y sexo acorde al perfil del visitante) de víctimas de la Shoá, cuyo destino trágico es presentado en las diversas salas y secciones. Esta idea de recordación directa e individualizada se manifiesta, asimismo, en el proyecto “Detrás de cada nombre, una historia” (*“Behind every name a story”*, BENAS), que apunta a registrar –con datos precisos– a todo sobreviviente de la Shoá.

Al erigirse en tierra federal, en el epicentro de la memoria colectiva de los Estados Unidos, este museo transmite no sólo la historia de la Shoá, sino también la lección de combatir contra regímenes tiranos, el racismo y la violación de derechos humanos. En este sentido, el museo es definido como “*un defensor de valores norteamericanos esenciales*”, tales como “*la dignidad humana*”, la “*justicia social*” y los “*derechos civiles*”.⁴

El sitio de Internet del museo es un fiel reflejo de esta narrativa ideológica y de sus objetivos educativos. La misión del museo, según este sitio, es “*diseminar el conocimiento de esta tragedia sin precedentes, preservar la memoria de aquellos que sufrieron y alentar a que los visitantes reflexionen sobre la cuestión moral y espiritual elevada por los eventos, y asimismo, que asuman responsabilidades por ser ciudadanos de una democracia*”. En el sitio de destaca la preocupación y acción permanente en contra de actos genocidas cometidos en Darfur (Sudán) y otros puntos en el mundo, monitoreados por un Comité de Conciencia cuyo objetivo es “*la prevención y castigo*” del genocidio, a través de conferencias, discusiones públicas con paneles, filmes, entrevistas, etc.

El menú principal del sitio incluye una sección educativa importante, con material fundamental para educadores denominado *Teaching about the Holocaust*, cuya tercera parte aparece también traducida al español. Según esta guía para el educador, uno de los propósitos de la enseñanza de la Shoá es “*desarrollar en los alumnos un entendimiento de las ramificaciones del prejuicio, el racismo y los estereotipos de una sociedad*”. La conclusión es que se debe “*desarrollar conciencia acerca del valor del pluralismo y a favor de la tolerancia en una sociedad diversificada y plural*”. Según esta concepción, el estudio de la Shoá juega un rol central en la difusión de valores democráticos y en contra del silencio o la indiferencia ante la violación de derechos civiles. Este estudio tiene un significado actual, como parte de una activa conciencia democrática.

En 1980, Estados Unidos estableció el “Día de Recordación del Holocausto” en base al calendario judío, el 27 de *nisán*, como en Israel; hoy en día es am-

⁴ *Ibíd.*, pág. 235. Ver además www.ushmm.org.

pliamente aceptado como fecha de celebración oficial por el Presidente, los gobernadores y la mayor parte de las grandes ciudades.⁵

El Museo Federal logró, asimismo, establecer jornadas de recordación, a la par de las celebradas en el mundo judío en torno del 19 de abril o el 27 de *nisán*. Los “*Days of Remembrance*” se llevan a cabo durante una semana (en 2006, entre el 23 y el 30 de abril), con un eje temático: “Legados de la Justicia”, en honor a los testigos y a aquellos que llevaron a cabo los juicios contra criminales nazis y que aún hoy los promueven, en nombre de la Justicia. Esta vez, el evento central coincide con los sesenta años de la finalización de los juicios de Nuremberg, llevados a cabo entre el 20 de noviembre de 1945 y el 1º de octubre de 1946.

En los '90 se construyó el museo de Nueva York, definido como un “memorial viviente del Holocausto” y un tributo al “legado judío” (*Museum of Jewish heritage, a living memorial to the Holocaust*). Erigido en el sudoeste de Manhattan, a orillas del río Hudson, con el auspicio de la ciudad y el estado de Nueva York, fue inaugurado oficialmente en 1997. Como su nombre lo indica, este museo también hace hincapié en el trabajo educativo y la vivencia multidisciplinaria, dividiendo su espacio en tres áreas de interés: La vida judía un siglo atrás, La guerra contra los judíos (el Holocausto) y La renovación judía después de la guerra (*Jewish renewal*).⁶

A la par, se lanzó –hacia fines de siglo pasado– una nueva cultura que puso a la *Shoá* como un eje de la memoria colectiva de los pueblos civilizados, cuyo punto culminante fue la convocación del Foro sobre el Holocausto en Estocolmo, en enero de 2000, por el entonces primer ministro sueco, Goran Persson –quien lo estableció en mayo de 1998–, el cual contó con la participación de 44 jefes de Estado de todo el mundo. Hoy en día, el foro está organizado en torno a una *International Task Force* (ITF, Grupo de Trabajo Internacional), con veinticuatro países miembros, incluyendo a Israel, los Estados Unidos, la Argentina (único país latinoamericano) y veintiún países europeos.

La declaración final del Foro de Estocolmo describe a la *Shoá* como un evento que “*cambió las bases de la civilización*”, sin precedentes y con “*sentido universal*” (punto 1). El foro llamó a preservar la *Shoá* como parte de la memoria colectiva (punto 2) y como base para fomentar la lucha contra la limpieza étnica, el racismo, el antisemitismo y la xenofobia, además de “*combatir a esas fuerzas del mal*” (punto 3). Es por ello que se debe “*promover la educación, el recuerdo y la investigación del Holocausto*” (punto 4) en escuelas, universidades y comunida-

⁵ Sachs Little, Marcia. “Breaking the silence. A history of Holocaust education in the United States”, en *Holocaust and education*. Jerusalem, Yad Vashem, 1999, pp. 9-22; en especial, pág. 17.

⁶ www.mjhnyc.org.

des (punto 5). Por consiguiente, se debe asumir el compromiso de conmemorar a las víctimas y honrar a quienes enfrentaron la Shoá, recordándolo a través de un día anual (punto 6). Se debe, además, abrir archivos y permitir el acceso a toda documentación que arroje luz sobre “*las oscuras sombras del Holocausto*” (punto 7). Por último, la declaración asume el compromiso de “*rememorar a las víctimas, respetar a los sobrevivientes y reafirmar la aspiración común de la humanidad de llegar a la comprensión y la justicia mutuas*” (punto 8).⁷

Asimismo, el sitio en Internet de la ITF ofrece una sección educativa, en la cual se presenta una guía para el educador, la cual –sintomáticamente– comparte el racional ideológico presentado por el Museo Federal de Washington; es decir, una orientación universal, humanista, pluralista y democrática, con énfasis en las proyecciones actuales del estudio de la Shoá, como la lucha contra la indiferencia, la intolerancia, el racismo y la violación de derechos civiles.⁸

El contexto israelí

En el Estado de Israel, la Shoá fue siempre un eje central de la identidad judía colectiva, tal como lo demuestra la ley que estableció la creación de Yad Vashem como “*autoridad pública de rememoración de la Shoá y el heroísmo*”, en agosto de 1953, y avaló –a su vez– la institución de un día oficial de recordación de “*la Shoá y el heroísmo*”, establecido por el Parlamento israelí (*Knéset*) en 1951.⁹

El Israel de Ben Gurión y de la era del *kibutz galuiot* (concentración de diásporas) creó, en el Monte de la Recordación (Yad Vashem) y el contiguo Monte Herzl –en el cual se erigió el cementerio-parque de los líderes del movimiento sionista y el Estado de Israel, además del principal camposanto militar–, la síntesis de la nueva identidad sionista moderna, basada en la trilogía antisemitismo-Shoá-activismo político y lucha por la defensa del Estado nacional judío. Esta concepción se cristaliza anualmente con la realización de las ceremonias estatales centrales en los sitios antes mencionados:

Iom HaZikarón laShoá velaGvurá, Día de Recordación de la Shoá y el Heroísmo, el 27 de *nisán* (equivalente, en el calendario hebreo, al 19 de abril de 1943, en función del inicio del Levantamiento del Ghetto de Varsovia). El acto oficial y central de apertura se lleva a cabo en Yad Vashem, en la víspera de la jornada de recordación. Ese día, a las 10, se escucha en todo el país una larga si-

⁷ Ver traducción al español de la declaración en *Nuestra Memoria*. Nº 25, Junio 2005, pág. 256.

⁸ www.holocausttaskforce.org.

⁹ Goldstein, Yossi J. “Yad Vashem. El centro recordatorio de la Shoá más importante del mundo”, en *Nuestra Memoria*. Nº 1, Diciembre 1994, pp. 10-11.

rena, de dos minutos de duración, la cual refuerza –en forma ritual– la memoria colectiva en un espacio público.¹⁰

Iom HaZikarón leJalalei Maarjot Israel, Día de recordación de los soldados y combatientes caídos en las guerras y operaciones militares de Israel, el 4 de *íar*; es decir, pocos días después de la recordación de la *Shoá*. La ceremonia oficial y central se lleva a cabo en el cementerio militar del Monte Herzl.

Iom HaAtzmaút, Día de la Independencia de Israel, el 5 de *íar* (en función de la fecha hebrea equivalente al 14 de mayo de 1948); es decir, al día siguiente del luto nacional por los soldados caídos en las guerras y a una semana de la recordación de la *Shoá*. La ceremonia y acto oficial y central de apertura de este día festivo se lleva a cabo en el Monte Herzl, en la víspera del día; es decir, al finalizar el 4 de *íar*, en torno a la tumba de Theodor Herzl.

La memoria colectiva de Israel como Estado judío soberano reclutó a la historia moderna como fuente legitimadora, bajo el prisma sionista. En gran medida, esta visión fue aceptada durante décadas por las comunidades judías organizadas y el liderazgo judío de la Diáspora, que adoptó el 19 de abril ó 27 de *nisán* (no son fechas coincidentes) como día oficial de conmemoración de la *Shoá*, y de ese modo, asumió la simbiosis *Shoá*-heroísmo y el prisma sionista que da primacía a la lucha armada contra el nazismo.

En este sentido, para la educación estatal israelí, la visita a museos de la *Shoá* -*Yad Vashem* (“Testimonio o memorial eterno”, o literalmente “Mano y nombre”), en Jerusalén; *Masuá* (“Antorcha”), en cercanías de Natania; *Lojamei HaGuetaot* (“Combatientes de los Ghettos”), en la ruta de Ako a Naharíá, etc.-, con énfasis en el activismo de los movimientos sionistas juveniles y la resistencia armada contra el nazismo, se convirtió en un complemento vivencial de los procesos de socialización impulsados por el joven Estado a partir de la década del '60, con miras a forjar una identidad colectiva homogénea.

El estudio sistemático de la *Shoá* en Israel se impuso a partir de 1982, a través de una materia obligatoria basada en una unidad de treinta horas de estudio para el anteúltimo o último ciclo de la escuela secundaria y con obligación de rendir examen final, cuya nota es parte del certificado de finalización de la escuela secundaria, denominado “*Teudat Bagrut*”. Esta tendencia se complementó con la oferta de viajes –a modo de peregrinaje– a Polonia, con énfasis en la visita a los campos de exterminio, con el fin de ensalzar el orgullo nacional judío; viajes que forman parte de un ritual supervisado por el Ministerio de Educación de Israel desde 1988.¹¹

¹⁰ Young, James. *The texture of memory. Holocaust memorials and meaning*. New Haven, Yale University Press, 1993, pág. 227.

¹¹ Feldman, Jackie. “Israeli youth pilgrimages to Holocaust sites. Ritualization, identification with the victim, and national identity”, en *Holocaust...*, op.cit, pp. 125-143.

El enfoque educativo que prima en Israel es particularista; es decir, etnocéntrico y enfocado en el sufrimiento del pueblo judío bajo el régimen nazi. No obstante, la inserción de Israel en el Foro de Estocolmo permitió la apertura de ideas y la inclusión de algunos aspectos universales, como el sufrimiento de gitanos, homosexuales y otros pueblos dominados por la Alemania nazi. Yad Vashem es la organización no gubernamental que representa a Israel ante la ITF o Foro de Estocolmo, y el profesor Yehuda Bauer, investigador de Yad Vashem, fue el asesor académico de la ITF hasta hace pocos meses.

En 1983, Shatzker y Gutman publicaron su libro de estudios para la escuela secundaria *La Shoá y su significado*, recalcando el enfoque particularista judío y las proyecciones de la Shoá al pueblo judío en general. El profesor Gutman, importante figura académica de Yad Vashem, revisó este libro y lo publicó nuevamente hacia fines de los '90, haciendo una revisión de sus contenidos y acen tuando otros aspectos, como las proyecciones universales del “universo concen tracionario” o, en especial, el fenómeno de la memoria en un contexto amplio, que no sólo concierne al pueblo judío.¹² Sin duda, Gutman asume el impacto de las transformaciones producidas en Europa y el mundo y reconoce la necesidad de encarar preguntas universales a partir del estudio de la Shoá. Su libro, editado en español por Yad Vashem en 2003, finaliza con la siguiente frase:

*El estudio de la era de la Shoá, al desentrañar la conducta humana de aquellos años aciagos, también nos ayuda a extraer las advertencias y orientaciones morales más promisorias para el futuro.*¹³

En la década del '90, Yad Vashem se incorporó a la tendencia mundial de recordar a las víctimas en forma individualizada, liderando –por ejemplo– el proyecto “Cada persona tiene un nombre”, una campaña de recordación de las víctimas que perecieron en la Shoá con nombre y apellido, o computarizando y ampliando su base de datos con páginas de testimonios de las víctimas, y procuró convertir a su museo histórico en el eje central de la recordación mundial de la Shoá, para lo cual reclutó cuantiosas sumas de dinero de donantes judíos para construir uno nuevo, inaugurado oficialmente el 15 de marzo de 2005, con la presencia de importantes personalidades y jefes de Estado, incluyendo el secretario general de las Naciones Unidas.

Sin duda, la inauguración del Museo del Holocausto en Washington DC tuvo su impacto en las decisiones de erigir un nuevo museo en Jerusalén, no sola-

¹² Gutman, Israel. *Holocausto y memoria*. Jerusalem, Yad Vashem-Centro Zalman Shazar, 2003, pp. 237-256 y 367-379. Original en hebreo: *Shoá veZicaron*. Jerusalem, Yad Vashem-Centro Zalman Shazar, 1999.

¹³ *Ibíd.*, pág. 379.

mente para intentar preservar su liderazgo en las políticas de recordación, sino también para preservar la narrativa israelí y darle un tinte acorde a las transformaciones de fines de siglo. No es casual, pues, que en su sitio oficial de Internet Yad Vashem se presente como “*un líder en educación, conmemoración e investigación sobre la Shoá*”.¹⁴

Asimismo, Yad Vashem creó, en 1993, su Escuela Internacional para Estudios de la Shoá, en base a su anterior centro educativo, marco que ofrece servicios de guía y estudio a alumnos de escuelas públicas, grupos juveniles, soldados y educadores, además de desarrollar materiales didácticos y de capacitar a docentes que actuarán como guías de visitas a Polonia.

A nivel de autopresentación y cantidad de materiales educativos o documentales ofrecidos al público en su sitio de Internet, sin duda Yad Vashem es la institución o museo que más sistematicidad ha dado a este recurso tan vital en pleno siglo XXI. Estos materiales son presentados en forma abierta, fácilmente accesible y muy variada, incluyendo propuestas didácticas para ceremonias, exhibiciones, fotografías, documentos primarios, y un enfoque multidisciplinario, incluyendo arte, música, literatura y teología.

El sitio incluye una enciclopedia o “*Lexicón*” en varios idiomas, y se destaca por sobre todo la propuesta interinstitucional de un programa educativo multimediale –desarrollado en conjunto con la Liga Antidifamación (ADL) y la Fundación de Historia Visual y Educación de la Shoá (USC-Shoah Foundation Institute, de Steven Spielberg), de los Estados Unidos– titulado “Ecos y reflexiones”. Esta propuesta, destinada principalmente a estudiantes de escuelas secundarias, consta de diez lecciones sobre la Shoá, figurando en cada una conceptos claves, agregados enciclopédicos, fotografías, documentos originales, testimonios de sobrevivientes, cartas personales, artefactos o referencia a exhibiciones *online*.¹⁵ En general, este portal se perfila como la principal fuente virtual de estudios de la Shoá, con énfasis en aspectos didácticos y fácil acceso para el estudiante libre, y se caracteriza por una visión global que abarca no sólo a Israel, sino también a Europa y los Estados Unidos. En el mismo encontramos, incluso, una visita virtual al nuevo museo, hecho sin precedentes si se lo compara con los sitios de Internet de los otros museos analizados en el presente trabajo.

El nuevo museo de Yad Vashem sintetiza las nuevas concepciones adoptadas hacia fin del siglo pasado; es decir, la búsqueda de vivencias educativas multidisciplinarias, la personalización o individualización de las víctimas y la integración de información, junto con una vivencia emocional, con miras a impactar y forjar la identidad personal y colectiva. El arquitecto Moshé Safdie ya inició este proceso con su Memorial para los Niños (*Iad laLéled*), en la colina de-

¹⁴ www.yadvashem.org.

¹⁵ *Ibid.*, ver la sección “Educación”; y en www.echoesandreflections.org.

dicada a Janusz Korczak, años atrás (una sala oscura, iluminada por cinco velas que se reflejan en decenas de espejos, y la lectura de nombres de niños y adolescentes que perecieron en la Shoá).

La mole triangular de cemento que identifica al museo atraviesa el Monte de la Recordación e intenta simbolizar la herida abierta y el ascenso de la muerte a la vida. En este sentido, se preserva una visión particularista de la Shoá, definida en Israel a partir de los años '50 como la transición de la Shoá a la resurrección (*tkumá*). Por otro lado, la narrativa se adapta a la visión de rescatar la voz de los sobrevivientes, enfatizando en cien testimonios –presentados a lo largo del museo– el valor histórico y educativo de los relatos personales. Es por ello que, en los medios periodísticos de Israel, se sintetizó la misión del museo como una representación de “*la voz del individuo*”, o “*un nuevo espíritu, con mensajes judíos y universales combinados*”, o “*la Shoá a través de los ojos de la víctima*”.¹⁶ Un periodista del prestigioso diario *Haaretz* tituló su impresión del nuevo museo “Nuestra memoria es más grande”, aludiendo a la competencia con los museos de Washington DC y Berlín.¹⁷

El arquitecto Safdie dedicó diez años a la planificación del memorial, para finalmente cuadruplicar las dimensiones del mismo en comparación al viejo museo histórico. Su modelo fue el de un “antiedificio”, construido –en gran parte– en forma subterránea.¹⁸ El cono que representa a la nueva sala de nombres es un ejemplo de la nueva visión de Yad Vashem, ya que en su parte superior porta seiscientas fotografías de víctimas y páginas de testimonios, y en su parte inferior, la conexión con las raíces del pueblo y la tierra de Israel y el vacío creado por el exterminio, incluyendo la imposibilidad de recabar datos de todas las víctimas de la Shoá.

A nivel artístico, el museo histórico incluye dos obras de video-art de artistas israelíes famosos. La primera, representada por el documental de Michal Rovner en la entrada, que intercala documentos fotográficos y fílmicos sobre la vida judía en Europa antes de la Shoá con mapas y música judía típica. La segunda, casi al final, de Uri Tzaig, que intercala manuscritos originales (diarios, notas, cartas) y los presenta como si fueran un “álbum virtual” de la Shoá.¹⁹

¹⁶ “The voice of the individual. The new Holocaust History Museum”, en *The Dan magazine*. Spring- Summer 2005, pp. 6-9; Galili, Lili. “Rúaj jadashá shel mesarim iehudiím letzad universaliím”, en *Haaretz*, 16/3/05; Gvirtz, Yael. “Dérej einei hakorván”, en *Yediot Ajaronot*, 11/2/05.

¹⁷ Sheleg, Yair. “Hazicarón shelanu gadol ioter”, en *Haaretz*, 11/2/05.

¹⁸ Gvirtz, Y., op.cit.

¹⁹ Ver las notas de Goldstein, L.; Shalev, A.; Bachrach-Ron, Y.; Harel, D. en la sección “Museo” de www.yadvashem.org.

El contexto argentino²⁰

La apertura del Estado argentino hacia el tema de la *Shoá* comenzó con la llegada del presidente Menem a Israel, en octubre de 1991, durante la cual llevó a cabo una visita a Yad Vashem. Su acercamiento a los Estados Unidos, con el trasfondo de la Guerra del Golfo,²¹ se tradujo —a su vez— en una política del Ministerio del Interior, liderado por Carlos Corach, de asociarse a países occidentales, como los Estados Unidos y Alemania, en la incorporación de la *Shoá* como un eje central de la memoria colectiva. Ello condujo al apoyo público a la Fundación Memoria del Holocausto, creada en 1993 con la misión de desarrollar un “Centro de la Memoria comprometido con la problemática de la discriminación y la intolerancia”.

A partir de entonces comenzaron a aparecer diversos materiales y propuestas didácticas para la enseñanza de la *Shoá*, producto de la apertura gubernamental antes mencionada y de la capacitación de educadores en cursos de Yad Vashem, en Israel. Estos materiales didácticos asumían un modelo particular, que combinaba el enfoque universalista característico de los Estados Unidos y el enfoque particularista imperante en Israel, pero no lograron convertirse —en esta primera etapa— en un cuerpo de estudios obligatorio o de alto impacto, ya sea en el seno de la colectividad judía como en el contexto de la sociedad argentina en general.²²

En diciembre de 1994, la Fundación Memoria del Holocausto empezó a publicar la revista *Nuestra Memoria*, comprometida con la misión de “no olvidar y no permitir que se olvide”. En este caso, se repitió la idea de recordar con miras al futuro, aplicando una visión universal de la *Shoá* y asumiendo el rol educador de “prevención y orientación hacia la vida”. El objetivo fue, pues, la inserción de los judíos en una sociedad argentina democrática y tolerante, que promueve la convivencia, la verdad, la justicia y la dignidad.²³

Al cumplirse cincuenta años de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, el 8 de mayo de 1995, la Fundación Memoria del Holocausto pasó a un imponente edificio otorgado por el Gobierno de la Nación para ser destinado al futuro museo

²⁰ Este eje del artículo se basa en una ponencia presentada en un coloquio en la Universidad de Tel Aviv, en junio de 2004, y una conferencia dictada en la Fundación Memoria del Holocausto, en julio de 2004. El trabajo de investigación completo será publicado próximamente bajo el título “El judaísmo argentino del fin de siglo XX. Del olvido a la recuperación de la memoria colectiva”, en Meter, Alejandro y Huberman, Ariana (comps.). *Memoria y representación. Literatura y cultura judía en América Latina*. Rosario, Beatriz Viterbo editoras, 2006.

²¹ Sobre el cambio de imagen del presidente Menem en el seno de la colectividad judía ver Melamed, Diego. *Los judíos y el menemismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 37-47.

²² Goldstein, Yossi J. *Coping educationally with the Holocaust period in Latin America*. Jerusalem, Yad Vashem, 1999, pp. 23-33; en especial, pp. 28-32.

²³ “Editorial”, en *Nuestra Memoria*. N° 1. Diciembre 1994, pág. 2.

o “Centro de la Memoria”. En el discurso oficial del entonces presidente de la Fundación, Gilbert Lewi –titular, al mismo tiempo, de la Sociedad Hebraica Argentina–, se nota una paradoja: por un lado, la Shoá es reclutada para activar la memoria, y por el otro, para justificar una política de integración y acercamiento al gobierno argentino. Según Lewi, el proyecto de la Fundación “*marca un hito histórico en la posición asumida por nuestro gobierno frente a las actividades de la sociedad civil en materia de la lucha antidiscriminatoria*”.²⁴ Al comparar la Shoá con la situación argentina, Lewi asume una conclusión interesante:

Una matanza masiva, como la que ocurrió –en menor proporción– en nuestro país durante la dictadura militar o el doble atentado contra la comunidad judía, que aún hoy nos mantiene atónitos y sin saber por qué realmente sucedió y quiénes son los culpables, tiene que ser recuperado desde la memoria, para que nunca más vuelva a suceder.

Antes de finalizar la segunda cadencia del presidente Menem, el gobierno nacional financió la publicación de un libro de estudio sobre la Shoá, *Seis millones de veces uno*, editado por Eliahu Toker y Ana Weinstein.²⁵ Más allá de desear integrar a la Argentina al proceso de difusión y recordación de la Shoá a través de programas educativos, este libro refleja la institucionalización del enfoque universal, cuyo objetivo es utilizar el estudio de la Shoá en forma funcional, para afianzar la democracia e imponer la vigencia de los derechos humanos. El capítulo 12, titulado “Construir la memoria”, lo define claramente: “*La tarea, hoy, es fortalecer la memoria de la familia humana*”. El lema central es “*Recordar y aprender a pensar*”, y se cita el discurso de Elie Wiesel al recibir el premio Nobel de la Paz: “*Recordar significa vivir en más de un mundo. Ser tolerante; ser comprensivo el uno para el otro (...) Sin memoria, la imagen de la humanidad es pobre*”.²⁶

En enero de 2000, la Argentina fue convocada para participar del Foro de Estocolmo, y la convención que estableció la ITF contó con la presencia del flamante presidente Fernando de la Rúa. En marzo del mismo año, una Asamblea Extraordinaria del Consejo Federal de Educación y Cultura estableció, por la resolución N° 216, que el 19 de abril sea el “Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural”, tomando como punto de partida la fecha de recordación del Levantamiento del Ghetto de Varsovia.

A partir de entonces, las capacitaciones docentes en todo el país son una rutina permanente, si bien –en comparación con las tareas educativas llevadas a

²⁴ “Editorial”, en *Nuestra Memoria*. N° 3. 1995, pág. 2.

²⁵ Toker, Eliahu-Weinstein, Ana. *Seis millones de veces uno. El Holocausto*. Buenos Aires, Ministerio del Interior de la República Argentina, 1999.

²⁶ *Ibid.*, pp. 213-216.

cabo por los museos de la *Shoá* en Israel, Europa y los Estados Unidos— las dimensiones son modestas y los recursos escasean. De hecho, existe el potencial para avanzar en dirección de los otros museos, pero el contexto argentino no ayuda a obtener la meta de convertir la enseñanza de la *Shoá* en una vivencia multidisciplinaria acompañada por recursos tecnológicos de alto vuelo. Sin duda, una investigación comparativa más sistemática y rigurosa podría aportar explicaciones y datos que analizarían mejor este fenómeno.

Conclusiones: La transmisión de la *Shoá* y su impacto en la memoria colectiva

Los nuevos museos analizados en el presente trabajo producen vivencias multidisciplinarias y la individualización de la rememoración, rescatando el rol educativo de los sobrevivientes y sus testimonios, rituales y ceremonias que refuerzan el impacto de la *Shoá* en la identidad colectiva. A través de las visitas, que ponen énfasis en un trabajo educativo *in situ* y a través de sus sitios de Internet, se brinda una nueva visión de la *Shoá*, más universalista y humanista, cuyo impacto emocional es muy alto. Por sobre todas las cosas, se presenta al visitante y al navegante de la autopista informática una amplia variedad de historias y relatos, manteniendo ejes cronológicos y objetivos educativos.

La existencia de diversas opciones en el mundo permite presentar la *Shoá* en forma abierta, sin prescripciones ideológicas cerradas, con enfoques que intercalan la singularidad particularista de la visión israelí junto con la visión humanista y democrática de los museos del mundo occidental.

La globalización de la *Shoá*, cuyo punto culminante se vio en la ceremonia central del 60º aniversario de la liberación de Auschwitz-Birkenau, en enero de 2005, implicó la incorporación de “Auschwitz” y “la *Shoá*” como conceptos centrales de la memoria colectiva del mundo occidental. Es por ello que el debate en torno a la *Shoá*, hoy en día, ya no es un asunto exclusivo de Israel y el pueblo judío, sino parte de una política y una ética de la memoria en las democracias occidentales. Para completar este proceso es importante también ocuparse de la “*pedagogía de la transmisión de la Shoá*”, ya que con el concepto abstracto de “memoria colectiva” es imposible educar.²⁷

En esta política educativa que se debe desarrollar, sin duda la vivencia multidisciplinaria, junto con los testimonios personales (directos o digitalizados), ocuparán un rol fundamental. No obstante, queda demostrado que —como complemento de estas herramientas— debe existir una variada y sofisticada propuesta informática, a través de portales de Internet y programas multimediáticos interactivos, principal vía de acceso para la juventud a los grandes temas y dilemas que presenta la *Shoá* en nuestros días.

²⁷ Weingarten, Sima. “Acerca de la representación y los testimonios en los museos de la *Shoá*”, en *Nuestra Memoria*. N° 19. 2001. www.fmh.org.ar.

**Stephen Eric
Bronner**

Profesor de Ciencias
Políticas de la
Universidad Rutgers.

Comprender el sentido del infierno*

Tres reflexiones acerca de la *Shoá*

El presente ensayo es una indagación en la epistemología de la *Shoá*. Impugna las explicaciones orgánicas del acontecimiento en favor de un pluralismo interpretativo. Se considera que las diferentes preguntas en torno de dicho fenómeno demandan distintas formas de investigación: lo que hizo la *Shoá* posible requiere de un análisis político, la cuestión de su unicidad exige una perspectiva sociológica, mientras que el enfoque antropológico es necesario a fin de echar luz sobre su sempiterno significado simbólico. Este ensayo lidiará con estas problemáticas de una manera innovadora. Por lo tanto, en conjunto, estas tres reflexiones proveerán una nueva constelación para mirar la *Shoá*, así como desafiarán ciertos prejuicios y supuestos dominantes.

El infierno echa una larga sombra, pero su forma cambia con el tiempo. Al principio, era un lugar para castigar a los malvados: su divino creador –tal como sugería Dante– siempre hacía que el castigo fuese acorde al crimen. El infierno brindaba una advertencia ejemplar para las almas perdidas. Pero las cosas fueron diferentes en su encarnación moderna: la *Shoá*. La justificación moral del sufrimiento pereció en el mundo de Auschwitz, Buchenwald, Bergen Belsen, Dachau y el resto. Nada había de ejemplar en los campos de concentración. La condena perdió su conexión con el pecado; el infierno se volvió sinsentido.

La religión judía no tiene una noción de infierno; éste fue un invento del cristianismo. La ironía es, pues, inconfundible. Los judíos sufrieron lo que para ellos era inimaginable, mientras que los herederos de la civilización cristiana provocaron precisamente aquello que más temían. La incomprendibilidad de la *Shoá* asume, en consecuencia, su propia lógica. Desafortunadamente, sin embargo, una creciente obsesión por nuevos “hechos” empíricos y la negativa a lidiar con cuestiones normativas aun irresueltas están socavando la habilidad de contrarrestar esa lógica. El diablo está, quizás, en los detalles. No obstante, la

* Traducción del inglés: **Andra Párvu**.

avalancha de información en bruto que brindan los historiadores profesionales sólo ha hecho afirmaciones generalizadas, que resultaron más atractivas para el gran público.

Las explicaciones orgánicas de la *Shoá* deben hacerle lugar a un nuevo “pluralismo interpretativo”. Se ha generado mucha confusión, mezclando las cuestiones políticas con las sociológicas, y éstas con las antropológicas. Desenredarlas, por lo tanto, es un asunto bastante importante. Aun cuando las fronteras entre las disciplinas sean fluidas, más que rigurosamente definidas, cuestiones cualitativamente diferentes requerirán modos de investigación cualitativamente diferentes: la historia política es la más adecuada para explicar qué hizo posible la *Shoá*; un enfoque sociológico es el más apropiado para determinar su unicidad; mientras que un proyecto antropológico es el más útil para analizar su significado simbólico. Empleando estas tres perspectivas metodológicas se presentarán, a continuación, tres reflexiones interconectadas, que intentarán desafiar ciertas creencias prevalecientes, así como también brindar un nuevo universo conceptual.

¿Qué hizo posible la *Shoá*?

Las cuestiones ideológicas dominan la discusión actual, sin referencia a los movimientos políticos o el contexto institucional en el cual las ideas nazis entraron en vigor. Varios pensadores religiosos y existenciales condenan el secularismo por su *hubris*, su ataque a todos los “límites”, y por haber excluido la moral de la política.

Otros consideran a la Ilustración el crisol en el cual se fraguaron el fascismo y la *Shoá*. En una palabra, la modernidad se convierte en el origen de la *Shoá*:¹ la tecnología, la burocracia y el Estado moderno son traídos a escena, pero su carácter es visto como derivado de una cierta forma de pensar instrumental o “totalizadora”. La catástrofe parece cada vez más predeterminada. Indudablemente, hay algo anticuado en resaltar el carácter contingente de la *Shoá*.

La teleología mantiene su foco en la imaginación histórica: el fin es aún visto —demasiado a menudo— como prefigurado en el comienzo. Grandes figuras de la teoría crítica ven el secularismo, el iluminismo y la modernidad infestados por una forma del pecado originario: “*Los hombres pagan por el incremento de su poder con la alienación de aquello sobre lo cual ejercen su poder*”.² La racionalidad científica o instrumental considera haber socavado —inicialmente— los mitos y prejuicios religiosos, promoviendo —así— una nueva preocupación, con

¹ Bauman, Zygmunt. *Modernity and the Holocaust*. Ithaca, Cornell University Press, 1991.

² Horkheimer, Max-Adorno, Theodor W. *Dialectic of enlightenment*. New York, Continuum, 1972, pág. 9. Traducción: J. Cumming.

nociones liberales de experimentación y tolerancia.³ Se creyó que tal racionalidad preservaba –sin embargo– su propia dinámica, y gradualmente su poder se volvió en contra de todos los preceptos no científicos, inclusive aquellos valores emancipadores que inspiraron el proyecto de la Ilustración en primera instancia.

La “Ilustración” se volvió sinónimo de modernización. Su habilidad para impugnar la represión disminuyó. En última instancia, la razón instrumental envolvió todos los ámbitos de la vida social, en un tejido invisible de dimensión burocrática. La conciencia se degeneró; el conformismo aumentó. La razón perdió su capacidad de resistir los deseos más repugnantes del inconsciente. La razón instrumental se encontró sirviendo a los propósitos del prejuicio y el sadismo; se convirtió, en palabras de David Hume, en “*una esclava de las pasiones*”.

Lo irracional, que la Ilustración buscaba subordinar, reaparecería –luego– como su propio producto. La Ilustración engendraría precisamente lo que intentaba abolir: su idea de progreso resultaría en barbarie y su visión de “civilización” tendría su punto culminante en el fascismo. La resistencia permaneció necesaria sólo como una cuestión de dignidad y una afirmación de la esperanza. Pero era inútil desde el comienzo. Los intentos de invalidar los instintos más feroces sólo los fortalecen, pues “*en los recovecos más profundos del humanismo, en su mismísima alma, ruge un prisionero frenético, quien –como fascista– convierte al mundo en prisión*”.⁴

El argumento es elegante, pero totalmente abstracto. El fascismo jamás se describió a sí mismo como una continuación del humanismo clásico o la Ilustración. Ni sus seguidores ni sus opositores lo vieron de esa manera. Aquellos inspirados por la Ilustración tendieron a identificarse con los movimientos liberales y socialistas. Sus opositores se agruparon en torno a movimientos inspirados por el antisemitismo, el neorromanticismo, la xenofobia y el autoritarismo. Los intentos de unificar fenómenos cualitativamente diferentes bajo un único rubro sólo pueden provocar sofistería pseudodialéctica y confusión política. Habitan la noche de Hegel, “*la noche en la que todas las vacas son negras*”. Efectivamente, incapaz de distinguir de modo significativo entre las ideologías y los movimientos, “todo el mundo” deviene responsable por los crímenes de los nazis, aparte de –claro está– aquellos intelectuales bohemios contentos de echar una plaga sobre todas las casas.⁵

³ *Ibíd.*, pág. 6 y ss.

⁴ Adorno, Theodor W. *Minima moralia. Reflections from damaged life*. London, New Left Books, 1951, pág. 89. Traducción: E. F. N. Jephcott.

⁵ “*Pues el aislamiento intelectual e inviolable es, ahora, la única manera de mostrar alguna clase de solidaridad. Toda colaboración, todo el valor humano de mezcla y participación social, simplemente enmascara una aceptación tácita de la inhumanidad.*” En Adorno, T., *op. cit.*, pp. 26 y 50.

Lidiar concretamente con aquello que hizo posible la *Shoá* y asignar responsabilidad implica, en primer lugar, un juicio acerca de la política de la República de Weimar y los principales responsables de derribarla. O para decirlo de otra manera, explicar la construcción del universo de un campo de concentración en Alemania requiere comprender, primero, el triunfo del nazismo. Se necesita una perspectiva política a fin de evaluar la debilidad institucional de la República de Weimar y los intereses materiales de sus actores institucionales. La estructura social y las tradiciones culturales nacionales no pueden explicar la astucia de los nazis, los prejuicios autoritarios y nacionalistas de los conservadores, la timidez de los socialistas, el carácter sectario y autodestructivo de los comunistas, y la inhabilidad para formar un frente popular capaz de detener la toma del poder por parte de los nazis. Algunos grupos fueron menos culpables que otros, y juzgar el papel jugado por los diferentes actores en el drama requiere de un criterio político.

Comprender qué hizo posible la *Shoá* depende, en primer lugar, no de lo que sucedió después de la toma del poder por parte de los nazis –dado que otros regímenes totalitarios también lograron convertir a las masas de ciudadanos en asesinos–, sino de lo acontecido antes. La pura verdad histórica es inalterable, a pesar de los problemas éticos que genera: de haber sido políticamente derrotados los nazis en 1932, cualquier discusión acerca de la *Shoá* sería ahora improbable.

¿Pudo haber sido diferente? Los historiadores odian las preguntas de este tipo. Pero ellas persisten, y con razón. El modo en que aconteció la historia no debería convertirse en la única manera en la que pudo haber sucedido.

Durante la década de 1920 se dio una batalla por el alma de Alemania entre las fuerzas fascistas y antifascistas. Ignorarlo no puede justificarse apuntando simplemente a las políticas genocidas asumidas, luego, por el Estado nazi. El historiador se hace las cosas demasiado fáciles de esa manera. Llega a ser posible resaltar la base masiva que apoyaba a los nazis y, simplemente, descartar la aún más fuerte base electoral con que contaron alguna vez sus opositores. Llega a ser posible descartar los vigorosos esfuerzos por crear consenso emprendidos por el nuevo régimen totalitario junto con –lo cual es más importante– los millones de opositores políticos que fueron sus víctimas. Incluso llega a ser posible tomar al pie de la letra la unidad del propósito nacional, proclamada en voz alta por los nazis, sin hacer referencia alguna a la nueva sociedad construida por ellos. Las opciones reales, las posibilidades políticas alternativas y los dilemas éticos simplemente desaparecen cuando el énfasis se pone en alguna senda especial del desarrollo alemán (*Sonderweg*), determinado sobre el genocidio y construido sobre las predisposiciones psicológicas que lo comunican.

Alemania tenía una larga tradición de antisemitismo, que se remonta a Lutero y Melancthon, y muchos han insistido correctamente en su importancia tanto en causar la victoria nazi como en justificar la exterminación de los judíos. El antisemitismo indudablemente impregnó cada aspecto de la ideología y el Esta-

do nazis, y pocos eruditos serios han negado alguna vez el carácter masivo de este movimiento, pero no hay mucho para justificar al ver el antisemitismo alemán como único en su virulencia o como –de alguna manera– predisponiendo psicológicamente a los ciudadanos alemanes para el genocidio. Esta clase de condena, que sugiere que “los alemanes” estaban “listos” para Hitler mucho antes de que él asumiera el poder,⁶ anonada cualquier clase de calificación. El argumento moral se convierte en moralismo. Los “alemanes” son los culpables; la *Shoá* ocurrió porque “ellos” quisieron que ocurriera.⁷

Alemania está obviamente en el ojo de la tormenta. Otras naciones, sin embargo, también estaban “preparadas” para el genocidio. Rusia tenía una tradición antisemita tan vieja como el imperio mismo, y las espantosas masacres de judíos llevadas a cabo por Bogdan Chmelnitzky, en 1648-1649, constituyeron nada menos que una campaña de aniquilación: de hecho, el asesinato masivo de judíos llegó, con los años, a ser tan común en la Rusia imperial que el término *pogrom* fue acuñado como su descripción.

En Francia, el caso Dreyfuss llevó a un joven periodista, llamado Theodor Herzl -cuya Viena natal estaba gobernada por un partido masiva y abiertamente antisemita, con líderes muy admirados por Hitler-,⁸ a abandonar su previo compromiso con la asimilación y abrazar el sionismo.

Seguramente, el antisemitismo era aún más extremo en Polonia, y en Rumania, la Gestapo –de hecho– intervino para ralentizar, o reajustar, lo que se había convertido en una carnicería frenética de judíos.

Insistir sobre la virulencia particular del antisemitismo o las predisposiciones culturales para el genocidio en una nación comparada con otra es siempre arbitrario e incontrastable. Toda la discusión acerca del antisemitismo alemán es, en última instancia, circular: “debió” haber actuado más profundamente en ese país porque la *Shoá* ocurrió allí.

El antisemitismo alemán no era, en rigor de verdad, muy diferente al de cualquier otra parte. Pero eran distintas las circunstancias en las cuales se desarrolló, y desde esta perspectiva –en última instancia– no tiene mucho sentido ocuparse de la exterminación sistemática de millones de personas sin analizar el sistema en el cual ésta tuvo lugar.

⁶ Goldhagen, Daniel. J. *Hitler's willing executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*. New York, Alfred Knopf, 1996, pág. 74.

⁷ *Ibid.*, pág. 9.

⁸ “Hitler no tuvo que inventar su visión maniquea de una humanidad aria amenazada por la conspiración judía. Estaba todo allí, en el antisemitismo de la Viena de preguerra.” En Beller, S. “A tale of two cities. Herzl's Vienna, Hitler's Vienna”, en Bronner, Stephen E.-Wagner, F. P. (eds.). *Vienna: The world of yesterday, 1889-1914*. Atlantic Highlands, Humanities, 1997, pp. 250 y ss., y 257.

Ciertas instituciones seguramente privilegian el antisemitismo y el genocidio de manera que otras no lo hacen. Hacer referencia a ellas no necesariamente implica negar la acción o responsabilidad individual, pero sí cuestiona una visión limitada del antisemitismo. También existieron otras razones para apoyar a los nazis y participar de sus planes. La ambición, la cobardía, la avaricia, el servilismo desempeñaron su papel: el antisemitismo era una prueba determinante para el poder institucional, los gestos humanitarios lo ponían a uno en peligro, los departamentos de los judíos eran distribuidos entre los simpatizantes nazis. De hecho, la “Noche de los Cristales Rotos”, más un acontecimiento orquestado que un brote espontáneo de antisemitismo, se conoció en Austria como la “Noche de los Dedos Largos”.⁹

El Estado totalitario crea –indudablemente– un clima moral, en el cual –tal como dijo William Butler Yeats– “*los mejores carecen de toda convicción y los peores están llenos de apasionada intensidad*”. También produce una innumerable masa de “*conciencias grises*” entre quienes viven fuera de los campos, así como entre los de adentro que se comprometieron con sus perseguidores, en detrimento de sus camaradas.¹⁰

El mal absoluto de la Shoá es –vaya ironía– precisamente lo que exige matizar los juicios éticos.

Los aristócratas –como Stauffenburg y sus valientes coconspiradores en el complot para asesinar a Hitler en 1944, por ejemplo– desestimaban la República de Weimar: inicialmente saludaron la victoria nazi con cierto entusiasmo, aunque más adelante intentaron terminar la guerra y la matanza de judíos pretendiendo tomar el poder cuando todo estaba obviamente perdido.¹¹ De la misma manera, muchos sinceros antifascistas fueron seducidos por la prosperidad doméstica y los éxitos en la política exterior logrados por el régimen nazi. Otros se desilusionaron después de la destrucción de la oposición organizada y se entregaron a su destino.

Una minoría probablemente sabía casi todo sobre los campos, mientras que millones y millones sabían –seguramente– que estaba ocurriendo algo horrible detrás del muro oficial de silencio.¹² Lo que la mayoría habría podido hacer con

⁹ Wollenberg, J. “The expropriation of rapacious capital by productive capital” y Friedrich, J. “The apartment keys are to be relinquished to the house manager”, ambos en Wollenberg, J. (ed.). *The German public and the persecution of the Jews. 1933-1945*. Atlantic Highlands, Humanities, 1996, pp. 118-153, 189-192.

¹⁰ Levi, Primo. *Moments of reprieve. A memoir of Auschwitz*. New York, Penguin, 1985, pág. 127. Traducción: R. Feldman.

¹¹ Hoffman, Paul. *The history of the German resistance. 1944-1945*. Cambridge, MIT Press, 1977, pp. 18 y ss., y 315 y ss. Traducción: R. Barry.

¹² Mommsen, Hans. “The reaction of the German population to the anti-Jewish persecution and the Holocaust”, en Hayes, Peter (ed.). *Lessons and legacies*. Evanston, Northwestern University Press, 1991.

su conocimiento, sin embargo, es otro tema. Los actos privados de resistencia tienen, a veces, mayor alcance que los públicos. Pero los pequeños actos de resistencia –por lo general– se olvidan, mientras que las acciones públicas –como la huelga en Berlín, de 1943, o las actividades vinculadas con los valientes estudiantes de la “rosa blanca” en Munich– se recuerdan más por su valor simbólico que práctico.

La *Shoá* aún clama por justicia, sin embargo, precisamente porque se le podía resistir. La teleología hace a la ética irrelevante; una ética genuina puede existir sólo allí donde hay contingencia. La ética presupone la capacidad de elegir. En un acontecimiento tan absoluto como la *Shoá*, sin embargo, las opciones no aparecen siempre en blanco y negro. Una “conciencia gris” impregna gran parte de la sociedad y proyecta varios grados de culpabilidad. Karl Jasper tenía –por lo tanto– razón en distinguir entre la culpa y la vergüenza.¹³

La culpa refiere a las acciones, a los intereses y el imperio de la ley. La vergüenza refiere a algo menos palpable: un sentimiento de remordimiento o pérdida irremediable nacido de la angustia. La culpa requiere determinar cómo algunos se beneficiaron más que otros, algunos actuaron más que otros y algunos creyeron más que otros. La vergüenza no tiene necesidad alguna de las calificaciones sobre las cuales se basa la determinación de la culpabilidad o la inocencia. No implica distinguir rígidamente entre la participación y la pasividad. Cada uno puede sentir vergüenza por sus vecinos, su comunidad y su nación. Cada uno puede lamentarse por la acción jamás tomada. No es mucho; no ofrece la perspectiva de la justicia o el castigo. La vergüenza no ayudará a las víctimas, pero ese sentimiento no es totalmente inútil. En forma implícita arroja una luz especial sobre la *Shoá* y –quizá por un momento– vuelve un poco más humanos a aquellos que inocentemente contribuyeron a que ella fuera posible.

¿Qué hace a la *Shoá* única?

El *Séder de Pésaj* (cena ritual de Pascuas) comienza con la pregunta: “¿Qué hace a esta noche diferente de cualquier otra?”. La misma pregunta surge al tratarse la *Shoá*. También se la ha contestado de muchas maneras: tanto los especialistas como la gente común y corriente apuntan al número de personas asesinadas, a la forma de la matanza y al genocidio practicado contra los judíos. Pero estas expresiones de la estructura social producen la Gestalt única de la *Shoá* sólo cuando son comunicadas por una visión obscena tan escandalosa, una intención teleológica tan perversa, que constituyen una ruptura con el sentido común y los supuestos de la vida cotidiana.

¹³ Jaspers, Karl. *The question of German guilt*. New York, Dial, 1947. Traducción: E. B. Ashton.

Identificar qué hace a la *Shoá* especial requiere una perspectiva sociológica capaz de recalcar el número de los muertos, la forma de la matanza y el asesinato masivo de los judíos. Debe, sin embargo, afrontar también la “dinámica genocida” desencadenada por el acontecimiento.

Números

6.000.000 de judíos. La cifra habla solamente de los muertos. Nada dice sobre los suicidios emprendidos más adelante, los sobrevivientes espiritual o físicamente mutilados por la tortura y el trauma, o las carreras arruinadas y los años perdidos. El número es mayor a los 6.000.000 de individuos judíos asesinados por el régimen nazi, y hay ciertos aspectos en que la cifra –de hecho– más bien oculta el sufrimiento, antes que expresarlo. Pero de todos modos, proporciona un punto de referencia necesario.

El número baja la *Shoá* a la tierra, indica la posición singular de los judíos en ella. Pero debería crear también una preocupación por los aproximadamente 4.000.000 de otras víctimas –entre ellas, los gitanos y los homosexuales– que pagaron el precio más alto en los campos de concentración. Debería, ciertamente, arrojar luz sobre el carácter de una época en la cual los horrores más inimaginables fueron infligidos sobre una multitud de naciones, pueblos y grupos.

6.000.000 de judíos. A Hegel le gustaba ver la historia como un “altar de la matanza”. Pero ni él habría podido imaginar los torrentes de sangre desatados en el siglo XX. 38.000.000 fueron asesinados o heridos en la Primera Guerra Mundial, y el número no incluye a las víctimas del genocidio armenio o la guerra civil en la flamante Unión Soviética. 20-25.000.000 fueron liquidados bajo Stalin, 15.000.000 de chinos murieron en la guerra contra Japón, 4.000.000 de polacos y casi 2.000.000 de yugoslavos fueron aniquilados por los nazis. Las muertes globales de la Segunda Guerra Mundial probablemente alcanzaron los 60.000.000, y entre ellas hubo 6.000.000 de judíos.¹⁴ Es seguramente legítimo considerar a los años comprendidos entre 1914 y 1945 como una época singular, en la cual la *Shoá* fue sólo un momento, aunque el más trágico.

6.000.000 de judíos. Los números, como las historias, invitan siempre a la comparación con otros. 6.000.000 ó 5.000.000 ó 4.000.000 de muertos. Un debate empírico de esta clase se cierra siempre con mala fe. Su objetivo es igual al del tatuaje en el brazo de cada detenido judío del campo de concentración. Intenta borrar al individuo, a la persona única e irremplazable, a la que solamente la investigación más meticulosa puede reinstalar. Esto debe haber inspirado, seguramente, a Serge Klarsfeld en su intento monumental por proporcio-

¹⁴ Weinberg, Gerhard L. *A world at arms. A global history of World War II*. New York, Cambridge University Press, 1994, pp. 895 y ss. También el estudio clásico de Hilberg, Raul. *The destruction of the European Jews*. New York, Holmes & Meier, 1985.

nar la biografía de 1.300 niños que estaban entre los 75.000 judíos franceses deportados a los campos de concentración.¹⁵ Reinsertar las experiencias de las víctimas nuevamente en la historia, nombrar a los sin nombre, es la intención más noble de la investigación de la *Shoá*.

6.000.000 de judíos. Pero el simple recurso a los números es insuficiente para definir la unicidad de la *Shoá*, y ni hablar de hacer comprensible su valor simbólico a los no judíos, o incluso a los propios judíos. Los números evocan ideas empíricas de sujetos individuales que son asesinados cuando, de hecho, estaba en curso una nueva forma de ejecución masiva o “matanza industrial”.¹⁶ Creó los números y quizás echa un aura simbólica sobre los cadáveres. Si expresa el horror único de la *Shoá* o no, sin embargo, es otro asunto. Millones fueron asesinados con revólveres y ametralladoras en Camboya y –salvo metafísicamente– poco sentido tiene argüir que la particular forma burocrática de matanza empleada por los nazis es –de alguna manera– peor, o menos “humana”, que aquellas más simples practicadas en *pogroms* o por sociedades menos avanzadas tecnológicamente. El nuevo método de matanza nada dice sobre el sufrimiento de las víctimas; sólo contribuye a una introspección en la mente de sus asesinos.

Estructura

El totalitarismo apunta, de la manera más radical, a convertir al individuo en lo que Ortega y Gasset llamó un “hombre-masa”. El sistema depende de las masas para el asesinato de masas. Una pandilla jamás habría podido –por sí sola– colocar a los individuos normales en un contexto anormal, en el cual la crítica personal, la oposición organizada y las posibilidades alternativas parecen ya no existir. La imagen de la sociedad nazi como compuesta por robots manipulados por un maníaco ideológicamente enloquecido es seguramente una caricatura;¹⁷ sin embargo, es igual de exagerado enfatizar la normalidad de “la vida cotidiana” bajo los nazis y su conexión relativamente intacta con el pasado.¹⁸ La exterminación de millones y la participación de otros millones en ella, el uso históricamente innovador de la propaganda por parte de los nazis, su uso del terror como herramienta política, su monopolio sobre los medios y sus innumerables

¹⁵ Klarsfeld, Serge. *French children of the Holocaust. A memorial*. New York, New York University Press, 1996.

¹⁶ Bartov, Omer. *Murder in our midst. The Holocaust, industrial killing and representation*. New York, Oxford University Press, 1996.

¹⁷ Kershaw, Ian. *The “Hitler myth”: Image and reality in the Third Reich*. Oxford, Clarendon, 1987.

¹⁸ Peukert, Detlev. *Inside Nazi Germany. Conformity, opposition and racism in everyday life*. New Haven, Yale University Press, 1987. Traducción: R. Deveson; Burleigh, Michael-Wipperman, Wolfgang. *The racial state. Germany 1933-1945*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

organizaciones sociales, su sistema judicial y su sistema de valores, no son simplemente separables de la vida de la comunidad.

Victor Klemperer, cuyos diarios masivos constituyen documentos importantes de la vida cotidiana bajo Hitler, planteó muy bien el asunto cuando dijo: “El judío es la persona más importante del Estado nazi”. Ese no era seguramente el caso en la Alemania imperial o la República de Weimar. La vida diaria no es algún *Lebenswelt* autónomo, suspendido en la imaginación metafísica de los filósofos, o las preocupaciones empíricas de los historiadores sociales, que no pueden ver el bosque por los árboles. Es influida necesariamente por factores institucionales.

La vida cotidiana bajo el nazismo no era una mera continuación del pasado o sólo otra forma de lo “normal”. Los argumentos de esta clase tienen implicaciones profundamente reaccionarias y sólo hacen que quienes les quitan importancia a los crímenes del régimen nazi los adopten.¹⁹ Estas explicaciones justifican –intencional o inintencionadamente– a quienes afirman que “no sabían”. Colocan al nazismo más allá de los funcionamientos de la sociedad. Denigran la política y convierten al Estado y sus instituciones en una abstracción. Las diferencias cualitativas entre el totalitarismo y otras formas de organización social desaparecen.

El totalitarismo presupone la tentativa de monopolizar cada posible influencia sobre el comportamiento de los individuos. Puede –quizá– jamás tener un éxito total en la eliminación de la libertad, así como ningún régimen jamás puede tener un éxito total en hacerla real. Pero el régimen totalitario se acerca mucho a ello, satisfaciendo su propósito ideológico. Sus purificaciones regulares, su arbitrariedad burocrática, militan contra la rutina diaria y los valores instrumentales. El totalitarismo suprime cualquier separación de poderes. Destruye todas las instituciones capaces de desviar el poder del Estado y su líder: los medios, la iglesia, la unión, la escuela, la familia, la vecindad.²⁰ Fomenta una “personalidad autoritaria”, atomizando a los individuos, enajenándolos, avivando –así– su identificación emocional –en última instancia, devastadora– con el líder y el Estado.

El totalitarismo, en su forma más radical, busca una “transformación de la naturaleza humana”, embarcándose en lo que Nietzsche habría llamado una “transvaloración de valores”: privilegia la crueldad por sobre la compasión, la indiferencia por sobre la caridad, el poder arbitrario por sobre la deliberación razonada, la arrogancia por sobre la modestia, la servidumbre por sobre la libertad, la muerte por sobre la vida. La desorientación ética se convierte en un

¹⁹ Hillgruber, Andreas. *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des deutschen Reichs und das Ende des Europäischen Judentums*. Berlin, Seidler, 1986.

²⁰ Arendt, Hanna. *The origins of totalitarianism*. Cleveland, Meridan, 1958, pp. 364 y 392 y ss.

objetivo fundamental de la política.²¹ El totalitarismo cambia radicalmente los términos en los cuales los individuos tratan con los otros y se entienden a sí mismos; ofrece a su público una forma moderna de maniqueísmo.

El poder absoluto exige un enemigo absoluto.²² El régimen valora el ejercicio del poder puramente arbitrario y –de tal modo– dramatiza la distinción fundamental inherente a la mismísima idea de lo “político”: la oposición entre “ellos y nosotros” o entre “amigo y enemigo”.²³ La víctima merece el hambre, los dolores, los piojos, los soplos, el excremento y la introducción arbitraria de la muerte. El enemigo –que es siempre “ellos”– es siempre menos que humano y siempre peligroso para “nosotros”.

Stalin redefinió constantemente el “ellos”: siempre había una nueva conspiración lanzada contra el régimen por un nuevo grupo de conspiradores. Pero el enemigo seguía siendo constante en la Alemania nazi. Era el judío. Y entonces, mientras que los regímenes totalitarios siempre convierten el sadismo en virtud, su refinamiento podía desarrollar una lógica radical única solamente bajo Hitler. Aquí es donde aparecen en escena los experimentos médicos insanos, la eutanasia y las formas regularizadas de degradación practicadas en los campos de concentración.

El Estado nazi intentó –deliberadamente y con todos los medios a su disposición– exterminar a cada hombre, mujer y niño de un determinado grupo de personas, hasta el último.²⁴ Los nazis fueron metódicos y emplearon recursos incalculables, pero eso ya había sucedido antes: Cartago fue arrasada junto con lo que se convertiría en una multitud de pueblos hace mucho olvidados. También, si –en principio– no debería existir una jerarquía ética entre las víctimas del nazismo, tampoco hay –en principio– razón alguna por la cual el asesinato de millones de judíos inocentes debiera tener alguna preeminencia ética sobre el de otros millones de personas inocentes. Una interpretación que se contenta con el mero énfasis en el asesinato masivo de judíos, o cualquier otro grupo, poco dice sobre el carácter único de la *Shoá*, y mucho menos sobre su importancia simbólica para las diversas víctimas de otros genocidios y otros regímenes. Es necesario ser menos ingenuo y más radical al tratar tales cuestiones.

²¹ *Ibíd.*, pp. 465 y ss.

²² “*El antisemitismo debe ser, ahora, total. Desde el comienzo, siempre ha habido un estrecho vínculo entre el antisemitismo y la totalidad. La ceguera es absoluta porque nada comprende.*” En Horkheimer, M.-Adorno, T., op. cit., pág. 172.

²³ Schmitt, Carl. *The concept of the political*. Chicago IL, University of Chicago Press, 1996, pág. 26. Traducción: G. Schwab.

²⁴ Jaeckel, E. “The impoverished practice of insinuation. The singular aspect of National-Socialist crimes cannot be denied”, en *Forever in the shadow of Hitler? The dispute about the Germans’ understanding of history*. Atlantic Highlands, Humanities, 1993, pág. 76. Traducción: J. Knowlton y T. Cates.

Genocidio

El concepto tiene su propia historia. Mirar retrospectivamente el genocidio de los armenios, y hacia atrás, a los pueblos indígenas de América, y más atrás, hasta Cartago y las incontables naciones olvidadas de la *Biblia*, proporciona una sensación de actualidad. Las sociedades tradicionales usaban el genocidio como manera de emprender una guerra, e incluso muchos intelectuales aún no se dan cuenta de su rol histórico.²⁵

No hay algo único en la erradicación de pueblos; no obstante, es importante considerar que la palabra “genocidio” fue acuñada entre las dos guerras mundiales. Estos fueron los años de la hambruna artificial en Ucrania, en los ’20; la transferencia de poblaciones enteras por parte de Stalin, en los ’30; y los centenares de miles de asesinados durante la conquista japonesa de China.²⁶ El genocidio contra los judíos ocurrió en el contexto de lo que se ha llamado una “mentalidad genocida”.

El genocidio tiene, generalmente, poco que ver con las “condiciones objetivas”. Puede ocurrir en naciones económicamente subdesarrolladas, como Camboya, y en estados relativamente modernos, como la ex Yugoslavia.

El genocidio también tiene poco que ver con metas instrumentales. Las purgas en la ex Unión Soviética –y mucho menos los singulares actos de crueldad– no fueron emprendidas como consecuencia de “necesidad” económica o para “modernizar”; la eliminación de una generación entera de científicos, expertos militares, granjeros, trabajadores, intelectuales y burócratas sólo podía tener efectos desastrosos sobre el futuro del país. El Estado nazi, por su parte, ya era “moderno”. Sin embargo, sus líderes desperdiciaron gran cantidad de personal y recursos cada vez más escasos en la “Solución final”, durante la fase más crucial de la guerra.

El antisemitismo incitó la *Shoá*, pero este odio a los judíos fue sólo el momento más evidente de un racismo más abarcativo, cuyas víctimas incluirían a gitanos y eslavos. La eliminación de los judíos era solamente el primer paso –si bien el más radical– de lo que se convirtió en un propósito político de erradicar a numerosos pueblos y naciones del mapa de Europa y del mundo.²⁷

El genocidio nazi tiene su propia “dinámica”. Se convirtió en los medios y el fin de la acción política: en última instancia, Hitler deseaba reducir la humanidad a dos individuos perfectos, un Adán y una Eva racialmente puros, y “volver a comenzar”. La intención es relevante para la comprensión histórica y –en

²⁵ Stannard, D. E. “Uniqueness as denial. The politics of genocide scholarship”, en Rosenbaum, Alan S. (ed.). *Is the Holocaust unique? Perspectives on comparative genocide*. Boulder CO, Westview, 1996, pp. 163 y ss.

²⁶ Chang, I. *The rape of Nanking. The forgotten Holocaust of World War II*. New York, Vintage, 1997.

²⁷ Weinberg, G., op. cit., pág. 173.

este caso— aniquila cualquier tentativa “objetiva” o empírica de comparar la *Shoá* con otras atrocidades. Ningún otro régimen ha empleado el genocidio para vaciar el mundo y comenzar de nuevo. El proyecto nazi era, por lo tanto, más ambicioso que otras formas más tradicionales de genocidio. Su *ethos* único proporciona la herramienta conceptual para comprender el sentido de tanta cantidad de gente asesinada, la forma de la matanza y el simbolismo asociado a la destrucción de los judíos. El destino de los judíos les aguardaba —de hecho— a las siguientes víctimas, y a las siguientes...

Nunca antes —o desde entonces— se ha lanzado un genocidio contra la misma humanidad. La *Shoá* se vuelve única por su dinámica genocida. La empresa patológica fue universal en sus intenciones, y el radicalismo de su obscuro objetivo incluso le brinda un sello único al sacrificio padecido por sus víctimas. No murieron y sufrieron por Dios, la conquista, su fuerza de trabajo, su capital o la amenaza que representaban. Ni siquiera murieron en nombre de la utopía. Murieron por la inversión de ésta: murieron en nombre del infierno.

¿Cuál es el significado simbólico de la *Shoá*?

Con el colapso del comunismo y el nuevo surgimiento de particulares reclamos de identidad, para bien o para mal y crecientemente, la política global está siendo interpretada desde una perspectiva cada vez menos nacional y más ampliamente cultural. Las ideas pueden —claro está— atravesar los límites culturales, y las más diversas “civilizaciones” todavía pueden tener mucho en común.

La *Shoá* les proporciona una advertencia a todas ellas, de todas las maneras posibles. Demuestra la posibilidad de distorsionar o pervertir todo impulso creativo humano: la ciencia, la metafísica y la estética. Muestra hasta qué punto el poder puede volverse arbitrario y cómo los más débiles siempre se convierten en sus víctimas. Resalta los peligros de desencadenar la irracionalidad en la política. Encarna la cosificación: el prisionero del campo de concentración realmente es reducido a una cosa. De hecho, la *Shoá* simboliza el mal del cual cada nación o civilización es capaz.

Nada de esto, sin embargo, garantiza su poder imperativo, en términos universales o absolutos. Cada civilización tiene su propia “*Shoá*”, y aunque haya diferencias objetivas entre las atrocidades, no necesariamente serán percibidas como tales por cada pueblo. Toda nación y grupo étnico construye parcialmente su identidad sobre el sufrimiento de sus predecesores, y siempre existe el interés en generar la sensación de que esta nación o ese grupo, esta religión o esa raza, ha sufrido más que cualquier otra. Cuestiones de esta clase pueden —obviamente— influir sobre la voluntad de los no judíos de ver la *Shoá* como un estándar universal, y mucho menos, como un símbolo del mal absoluto.

Resaltar la singularidad de la *Shoá* puede conseguir una inmediata legitimidad si no implica negar el horror de otras atrocidades: cada caso se torna similar y diferente, especial y único, y cada uno está sujeto a formas comparativas de investigación.²⁸ En este caso, sin embargo, las intenciones liberales y pluralistas provocan consecuencias reaccionarias. El deseo de comparar obstaculiza la posibilidad de generar cualquier estándar de similitud, mientras que ensayar distinciones cualitativas entre los acontecimientos se convierte en algo basado en poco más que la intuición. Las posibilidades de manipular la tragedia histórica llegan a ser, ahora, incluso mayores que antes. La preocupación por la reciprocidad formal, que se adecua tanto a la ética del discurso, simplemente ignora el interés político y existencial de interpretar los acontecimientos históricos.

Ninguna atrocidad ha recibido la misma atención académica o popular, y ciertamente, la gente de buena fe de otras partes ya siente empatía con las víctimas de la *Shoá*. Pero seguramente no se identifican con ella a la manera de los cristianos y los judíos. Es probable que los africanos consideren la *Shoá* de una manera tan tosca como sus contrapartes occidentales tratan la matanza de los zulúes o el horror de Ruanda, y que los asiáticos vean a las víctimas inocentes del fascismo como en Occidente vemos a las víctimas inocentes del “secuestro de China” o las purgas de Mao. No existe una razón práctica para embarcarse en lo que Albert Camus llamó apropiadamente una “álgebra de sangre”. Pero las cosas no son tan simples: la hoguera existencial de la *Shoá* sencillamente no es lo mismo para las civilizaciones occidentales que para las no occidentales, y la “educación” no lo cambiará.

La memoria testimonia en contra de lo acontecido en los campos de concentración. Pero también distorsiona: lo peor, o la rutina, o aun el modo en que lo peor llega a ser rutina, a menudo se reprime. Las palabras no pueden agotar el acontecimiento, e incluso los escritores más lúcidos han enfrentado extraordinarias dificultades a la hora de plantear las cosas en un lenguaje aceptable o comprensible.

La *Shoá* se representa en historias e imágenes, historias terribles e imágenes inimaginables. Las víctimas de otras atrocidades, sin embargo, también tienen sus historias y sus imágenes. Los judíos inocentes apiñados en algún vagón de ganado cruzando Europa son enfrentados con los esclavos encadenados y amontonados en un barco que cruzaba el Atlántico, Hitler es comparado con Stalin, Auschwitz se yuxtapone con Hiroshima. La experiencia no puede aprehender completamente la unicidad, o el significado simbólico, de la *Shoá*; el sufrimiento de otros siempre amenaza con aplastar la historia.

²⁸ Charney, Israel W. “Prólogo”; Rosenbaum, Alan S., “Introducción”, ambos en Rosenbaum, Alan S. (ed.), op. cit., pp. xi y ss, y 5 y ss.

Por consiguiente, si bien muchos comparan la *Shoá* con el mal absoluto, otros la consideran no muy diferente de otras atrocidades, como el stalinismo. Los acontecimientos extremos han generado miradas extremas.²⁹ El absolutismo y el relativismo interpretativos, sin embargo, son las dos caras de la misma moneda. Ambos crean varios “mecanismos de negación” para “elaborar” la *Shoá* en términos de su significado simbólico.³⁰ Enfatizar su significación absoluta para cada habitante del planeta es tan cuestionable como relativizarla en relación con otros ejemplos históricos de asesinato masivo o genocidio. Es necesaria una perspectiva antropológica para navegar entre afirmaciones absolutistas elementales y relativistas aun más elementales respecto de la significación de la *Shoá*. Lo que tiene más sentido, quizás, es destacar su importancia para una civilización específicamente occidental, basándose en la “herencia judeo-cristiana”.

La *Shoá* cuestiona esta noción y, por ello, acusa a una cierta forma histórica de “civilización”. Subraya lo que todo el mundo sabe, pero pocos querrían admitir: nunca hubo el tipo de relación entre estas dos culturas religiosas que el término implica. El judío fue siempre el “otro”. Incluso antes del surgimiento del cristianismo, los judíos sufrieron la esclavitud a manos de los egipcios y la conquista, junto con la destrucción de su templo, por los babilonios y los romanos. Pero la posición problemática de los judíos apareció verdaderamente tras el surgimiento de las instituciones y dogmas específicamente cristianos. Los judíos se volvieron prominentes en Europa recién alrededor de los siglos IX o X. Sin embargo, ya desde el siglo I los cristianos los identificaron con Satán.³¹

El judío fue condenado por matar a Cristo. El judío fue acusado de envenenar pozos e iniciar la plaga. El judío fue atacado por explotar gente y por despertar sus pasiones revolucionarias. El judío fue castigado por depreciar la moneda y por apreciarla. El judío fue denigrado por consentir el misticismo y por encarnar el racionalismo. Hasta bien entrado el siglo XX, de hecho, todavía se creía que los judíos se dedicaban al asesinato ritual de niños cristianos, y durante el famoso “caso Beiliss”,³² los antisemitas rusos explícitamente demandaron la eliminación de los judíos para salvar la nación.

El “antisemitismo eliminacionista”, para usar el término acuñado por Daniel Goldhagen, no fue producto de una sola cultura nacional. Existía, en realidad,

²⁹ Adorno, Theodor W. Prismen. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1955, pág. 12. La contraposición está argumentada en un ensayo que generó el famoso “debate de los historiadores”: Nolte, Ernest. “Between historical legend and revisionism? The Third Reich in the perspective of 1980”, en *Forever...*, op. cit., pp. 1 y ss.

³⁰ LaCapra, D. *Representing the Holocaust. History, theory, trauma*. Ithaca, Cornell University Press, 1994, pp. 48 y ss.

³¹ Pagels, E. *The origin of Satan*. New York, Vintage, 1995, pp. 10 y ss.

en el mismísimo corazón de la cosmovisión cristiana. En todas partes, ya sea por ceguera o por maldad, consideraban que los judíos rechazaban la oferta de la salvación. Numerosas interpretaciones teológicas identifican su desaparición con el fin de la historia y la creación del paraíso.

Es cierto que el cristianismo, últimamente, generaría varias ideas y tendencias políticas progresistas. Sin embargo, casi todas las principales religiones cristianas consideraban a los judíos solamente dignos de la conversión o la exterminación.³³ Demoró hasta el Concilio Vaticano II, de 1962, que un papa indicara que los judíos no asesinaron a Cristo; hasta 1994 que la Iglesia Evangélica condenase los escritos más antisemitas de Martin Lutero; y hasta 1997 que la Iglesia Católica reconociera “malas interpretaciones” en la raíz de su antisemitismo histórico.

El judaísmo y el cristianismo fueron esencialmente segregados hasta la era de la revolución democrática. Los teólogos pueden señalar la obvia conexión entre el Viejo y el Nuevo Testamento,³⁴ pero la importancia del primero era entendida –por lo general– sólo en relación con su relevancia para el segundo: los cristianos estaban –en toda circunstancia– solos en la posición de tomar la determinación decisiva.

Los eruditos pueden referir a Rashi o Maimónides o las famosas “disputas” de los siglos XII y XIII,³⁵ cuando los judíos fueron compelidos a justificar su fe, pero éste fue un asunto relativamente menor. Los historiadores pueden señalar éste o aquel contraejemplo. Pero sencillamente no tiene sentido hablar de un intercambio cultural serio entre cristianos y judíos, o siquiera de algún efecto genuino de los judíos en las formas hegemónicas de la cultura “occidental” antes de los siglos XVII o XVIII. Además, aun cuando sí existieron algunas influencias intelectuales, los judíos jamás tuvieron poder político o económico hegemónico en alguna otra parte que no fuera su propio ghetto.

Los judíos eran comerciantes y artesanos. Los había ricos y pobres. Hasta había “judíos cortesanos”. Los judíos y los cristianos eran, a menudo, vecinos, pero nunca hubo algo parecido a una sociedad entre ellos, como sugiere la noción de “la herencia judeo-cristiana”.

A menudo eran buenos tiempos, y los antisemitas verdaderamente salvajes eran –en general– una minoría. El culto a la víctima es indecoroso para los judíos, y también históricamente inadecuado. La historia judía no es sólo una ca-

³² Samuel, M. *Blood accusation. The strange history of the Beiliss case*. New York, Alfred Knopf, 1966.

³³ Oberman, H. A. *The roots of Antisemitism. In the age of renaissance and reformation*. Philadelphia, Fortress, 1981, pp. 41 y ss. Traducción: J. I. Porter.

³⁴ Cf. Hexter, J. H. *The Judeo-Christian tradition*. New Haven, Yale University Press, 1995.

³⁵ Maccoby, H. *Judaism on trial. Jewish-Christian disputations in the Middle Ages*. London, Littman Library, 1982.

dena de desastres implacables; la cultura prosperó por períodos, incluso en Estados que se volverían notoriamente antisemitas, como Lituania, Polonia, Portugal y España.

Pero eso nada cambia. El asesinato y la tortura masiva de los judíos ocurrieron virtualmente en todos los países en que vivieron. Mataron a un sinnúmero de judíos durante la Inquisición, seguramente hubo aun más entre las innumerables víctimas quemadas por brujería en la Edad Media, y los *pogroms* eran pura y llanamente un hecho cotidiano. La discriminación yace en el orden natural de las cosas.³⁶ Durante casi 1.500 años –y en muchos lugares, hasta bien entrado el siglo XX–, el bienestar y la vida de los judíos dependían –en todas partes– de los caprichos de los cristianos y sus instituciones.

En todos lados, estas instituciones religiosas enfatizaban la fe por sobre la razón, la Iglesia por sobre el Estado, el dogma por sobre el discurso, la obediencia por sobre la crítica, lo espiritual por sobre lo secular, la jerarquía por sobre la igualdad y las respectivas formas de afiliación religiosa por sobre las nociones universales del Derecho. Cada una de las formas hegemónicas del cristianismo consideraba su propia enseñanza como la única religión verdadera y revelada, y para cada una de ellas sólo tenía sentido oponerse a la Ilustración y su impulso democrático. Desde esta veta, cuando los antisemitas asocian a los judíos con la modernidad tienen razón. No es sorprendente que éstos fueran generalmente identificados con el racionalismo y el materialismo, el capitalismo y el socialismo, el liberalismo y el secularismo, ya que todos ellos desafiaron los prejuicios y privilegios que sostenían la cultura de “los creyentes”, en la cual estos marginales sufrían.

El nazismo no le sirvió de mucho al cristianismo, y había una calidad profundamente pagana en la nueva ideología. Esto contribuyó a diferenciarla de los primeros movimientos fascistas o protofascistas, como la *Action Française*. Pero esto no cambia el hecho que las iglesias cristianas, en general, y la Iglesia Católica, en particular, apoyaron ampliamente al nuevo régimen, o que las tendencias antimodernistas dentro del cristianismo constituían las raíces específicamente cristianas del nazismo.

El antimodernismo fue históricamente asociado a las instituciones hegemónicas del cristianismo, en especial después de la Revolución Francesa, y es la llave cultural para comprender los cimientos antropológicos del antisemitismo. El cristianismo, sin embargo, no sólo proporcionó la inspiración cultural para la intolerancia ejercida por los nazis. Sus instituciones también le dieron sentido a las herramientas organizacionales e inquisidoras, las cazas de brujas y el aparato propagandístico necesarios para la eliminación del “otro”.

³⁶ Cf. Lindemann, Albert S. *Esau's tears. Modern Antisemitism and the rise of the Jews*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pág. 3 y ss., y 17 y ss.

El mundo cristiano premoderno era una maldición para los judíos. Sus iglesias y otras instituciones probablemente no habrían podido fomentar más que desconfianza y odio. Seguramente, estos sentimientos eran comunes a los cristianos y los judíos. Pero ello poco importa, dado el desequilibrio estructural de poder entre ellos. Sencillamente, los cristianos podían expresar su odio de maneras en que los judíos no podían. Los judíos eran lo suficientemente marginales, tanto para hacerse vulnerables como para mantenerse visibles.

El antisemitismo fue un elemento constante en la cultura cristiana, y siempre y en todas partes estaba latente la posibilidad de un brote de comportamiento antisemita. La Iglesia pudo haber ofrecido la conversión como una alternativa a la exterminación, pero puesto que esa opción no existía desde que el antisemitismo se volvió racial, en la década de 1880, Hitler tenía cierta razón al decir que “la diferencia entre la Iglesia y yo es que *yo* estoy acabando el trabajo”.

La *Shoá* es, claro está, más que una simple extensión del antisemitismo cristiano. Es, también, más que sólo otra cesura histórica o una división simbólica entre la modernidad y la posmodernidad. Para la civilización occidental, a excepción del nacimiento de Cristo y su crucifixión, la *Shoá* probablemente sea la única capaz de reconfigurar todo lo que vino antes y después. Proporciona un original punto de referencia para la posibilidad más oscura: la destrucción del “otro”. La *Shoá* hizo realidad todos los impulsos antisemitas latentes en la civilización occidental. Su “revestimiento simbólico” se proyecta más allá de la suma total de los crímenes perpetrados por los nazis y acusa al núcleo de la civilización occidental.

La *Shoá* contrabandea sus propios significado y propósito dentro de la historia. Transforma la comprensión tradicional de la teleología. La dialéctica hegeliana había proyectado la dominación inevitable del Estado burocrático moderno, y el marxismo había desarrollado la visión de una revolución proletaria. La historia garantizaba la realización de la libertad; la idea siempre anticipaba el hecho. Pero con la *Shoá*, esta situación se invirtió.

La historia podía ser vista, ahora, como culminando en la falta de libertad. El hecho de la existencia de Auschwitz podía generar, ahora, su propia idea; podía insistir en una reconsideración de todo lo previo.

La *Shoá* es el escenario en el cual el ángel de la historia –pintado tan delicadamente por Paul Klee y tan notablemente representado por Walter Benjamin– abre sus alas. La cara de este ángel se da vuelta hacia el pasado. Percibe una sola catástrofe, que genera una creciente montaña de ruinas humanas que conocemos como “historia”. La *Shoá* es esta catástrofe, y nosotros también deseamos “*permanecer, despertar a los muertos y dejar intacto lo que ha sido quebrado*”.³⁷ Pero eso es imposible, aun si la voluntad se resiste a la realidad y la con-

³⁷ Benjamin, Walter. “Theses on the Philosophy of History”, en *Illuminations*. New York, Schocken, 1969, pág. 257. Traducción: Harry Zohn.

ciencia, al hecho. La *Shoá* se convierte en más que una realidad y más que un hecho. Ofrece un nuevo y trascendente punto de referencia para los judíos; proyecta una nueva unidad y una solución simbólica para la Diáspora.

Imbuir la *Shoá* de una significación trascendental, sumergir el hecho desnudo en el reino de la trascendencia, se ha probado beneficioso para los judíos: desacreditó al antisemitismo, ayudó a justificar la creación de Israel y —especialmente entre los europeos— incluso dotó al nuevo Estado de un cierto privilegio ético. La *Shoá* también despertó una nueva preocupación por los derechos humanos, y en consecuencia, como una lastimosamente débil forma de compensación, se forjó la noción de una “herencia judeo-cristiana”. Pero el sacrificio de las víctimas judías todavía pesa como una pesadilla en las almas de los vivos. Bastantes judíos creen —aunque pocos, quizá, lo dirían tan francamente— que la *Shoá* les pertenece.

Pero la ironía es ineludible. Son precisamente aquellos cristianos aún comprometidos con la crítica a la modernidad, los “creyentes” acríticos, quienes más deberían sentir el escozor de la memoria. Bastantes cristianos todavía insisten con la singular “verdad de su religión”, aún consideran su deber convertir a los infieles, y sólo universalizan el sufrimiento infligido por los nazis —resaltando el martirio de sus hermanos— sin comprender la complicidad de sus propias tradiciones en la historia del antisemitismo. Son estos “creyentes” acríticos —los que adhieren, sin cuestionar, a las instituciones religiosas, así como los seguidores de los predicadores teleevangelistas, los fundamentalistas, la Coalición Cristiana— quienes deberían sumergirse en la *Shoá*.

La *Shoá* manifiesta el “potencial latente” de su historia y lo reconfigura. La *Shoá* es “su historia”, y “elaborar” el pasado es necesario para todos ellos, no sólo para los alemanes. “Ellos” deben elevar la *Shoá* más allá de lo relativo, más allá de otras atrocidades, para comprenderse y aquello que “su” civilización hizo posible.³⁸

Con los judíos es diferente. No cabe duda: para los judíos, la *Shoá* es la experiencia dominante de la modernidad. Se ha convertido en un elemento esencial de su memoria colectiva. Pero esto facilita ignorar los modos en que la *Shoá* se ha prestado a la manipulación. Puede ser utilizada para justificar un sinnúmero de prejuicios y estrategias. Puede ser utilizado para distraer la atención de las críticas legítimas hechas a Israel. Puede ser utilizado para difamar a cualquier no judío. Puede ser utilizado para poner a los judíos contra el mundo. Puede ser utilizado, en síntesis, para convertir al judío en la imagen especular del enemigo: el antisemita.

La *Shoá* no es una cuestión de pura trascendencia, ni una simple reducción histórica; su símbolo pende entre lo absoluto y lo relativo. Allí, en la zona cre-

³⁸ Littell, F. *Reflections on the Holocaust*. Philadelphia, Annals of the Academy of Political and Social Sciences, 1980; *The crucifixion of the Jews*. New York, Harper & Row, 1975.

puscular, brinda un estándar y una advertencia. Nunca es problema de la *Shoá* el constituirse demasiado en una parte de la imaginación popular. El peligro ocurre solamente cuando comienza a sofocar el pasado y definir el futuro.

La *Shoá* puede ejercer un dominio teleológico. Puede amenazar a toda experiencia de injusticia con anularla con la terrible sombra que proyecta. Los *pogroms* y las atrocidades del pasado, los momentos de otras extensiones del infierno, pueden perder fácilmente su integridad. Pueden ser categorizadas y olvidadas, aunque sus víctimas –más lejanas a nosotros en el tiempo que las de la *Shoá*– fueron igual de reales. Resistir esa destino sigue siendo, por cierto, el desafío más importante que la *Shoá* impuso a nuestro tiempo.

**Prof. Abraham
Huberman**

Historiador, especialista
en Shoá.

La Shoá en el juicio de Nüremberg

Los juicios contra los mayores criminales nazis se realizaron entre octubre de 1945 y noviembre de 1946, en Nüremberg, una ciudad con un gran valor simbólico ya que allí realizaban imponentes manifestaciones de poder y, en 1935, se adoptaron las leyes raciales contra los judíos. Se trataba de juzgar a la plana mayor del gobierno nazi, los jefes supremos de las Fuerzas Armadas, los responsables de las organizaciones de represión, diplomáticos y responsables por la economía del Tercer *Reich*. Fueron juzgados por crímenes contra la paz, conspirar para lanzar guerras de agresión, crímenes cometidos durante la guerra y actos violatorios de los usos y costumbres en tiempos de guerra. A esos delitos se los llamó “crímenes de guerra”.

Este calificativo fue usado ampliamente desde entonces, e incluso se lo confundió con otros delitos devenidos del trato brutal dado a las poblaciones civiles: hambre, toma de rehenes, desaparición de personas, sumisión a la esclavitud para realizar trabajos extenuantes, que producían una alta cuota de mortalidad, y deportación y asesinato de poblaciones enteras de los países ocupados por la Alemania nazi. La figura de “crímenes de guerra” era evidentemente inaplicable en estos casos. Las poblaciones civiles no eran combatientes, y fue necesario aplicar una nueva figura: la de “crímenes contra la humanidad”.

El asesinato de millones de judíos en Europa también fue incluido en la agenda del juicio, como una categoría especial. Si bien eran ciudadanos de sus respectivos países, se adoptó ese criterio porque su persecución y eliminación fue un objetivo prioritario del poder nazi.

Por primera vez fue presentado ante el amplio público, judío y no judío, una completa documentación acerca del proceso que llevó –primeramente– al acoso, discriminación y despojo económico de los judíos de Alemania y Austria –aun antes de la guerra– y la extensión y radicalización a los judíos de una cantidad de países europeos que fueron ocupados por Alemania. Como es sabido, ese procedimiento se expandió constantemente y culminó con el establecimiento de campos especiales de matanza, donde fueron asesinados millones de judíos.

Ya entonces se mencionaron, también, crímenes cometidos contra otras poblaciones no judías, como los gitanos. Sin embargo, quedaron pendientes otros abusos cometidos por los nazis y sus cómplices en Alemania antes de la guerra. Estos no fueron sometidos a la competencia del Tribunal Militar Internacional –constituido por representantes de las cuatro grandes potencias que lucharon y vencieron a la Alemania nazi: la Unión Soviética, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos–, sino que debían ser juzgados por los tribunales civiles de esos países.

Había varios problemas jurídicos pendientes. Como es sabido, nadie puede ser juzgado sino por una ley anterior que defina claramente cuál es el delito en cuestión. Jamás, en los anales del mundo moderno, se había presentado una situación semejante a la descrita anteriormente. En el mejor de los casos, eran raras excepciones. Tampoco se había sometido a juicio a los jefes de Estado que habían provocado las guerras. A pesar de ser considerado un peligro para la paz de Europa, Napoleón nunca fue juzgado por sus agresiones. Después de su derrota en Rusia fue confinado a la isla de Elba, de la cual huyó y regresó a París para organizar una nueva guerra, siendo derrotado en la batalla de Waterloo (1815). Detenido nuevamente, fue conducido a la isla de Santa Elena, posesión inglesa frente a las costas de Africa, donde falleció en 1821.

Después de la gran matanza producida durante la Primera Guerra Mundial –en la cual murieron alrededor de seis millones de combatientes– se procedió al desarme de Alemania, prohibiéndosele disponer de tanques, aviones y submarinos, para impedir una nueva agresión. También se le impusieron pesadas reparaciones, que debía pagar a los países agredidos. Uno de los primeros fue Bélgica, que tenía un *status* de neutralidad, aceptado y respetado por todos los países europeos. Se lo invadió aduciendo “razones militares” porque por allí pasaba la ruta más corta para llegar a París. El primer ministro germano alegó que ese tratado (el de neutralidad) era solamente un pedazo de papel. Inmediatamente, Inglaterra le declaró la guerra a Alemania porque se sintió amenazada por la presencia militar germana en Bélgica.

Durante esa guerra fueron usados, por primera vez, gases tóxicos en los frentes de batalla, así como también aeronaves –aunque primitivas– causaron serios daños a la población civil.

Al finalizar la guerra, el más fuerte anhelo de todos los pueblos fue asegurar la paz, razón por la cual se realizaron varias conferencias internacionales. Finalmente se estipuló que todos los diferendos, litigios y reclamos debían negociarse pacíficamente. Este punto fue aceptado por todos los países europeos y los Estados Unidos. La guerra quedó excluida y prohibida. A pesar de lo dicho, no cesó el rearme, incluido el de Alemania, que se realizó en secreto, aunque todavía en pequeña escala.

La llegada de Hitler al poder, en 1933, modificó sustancialmente la situación. En repetidas oportunidades había declarado, oralmente y por escrito, que su in-

tención era revertir totalmente la situación: proceder al rearme de Alemania para poder recomenzar la expansión hacia el Este, donde encontraría el *Lebensraum*, el espacio vital que necesitaba para alimentar a su creciente población. Como es sabido, Hitler era un antisemita fanático. Para él, todos los problemas internos y externos de Alemania sólo podían solucionarse mediante enérgicas y extremas medidas contra los judíos, dentro y fuera de ese país. La “cuestión judía” quedó, así, ligada a un complejo de causas.

El rearme ocupó un lugar destacado en la recuperación económica de Alemania. A partir de 1935 se constituyó un nuevo y modernísimo ejército, con suficientes armas. Con él, Alemania podía comenzar a pensar en planes agresivos. Asimismo y paulatinamente, se fue deteriorando rápidamente la situación de los judíos, quienes se vieron privados de sus derechos y obligados a emigrar, despojados de sus bienes.

En 1938, Alemania anexó Austria, utilizando amenazas, y el mismo año obligaron a Checoslovaquia a ceder –en Munich– los Sudetes, donde vivía una población mayoritariamente germana. Inglaterra y Francia cedieron a las intimidaciones alemanas porque pensaron que de esa manera salvarían la paz. Se equivocaron totalmente. Las tendencias agresivas se intensificaron debido al “dictado” de Munich, que pasó a ser sinónimo de chantaje y sometimiento. A continuación le llegó el turno a Polonia, que debía ceder la ciudad de Danzig, así como el territorio circundante.

Inglaterra anunció que defendería la soberanía de Polonia. Lo mismo hizo Francia. Tras haber firmado un pacto con la Unión Soviética, Alemania atacó Polonia el 1º de septiembre de 1939, y Francia e Inglaterra le declararon la guerra. En pocos días, el ejército polaco fue destruido. Inglaterra y Francia hicieron muy poco por ayudarlo.

También la Unión Soviética se sumó al ataque contra Polonia. Las tropas alemanas ocuparon el territorio asignado en pocos días, e inmediatamente comenzaron a aplicar bárbaras medidas contra las poblaciones judía y no judía.

En determinado momento, Hitler justificó los bárbaros medios que debían aplicarse en Polonia diciendo: “¿Quién se acuerda hoy de los armenios?”. La larga noche había caído sobre Europa, y duraría casi seis años.

En 1940, Alemania atacó y ocupó Dinamarca, Noruega y –poco después– Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia, sólo parcialmente ocupada.

En abril de 1941, Alemania ocupó Yugoslavia y Grecia, con la colaboración de Italia. Poco después, en junio, atacó la Unión Soviética, con la cual había firmado un pacto de no agresión.

Todos esos actos se encuadran en el primer rubro de las acusaciones esgrimidas contra los líderes nazis: la conspiración para lanzar una guerra de agresión.

En cuanto al destino corrido por los ciudadanos polacos, la furia de los nazis se volcó, en primer lugar, sobre distintos sectores de la intelectualidad y el clero.

La razón era que había que eliminar a todos los posibles líderes de una resistencia. A los judíos se les aplicaron todas las leyes discriminatorias que ya existían en Alemania y otras más: trabajos forzados, la obligación de portar la estrella de David, pagar pesadas contribuciones y, finalmente, la constitución de ghettos.

A pesar de que se filtraban noticias acerca de lo que estaba sucediendo con las poblaciones civiles de los países ocupados por Alemania, éstas no se transformaron rápidamente en una conciencia de lo que estaba sucediendo, lo cual habría podido traducirse en acciones concretas. También llegaron informes acerca de lo que estaba sucediendo en Polonia con su población judía. A pesar de que parecían increíbles, algunos de ellos fueron conocidos por los medios de difusión y el público.

Los soviéticos fueron los primeros en dar a conocer los horrores cometidos por los nazis contra la población judía en su país y el resto de Europa, aunque se esforzaron por no destacar el propósito especial que guiaba a los nazis en su arremetida contra ellos. Se procedió al fusilamiento de toda la población judía que caía en su poder. Estas operaciones fueron realizadas por cuatro grupos de tareas que avanzaban junto con las tropas alemanas.

Los judíos expresaron su más vehemente protesta casi del momento en que comenzó el genocidio, y especialmente a partir de la segunda mitad de 1941, cuando sus portavoces comenzaron a transmitir –desde Londres, Washington y otros lugares– información acerca de la “Solución final”, en especial lo que acontecía en los recién conquistados territorios de la Unión Soviética.

A partir de 1942 se conoció que en la “conferencia de Wansee” se había adoptado la “Solución final”; es decir, el asesinato de todo el pueblo judío de Europa. A tal efecto se pusieron en funcionamiento varios centros de asesinato: Treblinka, Majdanek, Sobibor, Belzec y, el más grande de todos, el complejo Auschwitz-Birkenau. Hacia allí serían llevados los judíos de toda Europa, para ser exterminados por medio de cámaras de gas.

Transcurrió cierto tiempo hasta que las informaciones fueran procesadas y se las encuadró en un cuadro general. Inclusive, cuando fueron liberados los campos de horror situados en el oeste de Alemania, muchos –judíos y no judíos– se estremecieron y no pudieron captar en su totalidad la inmensidad del desastre, ni aun para tratar de comprender los móviles que llevaron a los nazis a su incommovible decisión de asesinar a todo un pueblo, la cual abarcó a todos los judíos, de todas las edades, que se encontraban en el área de dominio nazi en Europa.

Cuando se comenzaron a hacer los preparativos para los juicios de Nuremberg fue necesario clasificar los delitos. Resultaba claro que existían diversos tipos, y los que hemos mencionado al principio caían en uno bien distinto de los crímenes de conspiración o de guerra. Se trataba de un nuevo tipo de delito: “crímenes contra la humanidad”, la violación de las leyes más elementales que rigen la vida de los hombres en cualquier tiempo y bajo cualquier régimen. El

asesinato de millones de seres humanos indefensos por razones de raza, religión, nacionalidad u otras razones no definidas especialmente.

Pero había más problemas: muchos alemanes antinazis y otros que fueron objeto de persecuciones y debieron huir, así como judíos originarios de Alemania, Austria y Checoslovaquia que debieron exiliarse, religiosos, socialdemócratas, comunistas y liberales temían que la definición de “crímenes de guerra” no fuera suficiente para abarcar su problema. Sus representantes insistieron ante las autoridades aliadas para que se reconociera su sufrimiento al momento de juzgar a los nazis por sus crímenes.

En 1944, antes de finalizar la guerra, se reunieron los representantes de las cuatro grandes potencias en Londres. Herbert Pell, de los Estados Unidos, presentó la cuestión aludida anteriormente y pidió castigar a quienes ejecutaron esos delitos por razones raciales, religiosas o políticas. Pell dijo que “delitos como éstos deben ser considerados como ‘delitos contra la humanidad’”.

¿Cómo se definieron esos crímenes? Se trataba del asesinato, aniquilación, deportación y toda otra clase de actos inhumanos realizados contra una población civil antes de la guerra o en su transcurso, por razones políticas, raciales o religiosas, en el área de jurisdicción de ese tribunal, sea que se violasen o no las leyes de ese país. Se partía de la suposición de que ninguno de esos actos criminales era legal.

Los juristas norteamericanos pensaron seriamente en la posibilidad de juzgar por separado todo lo referente a la política nazi hacia los judíos. Incluso evaluaron hacer participar directamente a instituciones judías. Se discutieron los pros y contras, y finalmente se decidió invitar al doctor Jaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial, a que leyera una declaración de 15.000 palabras ante los miembros del Tribunal Militar Internacional.

Los representantes de Inglaterra se opusieron porque temieron que éste aprovechara la ocasión para referirse al “Libro Blanco”, el documento inglés que prohibía el ingreso de más judíos a Palestina.

De todos modos, Weizmann no estaba interesando en participar, ya que consideró que la lectura de un documento tan largo lo cansaría demasiado y, además, no tenía fe en que ello sirviera para algo. Ben Gurión sí estaba entusiasmado, pero no fue invitado.

La realización de los juicios de Nüremberg no produjo un cambio radical inmediato. Las audiencias se prolongaron durante casi un año, desfilaron numerosos testigos y miles de páginas de documentos fueron leídas, pero no se colocó la Shoá en el centro de la atención pública. Por esa razón, ella quedó sumergida en la ola de crímenes cometidos por los nazis durante los años de la guerra. A veces, incluso, las víctimas judías no eran mencionadas.

En el período inmediato posterior, judíos y no judíos decidieron –por razones diversas– no ocuparse de la Shoá.

Sin embargo, quedó suficientemente en claro que existió una decisión incon-

movible que sirvió para unir a todos los diversos elementos que –a pesar de todas las diferencias que existieron en lo referente a la política interior– se sumaron con entusiasmo al lema proclamado en voz alta: “*¡Deutschland erwache, Juda werrecke!*”, “¡Alemania, despierta; Judea, revienta!”.

La temática referente a los judíos fue presentada en todas las etapas de las acusaciones individuales, especialmente en los puntos referentes a crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, pero no se separó del resto. En la práctica, se mezclaron los crímenes de guerra con los cometidos contra la humanidad.

Un fiscal británico comenzó definiendo los crímenes de guerra y se deslizó rápidamente hacia el significado popular: por su envergadura, “los crímenes de guerra son crímenes contra la humanidad”.

Algunos testimonios presentados en Nüremberg

Fueron los norteamericanos y no los rusos quienes presentaron los horrores cometidos por los *Einsatzgruppen* (Grupos de Tareas) en Rusia durante la guerra. Esas unidades móviles viajaban detrás de las fuerzas del ejército alemán, asesinando a tiros a centenares de miles de judíos. Uno de los testigos más importantes fue Otto Ohlendorf, de 38 años, quien comandaba una de esas unidades y ostentaba el título de general de las SS. Fue juzgado en 1951 y condenado a muerte.

Ohlendorf: Las instrucciones decían que la unidad que comandaba debía actuar en el sur de Ucrania, en el verano y otoño de 1941. Las órdenes indicaban que, en nuestra área de actividad, serían “liquidados” los judíos y también los comisarios políticos (funcionarios) soviéticos.

Fiscal: ¿Cuando dice “liquidados” se refiere a que serían muertos?

Ohlendorf: Sí, se refiere a que serían muertos.

Más adelante, el acusado explicó cómo eran reunidas las víctimas. Los asesinos sentían una gran presión psicológica por las tareas que realizaban.

El testimonio más importante, a fin de entender la “Solución final” en Europa, fue presentado por Dieter Wisliceny, de 34 años. Tenía un alto rango en el RSHA (Oficina Central de Seguridad del *Reich*) y fue interrogado por el fiscal norteamericano Brokhardt. Wisliceny trabajaba en estrecha colaboración con el “especialista en cuestiones judías” Adolf Eichmann.

Wisliceny: Hasta 1940, la política general fue que se trató de solucionar la “cuestión judía” en Alemania y los países conquistados por medio de una emigración planificada. La segunda etapa, después de esta fecha, fue concentrar a todos los judíos de Polonia y otros territorios del Este en ghettos. La tercera etapa, que comenzó en 1942, fue lo que se denomina la “Solución final de la cuestión judía”; es decir, la aniquilación y destrucción completa de la raza judía. Esta etapa se prolongó hasta 1944, cuando Himmler ordenó interrumpir la matanza.

Wisliceny describió sus vínculos con Eichmann y su papel en la deportación de los judíos.

Brokchart: ¿Cuándo escuchó por primera vez acerca de la “Solución final”?

Wisliceny: En el verano de 1942. Eichmann me dijo que podía mostrarme esa orden por escrito si eso iba a tranquilizar mi conciencia. Sacó el documento de una pila y me la mostró. Decía que el *Führer* ordenó realizar la “Solución final de la cuestión judía”. “El jefe de la RSHA y el inspector de los campos de concentración serán los responsables por la ejecución de dicha orden. Todos los varones y mujeres judíos capaces de trabajar quedarán exceptuados por el momento.” El documento estaba firmado por el mismo Himmler. No podía haber error alguno porque yo conocía su firma. Estaba claro que eso significaba la muerte de millones de personas. Le dije a Eichmann que ojalá que nuestros enemigos nunca tengan la oportunidad de hacer lo mismo con nuestro pueblo. Eichmann me dijo que no debía ser sentimental: ‘Esta es una orden del *Führer*, y hay que cumplirla’.

Rudenko, el fiscal soviético, presentó el caso del asesinato de checos, polacos, ucranianos, bielorrusos y otros pueblos eslavos. Dijo que aun antes de comenzar la “Operación Barbarrosa” (el ataque contra la Unión Soviética) ya existía ese plan de aniquilar, sin compasión, al pueblo soviético, por razones políticas y raciales.

En su interrogatorio, Göring –quien era el segundo de Hitler y su heredero en caso de fallecimiento– dijo que la “cuestión judía” en Alemania era un asunto de “autodefensa”, sin mencionar en momento alguno la cuestión racial. El antisemitismo era un sentimiento compartido por millones de alemanes y personas de otros pueblos. Después del derrumbe de Alemania en 1918, el judaísmo se fortaleció mucho allí, ocupando importantes posiciones. Los soldados alemanes que regresaban del frente encontraron todos los puestos ocupados. La inflación y la deflación que siguieron arruinaron a una gran cantidad de gente.

En cuanto a las matanzas, Göring negó su participación y responsabilidad. Argumentó que nada sabía del asesinato masivo y planificado.

Cuando los fiscales lo presionaron, dijo que hubo “otros” más extremistas que él, mencionado a Himmler y Bormann sin que se lo hubiesen preguntado. Consideraba como algo positivo la emigración de los judíos a algún lugar, sin mencionar adónde podrían haberse dirigido. Eso fue lo que entendió cuando le dio a Heydrich, jefe de la RSHA, el 31 de julio de 1941, la orden de poner en marcha la “Solución final” en los territorios europeos bajo influencia alemana. Volvió a insistir con que no hubo una política de aniquilación, sino de emigración.

Por último, apareció como testigo Rudolf Höss, el hombre que dirigió el mayor campo de aniquilación: Auschwitz. Su testimonio fue uno de los más horripilantes, también desde el punto de vista histórico. Curiosamente, fue llamado a declarar por el abogado Kaufmann, defensor de Kaltenbrunner, el responsable de la deportación de millones de obreros para realizar trabajos forzados en Alemania. Su intención era demostrar que su defendido estuvo muy alejado del proceso de aniquilación.

Höss les relató a Kaufmann y al tribunal detalles de su participación. Estuvo de acuerdo con la Fiscalía en que más de dos millones de judíos fueron asesinados en Auschwitz. Höss relató acerca de los experimentos médicos, los transportes de judíos que llegaban a Auschwitz, las cámaras de gas y el secreto total que rodeó todas esas actividades. Kaufmann hizo la pregunta que seguramente estaba rondando en la cabeza de todos los presentes en el juicio, pero la respuesta fue decepcionante:

Kaufmann: ¿Nunca sintió compasión por las víctimas? ¿Nunca pensó en su familia, en sus hijos?

Höss: Sí.

Kaufmann: ¿Cómo pudo hacerlo, a pesar de ello?

Höss: Ante las dudas, la razón decisiva para mí fue la clara orden que impartió el *Reichsführer* Himmler.

A.H.

**Prof. Abraham
Zylberman**

Docente de Historia e
Historia judía,
especializado en
estudios de la Shoá.

Rassenschande, la contaminación racial

Los fundamentos de la política racial
antijudía de la Alemania nazi

El ascenso del nazismo al poder en Alemania, en 1933, significó –entre otras cosas– llevar a la práctica una conducta basada en el prejuicio y el estereotipo antisemitas de orígenes medievales: cuanto mayor es el miedo al judío, más se lo desea apartar. Así, imaginaron –en torno al semita– una atmósfera horrible y monstruosa: acercarse a un judío causa una sensación de malestar, y sectores de la opinión pública reclaman, entonces, su segregación para alejar la pesadilla que representa.

Los nazis utilizaron con astucia la propaganda antisemita. Sin embargo, no habrían obtenido resultados si el público no hubiese estado dispuesto a escucharlos. En su mayoría, los alemanes eligieron a Hitler en un momento en que deseaban un líder que dirigiera su destino. Temían a una guerra civil, al hambre, dudaban de la unión nacional y deseaban mostrar su superioridad. Desde 1919 buscaban un adversario, un culpable, un responsable, y en varias ocasiones señalaron al judío.

El nacionalsocialismo no fue una idea original, creada después de la Primera Guerra, sino la continuación y consumación de ideas previas, desarrolladas principalmente a lo largo del siglo XIX. Los nazis no tuvieron más que llevar hasta sus últimas consecuencias lo que ya estaba latente.

El racismo –del cual ni Alemania ni el nacionalsocialismo eran “propietarios exclusivos”–, en conjunto con el pangermanismo, fueron el instrumento utilizado para intentar la homogeneización de Alemania, como así también uno de los argumentos justificadores para que un sector de la dirigencia germana –creando una sensación de temor e impotencia ante los fracasos políticos, sociales y económicos de otros– ascendiera al poder. La legislación, relacionada con los judíos, dictada en Alemania hasta el comienzo de la guerra, en 1939, fue la continuación y puesta en práctica de las leyes y teorías de superioridad racial expuestas por distintos partidos políticos nacionalistas, autores y pensadores del siglo XIX.

El nacionalsocialismo tiene sus raíces en una tradición intelectual y política nacional poderosa, que no se limita a la simple herencia científica y filosófica

de fines del siglo XIX (Darwin, Chamberlain, Gobineau y otros). Muchos temas que resurgen en el nacionalsocialismo ya estaban en el centro de la vida sociopolítica alemana desde hacía décadas. No son, por lo tanto, su patrimonio exclusivo. Otros, partidos políticos y pequeños grupos de intelectuales, los difundieron –en forma simultánea– entre 1919 y 1933. La originalidad del nacionalsocialismo radicó en haber sabido darles una forma coherente y dinámica y, aprovechando la crisis existente en Alemania después de la guerra de 1914-1918, una expresión política para las masas.

La síntesis “nacional-social”, una de las particularidades del nacionalsocialismo, se apoya sobre las dos corrientes políticas del siglo XIX: el nacionalismo y el socialismo. La idea de esta síntesis fue formulada en Alemania, a fines del siglo XIX, por dos precursores, Adolf Stocker y Friedrich Neumann. Su influencia política fue reducida, pero la idea abrió una nueva senda, tanto en los grupos de derecha como de izquierda. La derrota de 1918 y la crisis posterior no hicieron más que reforzar esta corriente en Alemania.

La idea del *völkisch*, el racismo y el antisemitismo surgen ya a fines del siglo XIX, basándose en la especificidad de los pueblos y las razas y un estrecho lazo entre el pueblo y su civilización. Esta idea se difundió no solamente en Alemania, sino también en otros países, con la irrupción del hombre blanco en África y Asia, la defensa de la raza francesa, etc. La situación geopolítica de Alemania en Europa, sus fronteras móviles y su reciente unidad (1871) solamente contribuyeron a agudizar una sensación de inseguridad y, al crecer su dinamismo demográfico, una necesidad de afirmar su superioridad.

Ya desde Fichte el antisemitismo no es exclusivamente alemán: Rusia, Francia y Austria acompañan a Alemania en este camino. Aquí, la idea atrajo a sectores cada vez más amplios de la población: ejército, profesionales y clases medias urbanas y rurales. Además, una poderosa inmigración israelita –a principios del siglo XX, proveniente de Europa oriental– y la concentración de judíos en determinados sectores de la vida nacional –banca, comercio, profesiones liberales, prensa– no hicieron más que profundizar, en ocasión de la crisis, sentimientos ya arraigados en el pueblo alemán.

Desde la caída de Bismarck (1890), Alemania no dejó de reclamar tierras para poblar, fuentes de materias primas, mercados para su producción, colonias en relación con su dinamismo demográfico. La pérdida del 10 por ciento de su territorio y de las colonias, después de 1918, provocó un sentimiento de frustración absoluta. El nacionalsocialismo sería el eco de reivindicaciones comunes a la mayoría de los alemanes...

Así quedó enmarcado el desarrollo de la *Shoá*, la masacre más extensa y mejor planeada y realizada, una masacre administrativa y científica hecha a conciencia. El régimen nazi, legitimado por un gobierno elegido democráticamente, no hizo más que continuar y concretar dichas ideas, cristalizándolas en

un cuerpo legal. Hicieron lo que nadie había hecho antes: apoyándose en una eficiente propaganda, justificaron “científica y jurídicamente” la eliminación de un pueblo.

I. Los judíos en la sociedad alemana del siglo XIX

Desde la época medieval, y por varios siglos, Alemania fue una expresión geográfica dividida en 350 principados. Mucho antes de iniciarse –en el siglo XIX– los intentos de unión de estos estados dispersos, los alemanes habían comenzado a descubrir su originalidad: la reforma religiosa impulsada por Lutero les permitió alejarse del catolicismo y las influencias latinas.

La lengua alemana se consolidó progresivamente, y a lo largo del siglo XVIII ya era un excepcional instrumento de desarrollo literario. Aquí reside un dato esencial: la Alemania intelectual se sentía joven y llegó a la conclusión que había llegado su hora de actuar. Uno de estos intelectuales, Fichte, confeso antisemita, declaró –durante la expansión del liberalismo, cuando sectores de éste adoptaron y desarrollaron el antisemitismo– que, tras ser derrotada Prusia por Napoleón, él mostraría que solamente los alemanes habían conservado la frescura y la simplicidad de un pueblo todavía ingenuo y que eran los únicos que poseían una lengua viva y flexible, capaz de expresar perfectamente su genio. Pero también sirvió de instrumento a una cultura universal.

La unidad que esperaban los intelectuales alemanes presentaba un carácter moral, intelectual, y no se ocuparon de los aspectos institucionales. Los estados constituirían, juntos, una entidad que tendría como denominador común al espíritu alemán. Pero la decepción invadió a los intelectuales cuando se produjo la unificación bajo Prusia, y este desencanto gravitaría intensamente sobre el desenvolvimiento del resentimiento nacional.

A pesar de desear que cada grupo humano conservara sus valores propios, los pensadores alemanes condenaban –de antemano– toda forma de exclusivismo, y desde ese momento se enfrentaron con el problema judío: ¿dónde ubicar a estos judíos que, con obstinación, seguían fieles a su lengua, a libros que datan de milenios, que se encerraban en sus tradiciones y protegían celosamente su pasado?

La “cuestión judía” se convirtió en un tema importante en la filosofía y las doctrinas políticas alemanas. Ningún autor dejó de hablar de ella, y el público culto mostró su interés, al punto que cada año aparecieron largas series de artículos, estudios o diversas obras referidas al tema.

La generación de 1750, los iluministas, enfocó las cosas desde una perspectiva racional: enfrentada con un fenómeno preciso, intentó encontrarle explicaciones claras. No les atribuyó a los judíos algún vicio particular y sostuvo que las religiones son equivalentes y que las diferencias son producto del cómo llevarlas a la práctica. Pero la política de desprecio no fue suficiente para condicionar

la actitud de los judíos. El judaísmo no inspiraba simpatía alguna a los iluministas alemanes en el siglo XVIII, y si bien no lo transformaron en el mal universal, ello no significa que no desearan su desaparición. El siglo XVIII fue decisivo para la formación de la conciencia intelectual germánica y la desconfianza hacia los judíos de hombres como Kant, e influyó en todos los pensadores posteriores.

Los gobiernos tuvieron en cuenta estas conclusiones: en Prusia y Austria, los monarcas ilustrados compartían las opiniones de los filósofos, considerando al judaísmo como una supervivencia de tiempos lejanos al que no tenía sentido perseguir, pero cuya decadencia era necesario acelerar. A condición de aplicar métodos suficientemente flexibles, tendría que ser posible lograr su asimilación. Para ello se tomaron medidas legales: las reformas adoptadas por Austria, a partir de 1782, tendieron a imponer la germanización a través de las escuelas, el servicio militar, la administración.

Los gobernantes contaron a su favor con los efectos del tiempo: los progresos en el comercio y la industria debían alejar, poco a poco, del judaísmo a todos aquellos que tuvieran interés en beneficiarse con las ventajas de la vida moderna. Los intelectuales se mostraron impresionados por la existencia, tanto en Viena como en Berlín, de judíos perfectamente integrados a la sociedad. Los descendientes de los judíos de la Corte, salidos del ghetto¹ e instalados en los barrios ricos, vivían similarmente al resto de los alemanes. Su fortuna les abría todas las puertas y los ayudaba a crear vínculos sólidos de amistad con los miembros de las clases dirigentes.

La irrupción de las ideas revolucionarias francesas hizo comprender, a la clase dirigente, que su base de dominio era frágil y que el orden social tradicional estaba amenazado. En este clima, el “problema judío” adquiría un relieve particular: no eran los campesinos ni los artesanos quienes comenzaban a reclamar por sus derechos, en nombre de los principios admitidos en Francia, sino los judíos quienes tenían reivindicaciones inmediatas que plantear, conedores de las ventajas obtenidas por sus hermanos franceses.

La puesta en práctica de estos principios llegó pronto, de la mano de los invasores franceses, bajo formas que la nobleza y la burguesía rechazaban: se permitió la instalación de los judíos en ciudades, de las cuales –hasta entonces– estaban excluidos; los ghettos –como el de Francfort– fueron abiertos y se impuso –por todas partes– la legislación vigente en Francia.

La reacción alemana no se hizo esperar: comenzaron a circular profusamente, en Berlín, panfletos con contenidos hostiles hacia los judíos, escritos –casi todos ellos– por juristas o magistrados defensores del orden y las buenas costumbres. Su mensaje era: los judíos liberales amenazan con subvertir al Estado.

¹ Judíos que vivían bajo la protección del soberano, quien les otorgaba una Carta de Protección. A cambio de ello, debían prestarle servicios, especialmente económicos.

En Austria, varias familias hebreas de Viena –hasta entonces (1802) toleradas– fueron expulsadas. Se derogaron las medidas de José II, que –con el fin de integrarlos a la población– les habían permitido a los judíos alquilar tierras y practicar la venta en las calles, y revivieron las prohibiciones medievales, particularmente las referidas al comercio y el artesanado. Movidas por consignas patrióticas, las multitudes destruyeron las sinagogas y hogares judíos, convirtiendo el maltrato a los judíos en un hecho cotidiano. A partir de esta época se estrecharon los vínculos entre la ideología conservadora y el antisemitismo.

La política napoleónica conmovió a Alemania más que las ideas revolucionarias de 1789: el mapa del país fue recortado, los territorios fueron redistribuidos y se pretendió imponer el modelo francés. Estas tentativas provocaron un amplio movimiento de oposición, rebelión y rechazo. Los alemanes se persuadieron de que, para sobrevivir, debían crear una unidad perdurable. Esta se basaría en lo que tenían en común: su lengua y su historia. La Edad Media, época del Sacro Imperio Germánico, se les apareció como una época de esplendor, la cual convenía renovar.

La fidelidad al pasado medieval y la protección de los valores propios del germanismo ya postulaban la exclusión de los judíos. Pero esto no era todo: un pueblo vive gracias a su lengua, a una historia común, a leyes. Este es, precisamente, el caso judío: si practica su religión, sus costumbres y tradiciones, y recuerda su historia, es –ante todo– un judío y no puede ser un alemán. Aparecía, con ello, una distinción que era cada vez más precisa: en 1789, el gobierno prusiano les respondió a los judíos que deseaban obtener un estatuto menos riguroso que el judaísmo poseía sus propias instituciones y constituía una nación de la que era necesario proteger a los alemanes; en 1799 se llegó a la conclusión que existía una nacionalidad judía, difícilmente tolerable en el seno del Estado. Entre 1815 y 1819, en un período de reacción violenta tras la caída de Napoleón, estas ideas se expresaron con fuerza: aparecieron en el teatro, se difundieron en panfletos. No se pudo asimilar al “verdadero” judío y convino, entonces, negarle la igualdad de derechos.

Se abrieron dos caminos. Uno, reservado al Estado, era el de la “desjudaización”. Ya no se trataba de ayudar a los judíos a integrarse, sino de extirpar el culto y las costumbres judías. Se les impusieron las mismas obligaciones que a los demás ciudadanos –en especial, el servicio militar–, la palabra “judío” se inscribió en los documentos y se hizo todo lo posible para que renunciaran a su fe. El otro era el aislamiento. Puesto que las restricciones medievales desaparecieron poco a poco, los ciudadanos debían establecer las barreras por sí mismos. La iniciativa provino, esencialmente, de los ambientes universitarios, en los cuales los intelectuales se consideraban los responsables de la pureza alemana. Profesores de Berlín y Heidelberg denunciaron la penetración, la Asociación de Jóvenes aceptó a los judíos como extranjeros, ciertos círculos intelectuales se

convirtieron en los principales focos del antisemitismo después de 1820, aunque sus obras no tuvieron una difusión considerable.

II. El antisemitismo en el Segundo Reich

Después del fracaso de las revoluciones de 1848, Alemania sólo pensó en su unidad: la unión traería el poderío y la seguridad a los alemanes. En 1871, Alemania se reunificó bajo Prusia. Pero la unidad cambió poco las cosas. La transformación de la economía —que benefició a una minoría— permitió la creación de grandes fortunas, pero la gran masa de la población nada ganó con ello. La movilidad social siguió siendo muy débil; los campesinos pobres no tenían otra salida que emigrar a las regiones industriales; los agricultores, que vendían mal sus productos, estaban persuadidos de que se los había sacrificado para poder ofrecer sus mercados a las fábricas; los grandes propietarios, los *junkers*, sustituidos por los hombres de negocios, acumulaban su odio.

Pronto comenzó una etapa de crisis y empezaron a circular nombres, judíos todos, que eran acusados de participar en enormes especulaciones financieras en la Bolsa. Como éstos desempeñaron un papel considerable en el crecimiento industrial, se convirtieron en el símbolo del capitalismo apátrida y egoísta. De esta acusación a imputarles la decepción que siguió a la unidad no había sino un paso, y así, en 1873, estalló una violenta campaña antijudía. Un periodista de Hamburgo, Wilhelm Marr (1818-1904), a quien se le adjudica la creación del término “antisemitismo” —que reemplazó al de “odio a los judíos”—, utilizó este vocablo —por primera vez— en su obra, publicada en 1879, *La victoria del judaísmo sobre Alemania*. En ella advertía acerca de la dominación judía de la vida alemana e impulsaba a reaccionar para impedir dicho dominio.

A comienzos de la década del ochenta existían, en Berlín, varios grupos antisemitas, como el Partido Social Cristiano del predicador Adolf Stöcker (1835-1909). La influencia sobre ellos de los racistas todavía era limitada, al punto que se rechazó adoptar, como fundamento de la ideología antisemita, la doctrina racial de Eugen Dühing (1833-1921), propuesta en el Segundo Congreso Antisemita Internacional de Chemnitz (abril de 1883). La mayoría de los antisemitas todavía estaba a favor de la defensa estatal de los campesinos y artesanos, de un severo control a las empresas judías y de la restricción a las actividades y la influencia de sus organizaciones.

Heinrich von Treitschke (1834-1896), profesor de Historia en la Universidad de Berlín, sostenía que todo debía orientarse hacia la enseñanza de la conciencia nacional. Afirmaba que si los judíos querían ser alemanes, debían borrar todo signo de identidad judía, absteniéndose de toda crítica a lo que se hacía en Alemania.

El historiador Theodor Mommsen (1817-1900), enfrentado a Treitschke, también aseveraba que era difícil defender a los judíos, al postular que el ingreso a

una gran nación exigía pagar un alto precio: no mantener una identidad colectiva separada. Si no aceptaban este consejo, toda la responsabilidad por las complicaciones futuras sería sólo de ellos.

Los antisemitas organizados en el partido Social Cristiano y la Liga Antisemita tenían una clara intención: retomar oficialmente la discriminación antijudía en distintas áreas. Para impulsar esta política prepararon una petición, en el otoño (boreal) de 1880, para presentarla ante las autoridades.

Pero al poco tiempo, el antisemitismo conservador decayó, y en su lugar cobró importancia el antisemitismo racista y extremista, un contenido ideológico común a los grupos que habían surgido a lo largo de los '80, unidos o separados. Este antisemitismo planteaba la defensa del “hombre sencillo” contra el “capital judío”, como ocurrió en Alemania, cuando Höckel y Ahlwardt –elegidos para el Parlamento en representación de partidos antisemitas– prometieron repartir las fortunas de los judíos alemanes entre los pobres.

En 1889, el Programa de Unificación de Bockus exigió eliminar la presencia judía de la educación, que puede entenderse desde desprenderse de los maestros judíos de las escuelas oficiales hasta impedir el acceso a éstas de alumnos israelitas. Esta exigencia se fundamentaba en la supuesta “judaización” de los colegios, especialmente los de nivel medio. El artículo 18 exigía anular la igualdad de derechos civiles a los judíos, colocarlos bajo la jurisdicción de una ley especial para extranjeros (*judenrecht*) y prohibir el ingreso a Alemania de israelitas extranjeros. Este programa fue cancelado el mismo día de su propuesta, ante el fracaso de las distintas corrientes políticas en su intento de unificación.

Para el Partido Alemán Socialista, fundado por Liberman von Zonenberg, a pesar de la incitación antisemita que existía, los judíos no constituían el objetivo principal. En su programa de dieciocho puntos, dos se referían a los judíos: expulsar a los extranjeros, prohibir su ingreso desde Este y limitar su acceso a cargos públicos.

El antisemitismo racista estaba vinculado estrechamente al pangermanismo, cuyo objetivo era abarcar –en un marco político– a todos los pueblos de habla alemana. Los pangermanistas no se integraron en un espacio partidario deliberadamente: para que sus simpatizantes pudieran estar dispersos entre los diferentes grupos políticos ultraconservadores.

¿Cuáles eran las propuestas del pangermanismo en relación a los judíos? En 1912 fue publicado, por Heinrich Class –fundador del movimiento–, bajo el seudónimo Daniel Frymann, el libro *Si yo fuese el káiser. Realidades y necesidades políticas*, rápidamente popularizado. En una de sus partes se refiere a la reforma del *Reich*, y en el capítulo “Los judíos bajo la legislación para extranjeros” propone a la opinión pública un amplio sistema de leyes discriminatorias, abarcando todos los aspectos de la vida cotidiana y todas las jurisdicciones del país. Por primera vez se intentaba definir el concepto “judío” para satisfacer –de al-

guna manera— las exigencias raciales planteadas por los nacionalistas. (Los nacionalsocialistas habrían de afirmar que una de las dificultades que afrontaron los antisemitas en el pasado fue su incapacidad para concretar la definición del concepto “judío”.) Vinculando esa definición a un origen religioso, se daba una primera respuesta. Una vez resuelta la descripción, se debía implementar una serie de medidas contra todos los incluidos en ella.

El autor sabe que sus exigencias son extremas, y las fundamenta sosteniendo que “*su objetivo no es discriminar ni oprimir a los judíos, sino conducirse respondiendo a esta pregunta: ¿Acaso crees que el judío honorable se rendirá ante estas leyes? (...) él limpiará de sus zapatos el polvo de la tierra alemana, que no es grata para sus huéspedes, y querrá irse buscando otra patria para asentarse en ella. Quizás ello sea difícil, pero no hay que desanimarse y pensar que no lo hará.*”

En 1915 fue publicado un documento de 32 artículos, que es —a la vez— una “constitución discriminatoria”. Editado nuevamente como apéndice de *Los secretos de los sabios de Sión* (otro título para *Los protocolos de los ancianos de Sión*), contenía 65 artículos. Cinco años más tarde, una fracción de diputados antisemitas nucleada en el Partido de Liberación Nacionalista Alemán presentó este documento como programa, en el *Reichstag*.²

El proyecto determinaba, entre otros aspectos, que no serían autorizados a entrar a Alemania judíos no alemanes, y quienes ya estaban serían obligados a abandonar el país en el plazo de un mes; quien no lo hiciera sería expulsado por la fuerza. Los bienes de estos judíos serían incautados antes de su salida. Los emigrantes alemanes de sangre judía debían entregar al Tesoro desde la mitad hasta los cuatro quintos de sus bienes, al salir del país. Se destaca, aquí, la vieja tendencia —que se transforma en la base de un programa político— de aislar a los judíos de la vida pública; eliminarlos del periodismo, cargos públicos y las actividades cultural y artística; prohibirles ser abogados o farmacéuticos, estar vinculados al crédito financiero o hipotecario, y participar en empresas públicas o consideradas vitales para el país, como las del agua, la electricidad o los ferrocarriles. Los médicos judíos sólo atenderían a pacientes hebreos y las parteras, a mujeres judías. La separación en el campo educativo llegaba, ahora, al nivel superior, quedando a disposición de los judíos la Universidad de Francfort.³ En los hospitales —comunes o psiquiátricos— los judíos también debían ser separados del resto de los pacientes, al igual que en las cárceles.

El racismo, estrechamente vinculado al pangermanismo, aparecía también como una ideología supernacionalista que no reconocía fronteras geográficas o

² Esta presentación se hizo tres años después de difundirse la plataforma del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes, en 1920.

³ Este hecho no es casual, pues cuando la universidad fue creada, en 1914, la mayoría de sus benefactores económicos fueron judíos.

políticas y se oponía –en gran parte– al Estado, las clases gobernantes y los movimientos de izquierda. Para triunfar, el racismo inició una campaña basada en la “teoría de la raza”, sobre cuyo fondo se fue desarrollando lo que pretendía ser una disciplina científica: la doctrina racista.

¿Cómo se fue elaborando esta doctrina? Esta concepción se fundamentó en estudios en diversas áreas –especialmente las ciencias naturales, consideradas el foco de investigación de todos los fenómenos humanos–, las que concedieron una base presuntamente científica a la determinación de las relaciones entre grupos, pueblos y civilizaciones. Las conclusiones fueron luego volcadas a las ciencias sociales. Tres ramas científicas –la antropología, la biología y la lingüística– aportaron los elementos principales que sirvieron de base a la teoría del racismo.

Desde la antropología se adoptaron distintas teorías acerca de la existencia de razas humanas diferentes, con características específicas. Esta ciencia comenzó a desarrollarse y acumuló abundante material sobre las cualidades físicas de los grupos humanos, datos sobre el perímetro de los cráneos, color de los cabellos y las pupilas, etc. Y a pesar de que hubo quienes llegaron a la conclusión –sobre la base de datos biológicos– que esas características no eran estables y se alteraban conforme a las condiciones externas, fueron más los que vieron en ellas una base objetiva para la determinación de los grupos humanos y la valoración de sus cualidades.

Quienes se aferraron a las nuevas doctrinas se apartaron conscientemente de la tradición humanista de la época anterior. La sociedad humana no existía para realizar ideales morales o religiosos o asegurar el bienestar de los hombres, sino que en ella se daba un enfrentamiento constante entre los mejores, los más fuertes, los más capaces para la lucha por la existencia –por un lado– y los débiles, llamados a desaparecer –por el otro–. La misma naturaleza había decidido a quiénes otorgarles ventajas, y éstos eran quienes tenían características raciales preferentes. Esta idea se basaba en las teorías biológicas acerca de la lucha por la supervivencia y la evolución biológica, provocada por la vitalidad de los géneros más preparados. Esa teoría fue llamada “darwinismo social”. Entre los precursores de estas ideas estaba el pensador inglés Herbert Spencer, quien ya en 1850 señalaba el elemento biológico en la competencia en la sociedad, en la cual los débiles no tenían derecho a vivir: *“Todo el esfuerzo de la naturaleza está dirigido a deshacerse de esto, a depurar al mundo de ellos, dejando su lugar libre a otros mejores”*.⁴

Por eso se oponía Spencer a toda intervención oficial en ayuda de los pobres

⁴ Etinger, Shmuel. *Las raíces del antisemitismo contemporáneo. Dispersión y unidad*. Vol. 9. Jerusalén, 1970, pág. 238.

y los débiles en el campo de la educación, las leyes laborales, las condiciones de vivienda, etc. La “selección natural” en los marcos de la sociedad humana era –en su opinión– el mejor camino para su progreso y perfeccionamiento. Luego de la aparición de libro de Darwin, Spencer y sus partidarios esgrimieron los conceptos “lucha por la existencia” y “los más aptos son quienes logran sobrevivir” para apoyar su principio:

*Está prohibido interferir, por medios artificiales, en el proceso de selección que se da en la sociedad; no cabe mantener a quien no es capaz de mantenerse por sí mismo.*⁵

El darwinismo social introdujo un cambio profundo en la definición de las relaciones entre los grupos humanos y en los principios morales: se comenzó a rechazar los valores sociales comunes –como el amor al prójimo y la caridad– y en su reemplazo se levantó la bandera de la “competencia” y la “supervivencia”, como valores supremos.

Les cupo a los lingüistas el ser los sostenedores de esta doctrina. Determinadas concepciones lingüísticas que relacionaban los idiomas con los pueblos posibilitaron acuñar los conceptos “ario” para denominar a los pueblos e idiomas indoeuropeos más elevados y “semita” para nombrar al grupo de idiomas y pueblos del Cercano Oriente.

Christian Lassen (1800-1876), investigador de la lengua hindú y su literatura, convirtió la distinción lingüística entre lo ario y lo semítico en una diferenciación racial. Sostuvo, además, que –en oposición al indoeuropeo, que es tolerante y receptivo a todas las ideas– el semita es egoísta y exclusivista. Ernest Renan (1823-1892) imitó a Lassen al relegar a los judíos a un *status* racial inferior y escribió que, frente a la talentosa raza indoeuropea, la semita es la representación inferior de la naturaleza humana, carente de imaginación y de poder creador.

Por esos mismos años, escribió el conde de Gobineau su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas*. Allí repudia las revoluciones de 1789 y 1848 y todo lo que ellas defendieron. Su doctrina buscaba una base ideológica para una forma de Estado que excluyera a los obreros de los derechos políticos y asegurase un fundamento estable a la aristocracia. Gobineau consideró a la aristocracia condicionada por la raza. Estableció una jerarquía racial, en la cual el negro representaba el tipo inferior y la raza blanca, que era la única civilizada, tenía en una posición directiva especial a la raza germánica y de piel clara. En su perspectiva racista, la raza semita era física, moral y culturalmente inferior a la aria; en particular los judíos, que eran muy inferiores a los arios germánicos y, además, eran imposibles de asimilar.

⁵ *Ibíd.*

La doctrina de Gobineau fue reelaborada por Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), quien se desentendió por completo de los elementos físicos y definió a las razas por sus características espirituales: la creadora, fiel, responsable es la alemana; la amoral y parasitaria es la judía. Las razones derivadas de la biología desaparecieron de sus ideas, quedando sólo el contenido racista. Y precisamente por ello su obra se difundió y obtuvo un masivo apoyo en Alemania.

La doctrina racial sirvió de fundamento para el fortalecimiento del odio a los judíos y su justificación. Como en muchos países europeos, los judíos habían llegado —a fines del siglo XIX— a un grado de total integración cultural, siendo imposible señalar una diferencia entre ellos y su medio en cuanto al lenguaje, estilo de vida o educación. La explicación biológica-racial vino a justificar las diferencias por el origen. Una persona puede convertir su religión, cambiar su idioma, hallar una fuente económica de sustento distinta, pero no puede reemplazar su origen o su “raza”. Por eso se empeñaron tanto los teóricos de esta doctrina en subrayar la estabilidad de los signos de la raza, que —supuestamente— no están sometidos a ninguna clase de cambios: las características raciales no solamente no eran influidas por el medio o las condiciones externas, sino que ni siquiera servían los casamientos interreligiosos, porque en la convivencia de una pareja de distintas razas, la inferior siempre se sobreponía en el proceso de herencia. De ese modo, las razas inferiores tenían la facultad de imprimir su sello sobre los más fuertes y nobles, y no al contrario. Así se conmovió el fundamento presuntamente científico de los racistas y se puso de manifiesto el viejo temor al poder destructivo del judío y su raza.

Al tiempo que los rasgos distintivos raciales sirvieron para remarcar el estereotipo negativo existente del judío y para conceder un fundamento “científico” al odio histórico dirigido hacia él, doctrinas como el darwinismo social vinieron a justificar la guerra contra los judíos, la negación de sus derechos, su expulsión y hasta su aniquilamiento.

Los antisemitas de todo tipo sostuvieron que el poder se debía cuidar de verse influido por ideas religiosas o intelectuales pasadas de moda y abstenerse de defender a los judíos o concederles derechos civiles. Era preciso que la naturaleza realizara su obra: no impedir que la raza fuerte y superior aniquilase a la inferior y dañina. Como dijera un antisemita a fines del siglo XIX, “con los microbios no se discute, se los extermina”. Apareció, pues, una idea clara: los judíos nada valían porque eran semitas, descendientes de una raza cuyo carácter inferior demostraba la ciencia. El racismo —continuidad y complemento del antisemitismo— comenzó a ganar Alemania, lentamente, a partir de 1900.

III. Hacia el dominio nacionalsocialista (1918-1935)

1. El trasfondo

Hasta el final de la guerra, en 1918, se esperaba en Alemania si no un triunfo, al menos una paz decorosa. El armisticio tranquilizó a los alemanes: su territorio no era invadido, nada perdían. Muchos pensaron que la adhesión al sistema democrático sería bien visto por los vencedores. De esta manera nació el instrumento para enfrentar este período de profundas conmociones: la República de Weimar.

Aunque se trataba de una sólida estructura democrática, el gobierno –nacido en medio de la vergüenza y la confusión– no logró conseguir el apoyo de grandes sectores de la sociedad alemana y careció de la imprescindible fuerza para hacer frente a sus enemigos internos y a sus propios problemas. Los *junkers*, los militares, los industriales y los obreros –grupos que prestaban atención sólo a sus propios intereses– consideraban que la nueva administración era antinacionalista y dependía en exceso de las potencias aliadas.

La “paz de Versalles”, con la cual las potencias triunfantes habían creído solucionar el problema alemán, trajo consigo la oposición de nacionalistas y pan-germanistas de todas las tendencias, que reivindicaban el orgullo de ser portadoras del renacer nacional frente a la humillación de la derrota. Las condiciones de paz provocaron un doloroso *shock*: sin haber sido derrotada definitivamente, Alemania debía aceptar su división, su desarme, su puesta bajo vigilancia y control. Incluso para los moderados esto parecía exagerado, y todos los que se beneficiaban de la nueva situación se convertían en sospechosos, incluso en enemigos.

No obstante, la proclamación de la república favorecía a los judíos: implicaba una disminución de la influencia de las antiguas clases dirigentes; sin llegar a desaparecer, la aristocracia y la alta burguesía se vieron obligadas a renunciar a sus antiguos privilegios. La sociedad les abrió sus puertas a los judíos, y éstos –por su parte– lo aprovecharon ampliamente. Las profesiones liberales y la administración dejaron de constituir dominios reservados, y a partir de 1919 ya no tropezaron con barreras que les impidieran asentarse en las ciudades; su emigración hacia ellas se aceleró. Esta repentina irrupción en la sociedad y la vida pública significaba, para los judíos, un verdadero problema: aparecieron como los beneficiarios de la victoria aliada, y desde esta perspectiva era tentador preguntarse si no habían sido ellos quienes provocaron la derrota o le “dieron una mano” al enemigo.

La república y la asimilación de los judíos se encontraron, así, íntimamente mezclados desde el primer momento y suscitaron una violenta hostilidad. Cada vez más desesperados, muchos alemanes buscaban un argumento tranquilizador que les permitiera explicar la desgracia de su país, y la resurrección del an-

tisemitismo lo proporcionó: los culpables habían sido los judíos. Renació, entonces, la leyenda de la eterna conjura impulsada por el judío, “*pérfido animal alojado en el cuerpo de la nación alemana para sabotear sus éxitos*”.⁶

La aparente integración de los judíos contribuyó, en cierto sentido, a agravar el antisemitismo: las reacciones antijudías fueron más violentas que las de fines del siglo XIX. Todas las culpas recayeron sobre los judíos: la pérdida de la guerra, Versalles, la inflación, con la que decían que habían lucrado. En síntesis, los judíos eran acusados de haber asestado la “puñalada por la espalda”⁷ a Alemania para lograr su postración.

El desarrollo del antisemitismo se combinó con la antipatía general contra la república liberal de Weimar, a la que se llegó a conocer como “la república judía”: su Constitución fue redactada por un judío, Hugo Preuss; su primer ministro de Relaciones Exteriores, Walter Rathenau, también fue judío. Había suficientes argumentos para que los antisemitas atribuyeran al gobierno ser un instrumento de la “conspiración judía” contra Alemania. En este clima apareció un conjunto de organizaciones extremistas, de ideas nacionalistas y antirrepublicanas. La influencia de estos grupos creció con el correr de los años, ante la debilidad de los sucesivos gobiernos y los errores que éstos cometieron.

2. Las ideas

El renacer nacionalista —en el cual se confundía el movimiento pangermanista, siempre vivo— encontró expresión en el racismo feroz e intransigente de los impulsores de la “revolución alemana”, la cual —lejos de ser portadora de ideas y de fuerzas nuevas— apelaba a los pensamientos más oscuros de la tradición alemana.

Entre los más eminentes escritores reaccionarios y guía del nacionalsocialismo se hallaba Oswald Spengler (1880-1936), autor de *La decadencia de Occidente*, su obra más famosa; un pensador vinculado a las ideas del darwinismo. Splenger exaltaba la guerra “*como elemento primordial de la política de todo ser viviente*”. Lo que cuentan son las guerras de los hombres contra otros hombres, no las luchas de ideales y la divergencia de principios. Contra la democracia, “*el peligro del siglo XX*”, exaltaba las virtudes del jefe, de la gran personalidad (“*Lo más importante no es poder actuar, sino poder mandar*”), encarnación de la raza, fuente de la “*energía cósmica*”.

Junto con Splenger, pero desde posiciones distintas, el representante más notable del nuevo renacimiento nacionalista fue Arthur Moeller van der Bruck (1876-1925), reconocido por su obra *Das dritte Reich*, aparecida en 1923. Como

⁶ Colloti, Enzo. *La Alemania nazi*. Buenos Aires, 1986, pág. 10.

⁷ Mito creado después de la derrota alemana, como respuesta a la desilusión sufrida por los resultados de la guerra, al no haber sido Alemania ocupada por fuerzas extranjeras ni derrotada de manera aplastante, dejando flotando dudas acerca de la real situación del país.

otras obras surgidas de la misma fuente cultural, es una mezcla de filosofía de la historia, sociologismo y literatura visionaria, en la cual la crítica y la autocrítica del pasado alemán pretendían fundamentar una evolución alemana que volviera a nutrirse de los valores originales del primer *Reich* germánico.⁸

El presente alemán ofrecía únicamente desolación: la paz de Versalles fue “una paz que ha mutilado a Alemania, que nos ha robado una parte del suelo patrio”. Aun insistiendo en los temas comunes de los planteos nacionalistas, Van der Bruck percibía –sin embargo– en las heridas de la posguerra y la reacción nacionalista, los gérmenes del desquite y de una nueva dignidad de vida (“*El pueblo se hace nacionalista, la nación quiere ser libre*”). También analizó las grandes ideologías políticas de los tiempos modernos (el marxismo era condenado por el mismo hecho que Marx –como judío y, “por tanto, extraño a Europa”– no podía ser sino un intruso en las cuestiones europeas), proponiendo otra nueva síntesis entre democracia y nación, entre socialismo y nación; síntesis que podía realizar, en el Tercer *Reich*, un partido nuevo, distinto de los tradicionales: “*El partido de todos los alemanes que desean salvar a Alemania por amor al pueblo alemán*”.

También le cabe un importante lugar a Ernst Junger, quien –partiendo de la experiencia vivida en el frente europeo de la Gran Guerra– prefiguró lo que habría de ser el hombre de la sociedad futura, surgida de la guerra y forjada por la técnica moderna, llamada a realizar la síntesis de nacionalismo y socialismo. En su visión de una sociedad totalmente anónima y despersonalizada al máximo, el nuevo Estado es dominado por la figura mítica del trabajador (“*soldado del trabajo*”) y el guerrero, surgidos como ejemplos de un nuevo tipo humano y una nueva jerarquía biológico-racial, una nueva aristocracia.

Walter Darre (1895-1953), que fuera ministro de Agricultura entre 1933 y 1942, contribuyó a la teoría de la raza. Sostuvo, entre otras cosas, que determinadas tierras generan una natural aristocracia campesina (alusión a la raza nórdica). No dudó en proponer que se aplicaran al hombre los mismos métodos de selección de raza adoptados para los animales inferiores, clasificando a las mujeres en cuatro categorías y fijando cuáles podrían procrear y cuáles tendrían que ser esterilizadas. Esta tarea estaría a cargo de higienistas, bajo responsabilidad del Estado.

Esta versión biológico-agraria del racismo nórdico-germano, a la que se pretendió dar fundamento objetivo acudiendo a leyes científicas de herencia y selección biológica, fue superada por el fanatismo racista Alfred Rosenberg, uno de los más antiguos colaboradores de Hitler. Al publicar, en 1923, *Los protocolos de los sabios de Sión y la política mundial del judaísmo* se propuso docu-

⁸ Referencia al Sacro Imperio Germánico, creado por Otón I hacia 962.

mentar la conjura judía para la conquista del mundo y el estrangulamiento de Alemania (el judío como parásito, como sanguijuela que chupaba la sangre de cualquier herida que se abriera en el cuerpo de una nación). Sus ideas racistas coincidían ampliamente con las expuestas en *Mein Kampf*, particularmente en cuanto al antisemitismo.

La obra principal de Rosenberg, *El mito del siglo XX* (primera edición de 1930), pretendía ser la “Biblia” del renovado racismo y el “nuevo socialismo”. También para Rosenberg el fundamento del racismo nórdico-germánico lo constituía la exaltación del hombre ario, rubio y de ojos azules, creador de la civilización, ideal de belleza y base de la nueva estética racial, encarnación del espíritu germánico, al cual el cristianismo incluso debía sus valores eternos: Rosenberg sostenía que todos los valores creativos de Occidente se habían forjado en Alemania y que la desaparición de la sangre germánica en Europa significaría el desvanecimiento de toda la civilización occidental. El nuevo Estado debía edificarse superando toda debilidad democrática y parlamentaria de origen semita, como también el bolchevismo.

IV. La cristalización de las ideas

El antisemitismo sedujo los espíritus porque no exigía esfuerzos: los judíos eran un rival concreto y, además, inofensivo. En este primer tiempo, Alemania estaba demasiado débil para dirigir la atención pública hacia los verdaderos enemigos –Francia, o las potencias aliadas en general– y los grupos de derecha eran demasiado endebles para atacar a la República de Weimar. Era necesario un oponente lo bastante concreto como para usarlo en la propaganda dirigida a los sectores más populares y lo bastante débil para asegurarles a los nazis una fácil victoria, tanto psicológica como física. Los judíos alemanes llenaban esa necesidad.

A esto se agregó otro factor: conmocionados por la derrota, la revolución y la inflación, los alemanes buscaban una idea a la cual aferrarse. La encontraron en el sentimiento, tantas veces repetido, de su “originalidad nacional”: el alemán es un ser aparte y posee, en sí mismo, una fuerza que le ayudará a renacer. Esta promesa de perduración no aparecía ligada a un territorio (acababa de ser desmembrado) ni a una lengua (los judíos también hablaban alemán), se basaba en la raza. El racismo latente desde fines del siglo XIX renació en el XX con una fuerza nueva; fue exaltado en todas partes: en los movimientos de juventud, en las asociaciones de antiguos combatientes, en las agrupaciones profesionales y en los nuevos partidos políticos.

Uno de ellos fue el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP), el cual –fundado en 1919– se consagró al renacimiento de la nación sobre bases totalitarias y racistas. El 24 de febrero de 1920 fue aprobada su plataforma, cuyo artículo 4º sostenía que: “*No pueden ser ciudadanos del Estado*

más que los integrantes del pueblo. Sólo pueden formar parte del pueblo quienes tienen sangre alemana, sin tomar en cuenta su creencia religiosa. Por lo tanto, ningún judío puede ser miembro del pueblo”.

El programa del NSDAP habría sido redactado por Anton Drexler, fundador del partido, y otros integrantes del mismo. Pareciera ser que su versión final fue obra de Hitler. La misma, sin parecerse a programas de otras agrupaciones ultranacionalistas, centraba sus propuestas en una política extremista, al igual que las del resto de los partidos derechistas. Este hecho fundamenta la conducta de Hitler en este período temprano: de veintidós discursos partidarios pronunciados entre noviembre de 1919 y fines de 1920, en diez se refirió a la política externa; en siete, a temas afines a ella; y en cinco, a política interna. Los argumentos antisemitas –que no faltaban en esos discursos– dependían de su relación con la política exterior. Puede pensarse que su política hacia los judíos se debió a la seguridad de que así atraería hacia el NSDAP a las masas que simpatizaban con otras agrupaciones de derecha.

El crecimiento del partido fue inusitado. Hacia 1923 tenía 20.000 afiliados, y en las elecciones de 1930, con casi 2.500.000 votos, obtuvo 107 bancas en el *Reichstag* (Parlamento). Sus adherentes eran los jóvenes, los desocupados y los descontentos. Estos últimos se dividían en dos grupos: los antiweimaristas y los pangermanistas. Los segundos abarcaban un conjunto de racistas y militaristas y se inspiraban en las ideas que presagiaban el triunfo final del *Volk* alemán.

Durante la decenio 1920-1930, el desarrollo del partido se produjo a la par de una declinación en la situación de los judíos. En junio de 1922, Rathenau fue asesinado; un ministro de Relaciones Exteriores judío no podía, evidentemente –en opinión de los fanáticos–, menos que pensar en el hundimiento de Alemania. En el otoño de 1923 hubo un *pogrom* en Berlín.

El avance victorioso del NSDAP se debió, más que a otro factor, a Hitler. Dueño de una gran capacidad oratoria y organizativa, se apoderó del partido nazi desde el momento de su ingreso: organizó una guardia armada, con cuyo apoyo fue ampliando su poder autoritario, y desplegó una capacidad de trabajo que abrumaba a sus camaradas. Agregó pocas innovaciones originales a la ideología del partido, pero reforzó su tendencia antisemita con el fanatismo que había asimilado en Viena cuando su alcalde fue Karl Lueger (1844-1910), quien sostenía que los judíos tuvieron oportunidad de obtener ganancias y progresar gracias a la sociedad abierta por el proceso de laicización y el retiro de la Iglesia de su posición especial dentro del Estado, y de los derechos excesivos que se les habían otorgado, en una nación que debía ser cristiana.

Hitler creyó, de esta manera, que los judíos constituían una peligrosa amenaza, pero también fue bastante sagaz para comprender que el antisemitismo era una poderosa arma política. En una ocasión le dijo a Hermann Rauschning, un tardío adherente al nazismo, luego arrepentido: “*Mis judíos son un valioso*

*rehén que me han proporcionado las democracias. La propaganda antisemita en todos los países es un medio casi indispensable para la extensión de la campaña política. Verá qué poco tiempo necesitaremos para trastornar las ideas y normas del mundo entero con el simple medio de atacar al judaísmo. Es, sin lugar a dudas, el arma más importante en el arsenal de la propaganda”.*⁹

Aunque tuvo muchos precursores en el siglo XIX, que habían manifestado –en su casi totalidad– una reacción contra el liberalismo o la expresión de reivindicaciones nacionalistas o raciales, el antisemitismo de Hitler superó a todos ellos. Este odio era nuevo: el judío ya no era un simple “chivo emisario” o un miembro de una raza inferior, sino la causa de todos los males y problemas, el destructor, el envenenador de la sangre aria. No podía enmendarse, y ni el bautismo o la abjuración del judaísmo podían redimirlo. La solución era nueva y sencilla: ¡Mueran los judíos! Hasta en los hogares se elevaba esta plegaria:

Bendición de la mesa

*Danos, Señor, otro Moisés/y que se larguen con los suyos
a otra tierra de promisión./Vuelvan a abrírseles las aguas
y que las olas, muy derechas,/parezcan murallas de roca.
Y cuando tengas en la acequia/a todo el pueblo de Israel,
dale, Señor, golpe a la tapa,/y, ¡qué tranquilos quedaremos!*¹⁰

¡Por fin había nacido un antisemitismo trascendental que se prestaba a todos los fines y entusiasmaba a todos los sectores de la sociedad alemana! Los argumentos usados contra los judíos diferían según la clase de población entre la que se quería ganar adeptos: al sostener que purgaría a la vida profesional del país de elementos judíos, ofrecía la posibilidad de trabajar al elevado número de graduados de las universidades y las escuelas secundarias y técnicas que no tenían empleo; al “luchar contra los elementos extranjeros” convocaba a los nacionalistas; y al concentrar la atención en los judíos como beneficiarios de la inflación suministraba una “cortina de humo” a los industriales y terratenientes, mientras pasaba como amigo del obrero alemán.

Sin embargo, los judíos no fueron usados sólo para estos propósitos concretos. Era necesario encontrarles un lugar en la concepción de mundo hitlerista, basada en “raza” y “suelo”. Allí donde el Estado nazi no alcanzaba aún a resolver los problemas y las contradicciones de la sociedad alemana, surgía el judío al acecho, dispuesto a debilitar la existencia nacional del pueblo alemán, a be-

⁹ Conversaciones políticas con Hitler sobre sus objetivos reales, en Rauschning, Hermann. *Hitler me dijo*. 1939.

¹⁰ Poesía nazi del libro editado por la Iglesia Católica de Baviera *Kreuz und Hakenkreuz (Cruz y cruz gamada)*. Munich, s/f. En Poliakov, Leon-Wulf, Josef. *El Tercer Reich y los judíos*. Barcelona, 1963.

neficiarse del trabajo de los obreros alemanes; de tal modo, se intentaba ocultar a los trabajadores alemanes, quienes eran sus verdaderos explotadores. Esta concepción fue vertida en *Mein kampf*, base ideológica del nacionalsocialismo, cuyo hilo conductor es el racismo como problema del espacio vital y exaltación de la raza aria.

El partido nacionalsocialista era considerado un instrumento de esta concepción de mundo nacionalista-popular (*völkisch*), y la tarea suprema del Estado era la “*conservación y el incremento de la raza, del Herrenvolk*”. La más sagrada tarea del Estado *völkisch* consistía en salvaguardar la pureza racial de su pueblo contra las degeneraciones derivadas de los cruces raciales y de cualquier otra tarea que pudiese contaminar la raza y hacerla –por lo tanto– inferior.

La fuerza de los nazis, aunque débil, comenzaba a ascender en algunos de los estados de la república, al igual que la difusión de su propaganda, que ya comenzaba a rendir sus frutos. La primera ley antisemita fue promulgada a principios de 1930, en Baviera: se prohibió la *shejitá* (degüello ritual de animales). Como en otros estados, los antisemitas tuvieron éxito cuando lograron que sus discusiones sobre ese tema trascendieran el marco partidario.

Un tiempo antes, en febrero de 1930, la fracción nazi en el Parlamento de Sajonia exigió la implementación del *numerus clausus* en los institutos educativos de nivel superior. A pesar de que el destacado dirigente y rabino Félix Goldman sostuvo que el objetivo de esa pretensión era una primera señal para anular los derechos civiles de los judíos y reclamó su discusión y votación parlamentaria, el hecho no produjo reacciones en la opinión pública. La misma, por otra parte, no tenía idea de qué pensaban hacer los nazis con el “tema judío” si llegaban al gobierno. Es que no difundían informaciónes al respecto.

La primera sorpresa se produjo a comienzos de junio de 1932, cuando un semanario –*Munchner Wochenschau*, del 11 de junio de 1932– reprodujo una declaración de Goering, considerado –en ese momento– la segunda figura en importancia jerárquica en el partido, acerca de los planes hacia los judíos: no había intención de luchar contra la religión e Israel; en todo caso, lo que había era el propósito del régimen de defenderse de los judíos: no toleraría matrimonios de alemanes con miembros de razas no blancas ni, por supuesto, con judíos. Trató también, como ya ocurriera en otras oportunidades, el tema de promulgar una ley que prohibiera la entrada de inmigrantes judíos de Europa oriental y justificó la expulsión de aquellos que entraron a partir del estallido de la Gran Guerra. Agregó que “*todos los judíos que, de una u otra forma, atentan contra el pueblo alemán serán llevados a la frontera y expulsados o castigados, según la ley, por el delito que cometieron*”. Continuando con sus declaraciones, Goering recordó la eliminación de los judíos de todos los puestos directivos en la prensa, el cine y el teatro, en las escuelas y universidades, y finalizó sosteniendo que los nazis tenían buenas intenciones: “*El comerciante judío que tenga una con-*

ducta correcta y quiera permanecer en Alemania como extranjero, bajo la protección de la ley (huésped), podrá desarrollar sus actividades sin ser molestado ni perjudicado”.

Estas declaraciones fueron hechas en ocasión de las elecciones para el *Reichstag*. Dos meses antes se habían realizado comicios para los parlamentos locales en muchos estados alemanes; entre ellos, Prusia. Allí, el resultado permitió al nacionalsocialismo obtener la mayoría, y sobre este éxito se apoyó el partido ante la opinión pública para encabezar, en el *Reichstag*, la oposición a la república. Comenzó, de esta manera, una etapa de transición hacia la toma del poder.

En este marco, la intolerancia racial y la denuncia de la conjura del judaísmo internacional y el bolchevismo contra la pacífica y laboriosa Alemania constituirían uno de los elementos esenciales para la preparación de la guerra contra los judíos:

[La doctrina judía del marxismo] *niega el valor individual del hombre, cuestiona la importancia de la entidad étnica y de la raza, y priva, así, a la humanidad de la condición previa a su existencia y civilización. Admitida como base de la vida universal, esa doctrina acarrearía el fin de todo orden humanamente concebible. Y así como una ley semejante no podría conducir sino al caos en este universo (...) ella significaría, acá abajo, la desaparición de los habitantes de nuestro planeta.*¹¹

Teniendo como base tales premisas político-ideológicas, el paso de la teoría a la práctica no habría de demorarse mucho.

V. Hacia la toma del poder

Los últimos gobiernos previos a la ascensión del nazismo, encabezados por Von Papen y Schleicher, prometieron mantener los derechos de los judíos, a pesar de que –simultáneamente– desde el Ministerio del Interior comenzaron las discriminaciones. Después de la toma del poder, y al día siguiente de las últimas elecciones democráticas, las del 5 de marzo de 1933, un funcionario de esa cartera envió una carta a su superior sosteniendo que “*ha llegado el momento de iniciar una legislación racista clara*”, y sugirió –a tal efecto– dos propuestas para que fueran elevadas a Hitler: una, anular todos los cambios de nombres realizados después del 1º de noviembre de 1918,¹² y la otra, impulsar una ley que impidiese la entrada de judíos desde el Este. Estas propuestas no afectaban la con-

¹¹ Hitler, Adolf. *Mein Kampf*. 1925.

¹² Terminación de la Primera Guerra Mundial.

dición de los judíos que eran ciudadanos alemanes. La reacción de Hitler ante la propuesta, ampliada con el agregado de expulsar –por lo menos– a los judíos orientales que entraron a Alemania y no eran ciudadanos, fue la indiferencia. La misma actitud tuvo el *Führer* ante otras propuestas de “grupos de expertos”. ¿Cuál fue la razón de esta conducta? Hitler cambiaba constantemente su estrategia y su política relacionadas con los judíos. Pero nunca renunció al objetivo planteado al iniciar su camino político.

La reacción relativamente enérgica de los países de Occidente ante los primeros actos de agresión y segregación –realizados, justamente, en marzo de 1933– impulsaron, a último momento, a los dirigentes nazis a reducir a un solo día el boicot promovido el 1º de abril contra los comerciantes judíos. Por ello, decidieron actuar en forma gradual.

La base jurídica de las leyes discriminatorias fue desarrollada en forma inadvertida y sin que los judíos pudieran reaccionar. Aun en 1932, los judíos que polemizaban con los nazis sostenían que las propuestas de ley antisemitas no tenían una base real, pues contradecían la Constitución de Weimar en su artículo 109º, que aseguraba la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley.¹³ La hipótesis argumental se basaba en que no podrían reunir los dos tercios del Parlamento necesarios para aprobar esa ley. Pero a esto también pudieron responder los nuevos gobernantes: según el artículo 2º de la ley del 23 de marzo de 1933, el gobierno podía legislar incluso si las leyes se oponían a la Constitución. Quedaba, así, abierto el camino para la futura legislación.

La historia del régimen del Tercer *Reich* adquiere una fisonomía y características particulares no sólo por la persecución metódica e implacable a los enemigos políticos del nacionalsocialismo, sino también por el objetivo de eliminar y extirpar núcleos enteros de población, desde judíos y gitanos hasta los pueblos eslavos de Europa oriental. Estas fueron las últimas consecuencias del racismo, unido de manera inseparable a la concepción de mundo nacionalsocialista. Hitler deploraba, en *Mein kampf*, que la Primera Guerra hubiese sido una ocasión perdida para la mejora racial:

Si al principio de la guerra y en el curso de la misma hubieran estado bajo el gas venenoso doce o quince mil de estos judíos corruptores del pueblo, así tuvieran que soportarlo en el campo de batalla centenares de millares de nuestros mejores trabajadores alemanes, de todos los medios sociales y todas las profesiones, el sacrificio en el frente de millones de hombres no habría resultado absolutamente vano. Al contrario, con la

¹³ *Jüdische Rundschau*, 24/11/32. El abogado Lewkovich sostiene que “no será factible crear una condición especial para los judíos si no es por medio de una ley modificatoria de la Constitución”.

eliminación a tiempo de doce mil canallas, tal vez se habría salvado un millón de alemanes normales, valiosos para el futuro.

El antisemitismo se convirtió en una auténtica y temible obsesión colectiva, en la que tampoco faltaba una buena dosis de delirio: *“El miedo ante el peligro marxista del judaísmo se insinúa lentamente, como un íncubo en el cerebro y el alma del hombre decente”*.

Cuando el nacionalsocialismo tomó el poder, en 1933, se infiltró el antisemitismo en todos los órdenes de la vida y se lo irradió desde todas las oficinas consulares y diplomáticas en el extranjero. Las afirmaciones de la propaganda en los diez años anteriores tenían que incorporarse a todos los aspectos de la vida nacional. Científicos, historiadores, filósofos, juristas se dedicaron a probar, en sus respectivas áreas, que era cierto y sin lugar a dudas que los judíos eran tal como Hitler los había descrito.

La principal dificultad era decir quién era judío, y éste era el único problema que nunca encontraba solución, a pesar de la inmensa estructura construida sobre la hipótesis del “veneno judío”. Un verdadero ejército de funcionarios se dedicó a buscar y controlar registros, consultando toda clase de fuentes de información, pero quedaba en pie la imposibilidad de establecer con precisión quién era judío.

A pesar de que una minoría se sintió horrorizada y llena de vergüenza, es indudable que gran parte de la población fue atraída por el prejuicio antisemita y aceptó —contra la evidencia de sus propios ojos— las exposiciones seudocientíficas y estadísticas de su gobierno y de todo orador nazi sobre el tema. Llegaron a creer que los judíos formaban una vasta red mundial, llena de hostilidad, que destruía y manchaba todo lo que era sagrado para los alemanes, constituyendo un enemigo poderoso, y que se justificaban todos los medios para la defensa de la cultura y los valores arios.

El incendio del *Reichstag*, el 27 de febrero de 1933, le dio a Hitler la oportunidad que necesitaba. Con la firma del presidente Hindenburg se promulgó una serie de decretos de emergencia, suspendiendo las garantías de la libertad individual, permitiendo al gobierno del *Reich* asumir —en caso necesario— plenos poderes en los estados y aumentando la pena por delitos como traición, sabotaje y *“graves violaciones a la paz”*. A pesar de los medios a su alcance, en las elecciones de marzo —las últimas realizadas democráticamente— el partido obtuvo el 43% de los votos. Pero su alianza con el nacionalismo lo afianzó en el poder.

Hitler era ya capaz de llevar a cabo sus planes por la vía legal. La base constitucional del régimen la dio una única norma: la Ley para la Supresión de la Miseria del Pueblo y el *Reich*, llamada “ley de plenos poderes”. La misma concedía al gobierno capacidad legislativa por cuatro años, sin necesidad del consenso del *Reichstag*, e incluso omitir las normas y tratados internacionales. Las leyes eran decretadas por el canciller del *Reich* (Hitler) y entraban en vigencia

al día siguiente de su publicación. Con esta nueva arma, los nazis desencadenaron la política de “coordinación” (*Gleichsaktung*), gracias a la cual las instituciones vitales pasaban al control del partido.

Después de la aprobación de la “ley de plenos poderes”, Hitler comenzó a buscar —entre otras cosas— respuestas a sus preguntas acerca de la “cuestión judía”. El 1º de abril de 1933 fue declarado un boicot contra toda la comunidad israelita del país. Su organización demostró la capacidad de Hitler para encausar el antisemitismo popular y transformarlo en político.

Oficialmente, el boicot era dirigido por una comisión encabezada por Julius Streicher, redactor del semanario *Der Stürmer*, la cual fue designada por el partido. La comisión declaró, el 28 de marzo, que el boicot planeado se prolongaría hasta que los judíos del mundo pusieran fin a su conducta provocadora, que había llevado a esa reacción. Pero finalmente, como vimos, duró un día. Goebbels anunció, el 4 de abril, el fin del boicot, dado que se habían logrado los objetivos, pues “salvo algunas excepciones (...), la propaganda extranjera fue neutralizada”.

La legislación que, de ahí en más, comenzó a aplicar el gobierno confirmó la eliminación de los judíos del servicio oficial y la vida pública. Los derechos civiles fueron divididos en dos categorías y se creó una ciudadanía de segunda clase para los judíos y los de sangre judía o casados con mujeres judías. Esta legislación fue abundante hasta septiembre, y luego comenzó a reducirse. Este hecho manifestaba la decisión de “eliminar la influencia de los judíos de la vida pública”.

El 7 de abril, dos días después de que Hitler escribiera a Hindenburg asegurándole la “solución legal” de la “cuestión judía”, fue adoptada —en el *Reichstag*— la primera ley antisemita de las aproximadamente cuatrocientas que se promulgaron a fin de destruir la vida judía europea. Esta norma fue la Ley de Restitución de las Funciones Públicas Profesionales de la Nación a su Base, que sostenía en uno de sus artículos: “*Los funcionarios que no sean de origen ario serán transferidos a jubilación; cuando se trate de funcionarios honoríficos, es necesario destituirlos de sus cargos*”

La falta de una definición clara del concepto “no ario” obligó a agregar un suplemento, y la reglamentación de la ley, publicada el 11 de abril, tenía más importancia —en este aspecto— que la propia norma. El párrafo 2º del reglamento, llamado “*Párrafo de ariedad*”, decía:

1) Se considera como no ario a quien no sea de origen ario, especialmente si tiene padres o abuelos judíos. Basta con que uno de sus padres o abuelos sea no ario. Esto se aplica, especialmente, cuando el padre o el abuelo pertenecen a la fe judía. 2) Si un funcionario no se encontraba en su cargo el 1º de agosto de 1914, deberá probar que pertenece a la raza aria, o que combatió en el frente, o que es hijo o padre de alguien caído en el campo de batalla durante la Gran Guerra. Es necesario presentar esta prueba mediante documentación: acta de matrimonio de los padres,

certificado del ejército. 3) Si el origen ario se presta a duda, es necesario obtener la opinión del especialista en la investigación de la raza del Ministerio del Interior.

En la reglamentación se hacía una concesión a los funcionarios nombrados antes de 1914 o que lucharon en la Primera Guerra o sus hijos, consecuencia de la intervención del presidente Hindenburg, jefe del Estado Mayor durante la contienda. Esto demuestra que, durante ese período, Hitler podía ser presionado por la política antijudía de su gobierno.

En el curso de la sanción de leyes se fue definiendo la importancia del concepto “judío” a partir del “*Párrafo de ariedad*”, tal como puede apreciarse en algunas de las normas:

- 22 de abril de 1933: Expulsión de los médicos judíos del Seguro Nacional de Salud.
- 25 de abril de 1933: Limitación en la aceptación de nuevos alumnos alemanes no arios en las instituciones educativas de todos los niveles hasta el 1.5% y hasta que el número se reduzca al 5% del total.
- 2 de junio de 1933: Expulsión de dentistas y técnicos dentales del Servicio Nacional de Salud.
- 6 de junio de 1933: Imposición de la ley para la reconstrucción del aparato profesional del Estado a profesores honorarios y conferencistas de las universidades y notarios.
- 5 de julio de 1933: Interrupción de la asistencia a parejas jóvenes cuando uno de los cónyuges no es ario.
- 14 de julio de 1933: Cancelación de la ciudadanía a inmigrantes, especialmente de Europa oriental, que habían obtenido la ciudadanía desde fines de 1918. La reglamentación de la ley (26 de julio) definió a los inmigrantes judíos de Europa oriental como “*indeseables*”, incluso si no hubieran cometido trasgresión alguna.
- 20 de julio de 1933: Obligación de las oficinas de abogados de implementar el “*Párrafo de ariedad*”.
- 22 de septiembre de 1933: Establecimiento de la Oficina Nacional para la Cultura, exclusivamente para arios. Se ocupaba, además, de eliminar a los judíos de las instituciones culturales (arte, pintura, literatura) y los espectáculos públicos (cine, teatro, radio).
- 4 de octubre de 1933: Promulgación de la Ley para la Prensa Nacional, prohibiendo a los judíos y a los casados con judíos ser editores de los periódicos alemanes, ejerciendo el control político sobre los mismos y aplicando el “*Párrafo de ariedad*” a los periodistas.

Comenzó, así, el drama de los judíos alemanes. Los suicidios, cuya divulgación estaba prohibida, eran frecuentes, y hacia el otoño de 1933 ya habían emigrado

50.000 personas. Testimonio de ello lo brinda una nota dejada por Fritz Rosenfelder, dirigente de un club deportivo, quien se suicidó en octubre de 1933:

¡Mis amigos! ¡Este es el último adiós! Un judío alemán no puede vivir sabiendo que el movimiento del cual Alemania espera su salvación le tiene por un traidor. Me voy sin odios. Formulo un deseo ardiente: ¡Que la razón retorne! Imposibilitado de ejercer actividad alguna, opto por suicidarme antes que apelar al socorro de mis amigos cristianos. Que esto os haga ver lo que experimentan los judíos alemanes. ¡Cuánto habría preferido dar mi vida por mi patria! ¡No me lloréis, procurad comprender y ayudar al triunfo de la verdad! Es así como me honrareis.¹⁴

El diario local, anunciando el suicidio, escribía:

Fritz Rosenfelder es razonable y se ahorca. Nos sentimos felices y no vemos inconveniente alguno en que sus congéneres nos digan adiós de la misma manera.¹⁵

A lo largo de 1934 no se promulgaron leyes antijudías de relevancia, hecho que fortaleció la idea de que los judíos podrían permanecer en Alemania, incluso con sus derechos limitados. Pero 1935, año de grandes éxitos para Hitler, fue el de la sistemática introducción del antisemitismo en la vida del Tercer Reich, que se había movido –hasta entonces– en el plano de la propaganda y los obstáculos interpuestos a las actividades profesionales de la comunidad judía.

A fines de marzo se renovaron las agresiones contra los judíos y el boicot contra sus negocios. Todos los organismos partidarios, locales y nacionales, y las instituciones vinculadas con ellos se unieron en esta campaña. En el verano de 1935 se prohibió el ingreso de judíos a las salas cinematográficas, teatros, natatorios y parques públicos. Estas normas fueron el marco de manifestaciones populares antijudías espontáneas y sirvieron como base para crear un sistema legal más adecuado. Este marco serán las Leyes de Nuremberg, del 15 de septiembre de 1935.

VI. Las leyes

Como las leyes anteriores, también éstas confirmaron conductas que ya estaban en práctica, fundamentadas en decretos o presiones del partido. Helmut Nicolai (1895-1951), un funcionario del Ministerio de Interior, había ya caracterizado –el 2 de octubre de 1933– las normas para los matrimonios, a efectos de preservar la pureza de la raza nórdica como la “primera creación legislativa del pueblo nórdi-

¹⁴ Poliakov, Leon. *Breviario del odio*. Buenos Aires, 1954, pág. 28.

¹⁵ *Ibíd.*

co”. Nicolai intentó legitimar la legislación racista y populista por medio de la tradición y basándose en el *Sachsenspiegel*, un código legislativo de 1230, considerado alemán puro y libre del Derecho romano, originario del norte de Alemania.

Pero la centralidad del “pueblo” y la “raza” en el pensamiento jurídico alemán provenía no de este libro, sino de *Mein kampf*. En uno de sus pasajes se refiere Hitler a la importancia de la pureza racial ante el avance del proceso de “sifilización” del pueblo alemán. Esta idea justificaba la legislación nacionalsocialista: *“Los delitos contra la sangre y la profanación de la raza son el pecado original en este mundo y el fin de la humanidad que se rinde ante ellos”*.

En la mente de Hitler se unieron las luchas “contra los parásitos” y “contra la prostitución” en una nueva definición de los verdaderos objetivos del matrimonio: la descendencia. *“El matrimonio no puede ser un objetivo por sí mismo, sino que debe estar al servicio de un ideal más elevado: la protección y el crecimiento del género humano y la raza”*. El Estado debía, pues, acorde a este espíritu, legislar acerca del matrimonio.

Por años, las prohibiciones racistas fueron exigidas por *Der Stürmer*. En la *Guía del antisemitismo*, de Fritsch,¹⁶ se mencionaron los “diez mandamientos alemanes para la autodefensa legal”, dos de los cuales estaban destinados a cuidar la pureza racial y cuyo espíritu sería volcado en las Leyes de Nuremberg:

Cuida la pureza de tu sangre. Recuerda que es una traición contaminar la noble raza aria de tu pueblo, mezclándola con la raza judía. Debes saber que la sangre judía es eterna y deja su sello en el cuerpo y el espíritu hasta el fin de los días (...). No tengas relaciones sexuales con el judío. Evita todo contacto o vínculo con él y elimínalo de tu familia y tu pueblo, especialmente de tus hijos, para que no sufran ninguna afección, tanto en el cuerpo como en el espíritu.

Poco después de ascender al gobierno, comenzaron los nazis a legislar leyes destinadas a “lograr el crecimiento de pueblo alemán y su protección biológica”. El 1º de junio de 1933 se promulgó una norma para reducir el desempleo, y en su artículo 5º, referente al estímulo a los matrimonios, se mencionaba que las parejas jóvenes que quisieran casarse y necesitaran ayuda monetaria debían presentar documentos que certificaran su salud física y racial y aprobar los exámenes de “salud política”; es decir, de fidelidad al Estado nazi. Estas dos aptitudes, pureza racial y fidelidad, serían vitales para todo ciudadano, según lo definirían, luego, las Leyes de Nuremberg.

El 28 de junio de 1933, el ministro de Interior Frick sostuvo, en la Primera Asamblea del Comité de Expertos en Políticas de Población y de Raza, que “sólo

¹⁶ Davidowicz, Lucy. *La guerra contra los judíos. 1933-1945*, pág. 81

cuando el Estado y los tribunales de Salud Pública aspiren a ser los responsables de cambiar las condiciones de quienes nazcan en el futuro podremos hablar nuevamente de un nuevo y firme estímulo a la político poblacional y racial".¹⁷

Pero el 14 de julio se dictaría una norma mucho más grave que las conocidas hasta entonces: la llamada "Ley de Salud Hereditaria", destinada a combatir la transmisión de las enfermedades genéticas. La norma "*asegura que los miembros 'menos valiosos' del pueblo no contaminarán a la comunidad*". Esta ley creó un antecedente jurídico y moral que abrió una brecha insalvable en los principios de humanidad y en las esferas de la libertad y la dignidad de todo ciudadano. Al justificar estas medidas se manejaron ideas como las expuestas por Hans Gunther ("*Aunque una raza puede no ser pura, sus miembros tienen ciertas características dominantes capaces de facilitar el camino para crear un estereotipo (...). Aunque no todos los arios son nórdicos, todos ellos quedan incluidos en el 'tipo ideal'. Como contraste, los judíos son una simple mezcla de razas*").

La ley determinaba que era necesario el consentimiento del individuo para ser esterilizado. El director de una clínica o prisión –pues la ley incluía a los criminales– podía iniciar el proceso, y la decisión final correspondía al Tribunal de Salud, con una posible apelación en segunda instancia. Los miembros de los tribunales eran dos doctores y un juez de nombramiento oficial, y el médico de la familia estaba expresamente excluido del procedimiento. Esta ley inició el proceso que permitió la "eutanasia", decretada finalmente por Hitler en 1939 y que sería un campo de ensayo para la "Solución final del problema judío".

En el Congreso del NSDAP de 1935, el jefe de los médicos nazis, Gerhardt Wagner, fundamenta los principios de la "higiene racial" que señalarían la posterior segregación: "El nacionalsocialismo reconoce la desigualdad de los hombres deseada por Dios y la naturaleza como fundamento de toda la vida civil, y extrae de ello sus consecuencias. Desde el punto de vista político, éstas consecuencias están de acuerdo con la idea del *Führer* en cuanto a la promoción de un ordenamiento jerárquico según el valor de los hombres y su responsabilidad en todos los campos, sólo posible de este modo; desde el punto de vista biológico, consiste en la lucha contra la degeneración dentro de un pueblo, mediante la promoción consciente de las partes capaces y sanas frente a las inválidas, y el rechazo de la mezcla racial, excluyendo toda influencia de las razas extranjeras."

También toma forma el giro que tendría el "problema judío". Alfred Rosenberg proclamó que el bolchevismo no era sino "la última consecuencia derivada de la penetración del judaísmo en la cultura y la política de los Estados europeos". Por tanto, sólo sería posible "abatir al bolchevismo eliminando a los judíos".

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 82

A esta convocatoria a la guerra antibolchevique y antisemita siguieron las palabras del ministro de Propaganda Goebbels contra la internacional bolchevique, que, “en realidad, es una internacional judía”.

En 1935 se puso en práctica la fórmula legislativa de distinción entre “compatriota” (*Volksgenosen*) y “judío”; es decir, entre “ciudadano de primer grado” y “ciudadano subalterno” o “extranjero huésped de Alemania”, contenida ya en el programa del NSDAP de 1920. Reunido el *Reichstag* en Nuremberg, el 15 de septiembre de 1935, bajo la presidencia del mariscal Goering, se aprobaron por unanimidad las llamadas “Leyes de Nuremberg”, destinadas –según Goering– a fijar los principios de la libertad de Alemania, ya que esta “libertad proviene de la sangre y sólo podrá ser conservada eternamente mediante la pureza de la raza”. Con las Leyes de Nuremberg recibieron los judíos el *status* jurídico de “miembros de raza inferior”. La Ley sobre la Ciudadanía del *Reich* (*Reichsbürgergesetz*) establecía quién debía ser considerado ciudadano:

Art. 2: 1) Ciudadano del Reich es solamente el súbdito del Estado que tiene sangre alemana o afín, que demuestre, con su conducta, que está dispuesto y es apto para servir con lealtad al pueblo y al Reich alemán. 2) El derecho a obtener la ciudadanía del Reich se otorgará por medio de un certificado de ciudadanía del Reich. 3) Solamente el ciudadano del Reich posee derechos políticos íntegros, de acuerdo con las leyes.

La segunda de las dos leyes de Nuremberg, la dictada “para la defensa de la sangre alemana y el honor alemán”, disponía:

1. Se prohíben los matrimonios entre judíos y súbditos del Estado que tengan sangre alemana o afín. Los matrimonios realizados en oposición [a la ley] serán anulados, incluyendo los matrimonios realizados en el extranjero para evitar esta prohibición (...).

2. Se prohíben las relaciones extramatrimoniales entre judíos y súbditos del Estado que tengan sangre alemana o afín, menores de 45 años.

3. Los judíos no podrán emplear para trabajos del hogar a súbditos del Estado que tengan sangre alemana o afín, menores de 45 años.

4. 1) Se prohíbe a los judíos enarbolar la bandera del Reich y del Estado y portar los colores del Reich. 2) Por el contrario, les está permitido usar los colores judíos. El otorgamiento de este permiso se encuentra bajo protección del Estado (...).

La trasgresión de estas prohibiciones estaba sujeta a penas monetarias o de cárcel, como ejemplifican estos testimonios:

Una mujer judía tenía a su servicio a una joven de 23 años de sangre alemana, que –además de las habituales tareas domésticas– tenía a su cargo atender a un huésped a pensión, también de origen judío. El caso

*fue denunciado como delito contra la ley de protección de la sangre racial y se celebró la vista ante el tribunal de Munich. Durante el juicio se comprobó que las obligaciones de la muchacha se limitaban a servir el desayuno al huésped y limpiar su habitación, sin que mediara relación alguna con él (...). El tribunal condenó a la acusada a una multa de 50 marcos o, en su defecto, a 10 días de cárcel.*¹⁸

*La sala en lo Penal ha condenado a un judío de 39 años a dos años de prisión por el delito de ultraje racial. El acusado había tenido comercio, después de la entrada en vigor de las leyes raciales, con una prostituta aria.*¹⁹

Con los decretos del 14 de noviembre de 1935 se afrontó, también, el problema de los llamados “mixtos” (*mischlinge*) y se estableció, sustancialmente, que todo aquel que tuviese ascendientes judíos en sus tres cuartas partes debía ser equiparado a los judíos.

El racismo se infiltraba en la totalidad de la población. La instrucción racial fue obligatoria en las escuelas prusianas desde 1933, y posteriormente, en todas las alemanas. Se pidió a las secundarias que enseñaran todo lo concerniente a la herencia, ciencia racial y familia a todas las clases del país, integradas en la asignatura Biología. Un biólogo, Paul Brohmer, enseñaba cómo el maestro puede formular su propio punto de vista sobre el hombre para enseñárselo sus estudiantes.²⁰ El darwinismo se rechazaba, y el hombre y la naturaleza debían ser observados en su propio paisaje y su propia raza. También se destacaba la importancia de la familia. Bohmer integró en su visión de la ciencia biológica todos los fundamentos de su punto de vista: las raíces de la vida se hallan en la naturaleza y el pueblo, la importancia del espacio vital alemán y la exigencia de la pureza de la raza. Las clases de Biología estaban destinadas a destacar la superioridad de la raza aria sobre otras, especialmente la judía.

El espíritu y significado de estas disposiciones quedaba definido así por los comentaristas oficiales del régimen: “El judío nos resultaba completamente extraño por sangre y naturaleza. Por esta razón, la única solución posible es la disimulación”.

La “disimulación”, otro de los neologismos de la era hitleriana, representó un eufemismo destinado a encubrir el proceso de progresiva exclusión de los judíos, primero de la vida del pueblo alemán, y luego de todo grupo civil y humano.

¹⁸ *Frankfurter Zeitung*. Francfort del Main, 29/9/36. En Poliakov, L. -Wulf, J., op. cit., pág. 310.

¹⁹ *Frankfurter General Anzeiger*. Francfort del Main, 1^o/4/36. En Poliakov, L.-Wulf, J., op. cit., pág. 311

²⁰ Brihmer, Paul. *La nueva biología. Un ensayo de ciudadanía racial*. Citado por Mosse, George. *La cultura nazi*. México, 1973, pp. 109-117.

El significado fundamental de las normas no radicó en la persecución a los judíos, sino en la aceptación oficial del principio racial en la ley alemana, que no existía hasta 1935, y señaló, entonces, el fin de un proceso de infiltración de la ideología nazi en el Estado alemán y la creación de una base legal para la política antijudía que se desarrollaría posteriormente.

Diversas reacciones surgieron ante la sanción de estas leyes:

El gobierno del Reich alemán piensa que es posible (...) crear una base para que el pueblo alemán pueda mantener relaciones aceptables con los judíos. Si esta esperanza no se concreta y la provocación judía en el territorio alemán y en el campo internacional continúa, se considerará nuevamente la situación (...). (La ley) constituye un intento de solucionar, en forma legal, la cuestión (judía).²¹

El pueblo alemán nada tiene que reprocharles a los judíos en tanto la voluntad de éstos sea seguir siendo hijos del pueblo judío y así se comporten (...). Se les permitirá determinar su propio futuro en todas las áreas de la vida nacional; sin embargo, resulta evidente que –desde este momento y para siempre– los judíos deberán abstenerse de toda intromisión en los problemas políticos del pueblo alemán y toda intervención en los asuntos nacionales de la nación alemana.²²

Las leyes promulgadas por el Reichstag en Nuremberg perjudican de manera muy aguda a los judíos de Alemania, pero están destinadas a crear una base que permita el establecimiento de relaciones tolerables entre el pueblo alemán y el judío (...). Una de las condiciones previas para la creación de relaciones tolerables es la esperanza de que, interrumpiendo las acciones destructivas y el boicot, se permitirá una supervivencia moral y económica de los judíos.²³

La proscripción de los judíos pasó por fases graduales. Su indiscriminada eliminación física constituyó el estado final de segregación, llevado a la práctica –al principio– mediante el aislamiento dentro del pueblo alemán y el boicot a su actividad económica; luego tomó cuerpo la tendencia a favorecer la expulsión del *Reich* –en la mejor de las hipótesis– mediante la emigración, pero –eventualmente– mediante la deportación fuera de Alemania. Por último, cuan-

²¹ Discurso de Hitler al *Reichstag*, 15/9/35. En Michman, Dan. *El Holocausto, un estudio histórico*. Vol. 2. Tel Aviv, 1986, pp. 38-39.

²² Palabras de A. A. Brent, editor de la Agencia Alemana de Noticias. Semanario *Jüdische Rundschau*, 17/9/35. En Michman, D., op. cit.

²³ Manifestación de la Representación Nacional de los Judíos de Alemania. *Jüdische Rundschau*, 24/9/35. En Michman, D., op. cit.

do la expansión hitleriana superó los límites impuestos en Versalles y quedaron bajo la dominación alemana millones de judíos, sobre todo en Europa oriental, la imposibilidad de superar el dilema con que los enfrentaba el contacto con la realidad impulsó a los hombres del Tercer *Reich* a eliminar toda solución gradual y concebir fríamente una radical.

Las Leyes de Nuremberg completaron la anulación de los derechos civiles de los judíos de Alemania. El primer paso del programa nacionalsocialista hacia los judíos había sido completado. El propio Hitler, al presentar estas leyes en el *Reichstag*, señaló que grandes cambios debían esperarse en la política hacia los judíos en el futuro. Ya no se sancionarían más leyes, era tiempo de aplicar las existentes...

¿Epílogo?

Para el nacionalsocialismo sólo contaba el poder y la raza. El mundo de Hitler terminó para siempre, pero muchas de las actitudes y prejuicios que lo hicieron posible aún se mantienen vivos entre nosotros, manifestándose casi cotidianamente, actualizados, inculcados nuevamente en la conciencia de las masas. Muchos de los temas a los que hicimos referencia fueron respetados por millones de personas. El nazismo no fue derrotado por una revolución interna, sino por una guerra extranjera; la resistencia antinazi fue tomando cuerpo a medida que Alemania iba perdiendo la guerra. Sólo después de finalizada ésta y a partir de los juicios de Nuremberg salieron a la luz las complicidades, remotas o íntimas, mediante las cuales muchos sectores del mundo civilizado estaban vinculados con lo sucedido. Por primera vez se vio el antisemitismo racial tal como es: una agresión no sólo contra los judíos, sino contra el ser humano.

Pero la lección no fue bien aprendida, y el antisemitismo no ha muerto. Que algunas de las actitudes básicas del nazismo permanezcan vigentes en el espíritu de mucha gente debe ser motivo de meditación. El nazismo ejemplifica los peligros a los que puede exponerse una conducta que sea vulnerable a las ideas extremistas, pese a rechazarlas en apariencia. Hoy por hoy, las acciones de estos grupos deben recordarnos que, tanto en Alemania como en cualquier otro lugar, el precio de la libertad es la vigilancia y la atención permanentes para evitar la repetición de estas políticas y conductas.

Bibliografía adicional:

- Buron, Thierry-Gauchon, Pascal. *Los fascismos*. México, 1983.
Carsten, Francis. *La ascensión del fascismo*. Barcelona, 1971.
Flannery, Edward. *Veintitrés siglos de antisemitismo*. Buenos Aires, 1974.
Neumann, Franz. *Behemot*. México, 1983.
Parkes, James. *Antisemitismo*. Buenos Aires, 1965.
Sorlin, Pierre. *El antisemitismo alemán*. Barcelona, 1970.

**Lic. Patricio
Brodsky**

Sociólogo y docente
del Museo de la Shoá
de Buenos Aires y
miembro de su
Comisión de Cultura.

La razón concentracionaria

El aspecto realmente característico y peligroso del nacionalsocialismo era su mezcla de una modernidad robusta y una postura afirmativa hacia el progreso, combinadas con sueños del pasado; un romanticismo altamente tecnológico.

THOMAS MANN

El nazismo vendrá a coligar la sociedad industrial, como máxima expresión (y pináculo) de la razón instrumental, con la sociedad de masas, como expresión de lo inconsciente presente en los sujetos. De este modo, el nazismo será, por un lado, la racionalidad técnico-instrumental, y por el otro, la impulsividad irreflexiva de la sociedad masificada interviniendo unánimemente en la “industria de la muerte” y su principal “ámbito productivo”, el *Lager*.

El desarrollo de la racionalidad instrumental implicará, al mismo tiempo y en dialéctica oposición, el desarrollo de un proceso de embrutecimiento, de alienación exponencial entre los sujetos masificados. Inclusive, en su obra *Dialéctica del iluminismo*, Adorno y Horkheimer nos muestran, en una pintura fatalista, cómo el trabajo enajenado penetrará por todos los poros de la vida de los sujetos en las sociedades masificadas, tornándose indefectible y omnipresente. La racionalidad tecnológica que permitirá el desarrollo de industrias de masas será acompañada por un proceso de masificación creciente de los sujetos. Masificación que, al propio tiempo, será una cosificación de los sujetos en un colectivo indiferenciado, pero fuertemente cohesionado.

La masificación de los sujetos, expresión de una razón reificada, y la “fetichización tecnológica”, expresión de la cosificación en la técnica de la razón instrumental, serán los principales efectos del desarrollo de la *ratio* contemporánea.

El iluminismo representó el triunfo de la razón, la lógica y la autocomprensión. Significó el establecimiento de la razón como instrumento de comprensión. La normalización de la razón implicó la cosificación de lo no comprendido por la razón en la categoría de “irracional” (o sinrazón, según Foucault). Se

entenderá, entonces, por qué el pensamiento occidental –al hallarse ante el *Lager* y la razón concentracionaria que lo sostenía– reaccionó instintivamente, colocando a esta forma de razón en el ámbito de lo irracional. En parte, debido a lo antedicho, y en parte, debido a la comprensión de que detrás de la representación social del monstruo psicópata, realizador de su deseo en el aniquilamiento del otro, se hallaban individuos perfectamente normales, de carne y hueso, modernos, racionales. Entonces, el horror que se descubre en Auschwitz no fue que la humanidad retornó a la barbarie, sino que la barbarie está presente en el ciego devenir de la razón, la cual no sólo no quedó abolida, sino que fue el fundamento sobre el cual Auschwitz se tornó posible y, ergo, repetible.

El principal desafío que nos presentará la razón nazificada será la comprensión de una forma de racionalidad técnico-burocrática (el Estado totalitario) cuyos ejes ideológicos principales serán mitos (ergo, irracionales): el *Volk* (pueblo), la raza, la Patria, etc. ¿Pero acaso la razón iluminista, fundamento del orden burgués, no se funda sobre conceptos igualmente míticos, como libertad, igualdad, fraternidad, democracia?

Paradójicamente, quizás el problema más grande a superar, al intentar comprender la racionalidad nazi, sea la no universalización de sus premisas ideológicas; o sea, el nazismo aparece como irracional porque no se pudo imponer en la guerra y, entonces, no se pudo tornar pensamiento hegemónico (único) a escala universal. Si el nazismo hubiera vencido, tal vez hoy lo que veríamos como irracional sería la democracia capitalista.

Existen fuertes indicios acerca de los alcances y la autonomía que cobró esta *ratio* en los sujetos. La lógica concentracionaria se apropió de los sujetos, de forma tal que ya hacia el fin de la guerra –cuando Alemania se encontraba prácticamente derrotada–, recursos vitales que eran indispensables en los frentes de combate, así como convoyes de trenes, eran desviados del frente de batalla hacia los *Lager*, como si en los campos se hubiera estado librando una guerra más importante que la militar.

Creo que esto era así debido a que la “guerra” que los nazis estaban librando en los campos era la “guerra de supervivencia de la raza aria”.

Era la propia ideología nazi la que veía como racional, lógica y justa esta destrucción sistemática de vidas, aun de los sujetos más jóvenes y los ancianos y enfermos terminales, a tal punto que existen relatos de que entre los judíos daneses muertos en la *Shoá* hubo una señora de 102 años que estaba postrada en la cama, e igualmente fue transportada a los campos.

Es que durante veinte años (1919-1939), los nazis se prepararon ideológicamente –y así lo hicieron con la población alemana– para llevar a cabo una guerra total de exterminio por la supervivencia de la raza aria contra sus “enemigos mortales”, los judíos.

¿Por qué, entonces, pretender que el exterminio no se tornara un fin en sí

mismo? Inclusive hasta último momento y en forma totalmente anarquizada se llevaron a cabo las “marchas de la muerte”, brutales caminatas forzadas desde los campos hacia la retaguardia, durante las cuales miles de prisioneros murieron. Goldhagen cuenta que aun luego de que Himmler diera la orden de que cesaran las matanzas, éstas no se detuvieron. Creemos que esto se debió a que la racionalidad burocrática cobró independencia relativa, y con el exterminio de los “enemigos mortales” como meta, la “acción racional con arreglo a fines” (Weber) de la burocracia alemana y su eficiencia característica impidieron que las masacres terminaran.

El pensamiento nazi se conformaba por algunos elementos de irracionalidad pagana, mitos y leyendas de origen germánico, fundamentalmente en lo que hace a la generación de una fuerte ideología cohesionadora, ligadora de la masa, cimentadora de la pertenencia a la raza aria, creadora de una fraternidad de guerreros germanos. Por otro lado, dicho pensamiento se componía de la fría razón instrumental expresada en la ciega razón burocrática; ésta se hallaba al servicio de una causa “superior”, el triunfo de la “raza superior”. Como expresión del darwinismo social, que postulaba la supervivencia del “más apto”, se implementaron “biopolíticas”; o sea, políticas estatales tendientes a influir en el desarrollo de distintos grupos poblacionales, favoreciendo el crecimiento de unos y coartando el de otros.

La ciencia racial de los nazis tenía su basamento en la teoría de la evolución de las especies aplicada en el ámbito social, el darwinismo social: la sociedad humana seguía un rígido criterio clasificatorio que terminaría siguiendo un criterio genealógico. A falta de elementos empíricos que permitieran un ordenamiento genético, biológico o antropomórfico existía una “escala”, clasificada según el criterio “natural” de la pureza racial de los nazis.

La “liturgia” de los actos nazis cumplió un importante rol en el proceso de conformación de una sociedad masificada y su involucramiento con el régimen nacionalsocialista. Los grandes actos de masas del nacionalsocialismo eran planificados para incrementar la sensación de insignificancia de cada sujeto aislado y el sentimiento de fortaleza colectiva, al mismo tiempo que el líder, Hitler, aparecía como un dios, alejado de todos, solitario y por encima de la masa. Su gestualidad estudiada al detalle, su discurso basado en conceptos de “raza”, “nación”, “sangre”, “tradicción”, “herencia”, “patria”, tan abstractos como los que conforman los pilares ideológicos de la Ilustración: libertad, fraternidad, igualdad. La importancia de estos conceptos fundantes o ideas-fuerza de una sociedad está dada en su capacidad de cohesionar a la masa, sobre todo cuando forman parte de la jerga (como dirá Adorno), perdiendo su significado, su contenido contextual, y rodeándose de un halo movilizador de sentidos para la masa; perdiendo su carácter de discurso articulado y tornándose consignas vacías de contenido, que son disparadas cual proyectiles dirigidos a provocar la adhesión de la masa. De tal forma que el discurso del líder (como articulación

conceptual) pasa a segundo plano y queda revelada la importancia del acto del partido como rito renovado, como liturgia resignificada en la cual cada gesto del *Führer* se dirige a reforzar la fragmentación del discurso y de los sujetos en la masificación que propicia.

Cuando uno ve documentales sobre los actos de masas del régimen nazi tiene la sensación de encontrarse ante un rito fundamental de una sociedad pagana. En ellos puede verse a Hitler como “sumo sacerdote”, se lo aprecia erguido, inalcanzable en lo alto de la pirámide, irguiéndose omnipotente sobre una marea humana de iguales masificados-nazificados. Distancia insalvable entre el líder-héroe-mito y el sujeto-simple-masa; a mayor distancia, mayor efecto. Era una teatralización perfectamente orquestada para que el sujeto-masa viera, desde abajo, al líder-padre inalcanzable, arriba.

Las sociedades contemporáneas son cosificadoras, el sujeto pasa a ser un mero apéndice de una máquina, cosificándose. Es una sociedad en la cual la actividad específicamente humana, el trabajo como actividad consciente (Marx), se le aparece al sujeto como una imposición externa que lo domina y sojuzga. Esto es debido a que, en el capitalismo, al trabajador se le enajena el fruto de su propio trabajo. Este, luego se le va a aparecer como su opuesto, el trabajo muerto acumulado, el capital que lo somete. Entonces, en este tipo de sociedad en la cual los sujetos sufren esta alienación cosificadora, es comprensible que éstos hallen como una forma “natural” de reencuentro con los demás a la masificación anónima, lugar de reproducción de la desubjetivación. Esta instancia de la masificación será la base sobre la cual se asentará y reforzará el trabajo enajenado. Marx nos mostrará cómo el sujeto alienado, sometido al trabajo enajenado, se reconocerá como hombre en el mero acto animal, en sus actos pulsionales: comer, beber, reproducirse. La masificación prolongará ese goce pulsional, ya que mientras el hombre esté masificado, impera el inconsciente, y por eso, el “ello” individual prevalece dentro de un “ello” colectivo que da “rienda suelta” al desenfreno multitudinario. La masa es capaz de realizar –al mismo tiempo– las acciones más altruistas, pero también las más egoístas.

En resumen, el sujeto cosificado en el proceso de trabajo, enajenado en el de circulación de mercancías, alienado en el goce pulsional de la industria cultural en su tiempo libre, finalmente se encuentra masificado en el ámbito político. En realidad, cosificación, enajenación y alienación son diversas caras de la reafirmación del proceso de fetichización permanente que sufren los hombres-masa en las modernas sociedades. Sujetos anónimos, cosificados, pero –al mismo tiempo– sometidos a control, atrapados en una red codificadora que los numera, los vigila, los individualiza y los clasifica, una “sociedad panóptica” en la cual el sujeto, fuera de la masa, siente el desamparo, la desnudez ante la permanente mirada del régimen. En este sentido, el nacionalsocialismo no fue excepcional.

Ya Aristóteles, en su descripción de las dictaduras tiránicas, hacía hincapié en la función que cumplen el control y la vigilancia en la autorrepresión.

El esquema de la pluralidad de las dictaduras ya se esbozó en la segunda mitad del siglo IV antes de J. C. El modo tradicional de mantener una dictadura incluye, por ejemplo, “el no dejar mediar a los hombres sobresalientes y apartar a los que tienen conciencia de sí mismos, el no tolerar reuniones de masa, clubes, esfuerzos culturales ni todo eso, sino tratar de impedir todo aquello de lo cual suelen surgir dos cosas, el sentimiento del propio yo y la mutua confianza; también el que no se deje formar sociedades o incluso sólo asociaciones sociales; en suma, hacer todo lo posible para que todos se desconozcan entre sí”. Ya que el conocimiento suscita una mayor confianza recíproca. Por otra parte, hay que procurar que los ciudadanos que están en casa se muestren siempre en público y estén fuera de sus hogares (...) También procura el tirano que nada le permanezca oculto de lo que dice o hace cualquiera de sus súbditos, sino que tiene espías en todas partes, como en Siracusa, las llamadas “potagogidas” (delatoras), y tal como Hierón enviaba a sus “escuchadores” dondequiera que existiese una sociedad o una reunión. Con esto se consigue que los ciudadanos, por miedo a tales gentes, no se expresen fácilmente con libertad, y cuando lo hagan, permanezcan menos ocultos... Aristóteles describe la necesidad de los grandes trabajos públicos para tener ocupada a la gente y mantenerla en un estado de dependencia. Menciona la función de los impuestos en los regímenes despóticos, y finalmente habla de su política agresiva: “También gusta el tirano de promover guerras para que los súbditos no estén desocupados y tengan constantemente necesidad de un caudillo”.¹

El terror generado por las dictaduras de masas paraliza, por la angustia de la muerte, a los disidentes ante el peligro que corren; sólo una pequeña proporción de opositores se anima a una resistencia activa. En este sentido hemos de decir que las formas de resistencia más extendidas fueron microfísicas, minúsculas, en mucho casos mínimas, pero fueron actos de recuperación de la voluntad subjetiva, la voluntad de ser sujetos autónomos, desmasificados, de ser para sí, indoblegables, aun a riesgo de su propia vida.

La razón-instrumento, la razón instrumental, tiene una “moral extrema”, sin prejuicios, sólo con objetivos, fines. No se rige por valores, no tiene escrúpulos, no le importan los medios en juego; lo único importante es alcanzar las metas prefijada. Estas actuarán como un imperativo categórico, un impulso motivador de las acciones, a la vez que externaliza lo no “ajustado a norma”. Obviamente, la norma a la que nos referimos son las propias metas a alcanzar.

¹ Horkheimer, Max. *Sociedad en transición*. Barcelona, Península, 1976, pp. 137-138.

A lo largo de su obra, Michel Foucault demostró cómo esta razón moderna, cartesiana, se tornará razón disciplinadora. A todo aquello que no pueda abarcar-comprender-subsumir, todo aquello que no sea “iluminado por la luz del entendimiento”, de la razón, se lo denominará “sinrazón” y su espacio será el internamiento en el Hospital General.

De la misma forma que opera la razón instrumental, su aspecto particular,² la razón concentracionaria, se plantea como un imperativo moralizante, impera en las conductas rígidamente, abarcando lo factible de ser contenido, y condena al exterminio a lo estigmatizado como diferente y –por lo tanto– inabarcable, incontenible: lo diferente, el “*alter*”. La idea de “pureza”, de unicidad llevada al paroxismo. Imperativo ético-moral, discriminando entre lo puro y la “*Nuda Vida*” (Agamben). Límite inquebrantable que marca la frontera de su propia identidad, no como positividad, sino como disyunción entre el “ego” y “lo diferente”, buscando la destrucción del polo concebido como portador de la negatividad, la vida “impura”, “indigna de ser vivida”. De esta forma, los principios filosóficos nacionalsocialistas se tornan una interpelación moral que “clasificará” a los sujetos como dentro o fuera del derecho a vivir.

La filosofía nacionalsocialista planteaba un rescate de “lo tradicional” y, por lo tanto, una valoración del pensamiento reaccionario tradicionalista, expresado por “el campesino”, gente sencilla que es el encarnamiento de “lo auténtico”. Al mismo tiempo que –en su discurso– rechazaba los valores de la modernidad, el nazismo generaba –de hecho– un rescate de esos mismos valores al implementar un uso masivo de la tecnología más moderna. Asimismo, como vimos arriba, existe una coincidencia en la práctica entre las formas racionales instrumentales y su “extensión” nazificada.

Podemos definir al régimen nazi como una sociedad en la cual primaba la “acción racional con arreglo a fines”; según Weber, el tipo de acción más racional. Una sociedad altamente burocratizada, en la cual sus cuadros político-ideológicos intervenían motivados por sus metas últimas, cumpliendo –con cada vez mayor eficiencia– sus operaciones, asignadas con el condicionante ético-moral del bien común de la “raza superior”; lo demás, no importaba.

Hay un principio que ha de ser regla absoluta para las SS ante las gentes de nuestra sangre, con exclusión de todas las demás: debemos ser honrados, correctos, leales y buenos camaradas. La suerte de un ruso o de un checo me tiene completamente sin cuidado (...). Me es absolutamente indiferente saber que las naciones viven prósperas o mueren de hambre. Esto sólo me interesa en la medida que estas naciones nos son

² Considero a la razón concentracionaria un aspecto particular de la razón instrumental justamente por ese carácter calculador preocupado por los fines, mas no por los medios, que caracteriza a ambos tipos de racionalidad.

necesarias como esclavas de nuestra cultura. Me deja absolutamente indiferente que 10.000 mujeres rusas caigan extenuadas para cavar una fosa antitanques, a condición que la fosa se cave. Evidentemente, no se trata de ser duro e implacable porque sí. Nosotros, los alemanes, que somos los únicos que tratamos correctamente a los animales, trataremos correctamente a los animales humanos. Pero constituiría un crimen contra nuestra sangre preocuparnos por ellos y darles un ideal, preparando, así, tiempos más difíciles para nuestros hijos y nietos (...). Si alguien acude a mí y me dice: “No puedo hacer cavar una fosa antitanques por mujeres y niños, es inhumano, este trabajo les matará”, le responderé: “Tú eres un asesino de tu propia sangre, porque si no se abre la fosa antitanques, morirán soldados alemanes, hijos de madres alemanas. Estos son nuestra propia sangre” (...). El resto nos es indiferente.”³

Se trataba de llevar a cabo la labor con desapasionamiento, guiados no por el “odio” al “inferior”, sino por el “deber” con la propia sangre, motivados ideológicamente por las ideas-fuerza “espacio vital”, “nación”, “raza”, “pueblo”, etc. Esta ideología, con su carácter biologista, le dio un fuerte impulso a disciplinas que operaban como ciencias auxiliares, que ayudaban a clasificar a la población en “estratos” raciales (la biología, la genética, la genealogía, la antropología, la sociología, la eugenesia, etc.) y, según la composición relativa de la sangre de cada sujeto, le daba su derecho de pertenencia a la hermandad, al *Volk* ario, o lo enviaba al extenso grupo de los seres inferiores, destinándolo a la esclavitud o la muerte, según la posición relativa de cada sujeto en la pirámide racial.

Werner Best, el asesor legal de la Gestapo, fundador de Einsatzgruppen,⁴ cuando en 1931 se refería a qué hacer con los judíos, recomendaba destruir al enemigo sin odiarlo, porque si lo odiara, el nazi se convertiría en un turco matando armenios, en un tutsi matando hutus. La meta aquí no es ser turco ni africano, sino ser nazi; y ser nazi representa hacerlo como un ideal de reconstrucción del mundo y no como un acto personal de sadismo, ni como un burócrata sin conocimiento de lo que se está haciendo.”⁵

Según las palabras de Best, citadas por Bankier, se trataba de una labor llevada a cabo con el “sentido del deber”, sin involucramiento emocional, racionalmente. Inclusive, uno podría decir: con una lógica emparentada con la razón instrumental (lógica costo-beneficio) y un profundo sentido de racionalidad en

3 Himmler, Heinrich. Discurso en la ciudad alemana de Posen, 4/10/43, citado en: Poliakov, Leon y Wulf, Josef. *El Tercer Reich y los judíos*. Barcelona, Seix Barral, 1960, pp. 174-175.

4 Los “grupos de tareas” que comenzaron con las primeras ejecuciones de judíos en territorio de la entonces Unión Soviética, fusilando masivamente a partir de la primavera boreal de 1941.

5 Bankier, David. “La Shoá y los genocidios del siglo XX”, en *Nuestra Memoria*. Año IX, Nº 20. Buenos Aires, Octubre de 2002, pág. 16.

el sentido weberiano (ya hemos dicho más arriba que el tipo de acción más racional en el pensamiento de Max Weber es la “acción racional con arreglo a fines”), dado que en el pensamiento nazi no importaban los medios (para “purificar” la raza aria), sino el fin en sí mismo (la “purificación” de la raza).

El nazismo fue una sociedad construida sobre una ideología de corte tradicionalista y reaccionaria (recordemos la propuesta heideggeriana reivindicatoria de “lo auténtico”, encarnado en el campesinado) y, al mismo tiempo, una valoración cuasi fetichista de los instrumentos tecnológicos (los medios más modernos que le permitieron montar una modernísima industria bélica destinada a la conquista y el sojuzgamiento de los seres “inferiores”, junto con su “industria” del exterminio, su “taylorismo-fordismo” de la muerte de los “indignos de vivir”).

Esta aparente contradicción es lo que dará su peculiar carácter dual al nacionalsocialismo, el cual fue definido como “modernismo reaccionario” por el historiador Jeffrey Herf para dar cuenta de esta contradictoria mixtura ideológica que dio vida al más terrible sistema de homicidio de masas de toda la historia humana y que conocemos bajo el nombre de Auschwitz.

**Jean Pierre
Azéma**

Profesor del Instituto de
Estudios Políticos de
París.

Auschwitz Los mecanismos del exterminio*

Auschwitz, campo de concentración y exterminio, fue liberado por los soviéticos el 27 de enero de 1945. Durante tres años, un millón de personas fueron enviadas a la muerte allí. El ha quedado como el símbolo del genocidio.

El más grande complejo construido durante la guerra por el Tercer *Reich* puede representar, por sí solo, al sistema concentracionario nazi: en él se superponían un campo de trabajo, un campo de concentración y un campo de exterminio. Hasta fines de la década del sesenta se contentaba con su siniestra reputación, pero desde hace unos quince años su nombre adquirió otra dimensión, a punto tal de figurar en la lista de los lugares declarados “Patrimonio de la Humanidad”.

Respecto de este lugar, que se ha tornado simbólico, se han librado controversias que hacen a la memoria, y hay que tratar de explicar cómo ciertas posturas llegaron a ser significativas.

El complejo Auschwitz-Birkenau

La construcción de los distintos *Lager* (campos) recuerda los avatares de este complejo monstruoso y explica la especificidad de cada una de sus partes. En febrero de 1940, la SS decidió acondicionar, en los suburbios del pequeño pueblo polaco de Oswiecim (llamado, en otra época, Auschwitz por los austríacos), unos cuarteles que habían quedado vacíos desde que esta fracción de la Silesia fuera anexada por el *Reich*. Se trataba de transformarlos en un campo de reeducación, en el marco del programa de “polonización”. Los primeros 728 detenidos polacos llegaron el 14 de junio de 1940.

* Resumen del *Diccionario de los años del tormento 1938-1948*. Ed. Flammarion, 1995. En revista *L'Histoire*. N° 185, Febrero de 1995.

Traducción del francés: **Dra. Rita Eskenazi** y **Dr. Rubén Levitus**.

Publicado con autorización del profesor Jean Pierre Azéma.

Es este “campo matriz” (*Stammlager*), llamado –a continuación– Auschwitz I, el que Himmler inspeccionó el 11 de marzo de 1941. El ordenó, entonces, arrasar el pueblo de Brzezinka, a tres kilómetros al Noroeste, para construir un nuevo campo (rebautizado Birkenau o Auschwitz II), destinado a los otros prisioneros. En esa misma época, cerca de Dwory, a siete kilómetros al Este, los detenidos habían sido destinados a la construcción de una zona industrial, que luego se transformaría en Auschwitz III.

La etapa decisiva se sitúa después de la muerte de unos 10.000 prisioneros rusos, empleados en la edificación del grueso de Birkenau: Himmler decidió hacer de este lugar –relativamente apartado, pero dotado de una buena comunicación ferroviaria entre Kattowitz y Cracovia– el emplazamiento del exterminio, fuera éste inmediato al arribo de los trenes o diferido. Había recibido de la firma Topf, encargada de la construcción del incinerador que acababa con los cadáveres de quienes morían en el campo, la seguridad de estar en condiciones de construir crematorios de gran capacidad.

El *Stammlager* de Auschwitz I, donde se amontonaban 17-18.000 detenidos, comprendía –además de unos treinta “bloques” de material– los elementos clásicos de un campo de concentración: la “torre” de la entrada, con su reja que portaba –en hierro forjado– el aforismo tomado de Dachau “*Arbeit macht frei*” (“El trabajo libera”), además de la plaza de llamada, las cocinas, las duchas, las letrinas, un hospital-enfermería, un bloque que funcionaba como sala de espectáculos y un burdel, en el cual –a partir de junio de 1943– las polacas fueron obligadas a prostituirse.

Algunos bloques tomaron rápidamente un aspecto más siniestro: en las celdas-*bunkers* del bloque 11, los SS¹ de la *politische Abteilung* (la policía política) interrogaban y torturaban, utilizando especialmente el suplicio del columpio que hacía estallar los órganos genitales. Su subsuelo experimentó los primeros gaseados, mientras que delante del muro negro elevado en el extremo del pasillo situado entre los bloques 10 y 11 fueron fusiladas miles de víctimas designadas por la Gestapo, especialmente oficiales polacos y –entre los soviéticos– “comisarios políticos” o supuestos tales. En el bloque 10 se practicaron, desde muy temprano, experiencias médicas *in vivo*.

Birkenau comprendía tres *Lager*: el campo de cuarentena, que jamás fue terminado; el de las mujeres y el de los hombres. El conjunto podía contener

¹ Sigla de *Schutz Staffel*, Escuadrilla de Protección. Policía militarizada del partido nazi, creada como guardia personal de Hitler en 1922. Estuvo a las órdenes de Himmler a partir de 1929. Desbancaron a las SA de Röhm en 1934. Controlaron los territorios ocupados, los campos de concentración, y constituyeron unidades militares.

SA: Sigla de la *Sturmabteilung*, Sección de Asalto. Creada por Hitler en 1921, desempeñó un papel fundamental en su conquista del poder. Dirigida por Röhm desde 1931, en 1934 su poder fue debilitado y su jefe, asesinado.

hasta 60.000 *häftlinge* (prisioneros, de los cuales 40.000 eran mujeres). Las barracas de madera, miserables, con piso de tierra apisonada, ponían a cubierto las “cuchetas” de simples placas de madera, donde debían apiñarse seis o siete detenidos/as.

Este campo encerraba a los judíos “seleccionados para el trabajo”. Las familias judías (transferidas del campo de Theresienstadt) y gitanas fueron reagrupadas aparte, para algunos meses de sobrevida.

No se puede ignorar la vía férrea que atravesaba el campo para desembocar en un andén (la rampa) a continuación, sobre dos gigantescos *Krematoria* (KII y KIII). A algunos cientos de metros, otros dos *Krematoria* (KIV y KV) flanqueaban los depósitos (“*Canada*”, en la jerga del campo), en los cuales se clasificaba todo lo que los judíos debían dejar antes de ser gaseados.

Los *kommandos* (destacamentos de trabajo) dependían de Auschwitz III, que llegó a agrupar hasta un total de 25.000 *häftlinge*. Estos también trabajaban en las chacras que tanto le interesaban a Himmler: las de Rajsko, al oeste del *Stammlager*.

Al Este, el campo de Monowitz, abierto en octubre de 1942, concentraba a cerca de 10.000 detenidos, quienes trabajaban en la fábrica de Buna, edificada por cuenta de la firma IG Farben, que intentaba producir metanol y caucho sintético.

Los deportados y los SS

La evolución de la población seguía a la del campo. Pongamos aparte a algunos miles de técnicos, los “trabajadores libres” alemanes empleados en Buna o los “trabajadores voluntarios” extranjeros y aun a los prisioneros de guerra ingleses, cuya suerte fue completamente diferente.

Los primeros *häftlinge* fueron los polacos, considerados peligrosos para la seguridad del *Reich*, seguidos de los prisioneros de guerra soviéticos, además de los detenidos políticos de nacionalidades diversas, condenados al campo de concentración. Los polacos constituyeron el grupo más numeroso, superior al de los ucranianos y los checos, hasta el otoño de 1942, cuando irían a converger a Birkenau los convoyes con judíos de todas las nacionalidades. En el verano de 1944, sobre el conjunto del universo Auschwitz sobrevivían unos 100.000 *häftlinge* (de los que 2/5 partes eran mujeres).

Hasta el otoño de 1942, la Gestapo, en el momento que estimó que la reeducación primitiva fue suficiente, acordó casi exclusivamente a los *Reichdeutsche* (alemanes del *Reich*) la liberación condicional. Esta cesó a fines de 1942, salvo para los alemanes detenidos por delitos comunes, quienes se incorporaban al frente del Este (hubo cerca de 1.000 liberados en el primer semestre de 1942 y 26.000 en el segundo).

Auschwitz era, entretanto, un campo de exterminio y un centro de trabajo for-

zado que debía –como todo el sistema de los campos de concentración– alimentar la maquinaria de guerra nazi. Unas treinta firmas privadas o controladas por la SS (IG Farben, Krupp, Siemens, L’Union, Daw, etc.) instalaban allí sus fábricas, atraídas por los costos irrisorios de esta mano de obra cautiva. La rentabilidad económica fue magra, si se lo juzga por el balance de la fábrica Buna, que no pudo producir ni un solo metro cúbico de caucho sintético antes de ser bombardeada, en agosto de 1944.

Los campos funcionaban según un método perverso ya experimentado. Tenían al frente a Rudolf Höss, un hombre de las fuerzas de choque, un nazi condenado –en otra época– por un asesinato político. Este celoso ejecutante de las órdenes de Himmler, reemplazado en noviembre de 1943 por un menos sectario Arthur Liebehenschel, volvió en mayo de 1944 para dirigir el exterminio de los judíos húngaros. Bajo sus órdenes, 3.000 a 3.500 centinelas y oficiales de la SS reinaban como dueños todopoderosos.

Puede destacarse el número relativamente importante de médicos SS, de los que siempre había uno presente en la rampa de Birkenau cuando llegaban los convoyes con judíos, y el número elevado de “supervisoras” alemanas notoriamente sádicas, como Maria Mandel e Irma Gresse (conocida por su costumbre de dar latigazos en los senos).

Pero como en todos los campos, aprovechando el miedo, el deseo de sobrevivir y las rivalidades nacionales que agravaban el antisemitismo de numerosos polacos, los SS no sólo utilizaron a centenares de soplones (controlados por la *politische Abteilung* de Maximilien Grabner), sino también y, especialmente, a los detenidos “prominentes”: decanos, jefes de bloque, jefes de barracas, *Kapos* y sub-*Kapos*. Todos ellos eran responsables de la buena marcha del complejo concentracionario, tanto de la vida cotidiana como del trabajo. Eran, por ejemplo, los detenidos quienes establecían la composición de los *kommandos* en la *Arbeitsdienst*.²

Salvo raras excepciones (citemos a Otto Kusel, que tuvo una actitud perfectamente correcta al frente de la *Arbeitsdienst* y terminó evadiéndose, en diciembre de 1943), la mayoría de estos privilegiados (incluyendo a algunos escasos judíos encargados de comandos exteriores) fueron auxiliares –a menudo muy esmerados– de sus patrones SS. Es cierto que, a diferencia de lo que sucedía en otros campos, los “políticos” no pudieron prevalecer sobre los delinquentes comunes (alemanes y a veces polacos; entre las mujeres, las “asociales”, frecuentemente antiguas prostitutas alemanas). Una de las características de Auschwitz fue la gran diferencia que existió entre los más desposeídos, asignados a una muerte segura, y esta aristocracia de detenidos.

² Oficina del campo donde se distribuía la mano de obra entre los diferentes *kommandos*.

Sobrevivir en Auschwitz

La vida del *häftling* ordinario no se diferenciaba de la que prevalecía en los otros campos. La deshumanización intencional y sistemática hacía de él un “*stück*”, una “pieza” que no era más que el número de matrícula tatuado, desde la primavera de 1943, sobre el antebrazo izquierdo de judíos y no judíos, con excepción de los *Reichsdeutsche*.

El *häftling* padecía el frío de los inviernos particularmente largos, la sed (porque faltaba el agua, utilizada en gran cantidad en los crematorios), la promiscuidad —que impedía que el sueño reparara la fatiga diaria—, los golpes repartidos a cada paso y, por supuesto, el hambre obsesionante. El menú ordinario (un *ersatz* —sustituto— de café y 400 gramos de pan a la mañana, un litro de sopa aguada al mediodía y otro litro de sopa más espesa a la noche), mejorado desde junio de 1942 por excepcionales envíos de comida (prohibidos a los rusos y judíos), provocaba edemas de hambre e incluso nomas (una enfermedad carencial desaparecida en Occidente, que causa estomatitis gangrenosa). La supervivencia implicaba el cínico “cada uno para sí”, exigía en todo caso saber “organizarse”; dicho de otra forma, apropiarse de todo lo que pudiera servir de moneda de cambio.

La muerte triunfaba la mayoría de las veces. La muerte por enfermedad (difteria, tuberculosis y tifus endémico). La muerte después de una consulta en la enfermería, donde —durante algunos meses— los enfermos fueron rematados con una inyección de fenol. La muerte por “selección”, cuando judíos —y algunos no judíos— reducidos al estado de “musulmanes” (caquexia avanzada), juzgados inaptos para el trabajo, eran enviados a las cámaras de gas. La muerte por ahorcamiento, con música y delante de todo el campo reunido, por sabotaje o haber tratado de evadirse (sólo 270 tentativas fueron exitosas, de un total de 700).

Como en otras partes, pequeños grupos se esforzaron por organizar alguna resistencia. Los más activos fueron —al comienzo— los oficiales polacos, quienes podían contar con la complicidad del exterior; pero su organización fue prácticamente decapitada en septiembre de 1943. Más durable fue el “grupo de combate de Auschwitz”, que reunía a núcleos de diferentes nacionalidades tras los “políticos” polacos y austríacos. Pero la represión que se abatió después de la revuelta del *Sonderkommando* (*Kommando* Especial) judío, en octubre de 1944, frenó su acción, que —por otra parte— no había movilizadno sino a un pequeñísimo grupo de *häftlinge*.

Desde que Buna fuera bombardeada en agosto de 1944, la resistencia se esforzó por impedir masacres en el momento de la liberación —cada vez más previsible— del campo. Pero fue incapaz de impedirles a los SS el traslado —lejos del avance enemigo— de 30-35.000 detenidos en condiciones alucinantes: una marcha forzada de setenta kilómetros (los rezagados fueron muertos en el lugar), seguida de un viaje de unos diez días en vagones descubiertos para ganado, sin

alimentos ni agua. Las 4.428 mujeres y 169 hombres, demasiado débiles para moverse, que habían sido dejados en el lugar, fueron milagrosamente salvados y liberados por el “Ejército Rojo”, el 27 de enero de 1945.

Se estima que alrededor de 1,3 millones de judíos y no judíos fueron deportados a Auschwitz-Birkenau y que los sobrevivientes fueron, a lo sumo, 200.000.

La “Solución final”

En la primavera de 1942, Auschwitz se transformó en un instrumento de exterminio programado. Sin duda no fue el único: dentro de los límites de lo que era el territorio polaco en 1939 hubo otros cuatro campos de exterminio y un campo mixto, en Lublin-Majdanek (evacuado en julio de 1944, ante el avance soviético). Pero fue a Auschwitz adonde fueron a morir los judíos de Europa occidental y los gitanos.

En marzo llegaron los primeros “convoyes RSHA” (convoyes con judíos), provenientes de la Alta Silesia y Eslovaquia. Los judíos franceses conocieron la “selección en la rampa” de Birkenau a partir del duodécimo convoy, el del 29 de julio de 1942. En el otoño fueron los judíos belgas, holandeses, alemanes; en la primavera de 1943 llegaron los judíos de los Balcanes (incluidos 70.000 griegos). A continuación, los sobrevivientes de los ghettos polacos; en septiembre de 1943, los primeros italianos y el 8 de septiembre, los 5.000 *häftlinge* relativamente protegidos del campo de Theresienstadt, quienes serían exterminados el 9 de marzo de 1944. Algunas semanas después, en el verano (boreal) de 1944, llegaron unos 400.000 húngaros; en agosto arribaron los judíos de uno de los últimos ghettos, el de Lodz, y los últimos convoyes desde la Europa occidental (el que partió de Lyon, el 11 de agosto). Los primeros gitanos que Himmler había clasificado como asociales y decidió deportar, el 16 de diciembre de 1942, llegarían a Auschwitz el 26 de febrero de 1943.

En el verano de 1942, los responsables de la “Solución final” (*Endlösung*) pusieron a punto las modalidades del “tratamiento especial” (*Sonderbehandlung*) que aguardaría a los judíos a su llegada a Auschwitz. Todo comenzaría por la “selección” al arribo de los convoyes, que se detendrían –de ahí en adelante– en el mismo Auschwitz II, sobre la “rampa de Birkenau”.

Los judíos eslovacos fueron los primeros que, el 4 de julio de 1942, conocerían la siniestra selección. Algunos SS –incluyendo a un médico–, con una señal del pulgar, hacían alinear en dos filas a los sobrevivientes de un viaje a menudo abominable. En la fila de la izquierda, los hombres aparentemente en buen estado de salud y las mujeres sin hijos y de contextura sólida eran seleccionados para el trabajo y dirigidos al campo de cuarentena. A la derecha quedaban los dos tercios del convoy: niños, ancianos y la mayoría de las mujeres, quienes –a pie o en camión– atravesaban el campo de las mujeres para ser casi inmediatamente exterminados.

La mayoría sería gaseada: el primer procedimiento homicida mató, en diciembre de 1941, en el subsuelo del bloque 11 de Auschwitz I, a 250 *häftlinge* no judíos tuberculosos y unos 300 “comisarios” soviéticos. Pero como los SS estaban molestos por los problemas de aireación, se decidió acondicionar —en mayo y junio de 1942— dos fincas, la “roja” y la “blanca” (llamadas *Bunker I* y *II*), situadas en el bosque de abedules al norte del campo. Himmler en persona asistió, en julio de 1942, a una de esas “acciones especiales”. Para incinerar un número creciente de víctimas se construyeron, entonces, los *Krematoria* II, III, IV y V, de gran capacidad y técnicamente a punto, cuyos subsuelos, especialmente acondicionados, servían —al mismo tiempo— de cámaras de gas.

En la noche del 13 al 14 de marzo de 1943, los judíos provenientes del ghetto de Cracovia fueron gaseados en el *Krematorium* II, en su primer día de funcionamiento. Creyendo acceder a una sala de duchas, las mujeres y niños, primero, y a continuación, los hombres, se desvestían antes de ser encerrados en una cámara hermética, en la cual eran vertidos los tarros de “Zyklon B” (sería un segundo de Höss, el SS Fritsch, el que habría tenido la idea de utilizar este poderoso insecticida para tal fin). El ácido cianhídrico, estabilizado por gránulos de sílice, se vaporiza a una temperatura de 27°; según la estación, harían falta de 20 a 30 minutos para matar, con sufrimientos atroces, a centenares de víctimas. Después, los equipos especiales de judíos que constituían los *Sonderkommando* asignados a cada *Krematorium* subían los cadáveres, cortaban los cabellos de las mujeres (una firma de Nuremberg les pagaba 50 pfennig el kilo), arrancaban las coronas de oro (se estima que, en un período “normal”, de 30 a 35 kilos de oro puro iban, mensualmente, a las arcas de la SS), antes de apilarlos en un montacargas que alimentaba cinco hornos, munidos de tres compartimientos cada uno.

Todas estas operaciones, designadas con términos codificados, estaban —en principio— cubiertas por el secreto más absoluto, y en el momento en que Himmler decidió —en el otoño de 1944— interrumpir el exterminio por gaseado, los *krematoria*-cámaras de gas fueron destruidos, en diciembre, y los restos, arrasados en la noche del 21 al 22 de enero de 1945.

Hasta esa fecha, casi todos los novecientos a un mil miembros del *Sonderkommando* que se habían beneficiado durante cuatro a cinco meses de un *status* relativamente privilegiado, fueron —a su vez— exterminados. Para evitar esta suerte, el 7 de octubre de 1944, entre quinientos y seiscientos de ellos hicieron saltar un *Krematorium* y, luego, se batieron a muerte contra los SS para intentar una evasión, pero fueron aprehendidos o abatidos.

Aquellas o aquellos que habían sido retenidos en la “rampa de Birkenau” estaban condenados al exterminio mediante el trabajo.

La circular enviada el 30 de abril de 1942 por el jefe de la Oficina Principal Económica y Administrativa de la SS, Oswald Pöhl, subrayaba: “*Esta explota-*

ción debe ser agotadora en el verdadero sentido de la palabra, a fin de que el trabajo pueda alcanzar el más alto rendimiento". Esto se aplicaba particularmente a los judíos, hombres y mujeres, sistemáticamente asignados a los *kommandos* más duros, interiores o exteriores, como el de Holzhof, que descargaba troncos de árboles, o el de Huta, que construía un gigantesco caño de hormigón para la alimentación de una de las centrales eléctricas del campo, o aun las minas de Gleiwitz o Jawischwitz. Trabajando un mínimo de diez horas todos los días, estaban condenados –por más fuerza moral que tuvieran– a una caquexia que, al volverlos ineptos para el trabajo, los destinaría a la cámara de gas en la primera "selección".

Respecto de las judías y judíos que eran empleados en el bloque 10 del *Stammlager* para las experiencias médicas *in vivo*, tan mutiladoras como dolorosas, los médicos SS (pero también el ginecólogo Carl Clauberg y el profesor universitario Johann Kremer) utilizaban a estos "cobayos humanos" para poner en práctica el programa médico del Tercer *Reich*, concerniente a la reproducción humana. Bajo el pretexto de buscar cómo multiplicar la raza de los "señores", Joseph Mengele acorralaba sistemáticamente a los gemelos desde la "rampa de selección" y los estudiaba para hacerlos morir en simultáneo, diseccionando –entonces– sus cadáveres. Por el contrario, para controlar la reproducción de las razas juzgadas "inferiores", investigaba la manera más eficaz y menos costosa de esterilizar a hombres y mujeres.

Un millón de víctimas

¿Cuántos judíos y judías fueron exterminados, de una manera u otra, en el complejo concentracionario de Auschwitz? Para el cálculo se han debido hacer proyecciones, ya que aquellos que no eran seleccionados para el trabajo no habían sido contabilizados. La cifra más convincente a la que llega Franciszek Piper, después de cálculos minuciosos, es de 960.000 sobre 1.100.000 deportados (un mínimo hipotético de 800.000 es el dato aportado por Claude Pressac, quien descuenta una cantidad de judíos polacos y, especialmente, húngaros que estima fueron trasladados inmediatamente a otros campos). Agreguemos a los 21.000 gitanos que, si bien en un comienzo tenían condiciones privilegiadas, fueron –en su mayoría– gaseados en agosto de 1944.

Todo conduce a hacer de Auschwitz –y la expresión de Pierre Nora, en lo sucesivo clásica, lo reconoce específicamente– un "lugar de memoria". Pero a comienzos de la década de los sesenta, era Buchenwald más que Auschwitz el que simbolizaba el horror del sistema concentracionario nazi, en una época en que la literatura política aún no ponía de manifiesto la singularidad del genocidio judío. Pasando por alto las posturas que se basan en los recuerdos, a Auschwitz se le otorgó un carácter simbólico que lo puso en el centro de muchas contro-

versias, que se fundamentaron en hechos históricos claros o inconexos, todos apoyándose –de una manera u otra– en el ejemplo de Auschwitz. Se destacan cuatro de diferente naturaleza: el que se debe llamar “negacionismo”, el revisionismo de la *Historikerstreit*, los debates sobre el “abandono de los judíos” y el “caso Carmel”.

Los negacionistas han procurado hacer de Auschwitz el eslabón decisivo de su argumentación. Esta postura, totalmente retorcida, apunta a la negación de la existencia misma de las cámaras de gas. Si Paul Rassinier,³ veterano *häftling* que –se supone– fue su más antiguo inspirador, se contentó con poner en duda la existencia de las cámaras de gas en Birkenau, This Christophersen⁴ y, más aún, Wilhelm Stäglich⁵ niegan –a continuación– la posibilidad misma de un gaseado homicida.

Estas tesis negacionistas han sido difundidas por los nostálgicos del Tercer Reich y por los grupos de extrema derecha en un clásico discurso antisemita –por otra parte, antisionista–, acusando al Estado de Israel de haber utilizado el genocidio con fines políticos y sosteniendo –por añadidura– que fue pura invención. En Francia, al menos, recibieron el apoyo de algunos militantes pro palestinos de ultraizquierda, quienes buscaban denunciar un entendimiento –temible para los pueblos– entre el imperialismo y el estalinismo.

El negacionismo y la banalización de Auschwitz

Los negacionistas rechazan –sobre todo– la presencia, particularmente en Birkenau, de las cámaras de gas homicidas, retomando –por cuenta propia– lo que afirmaba fríamente Darquier de Pellepoix, en octubre de 1978: “En Auschwitz no se ha gaseado sino a los piojos”.

Practicando la estrategia del juego de dominó, contaban con la dificultad de reunir los documentos después de las diversas destrucciones y pusieron de manifiesto aseveraciones mal verificadas (principalmente, el número de víctimas) para negar mejor la magnitud e incluso la existencia misma del genocidio (Robert Faurisson: “Las pretendidas masacres en las cámaras de gas y el pretendido genocidio son parte de la misma y única mentira”).

Después de haber recibido, a fines de los años setenta, el sostén ocasional de intelectuales que estimaban que todas las tesis podían ser libremente discutidas y después de haberse beneficiado –en Francia, al menos– de un cierto apoyo mediático (los que Pierre Vidal Naquet ha calificado precisamente como “asesinos de la memoria”), los negacionistas vieron a su audiencia confinarse a círcu-

³ Rassinier, Paul. *La mentira de Ulises*, 1950.

⁴ Christophersen, This. *La mentira de Auschwitz*, 1976.

⁵ Stäglich, Wilhelm. *El mito de Auschwitz*, 1979.

los relativamente estrechos. Los trabajos que efectuaron los historiadores sobre Birkenau los han reducido a fantasmas ideológicos.

Auschwitz fue también utilizado en la campaña revisionista que emprendió una fracción de historiadores de la República Federal Alemana (RFA) a partir del debate sobre la naturaleza del nazismo y el comunismo, que fuera denunciada, en julio de 1986, por Jürgen Habermas. Poniendo en paralelo “el archipiélago de Gulag y Auschwitz”, Ernest Nolte llegaría a la conclusión que si bien en Auschwitz se cometieron “excesos lamentables”, éste no fue un modelo original, sino una copia del Gulag, y que había sido una operación preventiva necesaria contra la barbarie bolchevique.

A continuación, Andreas Hillgruber, en un libro improvisado,⁶ rinde homenaje al sacrificio de la *Wehrmacht*⁷ en el frente del Este, aun reconociendo que esos combates habían tenido como consecuencia negativa la prolongación de la existencia de los campos de exterminio –especialmente el de Auschwitz, hasta enero de 1945– y afirmando que ese sacrificio había permitido salvaguardar a lo que sería la RFA –y por lo tanto, a Occidente– de la irremediable catástrofe que habría sido la avalancha del “Ejército Rojo”.

En este debate, que se ha llamado la *Historikerstreit*, Eberhard Jäckel, Hans y Wolfgang Mommsen y aun Martin Broszat replicaron que esa intención de minimizar la singularidad del régimen nazi tenía como propósito inconfeso o por consecuencia la de banalizar Auschwitz.

El “caso Carmel”

El lugar mismo del campo se transformaría en el centro de un conflicto de otra dimensión, que expresaría un elemento reprimido, al cual el historiador debería prestar atención. El “caso Carmel” debe ser situado en el contexto de la política adoptada globalmente por los gobiernos comunistas polacos: para ellos, Auschwitz no debía ser sino un lugar de memoria laica que recordara el martirio real de Polonia y los polacos bajo la ocupación nazi... El ocultamiento intencional de Birkenau (pero sin el discurso negacionista) era una manera de afirmar un nacionalismo específicamente polaco, aun cuando algunos temían que éste no correspondiera sino a un antisemitismo larvado que ya no necesitaba una presencia judía para sostenerse.

Fue, sin duda, para no dejar que sólo los comunistas tuvieran a su cargo la conmemoración del martirio de un cierto número de compatriotas (70.000 polacos no judíos murieron en Auschwitz) que el episcopado polaco –y especialmente el ar-

⁶ Hillgruber, Andreas. *Una doble desaparición. La destrucción del Reich alemán y el fin del judaísmo europeo*.

⁷ Nombre que recibió el ejército alemán entre 1938 y 1945.

zobispo de Cracovia, Karol Wojtyła (futuro Juan Pablo II)– procuró marcar con su sello los lugares del exterminio, en particular Auschwitz-Birkenau.

Esta rivalidad interna –sin duda clásica– se transformó en un altercado de gran violencia simbólica, enfrentando a la Iglesia católica con las instancias representativas de la comunidad judía, cuando doce carmelitas se instalaron, en 1984, en el “antiguo teatro” ubicado en el interior del perímetro inscripto para el patrimonio mundial por la UNESCO, cedido por 99 años por la Municipalidad de Oswiecim.

Los responsables católicos, sin negar la especificidad del genocidio nazi, tenían la intención de hacer del complejo de Auschwitz un lugar sagrado que perteneciera indistintamente a toda la humanidad y a cada pueblo en particular. El lugar podía ser, según ellos, sacralizado por el martirio de creyentes como el franciscano polaco Maximilien Kolbe, quien –deportado con el número de matrícula 16.670– había tomado, el 30 de julio de 1941, el lugar de uno de los diez rehenes asignados –después de una evasión– al *bunker* del hambre, y fue canonizado el 9 de noviembre de 1982.

El CRIF (Ndr: Consejo Representativo de los Judíos de Francia) se alzó contra lo que consideraba una cristianización de la *Shoá* en nombre de la redención universal por la cruz y la apropiación escandalosa del sufrimiento judío, ocultando –a buena cuenta– los silencios o responsabilidades de los católicos en el momento de la persecución. Para uno de los responsables, Theo Klein, el lugar no pedía, en todo caso, “ni sinagoga, ni iglesia, ni convento, sólo el silencio”.

El “caso Carmel”, revelado en octubre de 1985, no fue cerrado sino hasta abril de 1993, después que el Papa hubiera ordenado a las carmelitas instalarse fuera del perímetro internacional del campo. Esta importante intervención –de la cual la memoria de las víctimas, judías y no judías, habría podido prescindir– indica claramente la falta de conclusión del trabajo de duelo, y quizá también, del de reparación.

¿Qué decir de Auschwitz?

Desde hace tiempo, los historiadores son –a su vez– cuestionados por los métodos seguidos –e incluso por su aptitud– para tratar la historia de Auschwitz. El trabajo histórico no es lo único puesto en tela de juicio. Si se encuentra corrientemente en los escritos de numerosos autores –Elie Wiesel, entre otros– la afirmación que el genocidio judío es un “misterio irreductible”, no sorprende –por otra parte y desde una perspectiva laica– que la negación absoluta que representa la existencia misma de Birkenau lleve a Theodor Adorno a afirmar que “escribir un poema después de Auschwitz es signo de barbarie”. Pero está escrito –aquí o allá– que los relatos distantes del historiador –rechazando todo lo que sólo la memoria conserva: la emoción, el sufrimiento y la muerte– resultarían, por esa razón, incongruentes.

Aun que este crimen contra la humanidad, programado, orquestado, planificado por los hombres en pleno siglo XX (nada en común con el terremoto de Lisboa, catástrofe natural que tanto había impresionado a Voltaire), haya podido o pudiera proponer problemas de orden metafísicos (“Aquí no hay un Dios, y si lo hubiera, maldito sea, maldito sea”, es la increpación que motivara a un *häftling* judío piadoso), ¿quién pensaría en negarlo? ¿Quién podría aun evitar visualizar Auschwitz como el símbolo del fracaso vertiginoso del humanismo occidental?

Pero el historiador, como todo investigador, no tiende a renunciar ante acontecimientos, cualesquiera que fueran su magnitud o especificidad. Para respetar su especificidad debe procurar ponerla cuidadosamente en perspectiva. Auschwitz no es solamente la tragedia del pueblo judío, pertenece a toda la historia del siglo XX, a la de la humanidad, y toda actitud sistemática de sacralización o deificación amenaza con no ser sino un antídoto cada vez menos eficaz contra el olvido. Sólo una gestión crítica desentrañará las verdades –donde se entrecruzan la fidelidad y la afectividad– de la memoria. Aquí, como en otra parte, los testimonios más desgarradores no podrían desconocer los resultados de todas las investigaciones sobre documentos, incluso la que minuciosamente ha desentrañado la técnica y el abastecimiento de los *krematoria*-cámara de gas. Además, no sería cuestión de dejar la mínima parte del campo de la investigación a los negacionistas.

Lejos de banalizar el horror, comprender, analizar y desglosar los mecanismos de la muerte en el conjunto del complejo Auschwitz-Birkenau permite meditar, al menos, sobre dos puntos. Auschwitz, como toda pieza del sistema concentracionario nazi, fue una espantosa máquina de envilecimiento, que tan lúcidamente identificara Primo Levi: “Sobrevivir sin haber renunciado a algo de su propio mundo moral, a menos que intervenciones poderosas y directas de la suerte, no le fue dado sino a un pequeñísimo grupo de seres superiores, de la pasta de los santos y los mártires”.

Lo que sobrepasa lo concebible en Birkenau es, sin duda, el carácter frío de esa monstruosa máquina para asesinar. Johann Paul Kremer, ese profesor de medicina que dirigió las “investigaciones” experimentales en el campo, anotó en su diario el 5 de octubre de 1942: “Ese día, a las tres de la mañana, asistí por primera vez a una ‘acción especial’. En comparación, el infierno del Dante me pareció una comedia. No por nada Auschwitz es llamado ‘campo de exterminio’. La metáfora dantesca del ‘anus mundi’ parece conveniente”.

Esto explica, sin duda, la ambivalencia de la conclusión sacada por Theodor Adorno. La repulsa (“Toda cultura a continuación de Auschwitz, incluyo su crítica urgente, no es sino un basural”) es corregida por este imperativo: “Pensar y actuar de suerte que Auschwitz no se repita”. Los historiadores pueden y deben cooperar con este propósito.

**Sarah
Jerusalmi****

Sobreviviente de la
Shoá.

Rodas, Auschwitz, *Lager VII, XII y V, Dachau**

Testimonio

Crecí en el barrio judío de Rodas, un lugar muy lindo y limpio, rodeado por una muralla, con varias sinagogas. Eramos como una gran familia. La mía era grande: tenía cinco hermanos, de los cuales cuatro habían dejado Rodas antes de la guerra. Los tíos de mis padres tenían bancos. Ellos construyeron una escuela, la “Joseph Notrica”, que todavía existe. En general, antes de la llegada de los nazis había poco antisemitismo, aunque recuerdo que –a veces– los griegos nos tiraban piedras cuando íbamos a caminar fuera de la muralla, algún sábado.

El antisemitismo llegó en 1939, un año antes que la guerra, y ya no nos permitieron asistir a las escuelas estatales. Decidimos reunirnos con mis hermanos en el Congo, pero fue demasiado tarde: no había más barcos. Tuve que comenzar a trabajar porque ellos ya no podían hacernos llegar dinero. El negocio de mi padre se resintió porque fue imposible importar productos y, además, no tenía buena salud.

Sufrimos mucha hambre, y esto es algo que no puedo olvidar. Cuando teníamos pan, mi madre prefería dárselo a mi hermano Salvatore y no a mí porque era mujer. Pasamos un tiempo difícil, pero –a pesar de ello– mantuvimos el *cashrut*. Recuerdo que, en *Pésaj*, mi padre fue al pueblo para hacer la harina, y mi madre preparó con ella la *matzá*. Luego sucedió el “*Pésaj negro*”: un terrible bombardeo cuando la gente retornaba del templo. Murieron unas diez personas, y nosotros corrimos fuera de la muralla, así que cuando bombardearon, ni siquiera estábamos en nuestras casas.

La primera vez que vi nazis en Rodas fue en 1943, antes de ser deportados. Nos aterrorizaban. Los italianos habían dicho que nos protegerían, pero cuando los alemanes tomaron el poder de la isla, en julio de 1944, supimos que era el fin para nosotros, ya que no había posibilidad de salir de la misma.

* En: *In sacred memory. Recollections of the Holocaust by survivors living in Cape Town*. Cape Town Holocaust Memorial Council, 1995.

Traducción del inglés: **Rubén Levitus** y **Rita Eskenazi**.

** Sarah Notrica de Jerusalmi nació en Rodas, en 1920. Sobreviviente de Auschwitz y Dachau.

Un día se les pidió a los hombres que llevaran sus documentos de identidad, y los nazis los detuvieron. Mi hermano tenía tan sólo 16 años. Cuando mi madre fue a preguntar por qué los retenían, le dijeron que si quería estar con ellos, debía ir a casa y regresar con sus pertenencias. Fue así que tomamos nuestras joyas, algo de comida y ropa, y nos reunimos con los hombres. Fue sólo cuando estuvimos adentro que nos dimos cuenta que ése era nuestro fin, ya que nos confiscaron las joyas y comenzaron a golpear a la gente porque los que estaban adentro querían comunicarse con los de afuera. ¡Teníamos tanto miedo!

Fue como una pesadilla. No nos permitían acercarnos a las ventanas para ver qué era lo que sucedía. Nada nos estaba permitido hacer. Fue terrible. Sólo nos dieron agua y café. Estuvimos allí alrededor de dos semanas. En el ínterin, el cónsul turco vino para llevarse a todos los ciudadanos de esa nacionalidad.

Nos ubicaron en un pequeño barco abierto, sin cabinas y a cargo de tres alemanes. Nos dirigimos hacia el Pireo, en Grecia. Los alemanes se llevaron mis gafas. Detrás de nosotros estaba un hombre ciego, que comenzó a clamar por su hija Johanna. Vino entonces un nazi, y lo mató.

Cuando llegamos al Pireo nos mantuvieron en bloque, bajo condiciones miserables. Como alimento sólo nos daban sopa, sin pan. Fue allí que muchos miembros de nuestro grupo murieron.

Una de las cosas que siempre recordaré es el viaje de Atenas a Auschwitz, en vagones de ganado. Nos trataron como animales, sin agua ni comida. Lo que sucedió en aquellos vagones estaba por debajo de cualquier nivel de dignidad humana. Ya podíamos sentir que íbamos hacia la muerte.

Fue el hecho más terrible de mi vida. No podíamos respirar porque sólo teníamos una ventana pequeña. Debíamos estar acostados uno encima del otro, con mujeres, ancianos y niños llorando. Muchos murieron en esos vagones, y cuando llegábamos a las estaciones, los oficiales alemanes los arrojaban afuera, como si fueran sacos de basura. No tenían sentimiento de compasión alguno.

En las estaciones, las puertas de los vagones eran abiertas un poco para permitir la entrada de aire fresco. Recibíamos algo de agua de vez en cuando, pero —por supuesto— era insuficiente para la cantidad de gente que había en los vagones. Algunas veces tomaban su propia orina.

La poca comida que nos habíamos llevado de Rodas la usamos principalmente en el viaje hacia Atenas y allí mismo, donde tuvimos que esperar dos semanas el arribo del otro tren. Recuerdo haber masticado unos pocos protos secos. A veces podíamos conseguir un pan para compartir entre todos los prisioneros (éramos unos cien por vagón).

Cuando finalmente llegamos a Auschwitz, una noche después de un mes de haber partido de Rodas, nos hicieron poner en fila, separando a los hombres de las mujeres y los niños. Esta escena de la selección, con la separación de padres

y niños, los gritos, los lamentos, el castigo a los ancianos, la brutalidad... nunca la olvidaré mientras viva.

Todos los seleccionados para trabajar fuimos llevados a la sala de desinfección y duchas. Nunca más volvimos a ver a nuestros padres y madres. Nos dieron un jabón para lavarnos, afeitaron nuestra cabeza, se llevaron nuestras ropas y nos dieron –en cambio– unas viejas y zuecos, independientemente del tamaño. ¡A ellos qué les importaba! Me tocó una chaqueta corta, mientras que a alguien que era de baja estatura le tocaron pantalones muy largos.

¡Y pensar que cuando llegamos creíamos que íbamos a comer una comida decente porque oímos carne asada! No teníamos idea de que ése era el olor de la cremación, como nos dijo después un SS riendo: “Es el olor de vuestros padres e hijos”.

Esa fue la peor conmoción, lo más difícil de entender, lo más duro de creer, lo que anestesió nuestros sentimientos. Sin darnos comida, nos llevaron hacia nuestro bloque, donde otras internas estaban durmiendo apretadas, peor que las sardinas en la lata.

Nos impactó que los alemanes tuvieran la audacia de alojarnos junto con hombres, ya que todo lo que veíamos eran cabezas rapadas. Luego nos dimos cuenta de que ése era un bloque de mujeres y que, sin pelo, también parecíamos hombres.

Entramos al bloque llorando porque nada habíamos comido ni bebido en todo el día. Pensamos que –por lo menos– podríamos acostarnos y dormir un poco, pero las cinco fuimos empujadas a un solo camastro, con una sola manta para compartir. A las dos de la mañana pudimos finalmente acomodar nuestras cabezas, para ser despertadas a las cuatro para un pase de lista fuera de la barra-ca. Sin habernos dado aún comida, fuimos enviadas directamente al trabajo.

Todo el tiempo podíamos sentir el olor a carne quemada, pero todavía no sabíamos qué era, así como tampoco acerca de nuestros parientes y amigos. Cuando le preguntamos a un oficial alemán si comeríamos, nos dijo que la única carne disponible era la de nuestros padres.

Esto fue una conmoción enorme para mí. Destrozó totalmente mi corazón. A partir de ese momento comprendí que esa gente estaba ahí para terminar con nuestras vidas y la de nuestra gente. Fue en ese momento que me dije a mí misma: “Sarah, no permitas que te destruyan. Tienes que luchar y permanecer viva para contarle al mundo lo que has visto”.

Y así fue. Hice todo lo humanamente posible por sobrevivir, desde robar algo de la cocina hasta cantar para los oficiales por una ración extra de pan... ¡Las cosas que he hecho por subsistir!

Sobrevivir era vital para contarle al mundo lo que esa gente era capaz de hacer. Recibí mi fortaleza de mi fuerte fe en D's. Muchas veces estuve cerca de la muerte, pero pude salvar mi vida.

Una mujer húngara, con dos hijas, tenía un trozo de cera que derretían cada noche de *Shabat*, y entonces todas las chicas rezaban junto con ellas: “D’s, por favor, permítenos ver otro *Shabat* con nuestras familias”. Prendíamos la vela dentro del bloque. Ese era justamente el símbolo del *Shabat* y la única cosa propia que teníamos y que a todas nos hacía llorar. Supimos cuándo fue *Rosh Hashaná*, y cuando llegó *Iom Kipur* ayunamos. No teníamos mucho para comer, pero a pesar de ello, ayunamos. No rezamos, nada hicimos.

Teníamos que dormir de ocho a diez en un camastro. Las chicas se peleaban por la manta; algunas cortaban pequeños trozos para hacerse ropa interior. Entre nosotras había robos; había dos chicas que habían llegado antes y eran muy experimentadas. No nos tenían lástima y casi nunca nos daban un consejo, una ayuda o una muestra de compasión. La gente que no podía trabajar era enviada a la zona de los enfermos, y nadie los volvía a ver. ¡Parecer sana era fundamental!

Recuerdo que una vez tenía un dolor horrible en la pierna, y una chica de la que me había hecho amiga, una enfermera belga, me dio una inyección para aliviarme. Desgraciadamente, la aguja estaba infectada y se me hizo un enorme absceso. Tuve la suerte de que el alemán se dio cuenta de que no estaba en el *Appel* y vino a preguntarme qué me pasaba. Le conté que me había raspado la pierna con un clavo oxidado en la cocina, así que me mandó a ver al médico para recibir el cuidado adecuado.

Un día vi que mi hermano lloraba de hambre. Me dijo que se moriría allí y que nada para comer tenía. Lo consolé, le dije que me haría cargo de él y le traje una manta porque estaba helado. Traté de “organizar” algo para mi hermano. Un alemán me pescó y me hizo permanecer parada en la entrada, sosteniendo cuatro ladrillos con las manos sobre la cabeza. Pensé que me desmayaría, pero pude mantenerme. Afortunadamente pasó otro oficial y me preguntó: “¿Qué está haciendo aquí?”. Le contesté: “No sé qué estoy haciendo aquí”, y me respondió: “¡*Raus, raus*, váyase a su bloque!”. Fue milagroso que hubiera podido volver viva; nadie lo podía creer. Más adelante escuché que mi hermano trabajaba en una mina y había comido un trozo de carbón, que lo había envenenado.

Recuerdo que un día me llevaron a un lugar donde se había producido un bombardeo y teníamos que limpiar todas las cosas que habían quedado desordenadas. Era un día de noviembre, estaba oscuro y con niebla. No sé a cuántos kilómetros quedaba este lugar de Auschwitz, quizá cinco. Nadie podía tomar una herramienta en sus manos porque nada se veía a causa de la niebla. Vimos un establo con caballos cerca y le dije a mi amiga: “Vamos allá, al menos estará caliente, y los alemanes no podrán vernos por la niebla”.

Cuatro de nosotras entramos y vimos a un pequeño niño alemán, con dos cabras. La madre nos vio desde una ventana y nos mandó pan, papas y salame. Recuerdo que el niño nos dijo: “Mi madre les envía esto, a nadie le cuenten que se

los dimos”. Comimos y luego nos tiramos de espaldas sobre nuestras chaquetas. Esa fue la única vez que pensé en escapar, pero nos dimos cuenta de que cuando hicieran el conteo y se dieran cuenta de que faltábamos, nos perseguirían con los perros y, finalmente, nos encontrarían. Pero nunca olvidaré ese gesto.

El nuestro fue uno de los últimos trenes que arribó a Auschwitz; al poco tiempo de nuestro arribo, el crematorio dejó de funcionar. Tenía tanto miedo de que pudieran enviarme allí, porque cada día perdía más y más peso, que para parecer más sana y fuerte frotaba raíces de remolacha en mis mejillas. En Auschwitz, luego de una de esas selecciones, fuimos enviadas al *Lager VII*, que era un campo pequeño. En el tren nos dieron mantas porque estaba helando. Cuando las agarramos nos dimos cuenta de que estaban llenas de piojos y pulgas. Cuando llegamos fuimos directamente a la desinfección.

El *Lager VII* sólo alojaba a unos doscientos prisioneros, y en lugar del crematorio había una fosa común. El comandante era muy bueno. Afortunadamente me enviaron a trabajar a la cocina para limpiar ollas. Tenía suficiente comida para mí y para llevarle a mis amigas y a mi prima. Fue la primera vez que empecé a sentirme un ser humano, con la esperanza de sobrevivir. Ya no tenía que llevar ladrillos de un lugar a otro, o remover los escombros producidos por los bombardeos, o despejar las vías del tren durante todo el día. ¡Los prisioneros eran la mano de obra más barata! El trabajo no era insostenible, pero sí lo eran las condiciones y el tratamiento que recibíamos en los campos.

Un día vi que estaban trasladando en un carro a cinco chicas rodeslíes, prácticamente moribundas. Durante un corto tiempo me las arreglé para robar bastante comida de la cocina para ellas, y paulatinamente se fueron recuperando. Un día era una papa, otro día una remolacha. Una vez, cuando salía de la cocina, escondí un trozo de carne debajo de mis pantalones y un SS me preguntó: “¿Adónde va?”. Le contesté: “Voy al baño”. El dijo: “Bueno, vaya rápido”. Si hubieran encontrado el trozo de carne, podrían haberme matado. Hoy, la mayoría de esas chicas están vivas y bien.

A medida que nos acercábamos al final de la guerra nos enviaron a los *Lager XII* y *V*, y la organización del campo empezó a deteriorarse. Una noche, una chica joven vio a su madre detrás de la alambrada de púas y corrió para hablar con ella. Estaban tan emocionadas que no escucharon el silbato para el *Appel*. Los alemanes fueron insensibles y ordenaron que fueran electrocutadas en la alambrada de púas.

Recuerdo que, en el último de los campos, vivíamos con la incertidumbre de saber qué harían con nosotros. Una noche, los alemanes nos dijeron que estaban llegando los norteamericanos y que le prenderían fuego a todo el campo. Esperábamos ansiosamente, sabiendo que no podríamos escapar de esa situación.

A la mañana siguiente escuchamos las órdenes de los SS para que nos apuráramos y saliéramos a los caminos. Durante tres días y tres noches nos llevaron

caminando. Los aviones aliados volaban sobre nosotros, pero no nos bombardeaban porque podían ver nuestros uniformes de prisioneros.

Finalmente llegamos a Dachau. Aunque no había más selecciones, la gente continuaba muriéndose de hambre, enfermedad y fatiga. Una mañana, nos levantamos y el silencio era sepulcral. Salimos y vimos la llegada de los norteamericanos. ¡Era la liberación! Trajeron consigo una enorme cantidad de pan. Desafortunadamente los hambrientos prisioneros atacaron la comida como moscas; muchos comieron tanto que realmente explotaron. Eso para mí fue lo peor. Luego de todo ese sufrimiento, la pesadilla no había acabado: la gente seguía muriéndose de enfermedades como el cólera y el tífus.

Luego de la llegada de los norteamericanos hice todo lo que estuvo a mi alcance para salir lo más rápido posible. Nos habían dicho que los italianos serían los últimos en ser repatriados, y no podía esperar más. Me las arreglé para salir con el grupo de prisioneros belgas. Cuando se dieron cuenta de que nunca había estado en Bélgica, me enviaron a París, a un campo especial para sobrevivientes. Luego les envié un cable a mis hermanos en el Congo, y me reuní con familiares que habían emigrado desde Rodas, quienes me recibieron en sus casas. La vida había comenzado a sonreírme nuevamente. Luego de ocho meses, durante los cuales fui bien cuidada, me reuní con mis hermanos. Este encuentro fue muy especial y emotivo. Cuando el avión aterrizó, estaba tan entusiasmada y sorprendida de que mi sueño se hiciera realidad que a duras penas pude bajar.

Hay algunas pesadillas que me persiguen y continuarán persiguiéndome por el resto de mi vida. ¡Estas cicatrices son para siempre! Sin embargo, hay sobrevivientes que han llegado a apreciar mucho la vida. Lo que viví en el Congo, luego del Holocausto, con familiares y amigos que me mimaban, fue como haber nacido de nuevo. ¡Fue como haber ido del Infierno al Paraíso!

Me he preguntado sobre el significado del sufrimiento, si servía para algo. Nunca he mirado para atrás. Siempre quise ir hacia adelante. Sin embargo, no me avergüenza decir que no puedo estar con alemanes. Simplemente, no puedo borrar todo lo que me sucedió y a mi gente.

La situación de los judíos en Alemania*

Vida de una familia judía en una ciudad de provincia (1935)

Por las noticias periodísticas –especialmente en los diarios de las pequeñas localidades, aunque no es mejor la situación en los centros poblados y grandes ciudades– se desprende claramente que la situación de los judíos en Alemania se hizo insoportable en el transcurso de las últimas semanas. Pero estos informes no dan ni aproximadamente el verdadero cuadro e impresión de lo que puede sentir y ver un visitante entre las familias judías de la Alemania de hoy, impresión que es tan desgarradora que es casi imposible ponerla de manifiesto mediante palabras.

Los profesionales judíos se ven boicoteados; los clientes y pacientes no se atreven a visitarlos. A los socios de todos los partidos y a sus parientes les está absolutamente prohibida toda relación económica con los judíos, lo que se lleva a cabo por intermedio de circulares que deben firmar. El resto del público está cohibido, pues sabe que si entra o sale de comercios judíos, puede ser fotografiado o atacado de hecho, como así también publicados sus nombres en los diarios locales. Está prohibido comprar y vender a los judíos.

Esta persecución se extiende también a las entidades, que hasta ahora no han intervenido directamente en estas actividades: ante el miedo de perder los puestos públicos y empleos, los desocupados cuidan su ayuda oficial para el invierno. Las demás entidades ceden ante la presión de las autoridades y hasta el campesino teme ser perjudicado en el reparto de pasto y semilla y el arreglo de la deuda pública. Todo esto provocó la absoluta imposibilidad del ejercicio de la profesión, y como consecuencia, la adquisición del pan diario. Con excepción de algunas ciudades grandes del sur, Alemania perdió su población judía casi por completo, y por lo tanto, ve debilitada su fuerza económica.

* Boletín informativo de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas. Año I, Nº 3. Buenos Aires, 16/11/1935.

La judía como ama de casa y madre

Trabamos relación con una mujer judía, quien nos confesó que –noche por noche– llora, y durante semanas ni siquiera se asoma a la puerta. Nos refiere que hasta ahora eran excelentes sus relaciones con los vecinos cristianos, pues éstos entienden bien que esta cruzada contra los vecinos judíos no surgió del seno de la población, sino que se trata de una obligación y plan impuesto por las jefes de los partidos locales.

El boicot es anunciado por los diarios, que se difunden ampliamente en todas las ciudades y localidades, y llega a tal extremo que se prohíbe a la población vender a los judíos; lo que crea a éstos una situación de imposibilidad de adquirir lo más indispensable para la alimentación diaria. El ama de casa judía ve en todos los negocios, carnicerías, panaderías, almacenes, etc., letreros que rezan: “Prohibida la entrada a los judíos”, o leyendas similares. Se obliga a los comerciantes a colocar estos letreros. Si algún comerciante se niega a colocar estos letreros en su comercio, su nombre es publicado en los diarios locales o se coloca al frente de su comercio un letrero que dice: “Siervo judío”. Queda prohibido retirar estos letreros y es en esta forma que la familia judía queda sin pan, sin carne y sin una gota de leche para sus chicos. Las farmacias no suministran a sus enfermos los medicamentos necesarios.

Entre otras localidades, han colocado estos letreros farmacias de Dessau, Magdeburgo, Koethen. Para poner de manifiesto la forma en que se ejerce esta presión sobre los comerciantes no judíos, a fin de provocar la muerte por hambre de los mismos, se narra el siguiente ejemplo: “En Elving, la segunda ciudad de Prusia Occidental, comerciantes no judíos dieron a sus clientes israelitas la oportunidad de pedir la mercadería por teléfono. Enterado de esto el Comité Nacional Socialista de la localidad, llamó a estos comerciantes por teléfono y pidió mercaderías bajo nombres judíos. La lista de las casas comerciales que aceptaban estos pedidos ha sido publicada al día siguiente en los diarios, bajo la denominación de ‘Traición ideológica’. Así que ni de este modo podrán proporcionarse en el futuro los medios de vida. En Homburg, territorio del Sarre, el partido reúne firmas para prohibir que se compre a los judíos. Estas firmas y las correspondientes listas se colocan especialmente en las panaderías, obligándolos a su vez a que no compren tampoco a los comerciantes judíos. Aproximadamente en cincuenta ciudades de Prusia Occidental –entre otras, Elving, Marienwerdr; también Schwerin, en Magdeburgo, con sus trescientos mil habitantes; en Dessau, en Fuerstenwald (cerca de Berlín) y otras ciudades– falta leche para los niños judíos. En todo el territorio de Anhalt ordenó el comisionado del Gobierno Loeper esta prohibición: la venta de artículos comestibles a los judíos”.

Diariamente comunican con orgullo los Nacional Socialistas, por intermedio

de los diarios locales, que los comerciantes no judíos de sus respectivas circunscripciones se declararon oficialmente como adversarios de la venta a los judíos.

Los niños judíos

Han sido expulsados de todas las asociaciones y club deportivos, se mantienen alejados de todos los juegos infantiles al aire libre, baños, etc. Es típico el caso de las autoridades de colegios de Diez, quienes se dirigieron a los padres de los niños judíos exhortándolos a que retiren a las criaturas de los colegios para evitar las continuas incidencias. Ocurren casos en que los maestros de los colegios presentan a los judíos en la manera descrita en el *Stürmer*.

Podemos imaginarnos fácilmente cómo sufren bajo estas vejaciones morales los niños judíos y podemos imaginarnos también el comportamiento de los niños católicos con relación a sus compañeros judíos después de estas clases. Estas “enseñanzas” tienen lugar siempre poniendo como material ilustrativo varios ejemplares del *Stuermer*. Hay diarios que declaran con orgullo que, para la enseñanza oficial, se aplican los cuadros y textos de *Stürmer*, indicando los colegios y nombres de los maestros que aplican esta táctica.

Los padres judíos de las ciudades provinciales, especialmente de Prusia Occidental, Pomerania, Mecklenburgo, Hessen y Hessen-Kassel, que se encontraban en la posibilidad económica de hacerlo, han retirado a sus hijos de los colegios locales para entregarlos a los institutos educativos para niños judíos. Después de los acontecimientos de las últimas semanas, carecen muchos de los medios adecuados y tienen que conformarse con ver cómo sus hijos deben ocultarse para pasar desapercibidos al transitar por las calles.

El asilo de niños judíos de Diez tuvo que evacuarse en forma repentina. Esto surge de una noticia publicada en un diario extranjero y hay que complementarla con la siguiente aclaración: los niños allí alojados eran en su mayoría huérfanos. Bajo escolta policial fueron retirados a las 12 de la noche, y tuvieron que aguardar hasta la madrugada en el gimnasio de otro edificio. La policía declaró que no se sentía capacitada para responder por más tiempo por la integridad de los niños, los que tuvieron que ser transportados a otro lugar. La policía permitió que los útiles y ropas de las criaturas fueran retirados posteriormente, quedando el asilo bajo la correspondiente vigilancia. Esta evacuación de los niños había sido ya anticipada mediante disposición del Consejo Escolar, ordenando la prohibición de la concurrencia de los niños judíos a los colegios.

Un campesino judío residente en Hagenow (Mecklenburgo) aceptó, durante las vacaciones, a doce niños judíos. Se organizó contra él una manifestación de protesta; los niños tuvieron que abandonar la localidad dentro de las 24 horas y el agricultor fue detenido. El hogar de niños judíos de Arendsee a. d. Osee tuvo que ser evacuado en el término de dos horas. La Superioridad del instituto ob-

tuvo, por suerte, una ampliación del término, pero no fue posible la anulación del desalojo. El mismo temperamento se adoptó también con respecto al asilo de Misdroy. Ninguna agrupación judía se atreve a realizar con sus asociados excursión alguna.

Hasta en la vida del hogar se hace sensible la presión policial. La policía permite solamente una determinada cantidad de reuniones por mes. También a estas funciones mandan los padres de pocas ganas a sus hijos, ante el temor de posibles incidencias. Las reuniones de la juventud judía, en las ciudades provinciales, son completamente imposibles. El Club Judío de Gimnasia y Esgrima de Berlín, creado en 1905, recibió la prohibición de funcionamiento porque algunos de sus asociados se permitieron el uso de camisas iguales durante una excursión. Casi todos los campamentos veraniegos en las cercanías de Berlín han sido clausurados. Continuamente se producen incidentes, haciendo imposible garantizar la seguridad de los niños judíos.

Dr. Enrique Habif

Médico psiquiatra y
psicoanalista.

Freud y Moisés dialogan sobre *civilización y barbarie*

El 6 de mayo del 2006 se cumplieron 150 años del nacimiento de Sigmund Freud (1856-1939), momento y ocasión propicios para un homenaje y reivindicación, ya que –ciertamente– no hay historias definitivas, ni biografías concluyentes.

Creo oportuno plantear algunas reflexiones: me voy a referir al exilio de Freud de Viena, ciudad en la cual vivió medio siglo. Muy a su pesar, tuvo que emigrar de la casa de Bergasse 19, con sus objetos de arte; sus esculturas egipcias, en una cantidad de 2.500; sus muebles; su biblioteca y el famoso diván, que formaban parte de su mundo de retiro desde que en 1923 se le descubrió un cáncer de mandíbula, por el cual fue sometido a 33 operaciones.

El exilio es la condición que somete a un individuo a abandonar el lugar donde nació o eligió vivir y al cual no puede regresar porque pone en riesgo su vida.

Freud fue el prototipo del “judío errante”, como lo pone de manifiesto en su presentación autobiográfica de 1925, cuando hace referencia a las migraciones sufridas por su familia paterna por las persecuciones de los siglos XVII y XVIII.

Irse de Austria fue su experiencia más dolorosa. El 12 de marzo de 1938, otro austríaco, Hitler, entró en ese país en medio de la irracionalidad colectiva. Las SS invadieron su casa y detuvieron por un día a su hija, Ana. Sus hijos, sus amigos, su propia inclinación a seguir escribiendo con habitual irreverencia lo impulsaron al traslado a Londres, que lo aceptó como un profeta iracundo y un anciano prudente. Sus obras, como los libros más importantes de la cultura occidental, “decadentes y pervertidos” –como decía Joseph Goebbels, el propagandista del régimen–, alimentaron las hogueras de los “autos de fe”, así como –en otro momento– sucedió con la obra del otro gran “judío errante”, Maimónides, en Montpellier, Francia.

Actualmente, en Bergasse 19 hay un museo que provoca una tristeza muy grande: todos los objetos de su colección han sido remplazados por fotografías, ya que su hija, Ana, se negó a repatriarlos. Este museo es un buen ejemplo del genocidio cultural que produjo el nazismo, pero también de la *Shoá*.

Pasaron muchos años para que, recién en 1971, Austria reconociera, con la

inauguración del museo, a uno de sus hijos pródigos. Austria fue la principal cómplice del Tercer *Reich* alemán, a pesar de considerarse la primera víctima; cientos de sus criminales fueron condenados, y luego, absueltos por los tribunales austríacos, parecido al “punto final” y la “obediencia debida” argentinos.

El virus de la nostalgia neonazi, el racismo y la xenofobia nos obliga a establecer el diálogo permanente entre el presente y el pasado para no repetir; como decía el filósofo Santayana: quien no recuerda su pasado, está condenado a repetirlo. Recordar a Sigmund Freud es hoy más imprescindible que nunca.

Como ningún otro, el siglo XX ha estado caracterizado por la crueldad, por la banalidad del mal. Fue el campo de ensayo de modelos diversos de convivencia y de distribución de riquezas: fuimos y somos testigos de los fracasos de los ensayos colectivistas (comunismo, fascismo) y del capitalismo salvaje como expresión del liberalismo.

Freud –a partir de 1920, al inaugurar la segunda teoría de las pulsiones con *Más allá del principio del placer*– quizá fue quien mejor comprendió estos fenómenos del siglo XX y de los años que vendrán. No es casual que publicara, en octubre de 1929, *El malestar en la cultura* (el origen de la palabra “cultura”, según la concepción del iluminismo judío del siglo XVIII, deriva del hebreo “*Kol Torá*”, que significa “La voz de la ley”); de hecho, nada más coherente: el malestar en la cultura por el quiebre de la ley.

Pero, ¿qué anticipó Freud en su trabajo? La primera gran crisis del capitalismo, la “Gran Depresión” económica de 1929, que hasta el momento ni los economistas logran explicar y que fue un acontecer tan grande que creo que todavía hay energía sin ligar.¹ Estos puntos se enlazan con la concepción durkheimiana de la “anomia”.

Si algo ha aportado el novedoso siglo XX es el cambio ético que se da en el antes y el después de Auschwitz, tal como lo define Theodor Adorno con su “dialéctica de lo negativo”. En esto hay un punto nodal: el nazismo se sostenía en la falta del concepto “emergencia-trascendencia” del ser humano. Cuando se deteriora el valor de trascendencia del ser humano, la vida nada vale y cualquier dios personal puede instrumentarla con alguna finalidad contingente. Acerca de la práctica nazi de la eutanasia programada, los investigadores que tuvieron acceso a las Actas de Nuremberg dicen que, desde 1939 a 1944, fueron eliminadas 70.000 personas definidas como “existencias carentes de valor vital”.

Los doce años del Tercer *Reich* representaron la crueldad burocrática y planificada, con estricta y detallada racionalidad técnica y administrativa. En los campos de exterminio, el gas que se usaba era el más económico y eficaz, con la

¹ Freud, Sigmund. *Duelo y melancolía*, 1916.

pretensión del mayor beneficio al menor costo. Los escolares alemanes hacían sus prácticas con ejercicios de este tipo:

*Deber 97: A un enfermo mental cuesta mantenerlo 4 marcos por día. Un empleado común gana 3,50 marcos por día, y un funcionario, 4 marcos por día. A) Interprete estas cifras considerando que en Alemania hay 300.000 enfermos mentales. ¿Cuánto costarían todos juntos en un año? B) ¿Cuántos préstamos para matrimonios de 1.000 marcos cada uno podrían conseguirse con ese dinero?*²

A la luz de este período de la historia, podemos afirmar –de manera convincente– que el fantasma del siglo XX recorre el XXI. Hitler no está muerto, sino razonablemente “vivo”, y los efectos nefastos de su existencia no finalizaron. La admiración por la “edad de oro” representada por el Tercer *Reich* se ve reflejada en los escenarios actuales: Irak, Londres, Atocha, Medio Oriente, las Torres Gemelas y otros que vendrán. Todos ellos se caracterizan por la nostalgia jerárquica del “culto a la muerte” por sobre la vida. La crueldad de la barbarie nazi se sostiene en el carácter inerme de las víctimas y en la supresión de los ideales piadosos.

¿Reflexión? ¿Cómo pensar, desde Freud, “civilización” y “barbarie”, y qué papel juega la ley entre ellas? Freud se pregunta sobre la “dimensión jurídica de la vida”, ya que la misma es un aspecto necesario de toda organización social, sometida a las tensiones permanentes e irresolubles entre las pulsiones y las restricciones culturales.

“Civilización” y “barbarie” denotan cualidades en el nivel colectivo y en la organización social; es la oposición entre el reconocimiento del semejante y el desconocimiento de la identidad del otro.

En la barbarie nazi hay un hecho muy importante que quiero destacar y que es la relación de los intelectuales y el poder, relación que pone al descubierto la ambigüedad de las verdades absolutas, la racionalidad del horror y el engaño de la inteligencia. Sobre este punto me gustaría profundizar, y traigo como ejemplo el caso de Heidegger, el padre de la filosofía existencial del siglo XX. En 1933 fue uno de los primeros en adherirse al nazismo. Escribió entonces: *“La revolución nacionalsocialista no significa, tan sólo, que un partido con fuerzas suficientes se adueña del poder. Esta revolución significa una revolución total de nuestra existencia alemana. Heil Hitler”*.³

² Datos tomados de libros escolares de Alemania, en 1933. Cátedra de Ética y Derechos Humanos, Facultad de Psicología, UBA.

³ Weinreich, Max. *Los profesores de Hitler*. New York, Ywo Bleter, 1946. Ver también el debate epistolar de Salomón Suskowich y Boleslao Lewin con José Luis Romero, rector de la UNBA, ante la invitación de éste para que Heidegger publicara en la revista filosófica *Realidad*, que dirigía. Revista *Judaica*, Abril de 1948.

Heidegger escribió directamente a Hitler: “Estoy convencido de las verdades de las que Ud. es portador. Es el despertar de todo un pueblo. El individuo se disuelve. No es necesario el individuo cuando la masa va por buenos caminos, guiada por ti, Führer”.⁴

Para los nazis, Heidegger fue el dirigente espiritual de la juventud universitaria de Berlín y Friburgo.⁵ En el mismo sentido, discípulos directos de Heidegger lo critican en intercambios epistolares con él, tales como Hanna Arendt, Marcuse⁶ y Karl Jaspers. Otros dos, el chileno Víctor Farías⁷ y Osvaldo Cucagna,⁸ analizan el porqué de la adhesión a Heidegger del psicoanálisis lacaniano en la Argentina.⁹

Ante este panorama, Freud plantea que el sujeto vive cada vez más acorralado y expuesto a una dimensión del goce.¹⁰ Estos hechos le revelan que el hombre que viene está expuesto al tiempo de la urgencia, que es el tiempo de la pulsión de muerte, la más enérgica resistencia que lo lleva a su propia destrucción.

Ya en estos últimos momentos de su vida, Freud era bastante escéptico respecto de las posibilidades del psicoanálisis. Su concepción de que éste es la doctrina del hombre privado que se defiende de la invasión pública empieza a ser inconsistente, ya que el nazismo lo enfrenta de una manera contundente. La doctrina del hombre por sí mismo, marginal a las significaciones de la sociedad, “se le va cayendo”. Sin decirlo, reconoce su error acerca de que la libertad es una condición psíquica que reside en el individuo, más allá del grupo. Creo que, en este sentido, su postura entre la libertad y la esclavitud llega a su fin. El mismo lo vivió y expresó con estas palabras al abandonar Viena y exiliarse en Londres, a raíz de la detención de su hija y la persecución de la Gestapo: “El sentimiento de triunfo está muy intensamente mezclado con la pena, pues uno ha amado, a pesar de todo, la prisión de la cual ha sido liberado”. Es en este punto en que Freud recurre a Moisés para preguntarle por la justicia y la ley, y sobre qué ética se sostendría la humanidad.

Freud tardó bastante tiempo hasta publicar *Moisés y la religión monoteísta*, en 1939. Con anterioridad, en 1914, al tiempo de visitar Roma, escribió *Moisés de Miguel Angel*, que no publicó con su nombre, fue un escrito anónimo. Cuenta que el *Moisés* de Miguel Angel, en San Pietro in Vincoli, de Roma, lo atrajo en forma irresistible: “No hay obra escultórica que me haya producido tan poderoso efecto”.

⁴ Comentarios sobre el tema en *Di Presse*, Octubre de 1947.

⁵ Feinman, José P. *La sombra de Heidegger*, Mayo de 2005.

⁶ 28/8/47 y 13/5/48.

⁷ Farías, Víctor. *Heidegger y el nazismo*. París, 1987.

⁸ Cucagna, Osvaldo. *Nazismo, ética y subjetividad*.

⁹ Cátedra de Ética y Derechos Humanos, Facultad de Psicología, UBA.

¹⁰ Freud, Sigmund. *Análisis terminable e interminable*, 1937.

Moisés fue para Freud un maestro, la imagen universal de la sabiduría, y en 1934 escribió una segunda versión, llamada *El hombre Moisés y la religión monoteísta*, que luego se tradujo y publicó en Londres como *Moisés y la religión monoteísta*. Esta novela histórica tiene que ver con un relato autobiográfico de Freud, y quizá también con un trozo de la historia de cada uno de nosotros.

Pero, ¿qué le pregunta Freud a Moisés? Le pregunta por qué esos diez preceptos que él mostró a su pueblo, que era presa del caos, y le ordenó, no se cumplían. Por qué –si son un código sencillo y breve y sirven como un ordenador de lo pulsional desanudado, reglaron lo humano y lo que no lo es, prohibieron la muerte y cuidaron la vida– eran tan difíciles de sostener.

Freud empezó a preguntarse¹¹ qué código podría llegar a abarcar todos los aspectos del deseo. Como la interpretación de la norma y el cumplimiento de la ley llevaban a su trasgresión, la historia se tornó más compleja y se hizo necesario organizar –en detalle– otro código. Así surgió, en 1948, la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Las Naciones Unidas cumplirían el papel de Dios, de Moisés y –¿por qué no?– de la preocupación de Freud por que el ser humano recupere su capacidad de amar y trabajar en dignidad y libertad.

También éste es un código que no se cumple. Es más, el progreso tecnológico y científico actual ahonda –cada vez más– la brecha entre poseedores y desposeídos, y exacerba la violenta envidia destructiva que anida en el ser humano, fortaleciendo el odio y la destrucción.

Freud propuso un punto de inflexión crítico, en el cual se originarían la sociedad, la religión y la moral, a partir del parricidio perpetrado por la alianza fraterna.¹² De esta manera se pasa de una sociedad supuestamente precultural a una organización social de complejas reglas de distribución, selección y prohibiciones, y premisas en la administración del poder y de los objetos sexuales.

Freud cerró su obra el 23 de setiembre de 1939, luego de un pacto con su médico, con las siguientes palabras: “guerra”, “pánico”, y nos deja el legado de seguir investigando sobre la eterna dialéctica entre el imperio de la fuerza y el imperio de la ley, para así iluminar nuestra comprensión entre la civilización y la barbarie.

¹¹ Freud, Sigmund. *Más allá del principio del placer*, 1920.

¹² Freud, Sigmund. *Tótem y tabú*, 1912.

**Dr. Arnoldo
Lieberman**

Médico psicoanalista.
Escritor.

Música en las tinieblas

Escribir un poema después de Auschwitz es barbarie. Después de Auschwitz, toda cultura es inmundicia.

THEODOR ADORNO¹

Los he visto también en mis fotos interiores, allí donde se hornean los fantasmas del alma. Desnudos, aterrorizados, contingentes, pueriles, con un interrogante desmesurado en la mirada, algunos rezando un inútil llamado al milagro, otros severos, silenciosos, mudos, con los labios apretados, abrazados o desapegados ya, incommovibles en su impotencia, ratas. He sentido odio hacia ellos: lo confieso. Eran mis semejantes. La misma cara de rata, el mismo horror en las retinas, la misma fatalidad congelada, el mismo sinsentido en el corazón. He visto las fotos, los cuerpos desnudos, una interminable fila ante la muerte, los niños en los brazos, el odio del mundo. Y he llorado.

ARNOLDO LIBERMAN²

La vida es un hecho sobrenatural. Quien así no lo advierta reniega de su propia complejidad.

SANTIAGO KOVADLOFF³

Saber es una piedra amarga que el sueño no disuelve.

ELIAHU TOKER⁴

Hace varios años, cuando escribí *Gustav Mahler o el corazón abrumado*, no era parte del proyecto incluir el texto que hoy quiero transitar. Pero ha llegado el momento y aquí estoy, decidido a llevarlo a cabo. Se trata de la música en los

¹ Adorno, Theodor. *Minima moralia*.

² Lieberman, Arnoldo. *La fascinación de la mentira*.

³ Kovadloff, Santiago. *Una biografía de la lluvia*.

⁴ Toker, Eliahu. *Lejaim*.

campos de exterminio, y particularmente, de Alma Rosé, sobrina de Gustav Mahler, violinista famosa (hija de Arnold Rosé –primer violín de la Filarmónica de Viena– y Justine, una de las hermanas del compositor), quien fue la directora de la orquesta de mujeres que ella constituyó en Auschwitz-Birkenau y que era muy conocida entre los mismos compañeros de vicisitudes por su rigor disciplinario y su intenso amor a la música. Cuando Alma fue víctima de la persecución nazi, antes de ser internada en Drancy, declaró: “Las historias de arrestos, de deportaciones, sucedían lejos, muy lejos de mí. No me afectaban, no me interesaban. Para mí, sólo contaba la música”. Seis meses más tarde fue enviada a Auschwitz y nombrada directora de la orquesta de mujeres. Un médico, superviviente de ese campo, Margita Schwalbova, cuenta: *“Los sonidos que surgían del violín del nuevo director venían de un mundo hacía mucho tiempo olvidado. (...) ¿quién era? (...) Alma, Alma, que jamás comprendió el campo de concentración. Ella vivía en otro mundo (...). Creó una orquesta, esencialmente con muchachas que sólo hacía dos o tres años que tocaban un instrumento. Ella realizaba las orquestaciones, escogía extractos de óperas y canciones de éxito. Era una directora muy estricta, que ponía toda su alma en la música. Cada domingo había un concierto que todos aguardábamos con impaciencia. Si, por azar, un SS reía o renegaba durante el concierto, Alma se detenía, lo que podría haberle costado una acusación por sabotaje, pero ella se burlaba de eso. Inspiraba profundamente y decía: ‘No puedo dirigir en estas condiciones’. Curiosamente, no era castigada. Ella siguió siendo parecida a un pájaro, conservando sus sentimientos y su fe en la música, como una niña ingenua. Comenzó el año 1944 (...) Alma se había retirado a su mundo interior. El campo seguía existiendo a su lado. Ella instruía a las chicas. El nivel de la orquesta mejoraba cada día. Alma trabajaba de la mañana a la noche, orquestando, buscando un nuevo repertorio: ‘No es éste todavía el buen tempo’ o ‘El sonido debe mejorar’ eran frases suyas frecuentes. Por la noche se encontraba medio muerta de fatiga. Tuvo insomnio, no veía lo que pasaba a su alrededor, vivía en una especie de trance, consagrada a la música. A su música”.*

Este largo párrafo es significativo respecto de la personalidad de Alma Rosé, muerta a los 38 años, y de los interrogantes que esta reflexión quiere sugerir. Durante el tiempo de su deportación, sobrevivió gracias a la protección del jefe del campo, José Kramer, y luego, de María Mandel, *Lagerführerin* que sentía debilidad por la música de Puccini y entraba a cualquier hora al pabellón de los músicos para reclamar el dúo de *Madame Butterfly*. A Alma, la suerte de sus instrumentistas no pareció importarle demasiado. Lo que ella necesitaba era enseñar la verdadera música y esperaba de sus alumnos la devoción absoluta que tal dedicación requería. Llegó a injuriar o abofetear a algunos de los miembros de la orquesta, en una desalmada identificación inconsciente con el torturador, como si no estuviera en un campo de exterminio, sino en una academia de música, y

la torpeza de sus alumnos le imposibilitara alcanzar su ideal como intérprete. Llegó al extremo de decir, poco antes de su muerte: “Morir carece de importancia, sólo la tiene hacer música, verdadera música”. ¿Qué sentimos frente a una mujer así? ¿Qué automatismos nos ganan o qué posibilidad de profundizar en el personaje nos induce? ¿Somos inmediatamente jueces, o previamente necesitamos detenernos y reflexionar sobre la singular condición humana que los campos hicieron surgir?. Hanna Arendt dice que, en esos mismos campos, había no sólo música y orquestas, sino loterías, declaraciones de amor, combates de boxeo, orgías, y los protagonistas eran sus habitantes. Se moría por salvar a un desconocido, se mataba por una cuchara de sopa. La locura fue tan radical que el mundo era un tapiz al revés, en el cual lo impensable se volvió posible y lo posible se volvió impensable. Un mundo sin ley, un sistema sin personas, unas anécdotas sin libertad, salvo la ley, el sistema y la represión de los detentadores del poder, las SS. Y en medio de ese infierno, gente como Margita y tantos otros, esperando “*con impaciencia*” la llegada del domingo para oír el concierto. ¿Podemos comprenderlo? Como diría mi maestro, José Bleger: ¿Es conciencia posible? ¿Es posible concebir –identificarse, quizás– a aquellos seres humanos que escribían un poema en medio del terror y la desesperación? Dice Michel Schneider: “Los campos de exterminio fueron inconcebibles para quienes son incapaces de imaginar un Diabolo que no sea un ángel caído: fue un mal absoluto”. Escribe Hanna Arendt: “*Un mal no tanto punible como imperdonable, ése que, en consecuencia, la cólera no podía vengar, el amor no podía soportar, ni la amistad, perdonar*”. Tratemos, juntos, de introducirnos en esta siniestra y dolorosa historia, intentando ver un poco más allá de lo evidente. En septiembre de 1942, Etty Hillesum, detenida en el campo de Westerbork y que murió en Auschwitz, escribió: “*Es necesario que haya un poeta en un campo de concentración para vivir como poeta esa vida (¡sí, incluso esa vida!) y poderla cantar*”. Y Michel Schneider recuerda la pregunta de Holderlin: “*¿Y para qué poetas en tiempos de penurias o tiempos de indigencia?*” (séptima estrofa de su elegía *Pan y vino*), que este poeta romántico –del cual los nazis distribuyeron su poesía en una edición de bolsillo entre los soldados de la *Wehrmacht*– escribió en tiempos de guerra. A esta elegía, Heidegger consagró, en 1946, un texto en memoria de Rilke, *¿Para qué poetas?* El mismo Heidegger que, amante durante años de Hanna Arendt, jamás dedicará una línea de su pensamiento a los campos de exterminio.

Siguiendo el pensamiento de Schneider, uno podría preguntarse qué antecedente intelectual o ideológico figuraba en esta historia de horror, e inmediatamente recuerda aquella frase histórica y desesperada de Friedrich Nietzsche: “*Si Dios no existe, todo está permitido*”. Sin embargo, ¿qué es lo que hace que mujeres como Alma o Etty, en medio del campo de exterminio y sometidas a los más atroces días de crueldad, conviertan al arte, singularmente a la música, en algo tan presente, tan necesario, tan precioso, tan omnipotente? Había que vivir,

claro, para no morir, y esta evidencia obvia era la condición humana puesta en juego en el centro de ese *anus mundi*. Una condición humana que no tenía de humana ni el nombre, pero que intentaba salvar justamente aquellos valores que hacían del ser humano una experiencia única. Poder decir, con Franz Kafka (con Milena Jesenska y sus propias hermanas asesinadas en los campos de exterminio): “Las razones que me impulsan a escribir son múltiples, y las más importantes, a mi parecer, son las más secretas. Esto puede ser, sobre todo: poner algo al abrigo de la muerte”.

Bruno Bettelheim ha testimoniado cómo el sistema nazi lograba, poco a poco, llevar a cabo su programa: el hombre, despojado de su vida ética, intelectual, psíquica y moral, era reducido a una pura vida biológica de planta o animal, una vida sin pensamiento (imposible evitar el recuerdo de Gregorio Samsa, el personaje de *La metamorfosis*, de Kafka), un espacio deshumanizado y tenebroso, un auténtico desierto de almas anónimas. Bettelheim, quien padeció de esquizofrenia, semejó las dos circunstancias: el sentido vivido como sinsentido, todo lo que sucede no le sucede a alguien, no hay sujeto para decir “me encuentro mal”, “tengo hambre”, “tengo miedo”, y el final psicótico de aquella sinrazón: no hay alguien que pueda oírlo. Sólo cuerpos que no quieren ceder, sólo el deseo de supervivencia, sólo pensamientos puestos en esquivar el bulto de la muerte. Como señala Schneider, dolidamente: “De modo que se tiene que elegir entre una supervivencia que concede la razón a los nazis que afirman que uno no pertenece a lo humano y una muerte que les conforta en la idea de que uno no tenía derecho a vivir”. Se trata de matar, pero —en realidad— nadie muere porque la muerte es masiva. Son judíos: pueden ser gaseados, linchados, ejecutados, ahorcados, morir de inanición o de infección, pero —en realidad— la muerte no existe porque “nadie” muere. Los campos de exterminio no sólo robaban la vida de los condenados, sino su propia muerte. No decían “Tú debes morir”, sino algo más espantoso y siniestro: “Tú no habrías debido nacer”. Este pensamiento que tanto coincide con Schneider, que tanto coincide con David Rousset cuando señalaba que allí se vivían “los días de vuestra muerte”. Ese mismo pensamiento que desarrollé ampliamente en mi libro *La fascinación de la mentira*, en el cual, pensando en mi condición judía y en el desciframiento de esa herida, escribí: “Este es el testimonio de un hombre dañado en su unidad desde su propio nacimiento, condenado a no ser sino un círculo infructuoso, un vertebrado invertido, un ademán inconcluso, un juego rudimentario, la mitad de un trayecto, una máscara para evitar el sentimiento de vacío”. ¿Pueden ustedes imaginarse a un “vertebrado invertido” en un campo de concentración? ¿Pueden comprender ese anonimato condenado de quien sólo quiere volver a respirar a la mañana siguiente? ¿Se puede entender que si Kafka llamaba a la muerte —pensando en Moisés— “ese instante incompleto”, cuánto más de ello se arraigaba en esos seres que no tenían derecho a una lápida, salvo en los buro-

cráticos expedientes de la Gestapo?. Hasta unos días antes estaban insertados en el orden absoluto, fieles a los colores de sus paisajes y a los árboles de sus pueblos, a sus amigos y sus calles. Tenían conciencia de la muerte, pero como el final de un largo camino que vislumbraban desde un cielo límpido y desde las velas que la abuela encendía para las fiestas judías. Su reino era de este mundo. Pero en ese momento, todo aquello era mentira. En el resplandor súbito de una tormenta recóndita y con el cielo transformado en una enorme llamarada, en un incendio ebrio y alucinante, todo se transformaba en una trágica opereta.

Escribe Elie Wiesel: *“Los que no han vivido la experiencia nunca lo sabrán. El pasado pertenece a los muertos, y el sobreviviente no se reconoce en las imágenes e ideas que pretenden describirle. Auschwitz significa muerte, muerte total, absoluta, del hombre, del lenguaje y de la imaginación, del tiempo y el espíritu”*. Y allí, en medio de ese cementerio de ilusiones, de esa negación definitiva del futuro, de ese exterminio perverso e industrial de personas, surgen poemas, óperas, música de cámara, *lieders* que llenan el terror de plegarias, canciones de cuna en ídich, obcecados salmos. Y surgen mujeres como Alma Rosé, quien –en medio de un mundo carente de sentido– intenta que no todo muera, presencia de una ausencia, esa memoria del dolor que Dios había dejado al abandonar a su pueblo. El ejemplo de Alma Rosé –de un fanatismo sobrecogedor– es que el mundo sin arte no tiene sentido, aun cuando no tenga sentido. Hay que intentar borrar el horror, sentir mientras queda tiempo, conmovirse en el súbito minuto robado a la muerte. Si el arte sólo hubiese sido la gratificación puntual de un grupo de torturadores, claro que todo sería una inmundicia. Pero los condenados eran los que esperaban el domingo con impaciencia. Para ellos, las víctimas, era el único camino posible, y varios de ellos dejaron incluso óperas (Gideon Klein y Viktor Ullmann fecharon sus obras en Terezin), demostrando que aun en el infierno el arte era posible. *“No hay solución final para reducir la irreductibilidad del otro”*, escribe Schneider. Y recuerda a Wittgenstein: *“El lenguaje, ¿es el único lenguaje? ¿Por qué no podría haber un modo de expresión que me permitiera hablar del lenguaje de tal manera que éste se me aparezca como coordinado a algo diferente? Supongamos que la música sea semejante modo de expresión”*. Quizás el gran error de los nazis fue creer que la música es inocente y prostituir y temer sólo a las palabras. Para evaluar el sentido del arte en Auschwitz es necesario ser judío. Hacer música era una manera de dejar de ser solamente un número tatuado en el brazo, cabezas rapadas, vestimentas iguales. Era regresar a lo humano, personalizarse, incluirse en el mundo otra vez, aunque fuera momentáneamente. Ellos supieron recuperar el rostro de los hombres, el perfil de la vida. Sin música hubieran muerto (quizás antes), con música igualmente murieron, pero negaron a sus depredadores el identificarse con las ratas. *“Debemos hacer correctamente nuestro trabajo, tanto aquí como en cualquier otro lado: lo que se debe hacer hay que hacerlo bien,*

aunque sea sólo por respeto a uno mismo”, decía Alma Rosé. Y ese “trabajo” no era –perdón por pensarlo– un consuelo fácil ni una simple huída de la realidad agobiante. Era la dignidad de la persona en juego. Era el consuelo moral de sentirse vivos. “En mí, cada fragmento se desarrolla con soltura, los compases se encadenan a los compases. Lo he olvidado todo: soy feliz”, dirá Alma Rosé. Hay que saber comprender estos pensamientos, no dejarse llevar por los reflejos inmediatos y tratar de mirar detrás del espejo. Hanna Arendt define el arte como “lo que resiste, la patria no mortal de los seres mortales”, y en el caso de los campos de exterminio, nunca más mortales y nunca más resistentes. Se ha dicho muchas veces que los judíos no se defendieron, que fueron al matadero sin ofrecer resistencia: esta distorsión ha ganado mucho espacio en el antisemitismo moderno. Una de las maneras de esa resistencia que los condenados ofrecieron fue, justamente, la música, la pintura, el arte en general. Zoran Music (cuyo apellido lo dice todo) fue un pintor que sobrevivió a Dachau y en ese campo dibujó a sus hermanos judíos torturados o colgados, bajo el título *No somos los últimos*. De esa abominación y destrucción que sufrieron quedan estos dibujos. El testimonio rebelde. La mirada solidaria. La rabia y el desasosiego. Años más tarde pintaría temas venecianos y, como dice Schneider, “embarcaciones cargadas de bueyes en medio de no se sabe qué diluvio, en los que no se puede evitar pensar en la palabra *gueto* y ver en las raíces enmarañadas de sus dibujos otra cosa que cuerpos amontonados”. Es evidente que nada podrá describir o testimoniar realmente lo que fueron los campos de exterminio, ni Primo Levi con sus relatos ni Paul Celan con sus poemas de “el molino de la muerte” ni el mismo Zoran Music. Lo que los condenados vivieron y pensaron no es posible siquiera imaginarlo, pero en aquella música que los domingos los alejaba del fantasma de la desaparición o en aquellas óperas que seguramente los ilusionaron con que algún día serían representadas estaban los signos invisibles, y hoy visibles, de su dolor y su sufrimiento. No hubo derrota más notable para los nazis: nombres judíos que sobrevivieron, artistas que dejaron una obra, memoria de palabras que se dijeron en secreto, instantes de comunicación o pánico, una civilización que no quiso desaparecer. En los campos de exterminio, los judíos gritaron aquellas palabras de Forster: “El arte es el grito de mil centinelas, el eco de mil laberintos, es el faro que no puede velarse, es el mejor testimonio que podemos dar de nuestra dignidad”. Naturalmente que hemos vivido el inexorable agujón de la tristeza ante ese destino aciago de tantos hermanos que desaparecieron por el simple hecho de ser judíos. Porque la luz que ilumina la carne de un poema concentracionario es la misma que da sentido a la vida que la muerte no puede arrebatar. Fue un dilatado y gigantesco silencio, pero no pudo evitar aquel grito. Es la cicatriz de aquel grito la que todos llevamos dentro. Es como lo diría Steiner, creo: quien ha leído *El Quijote* y puede mirar impávido un molino de viento, nunca sabrá lo que es el temblor de la sana locura. Quien ha sentido a su hermano en el campo de exterminio, nunca podrá dejar de ser leal a su origen

y a aquella historia que nos hirió en el costado con demoledora perversidad. Alma Rosé fue una de esas hermanas. No fue una personalidad entrañable, no tuvo conciencia de comunidad, no tuvo gestos solidarios que la comprometieran humanamente, pero creó una orquesta en los campos de exterminio y todos los domingos entregó a los asistentes (oficiales de la Gestapo, pero esencialmente judíos condenados) lo único que podía y sabía entregar: su amor a la música. Esa música que, insisto, los judíos esperaban con impaciencia. Esa música que es, como diría Freud, “el ombligo del sueño”, el lugar en que él se asienta en lo no conocido, en esa crónica de una muerte anunciada que debía postergarse siempre un minuto más, en ese futuro robado por la pesadilla de saber que casi todo dependía de una cucharada de sopa.

Cuenta Schneider que, en 1988, el compositor norteamericano Steve Reich compuso una obra para cuarteto de cuerdas, voz y electrónica titulada *Different trains*. Recordaba en ella los trenes de su infancia y los viajes excitantes y románticos entre Nueva York y Los Angeles. “Pero –dice– si hubiera estado en Europa en ese período, en tanto que judío habría debido viajar en trenes muy diferentes”. La obra da voz, literalmente, a los supervivientes y produce una música de hoy con la muerte de ayer. Entre los *inserts* de voces habladas, una antigua deportada, Rachel, dice: “Había una niña que tenía una hermosa voz, y a los alemanes les gustaba escuchar sus cantos, y cuando se detenía de cantar, decían: ‘Más, más’, y aplaudían”. Pareciera que las corcheas no son portadoras de contenido, sólo las palabras. En Terezin, mientras que un grupo de pintores fue ejecutado el 17 de abril de 1944 por haber difundido “su repelente propaganda” y las demás actividades artísticas fueron interrumpidas, la música continuó siendo tolerada o fomentada hasta la liberación del campo, el 8 de mayo de 1945. Insisto: fue el gran error de los nazis. Cayeron en la propia trampa de que el pentagrama no está ligado a significaciones. El nazismo, como todo totalitarismo, fue esencialmente un discurso, un “bla-bla” fúnebre, una mentira organizada, una pesadilla vestida de espanto y oratoria, y llevó la palabra a su prostitución más alta. Las corcheas eran sólo una miserable instancia que nada contenía, que era vacío puro. Olvidaron u omitieron que, en un lugar donde todo es cuerpo, en ese campo de exterminio espantoso, sólo el cuerpo reacciona a los estímulos de la realidad. No se trataba de aquella expresión que adjudica a la música salvar ese estremecimiento que algunos llaman alma. No, se trataba de un cuerpo que estaba –en ese momento– más allá de su propia realidad. Y la música contiene, en sí misma, ese extraño privilegio de no mentir, de no traicionar, de no poder ser –por su propia esencia– el apoyo de ideología ni facción política o religiosa alguna, de no reflejar imagen cruenta o siniestra alguna, de ser el latido hondo de un universo que –por más concentracionario que fuese– estaba habitado por seres vivos que oían los domingos a la tarde esa voz de ninguna parte en que cada uno creía escuchar lo que más amaba o ansiaba, lo que

más recordaba o había gozado, a sus familiares, a sus amigos, a sus pueblos, a sus calles. O quizá lo contrario: intentando olvidar a aquellos familiares, aquellos amigos, aquellos pueblos, aquellas calles, salir de sí, olvidarse para poder olvidar, porque cuando uno ya no es más que un número en un brazo y una estrella amarilla de trapo como identidad, quizá la música regala algo impersonal, que está más allá de la anécdota, en una memoria sin imágenes, en un cuerpo sin palabras, en un sentimiento profundo, oscuro y noble que habla de otra vida, y quizá de otra muerte. O quizás otra vez todo lo contrario: “*Emparedado entre palabras, tanteando en la noche de las imágenes, un niño cruel en mí reclama que nada sea sepultado*”, escribe alguien. Como conmovedoramente lo dice Schneider: “Un golpe de arco, y de pronto regresaba la belleza del mundo de ayer, un arpegio de piano adhiere a la misma piel la vieja lengua olvidada”. Aquella música hacía que los condenados tuvieran un cuerpo. Mientras ella sonaba, estaban vivos. La muerte esperaba, pero postergada, como espera siempre. Pero los pentagramas de Mozart o Schubert gritaban “a los cuatro vientos” que la destrucción total del ser humano no es posible, que su exterminación absoluta tiene en aquellas músicas un enemigo invencible. Hay algo que es imposible cuando es posible que mueran los hombres.

Existe una grabación discográfica de Alma Rosé junto a su padre, Arnold Rosé (el *Concierto para dos violines*, de Johann Sebastian Bach). De Viktor Ullmann existen diversas obras, entre ellas *El emperador de Atlantis* o *La muerte abdica*. No se conoce la fecha ni el lugar de su muerte, pero se sabe que su convoy abandonó Terezin, en dirección a Auschwitz, el 16 de octubre de 1944. De Gideon Klein hay diversas obras publicadas por la Terezin Chamber Music Foundation. Otra grabación existe con obras de los compositores Pavel Haas y Karel Berman. De Hans Křisa se encuentran obras para cuarteto de cuerdas y su ópera *Verlobung in Traum*. Además, hay grabados tres cuartetos de Pavel Haas. Como lo dice la obra de Viktor Ullmann: ante la obcecación iluminada del pentagrama, la muerte abdica. Eso también es parte de nuestra memoria. También en esos pentagramas está la cicatriz que todos los judíos llevamos dentro. Esa cicatriz que, como si se tratara de una metáfora oncológica, nunca termina de cicatrizar.

**Dana
Zylberman**

Artes combinadas,
Facultad de Filosofía y
Letras (UBA).

Cine y propaganda en el nacionalsocialismo

El arte ocupa un lugar primordial en el sistema propagandístico de los regímenes totalitarios. El dictador moderno “*siempre lo ve como parte esencial del centro neurálgico del organismo social; (...) por lo tanto, debe dominarlo en forma absoluta, debe convertirlo en un instrumento totalmente sometido. Utiliza el arte para llevar a cabo una integración de cada detalle individual dentro de la textura del país, y por medio del arte crea los símbolos del triunfo de su conquista*”.¹ Resulta interesante, entonces, estudiar la relación entre poder y arte, indagando puntualmente en el uso que se le otorgó al cine en Alemania, bajo el gobierno nacionalsocialista.

El 11 de marzo de 1933, a poco más de un mes de asumir Adolf Hitler como canciller, se crea el Ministerio de Propaganda –*Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda*–, encabezado por Joseph Goebbels, encargado “*de todo el alimento intelectual de la Nación, de la propaganda del Estado, de la cultura y la economía, de la información al público alemán y extranjero y de la administración de todos los organismos creados para estos fines*”, según indica el decreto que lo designaba en el cargo. El ministerio se dividía en seis secciones, una de las cuales estaba destinada al cine.

El 22 de septiembre se procede a una reestructuración y se crea la *Reichskulturkammer*, conformada por siete cámaras, de las cuales una era la del cine: la *Reichsfilmkammer*.

En marzo de 1934 comienza a regir la Ley del Cine –*Lichtspielgesetz*–, por la cual se dictamina la revisión literaria e ideológica de guiones y una posterior censura. Además, ésta nombra al ministro de Propaganda como censor en jefe, acaparando el poder absoluto en todo lo que respecta a la producción cinematográfica. Esto implica el control de las oficinas de propaganda regiona-

¹ Lehmann-Haupt, Hellmut. *Art under dictatorship*. Nueva York, Oxford University Press, 1954.

les, la censura y las autorizaciones en el cine, el noticiero semanal, la exportación de películas, la entrega de premios y distinciones. Asimismo, se organizan proyecciones destinadas a las Juventudes Hitlerianas y a los niños, cargadas con un fuerte contenido político-propagandístico. Según Rafael de España, “*en el Reich no hubo un cine comercial específicamente dirigido a niños: las pocas películas que se produjeron eran adaptaciones de cuentos populares, resueltas con bastante pobreza estética y de medios, por lo que las cintas destinadas a las ‘horas juveniles’ oscilaban entre los artefactos propagandísticos del cine oficial y algunos cortos y documentales realizados expresamente por la propia Hitlerjugend*”.²

Por otra parte, en noviembre de 1937 se dictamina la última ley importante para el control de la estructura cinematográfica por parte del Estado: la prohibición total de las críticas periodísticas, a pesar de que anteriormente se había obligado a los comentaristas a responder a determinadas pautas con respecto a cada filme, según lo dictaminara el ministerio.

En el último capítulo de su libro *De Caligari a Hitler* (1947), Siegfried Kracauer aborda el análisis y la interpretación de los filmes de propaganda nazi realizados después de 1939. Sin embargo, sólo se ocupa de aquellos producidos “*con el propósito expreso de reforzar el esfuerzo bélico total de la Alemania nazi*”,³ incluyendo no sólo largometrajes de ficción, sino también los noticieros semanales que informaban acerca de las acciones de guerra realizadas.

El autor hace un análisis pormenorizado de la producción cinematográfica alemana entre un período clave que se extiende desde 1919 –año en que se estrenó *El gabinete del Dr. Caligari* (*Das Kabinett des Dr. Caligari*, de Robert Wiene), primer exponente del cine expresionista alemán– a 1933. Kracauer sostiene que “*para ser efectiva, la propaganda debe complementar su poder de razonamiento con insinuaciones e incentivos que sirvan para influir en ‘los músculos del estómago’ más que en la ‘cabeza’.* (...) *Ya que las imágenes fílmicas debilitan las facultades críticas del espectador, siempre es posible seleccionarlas y disponerlas de tal modo que predispongan sus sentidos ante la idea que se quiere promover. No es necesario que se refieran directamente a ella; por el contrario, cuanto más indirectamente procedan –mostrando hechos y situaciones sin conexión aparente con el mensaje que imparten–, mayores serán sus posibilidades de alcanzar fijaciones inconscientes y tendencias corporales que podrían tener alguna relación, aunque sea remota, con la causa por la que se aboga*”.⁴ Sostiene, además, que el ataque de la película a los procesos sensitivos e internos del espectador le hace perder una cierta medida de control sobre sus pensamientos y su juicio.

² De España, Rafael. *El cine de Goebbels*. Barcelona, Ariel, 2002, pág. 14.

³ Kracauer, Siegfried. *De Caligari a Hitler*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1995, pág. 257.

⁴ Kracauer, Siegfried. *Teoría del cine*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1989, pág. 209.

Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo*, otorga una definición concreta de la lógica de la propaganda totalitaria, al decir que ésta es una herramienta para convencer a las masas y que “*allí donde el totalitarismo posee un control absoluto, sustituye a la propaganda con el adoctrinamiento y utiliza la violencia, no tanto para asustar al pueblo (esto se hace sólo en las fases iniciales, cuando todavía existe una oposición política) como para realizar constantemente sus doctrinas ideológicas y sus mentiras prácticas*”.⁵ Para la autora, además, la propaganda puede funcionar como un método para que los movimientos totalitarios alcancen los territorios que aún se encuentran fuera de su dominio, razón por la cual la combinación de ésta con el cine resultaría muy efectiva.

En las primeras décadas del siglo XX, el cine se erigió en uno de los inventos más revolucionarios del arte dentro de la modernidad, encontrando en su lógica mecánica un gran aliado para su vertiginosa difusión, y para Goebbels, “el medio moderno más amplio que existe para influir sobre las masas”.

Walter Benjamin, en su estudio *La obra de arte en la era de la reproducción técnica*, afirma que las obras cinematográficas encuentran en la reproducibilidad técnica una condición intrínseca para su producción y difusión. En otras palabras, el cine, sin el mecanismo tecnológico que procesa la luz sobre el celuloide, no es tal. Dado que la cantidad de copias y proyecciones que pueden hacerse de un filme es infinita, el cine resulta una herramienta ilimitada para expandir plenamente una ideología, por dentro y por fuera de las fronteras territoriales.

Por otra parte, Benjamin toma al cine como el paradigma de la nueva relación que se establece entre el arte y la masa. Para el filósofo, “*el cine no sólo se caracteriza por la manera como el hombre se presenta ante el aparato, sino además por cómo –con ayuda de éste– se representa el mundo en torno*”.⁶

Así, los usos que se hacen de las imágenes demuestran la implementación de “modos de ver”. Según John Berger, una visión que ha sido recreada o reproducida, separada del lugar y el instante en que apareció por primera vez, encarna un modo de ver que se configura por parámetros históricos, culturales, etc. Así podríamos articular esta idea con las películas del nazismo, que imponían una forma de ver la realidad tergiversada, manipulando para su conveniencia la manera en que mostrarían lo que para ellos era su verdad. La construcción de una realidad a través de las imágenes que configuran estos “modos de ver” se concatenan indefectiblemente con la imposición, a través de recursos propagandísticos, de la ideología totalitaria.

⁵ Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Alianza Universidad, 1987, pág. 528.

⁶ Benjamin, Walter. “La obra de arte en la era de la reproducción técnica”, en *Discursos interrumpidos*. Madrid, Taurus, 1979, pág. 46.

Para analizar el papel que el nazismo le otorgó al cine es válido pensar, también, en el concepto de Louis Althusser de los “aparatos ideológicos de Estado” (AIE). El filósofo designa como AIE a “*cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas*”.⁷ Pueden considerarse como tales entidades de diversa índole: religiosa, escolar, familiar, jurídica, política, sindical. En el caso que aquí nos incumbe, consideramos al cine como parte del AIE cultural y también de información, en el caso de los noticieros cinematográficos.

Los AIE funcionan mediante la ideología, mientras que el aparato represivo de Estado lo hace a través de la violencia. Sin embargo, “*todo aparato de Estado, sea represivo o ideológico, ‘funciona’ –a la vez– mediante la violencia y la ideología, pero con una diferencia muy importante que impide confundir los aparatos ideológicos de Estado con el aparato (represivo) de Estado. Consiste en que el aparato (represivo) de Estado, por su cuenta, funciona masivamente con la represión (incluso física) como forma predominante, y sólo secundariamente con la ideología (no existen aparatos puramente represivos). (...) Los aparatos ideológicos de Estado funcionan masivamente con la ideología como forma predominante, pero utilizan secundariamente –y en situaciones límite– una represión muy atenuada, disminuida; es decir, simbólica*”.⁸

Debe tenerse en cuenta que el cine como propaganda, y esta última en sus demás manifestaciones, no habrían sido suficientes para que el NSDAP se consolidara en el gobierno si no hubieran hecho uso, paralelamente, de fuerzas coercitivas como la SA –*Sturmabteilung*, Escuadrones de Asalto–, la SD –*Sicherheitsdienst*, Policía de Seguridad–, la SS –*Schutzstaffel*, Servicio de Seguridad– y la Gestapo –Policía Secreta del Estado–.

Cabe preguntarse, entonces, qué elementos fueron explotados –como nunca hasta entonces– para transmitir esta ideología en los filmes y de qué manera se experimentó con el poder que las imágenes ejercían sobre el público, a partir de la manipulación de las cualidades particulares del cine. Para ello, es interesante indagar en los filmes realizados en Alemania a partir del ascenso de Hitler, en los cuales el Partido participaba directa o indirectamente de su producción, para fortalecer desde lo audiovisual el lema “*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*”. Estos no se refieren tanto al esfuerzo bélico de Alemania, sino al ensalzamiento de los valores nacionalistas, la exaltación de la figura del *Führer* y la implementación del antisemitismo con el fin de alcanzar la “pureza de la raza aria”.

El 28 de marzo de 1935 se estrena el documental *El triunfo de la voluntad* (*Triumph des willens*), dirigido por Leni Riefenstahl, a pedido expreso de Hitler,

⁷ Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, pág. 21.

⁸ Althusser, L., op. cit., pp. 23-24.

y realizado con motivo del congreso anual del NSDAP, en Nuremberg, en 1934. El título del mismo fue tomado de un lema oficial del Partido y es considerado la primera obra maestra del género documental, por su despliegue estético y minucioso montaje. Anteriormente, lo que prevalecía en la pantalla grande eran los noticieros, en los cuales no había movimientos de cámara, las imágenes eran estáticas y las poses de quienes eran mostrados, preparadas.

Esta obra de Riefenstahl –y con ella, toda su carrera– ha sido puesta en el tapete por su contenido, considerado fuertemente propagandístico. En la entrevista realizada en el documental *The wonderful, horrible life of Leni Riefenstahl* (Ray Müller, 1993), la directora expresa: “cuando empecé mi documental, me pregunté qué podía hacer para que fuera mejor que los noticieros. (...) Se me ocurrió que las tomas debían ser móviles, para cautivar el interés. Por eso mi equipo trató de llevar patines durante la filmación. Pero sobre todo, necesitaba muchas posiciones de cámara”. Para su realización, las tomas de Hitler, sus ministros y los participantes del congreso fueron filmadas desde diferentes ángulos, para capturar el movimiento y, así, permitir un montaje más dinámico, sin precedentes en este género.

Riefenstahl negó rotundamente que su filme fuera de propaganda, ya que “no hay un narrador que lo explique todo. Esa es una razón por la que este documental es distinto a la propaganda. Si fuera propaganda, como muchos dicen, habría un narrador explicando el significado y el valor del evento”. Sin embargo, en el cine, las imágenes y el modo en que éstas son yuxtapuestas impactan aun más que las palabras, especialmente en el subconsciente. No es necesario que haya un narrador para evidenciar que el filme destaca los valores del nacionalsocialismo, las tradiciones y la cultura germánicas, el perfil del ario, la camaradería y la unión por el trabajo del pueblo, el modelo de líder cuasi divino que encarna Hitler. Los grandes planos de ejércitos multitudinarios al servicio de un solo hombre, con el afán de defender una nación y luchar por toda causa intrínseca, cautivan a cualquier espectador. Incluso en la actualidad los documentales de eventos políticos no han llegado a poseer la fuerza que ostenta la obra de Riefenstahl, que cautiva al espectador por la perfección de los planos, el manejo de la luz y un eximio montaje.

En el período que va desde el ascenso de Hitler al poder hasta la *Kristallnacht*, en noviembre de 1938, ninguna película abiertamente antisemita se produce en Alemania. Más tarde, en 1940, *Los Rothschild* (*Die Rothschilds*, de Erich Waschneck), *Judío Süß* (*Jud Süß*, de Veit Harlan) y *El judío eterno*⁹ (*Der ewige Jude*, de Fritz Hippler) conformarían una trilogía antisemita que se realiza en el mismo año en que se establecen los límites del ghetto de Varsovia. De este

⁹ También conocida como *El judío errante*.

modo, la política antijudía cobra cada vez más fuerza, teniendo –al mismo tiempo– un lugar importante en la propaganda cinematográfica.

Estrenados en Berlín el 17 de julio y el 24 de septiembre, *Los Rothschild* y *Judío Süß* son filmes argumentales, ambientados en los siglos XIX y XVIII, respectivamente. Una de las estrategias recurrentes de Goebbels y sus acólitos era ubicar el relato cinematográfico en otra época, lo que permitía mantener de manera más encubierta el manifiesto antisemita que se correspondía con la actualidad alemana.

Judío Süß narra la vida de un personaje que realmente existió: Josef Süß Oppenheimer, un judío que era asesor financiero del duque Karl Alexander de Württemberg, quien fue ejecutado en la horca en 1738 por orden de un tribunal, por supuesta malversación de fondos. A partir de su ejecución se generó una amplia gama literaria en base a su biografía. Lion Feuchtwanger publicó, en 1925, *Judío Süß*, en el cual presentaba a Oppenheimer y a los judíos como eternos “chivos expiatorios”.

Pero a los nazis no les convenía esta versión, por lo que Ludwig Metzger inició modificaciones en el guión, que dieron cuenta de quién había sido verdaderamente –según ellos– este hombre. De esta manera, *Judío Süß*, que fue un éxito de taquilla en Alemania y otros países satélites, representa la visión nazi según la cual el judío es un ser colmado de saña, que sale del ghetto para inmiscuirse en la sociedad y en el poder, a fin de saquearlos y desahuciarlos, engañando a sus miembros y contaminando la sangre aria a través de relaciones con sus mujeres.

Por su parte, el filme sobre la familia Rothschild coloca su eje antisemita en la estrategia judía para la dominación del poderío económico mundial. La intención era demostrar que las influencias de los judíos en las riquezas internacionales se remontaban lejanamente en el tiempo y no era un problema sólo de la actualidad. Al igual que en *Judío Süß*, se hace hincapié en que el lugar natural de los judíos es el ghetto y que en él deben permanecer.

La serie se cierra con *El judío eterno*, estrenada el 28 de noviembre. Este documental de Fritz Hippler se detiene en la “cuestión judía”, que concernía mundialmente en aquel entonces. El título del filme proviene de la leyenda del “judío eterno” o “judío errante”, que surgió en los primeros siglos de la Era Cristiana; transcurridos los años, fue convirtiéndose en una expresión directa del antisemitismo. Según el mito, hubo un zapatero judío llamado Ahasverus que no permitió a Jesús, camino a la crucifixión, descansar bajo su techo, por lo que Jesús lo maldijo dictaminándole que erraría por el mundo hasta el fin de los días. En su trabajo *Las películas del odio*, Baruj Gitlis sostiene que “*de acuerdo al material publicitario de la película, el calificativo ‘eterno’ señalaba los signos raciales inmodificables de los judíos. Mientras el ‘ario’ heredó de sus antepasados la vida eterna, el judío –en total contraposición– estaba afectado por la pa-*

sión eterna de su raza de destruir y exterminar a cualquier otra raza, para dominar todo el mundo".¹⁰

Hippler hace uso de las cualidades audiovisuales del cine para plasmar la representación del judío como una amenaza mundial, capaz de diseminar el germen del mal en la sociedad y contaminar la raza aria, la raza superior, siendo ésta una de las estrategias más poderosas que se aplicaron para instaurar el antisemitismo.

La principal idea que sostiene la película es que el judío fácilmente puede "infiltrarse" en la sociedad, desenvolverse en ella y pasar desapercibido, ya que sabe disimular sus "rasgos judíos". Esto es justificado con una serie de tomas en las que se muestra el proceso de transformación al cual se somete a un grupo de hombres judíos. Primero, aparecen con sus atuendos tradicionales; luego, a través del cambio de vestimenta y el afeitado total de sus barbas, se demuestra que así se esconden en la sociedad, sin que alguien note su condición originaria. Además, según sus realizadores, aquí los protagonistas son judíos reales, no hay actores jugando sus papeles, como pudieran hacerlo Ferdinand Marian, en *Judío Süß*, o Carl Kuhlmann, en *Los Rothschild*.

La película se construye en torno a un eje visual-verbal-sonoro. Se presenta la voz de un locutor, que intenta conectar el caudal de imágenes que se presenta, al tiempo que lo visual se articula con la música, que refuerza ciertas ideas que las imágenes solas no consiguen. De esta manera, no se pretende exclusivamente "convencer" al espectador de lo que está viendo, sino generar en él una impresión vivencial; es decir, que se dé cuenta de que lo que las imágenes representan en la pantalla existe tal cual lo ve y se encuentra cotidianamente a su lado.

En lo que respecta a la música, las escenas filmadas dentro de la sinagoga resultan las más significativas. En ellas se observa al público asistente rezando, conducido por el canto litúrgico del oficiante. Pero el propósito, en realidad, es revelar que los judíos acuden al templo a fin de entablar relaciones comerciales, argumentando así que –en su religión– el lucro se antepone a la espiritualidad, ya que son capaces de profanar la sacralidad del ámbito en el que se encuentran en pos de sus intereses económicos. Esto es expuesto a través del contraste de la música y la imagen. Por un lado, se escucha el vigoroso canto litúrgico, y por otro, entre los hombres que se inclinan en sus rezos puede verse a quienes intercambian mercadería por debajo de los asientos. No obstante, en ningún momento se ve en un mismo plano al oficiante entonando su rezo y a aquellos que comercian, de manera que es difícil asegurar que los negociados filmados se llevaran a cabo realmente en pleno servicio religioso. Pero la clave se halla en el

¹⁰ Gitlis, Baruj. *Las películas del odio. El cine nazi en guerra contra los judíos*. Israel, Alfa Communications, 1997, pág. 130.

montaje, herramienta cinematográfica primordial que permite combinar una banda sonora determinada con imágenes ajenas a ella. Es sabido, igualmente, que este tipo de acciones efectivamente solían realizarse en los templos, pero el hecho de que en *El judío eterno* se haga hincapié en ello implica nuevas connotaciones que apuntan a seguir construyendo la difamación antijudía.

En *El judío eterno* se describe al judío como avaro, ladrón, extremadamente sucio; se muestran imágenes de la deplorable vida a la que los judíos fueron recluidos en los ghettos, descontextualizadas para puntualizar –a través del narrador– que ellos mantuvieron voluntariamente ese modo de vida entre ratas e inmundicia. Un ejemplo es la escena en que se muestra a una familia judía en su casa, comiendo con total naturalidad al lado de una pared plagada de insectos.

Hoy en día se sabe que las condiciones de vida de los judíos en los ghettos eran calamitosas e inmejorables. Pero en aquel momento no pretendían que el espectador llegara a pensar lo mismo, razón por la cual el locutor enfatiza que han decidido vivir así, a pesar de las fortunas que seguramente hicieron con sus negocios. Además, a través de la técnica del montaje paralelo, se iguala el andar de los judíos por las calles del ghetto con los recorridos que hacen las ratas por las alcantarillas.

Cabe destacar, no obstante, que las películas de contenido netamente ideológico no atraían a tanto público, y menos éxito aún lograban en otros países, en los cuales la buena reputación era favorable para continuar con el plan expansivo. En cambio, cuando la ideología se transmitía de manera menos explícita –en películas argumentales que transcurrían en otra época, trataban sobre personajes o hechos relevantes de la historia del pueblo alemán, demostrando sus hazañas, poderío y superioridad–, la recepción en el público local era muy positiva. Así, estos filmes también podían trascender en el exterior.

En una carta escrita a un grupo de industriales alemanes, fechada el 17 de octubre de 1916, Goebbels sostiene que *“hay que ocultar el núcleo real de los filmes alemanes de propaganda con exuberantes dramas, comedias, etc., de tal manera que –inicialmente– el público extranjero acepte el fondo –que aún le resulta ajeno, por su agradable envoltorio– hasta que se acostumbre a él y se amolde al mensaje, tal como la gota horada la piedra”*.¹¹

Las historias de amor, las comedias blancas y los musicales eran géneros que atraían a gran cantidad de público. Y es allí donde Goebbels encontró el punto neurálgico de la producción cinematográfica. Uno de estos filmes es *Concierto a pedido* (*Wunschkonzert*, de Eduard von Borsody, de 1940), una historia de

¹¹ Donner, Wolf. *El pequeño Hollywood del Dr. Goebbels en Berlín*, publicado en el seminario “Premonición, síntoma y angustia. El cine alemán y francés antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial (1933-1962)”. Buenos Aires, Goethe Institut-Alianza Francesa, 2005.

amor con elementos típicos de la *screw ball comedy* (comedia de enredos hollywoodense) que obtuvo una recaudación de 7,6 millones de marcos alemanes. En ella se narran los encuentros y desencuentros ocurridos entre Inge, una joven burguesa, y Koch, un soldado alemán, quienes –luego de conocerse y enamorarse durante los Juegos Olímpicos de Munich– se separan inesperadamente al comienzo de la Segunda Guerra, ya que él debe cumplir misiones por la patria. En la película se destacan los valores de la camaradería entre soldados y adherentes al nazismo y se enfatiza la idea de cuán noble es morir por Alemania, remarcando que el cumplimiento del deber nacional se antepone a cualquier relación sentimental. El marco de la historia, además, es un popular programa radial que se transmitía en el país, en el cual diferentes y prestigiosas orquestas ejecutaban las piezas que el público solicitaba. De esta manera, también es resaltado el sentido nacionalista de la música germana, desde lo netamente folclórico y popular hasta piezas “cultas”, de música clásica, complaciendo, así, a todo el público.

Otras de las películas que seguían estos lineamientos fueron *Hitlerjunge Quex* (Hans Steinhoff, 1933); *Der alte und der junge König* (Hans Steinhoff, 1935), basada en la vida de Federico, el Grande; *Der herrscher* (Veit Harlan, 1937), *Eine nacht im Mai* (Georg Jacoby, 1938), *Pour le mérite* (Karl Ritter, 1938), *Die geierwally* (Hans Steinhoff, 1940), *Annelie (Geschichte eines lebens)* (Josef von Baky, 1941) y *Das bad auf der tenne* (Volker von Collande, 1943).

Al igual que en otros regímenes dictatoriales, el nazismo –a través de la manipulación, gestión y control de las diversas manifestaciones artísticas– creó una estrategia de esteticismo político que abrió un canal de transmisión ideológica bien definido hacia la sociedad. El uso de un medio como el cine, cuyas reacciones en el público espectador nunca habían estado “*tan condicionadas de antemano por su inmediata, inminente masificación*”,¹² permitió elaborar un mecanismo ideológico puesto al servicio de la fabricación de valores culturales, que acompañó las nefastas estrategias políticas. De esta manera, el estudio de las políticas artísticas –y de otros aspectos sociales– permite vislumbrar un hecho histórico desde variadas perspectivas, dejando la posibilidad, entonces, de pensar en múltiples y nuevos enfoques para concebir la historia.

¹² Benjamin, W., op. cit., pág. 45.

**Henry
Morgenthau****

Embajador de los
Estados Unidos en
Constantinopla durante
el genocidio armenio.

El asesinato de una nación*

La destrucción de la “raza” armenia, en 1915, conllevó ciertas dificultades, que no obstaculizaron las operaciones previas de masacre realizadas por los turcos en 1895 y otros años. En esos períodos iniciales, los hombres armenios poseían poco poder o medios de resistencia. En aquellos días no se les permitía tener entrenamiento militar, ni servir en el ejército turco, ni poseer armas. (...) Tales discriminaciones fueron retiradas cuando los revolucionarios lograron llevar la delantera, en 1908. No sólo se les permitió, entonces, a los cristianos portar armas, sino que las autoridades –en pleno entusiasmo por la libertad y la igualdad– los alentaron a hacerlo. A comienzos de 1915, cada ciudad turca contenía miles de armenios que habían sido entrenados como soldados y a quienes se les había suministrado rifles, pistolas y otras armas de defensa. Las operaciones en Van (...) revelaron que estos hombres podían usar sus armas sacando buen partido de ellas.

Por lo tanto, se hizo evidente que la masacre armenia, en ese momento, asumiría una característica más propia de una guerra que de esas carnicerías al por mayor de hombres y mujeres indefensos que los turcos siempre habían preferido.

Para que este plan de asesinar a la raza resultara exitoso debían realizarse dos pasos previos: por un lado, sería necesario dejar a todos los soldados armenios sin poder, y por el otro, despojarlos de sus armas en todas las ciudades y pueblos.

* En Morgenthau, Henry. *Ambassador Morgenthau's story*. Cap. XXIV. New York, Doubleday, Page & Company, 1918.

Traducción del francés: **Julia Juhasz**.

** “**Henry Morgenthau**: nació en Alemania, en 1858, en una familia judía, y falleció en Nueva York, en 1946. Fue embajador de los Estados Unidos ante el imperio otomano, en Constantinopla, entre 1913 y 1916. Fue vicepresidente del Comité de Ayuda para Oriente Medio entre 1919 y 1921, y fue designado presidente del Comité de Asentamiento Griego de Refugiados por la Liga de las Naciones, de 1923 a 1928. En 1929 publicó *Fui enviado a Atenas*, en el cual dedica varios capítulos a presentar sus experiencias con la persecución y el genocidio de los griegos en Asia Menor, perpetrados y dirigidos sin misericordia por la administración turca. Fue representante de los Estados Unidos en la Conferencia de Ginebra, en 1933.” **Sotirios Georgiadis, contralmirante (R) de la Marina de Guerra helénica**.

Antes de poder ser destrozada, Armenia debía ser dejada indefensa.

En la primera parte de 1915, los soldados armenios del ejército turco fueron reducidos a un nuevo *status*. Hasta ese momento, la mayoría de ellos había sido combatiente, pero ahora fue despojada de sus armas y transformada en obreros. En lugar de servir a su país como hombres de artillería y caballería, ellos que habían sido soldados descubrieron que habían sido transformados en jornaleros y animales de carga. Todo tipo de provisiones del ejército fue cargado sobre sus espaldas, tropezando bajo el peso de sus cargas y movidos a fuerza de latigazos y por las bayonetas de los turcos se vieron forzados a arrastrar sus fatigados cuerpos hacia las montañas del Cáucaso. A veces debían recorrer ese camino –aun agobiados como estaban, a través de la nieve, que les llegaba casi hasta la cintura– pasando prácticamente todo el tiempo al descampado, durmiendo sobre la tierra desnuda, siempre y cuando el incesante hostigamiento de los capataces les diera una oportunidad ocasional de dormir. Se les daban sólo restos de comida; si se sentían enfermos, eran dejados en el lugar donde caían. Sus opresores turcos a veces se detenían el tiempo suficiente como para robarles todas sus pertenencias, incluyendo sus ropas.

En el improbable caso que algunos de los que luchaban por llegar a destino tuviesen éxito, frecuentemente eran masacrados. En varias instancias, los soldados armenios fueron eliminados inmediatamente; por lo tanto, la matanza a sangre fría se volvió una práctica casi general. En casi todos los casos, el procedimiento era el mismo. Aquí y allá se tomaban grupos de cincuenta o cien hombres, los amarraban juntos –en grupos de cuatro–, y luego eran llevados a un lugar apartado, a corta distancia del pueblo. De repente, el sonido de los disparos de los rifles llenaba el aire y los soldados turcos, quienes habían sido sus escoltas, regresaban malhumorados al campo. Quienes eran enviados a enterrar los cuerpos, casi siempre los encontraban completamente desnudos, ya que –como era usual– los turcos habían robado toda su ropa. En algunos casos, que me llamaron la atención, noté que los asesinos agregaron un refinamiento extra al sufrimiento de sus víctimas, obligándolos a cavar sus tumbas antes de que les dispararan.

Permítanme relatar un episodio contenido en uno de los informes de nuestros cónsules y que ahora forma parte de los registros del Departamento de Estado de Norteamérica.

A principios de julio, 2.000 “*amélés*” (palabra turca para designar a los soldados reducidos a obreros) armenios fueron enviados desde Harpoot para construir caminos. Los armenios de ese pueblo comprendieron el significado y le suplicaron misericordia al gobernador. Pero este oficial insistió en que a los hombres no se les haría daño; aún más, llamó al misionero alemán Ehemann para calmar el pánico, dándole su palabra de honor de que los ex soldados serían protegidos. Ehemann creyó en el gobernador y mitigó el temor popular.

Sin embargo, prácticamente cada uno de aquellos 2.000 terminó siendo ejecutado, y su cuerpo, arrojado a una cueva. Unos pocos escaparon, y fue por ellos que la noticia de la masacre llegó al mundo.

Pocos días después, otros 2.000 soldados fueron mandados a Diarbekir. El único propósito de enviar a esos hombres fuera de la ciudad, al descampado, fue para ser aniquilados. Para que no tuviesen fuerzas para resistir o darse a la fuga, estas pobres criaturas fueron sistemáticamente privadas de alimento. Las autoridades del gobierno encabezaron el camino, notificando a los kurdos que la caravana se aproximaba y ordenándoles llevar a cabo su deber. No sólo los hombres de la tribu kurda bajaron por las montañas sobre ese regimiento debilitado y desfallecido de hambre, sino que también las mujeres acudieron con cuchillos de carnicero, a fin ganar méritos ante los ojos de Alá por haber matado a un cristiano. Estas masacres no fueron hechos aislados, podría detallar varios otros episodios casi tan espantosos como éste. A lo largo del imperio turco se realizó un intento sistemático de matar a todos los hombres fuertes y sanos, no únicamente con la finalidad de eliminarlos para que no pudiesen engendrar una nueva generación de armenios, sino también para que la parte más débil de la población se rindiese.

Tan espantosas masacres de soldados desarmados casi fueron piadosas y justas comparadas con el tratamiento que se les daba a los armenios sospechados de esconder armas.

Naturalmente, los cristianos se alarmaron cuando en los pueblos y ciudades se colocaron carteles ordenando a todo el mundo que llevase sus armas al cuartel general. Si bien esa disposición se refería a todos los ciudadanos, los armenios comprendieron muy bien cuál sería el resultado de quedar inermes mientras a sus vecinos musulmanes se les permitiese conservar sus armas. Sin embargo, en muchos casos la gente perseguida obedecía sumisamente esa orden; entonces, los oficiales turcos –casi con alegría– retuvieron sus rifles, como una evidencia de que se estaba planeando una “revolución”, encerrando a sus víctimas en la prisión, bajo el cargo de traición. Miles de ellos no entregaron sus armas simplemente porque no tenían una para entregar, mientras que un número aún mayor se negó tenazmente a hacerlo, no porque estuviese planeando un levantamiento, sino porque se propuso defender su propia vida y el honor de sus mujeres de los ultrajes que, sabía, se estaban planeando. El castigo impuesto a estos recalcitrantes conforma uno de los capítulos más repugnantes de la historia moderna. La mayoría de nosotros considera que la tortura dejó de ser –desde hace mucho tiempo– una mera medida administrativa y judicial; aun así, dudo que –incluso en los años más oscuros– alguna vez hayan existido escenas más horribles que las que tuvieron lugar entonces, en toda Turquía.

Nada fue sagrado para los gendarmes turcos. Bajo el alegato de la búsqueda

de armas ocultas saquearon iglesias, trataron altares y elementos sacros con la máxima falta de dignidad, y hasta simularon ceremonias que imitaban los sacramentos cristianos. Castigaron a los sacerdotes hasta dejarlos inconscientes, bajo el pretexto de que representaban centros de sedición. Cuando no encontraban armas en las iglesias, “armaban” a los obispos y sacerdotes con revólveres, pistolas y espadas, enjuiciándolos –luego– en cortes marciales por posesión de armas contra la ley, haciéndolos marchar por las calles simplemente para enardecer la ira fanática de la turba. Los gendarmes trataron a las mujeres con la misma crueldad e indecencia que a los hombres. Se registraron casos en que las mujeres acusadas de ocultar armas fueron desnudadas y azotadas con ramas de árboles recién cortadas; estas golpizas fueron incluso infligidas a mujeres con niños. Las violaciones acompañaban con tanta frecuencia a estas búsquedas que las mujeres y niñas, al acercarse los gendarmes, huían a los bosques, montes y laderas de montañas.

Antes de las requisas de armas, los hombres más fuertes de los pueblos y ciudades eran arrestados y llevados a prisión. Allí, sus torturadores ejercían su más diabólico ingenio en el intento de hacer que sus víctimas se declarasen “revolucionarios” y confesaran los lugares en que ocultaban sus armas. Una práctica común era poner al prisionero en un cuarto, con dos turcos a cada lado y en cada extremo; entonces, el interrogatorio comenzaría con el “bastinado”. Esta es una forma de tortura común en Oriente, que consiste en golpear las plantas de los pies con una fina vara. Al principio, el dolor no es tan intenso, pero a medida que el proceso continúa, lentamente se desarrolla una terrible agonía, los pies se hinchan y revientan, y frecuentemente deben ser amputados. Los gendarmes sometían el bastinado a sus víctimas hasta el desmayo, reviviéndolas luego –salpicando agua en sus caras– y comenzando nuevamente. Si esto no resultaba para lograr su objetivo, tenían aún muchos otros métodos persuasivos: les sacaban cejas y barba, casi pelo a pelo; arrancaban las uñas de manos y pies; aplicaban hierros al rojo vivo en el pecho; desgarraban su carne con pinzas calientes y luego volcaban manteca hirviendo en las heridas. En algunos casos, los gendarmes clavaban sus manos y pies sobre trozos de madera, en una evidente imitación de la crucifixión; luego, mientras el sufriente se retorció en agonía, le gritaban: “¡Ahora deja que tu Cristo venga y te ayude!”

Estas crueldades –y muchas otras que me abstengo de describir– se infligían generalmente durante la noche. Los turcos se situaban alrededor de las prisiones golpeando tambores y soplando silbatos, de manera tal que los gritos de las víctimas no llegasen a oídos de los aldeanos.

En miles de casos, los armenios soportaron estas agonías y se negaron a entregar sus armas simplemente porque no tenían una para entregar, sin lograr persuadir a sus torturadores de que tal era el caso. Por lo tanto, se hizo costumbre que los armenios –cuando recibían avisos de que los requisadores se

acercaban— compraran armas de sus vecinos turcos, a fin de poder entregarlas y escapar —de esta manera— de esos aterradores castigos.

Un día me encontraba discutiendo estos procedimientos con un oficial turco, quien describía las torturas infligidas, no ocultando el hecho que el gobierno los había instigado, y cómo un turco de la clase oficial aprobaba con entusiasmo semejante tratamiento a la raza detestada. Dicho oficial me manifestó que todos estos detalles eran temas de las conversaciones nocturnas en la sede central del Comité de Unión y Progreso. Cada método para infligir dolor era aclamado como un descubrimiento espléndido, y los concurrentes habituales constantemente “exprimían” sus mentes en el esfuerzo por inventar algún nuevo tormento. Me dijo que, incluso, llegaron a sondear los registros de la Inquisición española y otras instituciones históricas de tortura, adoptando todas las sugerencias allí halladas. No me contó, sin embargo, quién ganó el premio mayor de esta horrenda competencia, pero la reputación como el más preeminente infame se la llevó Djevdet Bey (esta última palabra corresponde a los gobernadores turcos), el *vali* (gobernador musulmán) de Van (...). En todo este país, Djevdet era comúnmente conocido como el “herrador de Bashkale”, ya que este experto en torturas había inventado la que quizá fue la pieza maestra de todas: clavar herraduras en los pies de sus víctimas.

Aunque estos sucesos no constituyeron, en sí mismos, lo que los diarios de la época señalaban como atrocidades contra los armenios; fueron, simplemente, pasos preparatorios para la destrucción de la raza. Los jóvenes turcos desplegaron mayor ingenio aún que su predecesor, Abdul Hamid.

El precepto del sultán destituido era simplemente “Matar, matar”, mientras que la democracia turca ideó un plan totalmente nuevo. En vez de masacrar abiertamente a esa raza, decidieron deportarla. En los sectores sur y sudeste del imperio otomano se hallan el desierto Sirio y el valle Mesopotámico. A pesar de que esta área fue alguna vez el escenario de una civilización floreciente, en los últimos cinco siglos sufrió el flagelo de todo país sujeto al dominio turco, siendo ahora un lúgubre y desolado desierto, sin ciudades, pueblos o vida de algún tipo, habitado solamente por unas pocas tribus de beduinos salvajes y fanáticos. Sólo el más industrioso trabajo realizado durante muchos años podría llegar a transformar este desierto en un lugar habitable.

El gobierno central anunció su intención de reunir a los más de dos millones de armenios que vivían en los diferentes sectores del imperio y transportarlos a esa desolada e inhóspita región. De haber llevado a cabo esta empresa, aun con la mejor buena voluntad, habría representado la mayor crueldad e injusticia. De hecho, los turcos nunca tuvieron la menor intención de restablecer a los armenios en ese nuevo país, sabiendo que la gran mayoría nunca alcanzaría su destino y que aquellos que lo hicieran morirían de sed o inanición, o serían asesinados por las salvajes tribus islámicas del desierto. El propósito real de esa

deportación fue el robo y la destrucción, representando –en realidad– un nuevo método de masacre. Cuando las autoridades turcas dieron las órdenes para esos destierros, simplemente dieron garantía de muerte a una raza entera. Comprendiendo esto perfectamente, en sus conversaciones conmigo no hicieron intento alguno por ocultar este hecho.

Las deportaciones se hicieron durante la primavera y el verano (boreales) de 1915. Las ciudades mayores, como Constantinopla, Esmirna y Aleppo, fueron exceptuadas, pero prácticamente cualquier otro lugar en el cual viviera una familia armenia se convirtió en escenario de estas innombrables tragedias. Raramente algún armenio –cualquiera fuera su educación, riqueza o clase social– fue eximido de esta disposición. En algunos pueblos se colocaron carteles ordenando a toda la población armenia presentarse en un lugar público a una hora determinada –en general, uno o dos días más tarde–; en otros, elregonero iba por las calles dando verbalmente esta orden; mientras que –a veces– no se dio aviso alguno, apareciendo los gendarmes frente a las casas de los armenios, ordenándoles a todos sus ocupantes seguirlos. Tomaban, incluso, a las mujeres ocupadas en sus tareas domésticas, sin darles siquiera la oportunidad de cambiarse de ropa.

La policía cayó sobre ellos como la erupción del Vesubio sobre Pompeya: las mujeres fueron sacadas de las bañeras; los niños, de las camas; el pan, dejado a medio cocer en los hornos; la colación familiar, abandonada a medio comer; los niños, retirados de las aulas, dejando sus libros abiertos en la tarea del día; y los hombres, forzados a abandonar sus arados en los campos y el ganado en las laderas. Hasta las mujeres que recién habían dado a luz fueron forzadas a abandonar las camas y unirse a la asustada multitud, con sus bebés durmiendo en brazos. En el apresurado arrebato, objetos como un mantón, una sábana, tal vez algunos restos de comida, fueron lo único que pudieron llevarse de sus pertenencias caseras. A sus frenéticas preguntas de “¿Adónde vamos?”, los gendarmes concedían sólo una respuesta: “Al interior”.

En algunos casos, a los refugiados se les concedían unas pocas horas –y en algunas instancias excepcionales, algunos días– para disponer de sus propiedades y efectos. Pero el procedimiento, naturalmente, se orientaba hacia el hurto. Los armenios sólo podían venderles a los turcos, y dado que tanto los vendedores como los compradores sabían que disponían sólo de uno o dos días para comerciar lo acumulado en toda una vida, los precios obtenidos representaban sólo una pequeña fracción de su valor real. Máquinas de coser representarían uno o dos dólares; una vaca, un dólar; el mobiliario de una casa se vendería por una miseria. En muchos casos, a los armenios se les prohibía vender y a los turcos, comprarles –aun a esos precios ridículos–, bajo el pretexto que el gobierno intentaba vender sus pertenencias a fin de pagarles a acreedores, que serían –indefectiblemente– abandonados. El mobiliario familiar sería

guardado en depósitos o dejado amontonándose en lugares públicos, donde generalmente eran saqueados por hombres y mujeres turcos.

Los oficiales del gobierno también les informarían a los armenios que –debido al hecho que su deportación sería temporaria, con la intención de traerlos de vuelta cuando terminara la guerra– no podían vender sus casas. Ni bien los poseedores anteriores abandonaban la aldea, los *mohadjires* –inmigrantes provenientes de otras partes de Turquía– mahometanos eran mudados a las regiones armenias. Algo similar pasó con todos sus valores –dinero, anillos, relojes y joyas–, que fueron llevados a las dependencias policiales para un “resguardo seguro hasta su vuelta”, y luego distribuidos entre los turcos. Estos robos, en realidad, les ocasionaban poca angustia a los refugiados, ya que escenas mucho más terribles y agónicas estaban ocurriendo ante su mirada.

El exterminio sistemático de los hombres continuó con más tratamientos violentos. Antes de que empezaran las caravanas, se instituyó la práctica regular de separar a los hombres jóvenes de las familias, atarlos juntos –en grupos de cuatro–, llevarlos a las afueras y dispararles. Constantemente se realizaban ahorcamientos públicos, sin juicio previo, por la única ofensa de que las víctimas fueran armenias. Los gendarmes mostraban un deseo particular por aniquilar a los educados e influyentes. Se recibían constantemente informes de tales ejecuciones, de parte de cónsules y misioneros norteamericanos; muchos de los eventos descritos nunca se borrarán de mi memoria.

En Angora, todos los varones armenios de entre 15 y 17 años fueron arrestados, reunidos en grupos de cuatro y enviados a Cesárea. Luego de haber viajado por cinco o seis horas y al llegar a un valle apartado, un grupo de campesinos turcos cayó sobre ellos con cachiporras, martillos, hachas, guadañas, picos y sierras. Semejantes instrumentos no sólo causaron muertes más agónicas que las producidas con armas y pistolas, sino que –tal como los propios turcos alardeaban– eran más baratos, ya que no involucraban pérdidas de pólvora y balas. De este modo exterminaron a toda la población masculina de Angora, incluyendo a todos los hombres económicamente poderosos y de mayor alcurnia. Sus cuerpos, horriblemente mutilados, fueron dejados en el valle, donde fueron devorados por bestias salvajes. Una vez completada esta matanza, los campesinos y gendarmes se juntaron en la taberna local, comparando sus notas y jactándose del número de “infiel” (cristianos los países musulmanes) que cada uno había matado. Y en Trebizond, los varones fueron puestos en barcasas y enviados al Mar Negro; los gendarmes los seguían en botes, les disparaban y tiraban sus cuerpos al agua.

Finalmente, cuando las caravanas se ponían en movimiento, casi invariablemente estaban sólo compuestas por mujeres, niños y hombres ancianos; cualquier persona que pudiese haberlos protegido del destino que les

esperaba ya había sido eliminada. Cuando esta masa de personas iniciaba su marcha, con frecuencia el prefecto de la ciudad les deseaba –burlonamente– un “feliz viaje”. Antes de que la caravana partiese, a veces se les ofrecía a las mujeres la alternativa de convertirse al mahometismo; aunque aceptasen esta nueva fe, cosa que pocas de ellas hacían, sus problemas terrenales no terminarían. Las conversas eran compelidas a entregar sus niños al así llamado “Orfanato musulmán”, con el acuerdo de que debían ser entrenados como devotos seguidores del Profeta. Ellas mismas debían demostrar la sinceridad de su conversión abandonando a sus esposos cristianos y casándose con musulmanes. Si ningún buen mahometano se ofreciese como marido, entonces la nueva conversa era deportada, por más que protestase demostrando su devoción al islam.

Al principio, el gobierno mostró cierta inclinación a proteger a las muchedumbres que partían. Los oficiales generalmente los dividían en convoyes, a veces compuestos por varios cientos o miles. Las autoridades civiles –ocasionalmente– proveían carros con bueyes, que transportaban aquellos muebles que los exilados lograban recoger con apuro. Un guardia de gendarmería acompañaba cada convoy, ostensiblemente para guiar y proteger. Las mujeres escasamente vestidas –llevando sus bebés en brazos o sobre sus espaldas– marchaban al lado de ancianos, quienes renqueaban, munidos de bastones. Los niños corrían a la par, evidentemente considerando –al principio– a este procedimiento como un nuevo juego. Algún miembro más próspero tendría –tal vez– un burro o un caballo, ocasionalmente algún granjero habría podido rescatar una vaca o una oveja, que caminaba cansinamente a su lado. El surtido usual de mascotas familiares –perros, gatos y pájaros– formaba parte de la abigarrada procesión.

Desde miles de ciudades y aldeas armenias partían estas desesperadas caravanas, expuestas a todo, colmando los caminos que conducían al sur; por todos lados, a medida que avanzaban, iban levantando una gran polvareda, y abandonaban los residuos, sillas, sábanas, frazadas, ropas de cama, utensilios y otros efectos, marcando el curso de estas procesiones. Cuando las caravanas arrancaban, las personas aún tenían cierto parecido con los seres humanos; en pocas horas, sin embargo, el polvo de la carretera empastaba sus rostros y ropas y el barro formaba costras en los miembros inferiores. El gentío que avanzaba lentamente –en general, encorvado por la fatiga y enloquecido por la brutalidad de sus “protectores”– parecía una nueva y extraña especie animal. Durante la mayor parte de los seis meses entre abril y octubre de 1915, prácticamente todas las rutas de Asia Menor estuvieron atestadas por estas bandas de exilados sobrenaturales. Se los podía ver entrando y saliendo de cada valle, trepando las laderas de las montañas, desplazándose continuamente, rara vez sabiendo adónde iban, salvo que todos los caminos conducían a la muerte.

Aldea tras aldea y pueblo tras pueblo fueron siendo evacuados de los poblados armenios, bajo las angustiantes situaciones previamente detalladas. En estos seis meses –hasta donde es posible asegurar– cerca de 1.200.000 personas iniciaron esta travesía al desierto Sirio. “¡Ruega por nosotros!”, decían al dejar sus hogares, en los cuales sus ancestros habían vivido por 2.500 años. “No os veremos de nuevo en este mundo, pero alguna vez nos reuniremos. ¡Ruega por nosotros!”

Los armenios difícilmente dejaron sus aldeas nativas al comienzo de las persecuciones. Los caminos por los que viajaban eran poco más que senderos para burros, y aquello que había comenzado pocas horas antes como una procesión ordenada, pronto se convertía en una multitud desgredada y hacinada. Las mujeres eran separadas de sus hijos, y los maridos, de sus mujeres. La gente anciana pronto perdía el contacto con sus familias, quedando exhaustos y con los pies lastimados. Los conductores turcos de las carretas de bueyes, luego de exprimir hasta la última moneda de sus “cargas”, repentinamente las descargaban en el camino con sus pertenencias, daban media vuelta y volvían a la aldea por otras víctimas. Así, en poco tiempo, prácticamente todos –jóvenes o viejos– fueron obligados a viajar a pie.

Los gendarmes, a quienes el gobierno supuestamente había enviado para proteger a los exilados, en pocas horas se convertían en sus atormentadores. Seguían la caravana con las bayonetas apuntándoles, pinchando a cualquiera que mostrase una inclinación a aflojar el paso. Quienes intentaban detenerse para descansar o caían exhaustos en el camino eran obligados, con una máxima brutalidad, a unirse nuevamente a la multitud en marcha. Incluso pinchaban con las bayonetas a mujeres embarazadas; si alguna –tal como ocurría frecuentemente– daba a luz en el camino, era inmediatamente forzada a levantarse y reincorporarse a la marcha.

El curso entero del viaje se volvió un forcejeo perpetuo con los habitantes musulmanes. Destacamentos de gendarmes encabezaban la procesión, notificando a las tribus kurdas que sus víctimas se estaban aproximando; los campesinos turcos eran también informados de que su largamente esperada oportunidad había llegado. El gobierno incluso abrió las prisiones y dejó libres a los convictos, en la comprensión que debían portarse como buenos musulmanes con los armenios que se aproximaban. Así, cada caravana sostenía una constante batalla por su existencia con varias clases de enemigos: los gendarmes que los acompañaban, los campesinos y lugareños turcos, las tribus kurdas y las bandas de *chétés* (bandidos). Debemos tener siempre en cuenta el hecho que los hombres, que podrían haber defendido a estos marchantes, habían sido –casi todos– o bien asesinados, o bien forzados a entrar en el ejército como obreros, y que –por otra parte– los exilados habían sido sistemáticamente despojados de toda arma antes del comienzo de esta jornada.

Luego de un par de horas de viaje –contando desde el lugar de inicio–, los kurdos saldrían de sus casas de las montañas y caerían encima de las víctimas; corriendo hacia las niñas jóvenes, levantarían sus velos y llevarían a las más agraciadas hacia las colinas. Robaban a los niños como más les gustase, y sin piedad al resto de la multitud.

En el caso que los exilados hubiesen iniciado el viaje con algún alimento o dinero, sus asaltantes se lo apropiarían, librándolos –sin esperanza alguna– a la inanición. Les robaban sus ropas, dejando a veces a hombres y mujeres completamente desnudos. Mientras los kurdos cometían estas depredaciones y los masacraban libremente, los gritos de las mujeres y los ancianos aumentaban el horror general. Quienes lograran escapar de estos ataques encontrarían nuevos terrores esperándolos en las aldeas musulmanas.

Las bandas turcas caían sobre las mujeres, dejándolas a veces muertas –debido a sus experiencias– y otras, delirantes e insanas. Después de haber pasado la noche en un campamento espantoso como ése, los exiliados o los sobrevivientes volverían a empezar a la mañana siguiente. La ferocidad de los gendarmes –de hecho– aumentaba a medida que la jornada se prolongaba, casi parecían resentidos por el hecho que parte de quienes estaban a su cargo continuaran vivos. Con frecuencia, quien se desplomase en el camino era pasado por la bayoneta en ese mismo lugar.

Los armenios comenzaron a morir de a centenares, a causa del hambre y la sed. Incluso, cuando iban hacia los ríos, los gendarmes –sólo para atormentarlos– no les permitían beber. El calor del sol del desierto quemaba sus cuerpos escasamente vestidos; sus pies desnudos, al caminar por la arena caliente del desierto, quedaban tan lastimados que miles se desplomaron y murieron, o bien fueron asesinados allí donde caían. De esta manera, en pocos días, lo que había sido una procesión de seres humanos normales se volvió una horda de esqueletos tambaleantes recubiertos de polvo, buscando vorazmente trozos de comida, comiendo cualquier desperdicio que encontrasen en su camino, enloquecidos por las visiones horribles que llenaban cada hora de su existencia, aquejados de todas las enfermedades que acompañan estas penurias y privaciones, y aun instigados más y más por los látigos, cachiporras y bayonetas de sus ejecutores.

Así, a medida que los exilados avanzaban, dejaban tras de sí otra caravana: cuerpos muertos y sin enterrar; ancianos y mujeres muriendo a causa de las etapas finales del tifus, la disentería y el cólera; los niños pequeños, recostados de espaldas, dando sus últimos gemidos lastimosos pidiendo agua y comida. Había mujeres que entregaban sus bebés a extraños, rogándoles que los aceptaran y los salvaran de sus atormentadores; si eso fallaba, los arrojaban en pozos o los abandonaban detrás de arbustos para que –al menos– murieran tranquilos. También quedaba atrás un pequeño ejército de niñas vendidas como

esclavas –en general, a un *medjidié* (cargo honorífico turco), por cerca de ochenta centavos–, las cuales, luego de haber servido a los brutales propósitos de sus compradores, eran forzadas a llevar una vida de prostitución.

Una hilera de campamentos llenos de enfermos y moribundos, que se entremezclaban con los cuerpos sin enterrar o semienterrados, marcaba el curso de la multitud que avanzaba. Bandadas de buitres los seguían desde el aire, y perros voraces –que se peleaban entre ellos por los cadáveres– los perseguían constantemente. Las escenas más terribles ocurrían en los ríos, en especial el Eufrates. A veces, los gendarmes empujaban a las mujeres al agua, disparando sobre cualquiera que intentara salvarse nadando.

Frecuentemente, las mismas mujeres salvaban su honor saltando al río, con sus hijos en brazos.

En la última semana de junio –cito de un informe consular– varios grupos de armenios de Erzeroum (un villorrio al norte de Bitlis y Van) fueron deportados en días sucesivos, y la mayoría de ellos, asesinados en el camino, por disparos o ahogados. Una de ellas, la señora Zarouhi, una anciana acaudalada que fue arrojada al Eufrates, se salvó colgándose de un peñasco. Tuvo éxito en alcanzar la orilla y retornó a Erzeroum, para esconderse en la casa de un amigo turco. Ella le contó al príncipe Argoutinsky, representante del sindicato Todos los Rusos Urbanos de Erzeroum, su estremecimiento al recordar cómo los turcos pasaron por la bayoneta a cientos de niños y los arrojaron al Eufrates, y cómo hombres y mujeres fueron desnudados, amarrados juntos de a cientos, fusilados y, luego, arrojados al río. En un recodo del río, cerca de Erzinghan –dijo–, miles de cadáveres crearon tal barrera que el Eufrates cambió su curso cerca de cien yardas.

Es absurdo que el gobierno turco asevere que alguna vez se intentó seriamente “deportar a los armenios a sus nuevos hogares”; el tratamiento dado a los convoyes muestra claramente que el exterminio fue el propósito real de Enver y Talaat. ¿Cuántos exilados al sur, bajo estas repugnantes condiciones, alcanzaron alguna vez su destino? Las experiencias de una sola caravana muestran cuán completamente este plan de deportación se convirtió en uno de aniquilación. Los detalles en cuestión me fueron dados directamente por el cónsul norteamericano en Aleppo y ahora están archivados en el Departamento de Estado, en Washington.

El 1º de junio, un convoy de 3.000 armenios –en su mayoría, mujeres, muchachas y niños– partió de Harpoot. Siguiendo la costumbre habitual, el gobierno les proveyó una escolta de setenta gendarmes, bajo el mando de un líder turco, un *bey* (gobernador turco). De acuerdo con la experiencia usual, estos guardias probaron no ser sus protectores, sino sus torturadores y verdugos. Ni bien

comenzaron el camino, el *bey* tomó 400 liras de la caravana, con la excusa de conservarlas seguras hasta su arribo a Malatia; ni bien los despojó de lo único que podría haberles provisto de alimento, huyó dejándolos a merced de los gendarmes

Durante todo el camino a Ras-ul-Ain, la primera parada hacia Bagdad, la existencia de estos desventurados viajeros fue un horror prolongado. Los gendarmes se adelantaron, informando a las tribus semisalvajes de las montañas que varios miles de mujeres y niñas armenias se aproximaban. Los árabes y los kurdos comenzaron a llevarse a las niñas, los montañeses cayeron sobre ellas repetidamente, violando y matando a las mujeres, y los mismos gendarmes se unieron a la orgía. Uno por uno, los pocos hombres que integraban el convoy fueron muertos. Las mujeres lograron ocultar algún dinero de sus perseguidores, ocultándolo en sus bocas y cabello, dinero con el que habrían comprado caballos, pero fueron –luego– repetidas veces robadas por las tribus kurdas. Finalmente, los gendarmes –habiendo robado, golpeado, violado y asesinado a los exilados durante trece jornadas– los abandonaron a todos juntos. Dos días después, los kurdos continuaron la fiesta y acorralaron a todos los hombres que aún permanecían vivos. Encontraron cerca de 150, con edades de entre 15 y 90 años, llevándose y asesinando prontamente hasta al último.

El mismo día, otro convoy proveniente de Sivas se unió a éste de Harpoot, incrementando el número de personas de la caravana a 18.000. Otro *bey* asumió el comando, para quien –como para todos los que ocupaban el mismo cargo– la oportunidad era considerada meramente para el pillaje, ultraje y matanza.

Este comandante convocó a todos sus seguidores de las montañas y los invitó a trabajar a su entera voluntad con esta gran cantidad de armenios. Día tras día y noche tras noche, las niñas más lindas fueron llevadas; algunas veces volvían en una condición tan lastimosa que relataba por sí misma la historia completa de sus sufrimientos. Algunos rezagados, los que eran tan viejos y enfermos que no podían mantenerse a la par de la marcha, fueron rápidamente asesinados. Cada vez que llegaban a una aldea turca, se les permitía a todos los vagabundos locales servirse de las chicas armenias.

Cuando el decreciente grupo llegó al Eufrates, vieron los cuerpos de doscientos hombres flotando en la superficie. Para este entonces, ya habían sido robados tantas veces que nada tenían, salvo unas pocas ropas desgarradas, que –incluso– también fueron tomadas por los kurdos. La mayor parte del convoy marchó cinco días casi completamente desnuda, bajo el ardiente sol del desierto.

Por otros cinco días no tuvieron más que un mendrugo de pan o una gota de agua. “*Cientos cayeron muertos en el camino –dice el informe–, sus lenguas parecían de carbón*”, y cuando –al final de esos cinco días– llegaron a una fuente, naturalmente todo el convoy se abalanzó sobre ella. Pero los policías les cerraron el camino y les prohibieron tomar una sola gota de agua. Su propósito

fue venderla a una a tres liras la taza, y de hecho, algunas veces hasta retuvieron el agua luego de conseguir el dinero. En otro lugar, donde había pozos, algunas mujeres se arrojaron dentro de ellos, ya que no había sogas ni baldes para recoger el agua. Se ahogaron, y a pesar de ello, el resto de la gente bebió del pozo con los cuerpos allí, contaminando el agua. A veces, cuando los pozos eran poco profundos y las mujeres podían bajar y volver a salir, las otras personas se apresuraban a lamer y chupar sus ropas mojadas y sucias, en un esfuerzo por aplacar su sed. Cuando pasaban por una aldea árabe en su estado de desnudez, los habitantes se compadecían de ellos y les daban viejos pedazos de vestimenta, para cubrirse. Algunos de los exilados —que aún tenían dinero— compraron ropa, pero otros continuaron viajando desnudos todo el trayecto a la ciudad de Aleppo. Las pobres mujeres caminaban a duras penas, a causa de la vergüenza; todas ellas se doblaban, caminando torcidas.

El día diecisiete, unas pocas criaturas llegaron a Aleppo. Del convoy mixto de 18.000 almas, sólo 150 mujeres y niños alcanzaron su destino. Otras pocas, las más atractivas, continuaban viviendo cautivas de los kurdos y los turcos. Todo el resto fue muerto.

Mi única razón para relatar semejantes cosas, tan atroces, es que —sin los detalles— el público angloparlante podría no entender exactamente qué es esta nación que llamamos Turquía. De ninguna manera he relatado los detalles más terribles, ya que una narración completa de las orgías sádicas de las que fueron víctimas estos hombres y mujeres armenios nunca podría llegar a ser impresa en una publicación norteamericana. Cualquier crimen ideado por el más perverso instinto de una mente humana y cualquier refinamiento de persecución e injusticia concebido por la más envilecida imaginación fueron el infortunio diario de este pueblo condenado. Estoy seguro de que toda la historia completa de la raza humana no contiene un episodio tan espantoso como éste. Las grandes masacres y persecuciones del pasado parecen casi insignificantes al ser comparadas con el sufrimiento de la raza armenia en 1915.

La carnicería de los albigenses a principios del siglo XIII siempre fue considerada como uno de los eventos más lamentables de la historia. En ese brote de fanatismo, cerca de 60.000 personas fueron muertas.

En la masacre de San Bartolomeo, unos 30.000 seres humanos perdieron la vida. Las Vísperas Sicilianas, que siempre fueron consideradas como uno de los estallidos más diabólicos de este tipo, causaron la destrucción de 8.000 personas.

Se han escrito muchos volúmenes sobre la Inquisición española bajo Torquemada; sin embargo, tan sólo poco más de 8.000 herejes fueron muertos durante los dieciocho años de su administración.

Tal vez uno de los eventos históricos que más se asemeja a la deportación de los armenios fue la expulsión de los judíos de España, por parte de Fernando e

Isabel. De acuerdo a Prescott, unos 160.000 fueron desarraigados de sus hogares y dispersados hacia Africa y Europa.

Aun así, todas estas persecuciones anteriores parecen casi triviales comparadas con los sufrimientos de los armenios, en las cuales entre 600.000 y 1.000.000 de personas fueron destruidas. Y estas anteriores masacres, cotejadas con el espíritu que dirigió las atrocidades contra los armenios, tienen –al menos– una característica que podría servir como excusa: el haber sido producto del fanatismo religioso; la mayoría de los hombres y mujeres que las instigaron creían sinceramente que estaban sirviendo con devoción a su Hacedor. Sin lugar a dudas, el fanatismo religioso fue un motivo impulsor para el populacho turco y kurdo que asesinó a los armenios como un servicio a Alá, aunque quienes realmente concibieron este crimen no tenían esa motivación. Todos ellos eran prácticamente ateos, sin sentir más respeto por el mahometismo que por el cristianismo; su único motivo fue una política de Estado calculadora y a sangre fría.

Los armenios no fueron el único pueblo sometido que sufrió a causa de esta política de hacer de Turquía un país exclusivo para los turcos. La historia que narré acerca de los armenios podría también contarla, con ligeras modificaciones, respecto de griegos y sirios.

En verdad, los griegos fueron las primeras víctimas de semejante idea nacionalista. (...) En los pocos meses que precedieron a la guerra europea, el gobierno otomano comenzó deportando a sus sometidos helenos a lo largo de la costa de Asia Menor. Estos ultrajes despertaron escaso interés en Europa y Estados Unidos, a pesar de que –en el lapso de tres a cuatro meses– más de 100.000 griegos fueron tomados de sus hogares de siempre, en el litoral mediterráneo, y mudados a las islas griegas y al interior. En gran parte, estas deportaciones fueron realizadas con una buena intención; es decir, los habitantes helenos fueron realmente mudados a nuevos lugares y no sometidos a una masacre total.

Probablemente gracias a la ausencia de cualquier protesta del mundo civilizado contra estos desarraigos es que los turcos decidieron, luego, aplicar los mismos métodos en mayor escala y no sólo a los griegos, sino también a los armenios, sirios, nestorianos y otros pueblos sometidos. En efecto, el prefecto de la Policía de Constantinopla, Bedri Bey, le dijo a uno de mis secretarios que los turcos habían expulsado a los griegos con tanto éxito que decidieron utilizar el mismo método con todas las otras razas del imperio.

El martirio de los griegos comprendió dos períodos: el anterior a la guerra y el que comenzó a inicios de 1915. El primero afectó principalmente a los helenos de la costa marítima de Asia Menor. El segundo, a quienes vivían en Tracia y los territorios que rodean el Mar de Mármara, los Dardanelos, el Bósforo y la costa del Mar Negro. Estos últimos, así como varios cientos de miles de personas, fueron enviados al interior de Asia Menor.

Los turcos adoptaron casi el mismo procedimiento contra los griegos que contra los armenios. Comenzaron incorporándolos al ejército otomano, y luego, convirtiéndolos en batallones de trabajo, utilizándolos para construir caminos en el Cáucaso y otros lugares de acción. Estos soldados helenos, al igual que los armenios, murieron por millares debido al frío, el hambre y otras privaciones.

Se realizaron idénticas requisas casa por casa, en búsqueda de armas escondidas en las aldeas griegas; hombres y mujeres fueron golpeados y torturados, como sus compañeros armenios. Los griegos debieron someterse a las mismas inspecciones forzadas, que en su caso –tal como en el de los armenios– simplemente eran saqueos al por mayor.

Los turcos intentaron forzar a los griegos a convertirse en mahometanos; las muchachas, al igual que las armenias, fueron robadas y llevadas a los harenes turcos, y los muchachos, secuestrados y colocados en hogares musulmanes.

Los griegos, tal como los armenios, fueron acusados de deslealtad al gobierno otomano: los turcos les acusaron de proporcionar provisiones para los submarinos ingleses en el Mar de Mármora y, también, de actuar como espías. Los turcos declararon, además, que no eran leales al gobierno otomano y estaban esperando el día en que formaran parte de Grecia. Estos últimos cargos eran incuestionablemente verdaderos: era esperable que los griegos, después de sufrir los más indescriptibles ultrajes durante cinco siglos a manos de los turcos, estuviesen esperando el día en que su territorio fuera parte de su patria. Los turcos, como en el caso de los armenios, aprovecharon esto como una excusa para una violenta embestida contra toda su raza. Dondequiera que los griegos estuvieran congregados en grupos –bajo la así llamada “protección” de los gendarmes turcos– eran transportados, generalmente a pie, al interior. No se conoce exactamente cuántos fueron dispersados de esta manera, las estimaciones varían entre 200.000 y 1.000.000.

Estas caravanas sufrieron grandes privaciones, pero no fueron sometidas a una masacre general como los armenios, y ésta es –tal vez– la razón por la que el resto del mundo no supo mucho acerca de ellas. Los turcos mostraron hacia ellos una mayor consideración, aunque no por una cuestión de piedad. Los griegos, a diferencia de los armenios, tenían un gobierno que estaba vitalmente interesado en su bienestar. En ese momento había un temor general, entre los aliados teutones, a que Grecia entraría en la guerra del lado de la Alianza, y una masacre al por mayor de helenos en Asia Menor –incuestionablemente– hubiera causado tal conmoción en Grecia que su rey pro alemán habría sido incapaz de mantener a su país fuera de la guerra.

Por lo tanto, sólo fue una cuestión de política de Estado lo que salvó a esos griegos sometidos de Turquía de todos los horrores que cayeron sobre los armenios. Pero sus padecimientos aún son terribles, constituyendo otro capítulo en la larga historia de crímenes por los que la civilización responsabilizará a los turcos.

**Prof. Nélica
Boulgourdjian-
Toufeksian**

Historiadora, profesora de
la Facultad de Filosofía y
Letras (UBA) e
investigadora del
CEIL-Piette (CONICET).

Genocidio armenio, entre la verdad y la negación

La verdad es la última víctima del genocidio.

RICHARD COHEN¹

Introducción

El genocidio armenio es, ya, un acontecimiento de la centuria anterior, pero sigue impune. El Estado turco admite que se produjeron “algunos excesos” en la deportación de armenios durante la Primera Guerra Mundial, pero no reconoce su responsabilidad en la planificación.

No es una novedad que los Estados responsables de crímenes masivos nieguen el haberlos cometido. El genocidio armenio, desde el comienzo, contó con una amplia difusión en la prensa internacional –incluso en la argentina–, así como en libros, artículos, investigaciones oficiales, relatos de testigos oculares² Más aún, los aliados que ocuparon Constantinopla, al menos por breve tiempo, mostraron interés por castigar a los culpables y propiciaron, en 1919, el juicio a miembros del partido *Ittihad* (condenados en ausencia) por su responsabilidad directa en las masacres.³ Fue el único momento en que se intentó clarificar los hechos y castigar a los responsables, puesto que con el advenimiento de Mustafá Kemal, el Estado turco encaró una política de negación y reescritura de la historia, intensificada recientemente con motivo del posible ingreso de Turquía en la Comunidad Europea.

¹ Cohen, Richard. “Killing truth”, en *The Washington Post*, 31/5/83, citado por Hovannisian, Richard. “L’hydre à quatre têtes du négationnisme”, en *L’actualité du génocide des arméniens*. Créteil, Edipol-Comité de Défense de la Cause Arménienne, 1999, pág. 147.

² Entre otros: Boulgourdjian, Nélica. *El genocidio armenio en la prensa argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1985; Kloian, Richard. *The Armenian genocide. News accounts from the American press. 1915-1922*. Berkeley, AAC, 1985; Karamanoukian, Daniel. *El genocidio armenio en la prensa del Uruguay. Año 1915*. Montevideo, 1985. Entre los documentos publicados: Lepsius, Johannes. *Les massacres d’Arménie*. Beirut, Hamaskaine, s/f; Morgenthau, Henry. *Memorias*. Buenos Aires, Comisión Pro Causa Armenia, 1975.

³ Dadrian, Vahakn. *Autopsie du génocide arménien*. Bruselas, Complexe, 1995, pág. 91 y ss.

El presente trabajo se centra en dos cuestiones esenciales para la comprensión de los antecedentes del genocidio armenio y su no reconocimiento: 1) el sustento ideológico del genocidio armenio, y 2) las prácticas de negación como política de Estado.

I. Sustento ideológico del genocidio armenio

La ideología de los Jóvenes Turcos –en el poder cuando el genocidio armenio tuvo lugar–, de fundamental importancia para indagar en sus causas, ha sido poco estudiada,⁴ en particular la figura de uno de sus ideólogos, Zia Gokalp, quien contribuyó con sus escritos a la construcción de la noción de “turquismo” o nacionalismo excluyente, influyendo no sólo en los Jóvenes Turcos, sino en su sucesor, Mustafá Kemal, fundador de la Turquía moderna, en 1923. Sin sus ideas, los “logros” de Kemal hubieran sido poco significativos, dice su traductor.⁵

Con el genocidio se puso en marcha la maquinaria de la negación, puesto que los Estados responsables difícilmente reconocen su culpabilidad y construyen –a lo largo del tiempo– lo que Richard Hovannisian llamó “*patrones de la negación*”, con el objeto de rechazar su responsabilidad y evitar las consecuencias morales, políticas y materiales de la admisión del crimen.⁶

I.1. El contexto multiétnico del imperio otomano

Los nexos institucionales y socioeconómicos entre el grupo dominante (turco) y los dominados (las minorías) –cuyas relaciones deben ser entendidas en el marco de los nacionalismos de 1880 y 1914–,⁷ así como los proyectos de reformas para transformar la condición de inferioridad de los armenios en la sociedad musulmana –a partir del siglo XIX– explican las motivaciones profundas del genocidio armenio.

Desde mediados del siglo XVI hasta el siglo XIX, la organización sociopolítica del imperio se cimentaba en el poder de la élite de musulmanes otomanos, mientras que los otros grupos religiosos no musulmanes estaban organizados –según sus confesiones– en una estructura étnicorreligiosa llamada “*millet*” (nación). Se trataba de un imperio multiétnico, en el cual los armenios eran considerados ciudadanos de segunda clase desde el punto de vista religioso y político. Esto era así porque, según la ley islámica, los no musulmanes tenían el

⁴ Uno de los pocos estudios es el de Libaridian, Gérard, J. “L’idéologie du mouvement Jeunes Turcs”, en *Le crime du silence*. París, Flammarion, 1984 pp. 67-83.

⁵ Devereux, Robert. “Preface”, en Gokalp, Zia. *The principles of Turkism*. Leiden, E. J. Brill, 1988, pág. IX. Traducción: Robert Devereux.

⁶ Hovannisian, Richard. “The Armenian genocide and patterns of denial”, en *The Armenian genocide in perspective*. New Jersey, Transaction, 1987, pág. 130.

⁷ Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1870*. Barcelona, Crítica, 1992, pág. 119.

status de dhimmi (súbditos protegidos, no musulmanes, de un Estado musulmán).⁸

Si bien se trataba de un Estado en apariencia tolerante, los *dhimmi* eran discriminados, pues vivían en condición de inferioridad con respecto a la población musulmana y carecían de derechos políticos, excluidos –por lo tanto– del aparato estatal. Dicha situación se había formalizado con la creación del sistema de *millet*, basado en la religión y la etnicidad, bajo la jurisdicción del Patriarcado de Constantinopla, en el caso de los armenios.

Los antecedentes del genocidio deben ser indagados a partir de la transformación de la condición de inferioridad de los armenios en la sociedad musulmana, en el siglo XIX, con la aplicación de reformas durante el período conocido como *Tanzimat* (1839-1876) o Reordenamiento. Con el *Tanzimat*, las relaciones entre armenios y turcos se deterioraron, puesto que se introdujo la noción de “otomanismo”, entendida como la igualdad entre musulmanes y no musulmanes; en la práctica, la vida cotidiana de los armenios no mejoró. La igualdad teórica ante la ley generó resentimientos y resistencias del *establishment* religioso y de los turcos otomanos en general,⁹ y su consecuente distanciamiento. Se sumó a ello el movimiento de renovación encarado por la élite armenia, conocido como Renacimiento armenio, inspirado en los principios de la Revolución Francesa y los nacionalismos del siglo XIX. Sus pedidos de reforma, por su condición de inferioridad –encabezados por distintos sectores políticos ante las potencias europeas–, la internacionalización de la cuestión armenia luego de la presentación de estos reclamos en el Congreso de Berlín (1878)¹⁰ y, sobre todo, la creación de partidos políticos armenios, entre 1885 y 1890, hicieron el resto.

Sin embargo, una luz de esperanza se abrió con el movimiento de oposición encabezado por los Jóvenes Turcos, integrado por jóvenes intelectuales, que contaba con el apoyo de las minorías (griega, armenia, judía) del imperio por sus inclinaciones “liberales”. Este movimiento –encabezado por los llamados “turcos otomanos”, puesto que reunía a las minorías del imperio– tenía por objeto la deposición del sultán y el establecimiento de un gobierno parlamentario.

En 1908, si bien la escena intelectual estaba dominada por las ideas otomanistas e islamistas, se impuso lentamente una tercera vía: el nacionalismo turco o “tur-

⁸ Astourian, Stephan. “Genocide process. Reflections on the Armenian Turkish polarization”, en Hovannisian, Richard (ed.). *The Armenian genocide*. New York, St. Martin’s Press, 1992, pág. 54.

⁹ *Ibid.*, pág. 56.

¹⁰ Luego de la guerra ruso-turca (1877-1878), los dirigentes de la comunidad armenia, o *millet*, abandonaron su prudencia y solicitaron al jefe militar de la Rusia victoriosa la inclusión, en el tratado de paz proyectado, de ciertas cláusulas que protegieran a los armenios. Lograron así que el tema fuera tratado en el Congreso de Berlín, pero el resultado fue negativo. Hovannisian, Richard. “La question arménienne”, en *Le crime...*, op. cit., pág. 32.

quismo”, encabezado por los Jóvenes Turcos, un partido nuevo de apariencia liberal. El golpe de Estado de enero de 1913, encabezado por Enver Pashá –militar y miembro de este partido–, dio lugar al establecimiento de un régimen dictatorial que fortaleció el proceso de “turquización”, que llevaba implícito la eliminación de la minoría cristiana a nivel interno. En el plano externo dio sustento ideológico al objetivo geopolítico del panturquismo, pues los armenios constituían *“la mayor barrera racial entre los turcos otomanos y los pueblos turcos del Cáucaso y de Transcaucasia, el nuevo reino imaginario de los campeones del panturquismo”*.¹¹

En este contexto, la minoría armenia era un grupo vulnerable, en tanto que los Jóvenes turcos tenían a su disposición el aparato estatal y un partido unido, con un plan predeterminado. Dice Vahakn Dadrian: *“Genocidio es un crimen masivo; presupone un despliegue superior de fuerza contra un grupo vulnerable y débil, que puede ser una minoría, una nacionalidad u otro grupo social. En este sentido, genocidio es –sobre todo– una expresión de poder acumulado y coordinado, condicionado por la presencia y la utilización de ciertas instituciones que cuentan con la ventaja de un poder coercitivo”*.¹²

Sin embargo, un Estado dictatorial no es suficiente para que un crimen de esta naturaleza tenga lugar: *“La fantasía de poder o reducción se cristaliza en una ideología guía”*, según Israel Charney.¹³

1.2. Los ideólogos

Uno de los mentores del genocidio armenio fue Zia Gokalp, quien proveyó de sustento ideológico al plan de exterminio. Para Gokalp, la Nación se limitaría estrictamente a la población musulmana turcoparlante, y su territorio –según surge de sus poemas– superaría al de Turquía.

*El país de los turcos no es Turquía, ni siquiera el Turkeistán.
Su país es más vasto y eterno, es el Turán.*

Y luego sigue:

*La tierra del enemigo debe ser devastada.
Turquía se extenderá y se convertirá en el Turán.*¹⁴

¹¹ Lepsius, Johannes *Todesgang* (La agonía), citado por Hovannisian, R., “La question...”, op. cit., pág. 47.

¹² Dadrian, Vahakn. “The convergent roles of the state and a governmental party in the Armenian genocide”, en *Studies in comparative genocide*. Macmillan/St. Martin’s Press, 1999, pág. 92.

¹³ Charney, Israel. *How can we commit the unthinkable? Genocide, the human cancer*. Boulden, Westview Pree, 1982.

¹⁴ Astourian, S., op. cit., pág. 67.

A partir de sus lecturas –en particular, de la sociología francesa, en la que se inspiró para tomar ciertas nociones que adaptó a su visión de lo que era y debía ser la nueva Turquía–, Gokalp construyó las bases del nacionalismo turco, sobre la idea de una homogeneización cultural y lingüística. Esta noción se puso en marcha con la revolución de 1908, encabezada por los opositores al sultán Abdul Hamid (en el poder desde 1876), jóvenes militares y miembros de los institutos técnicos que constituyeron el Comité de Unión y Progreso (CUP) o “Jóvenes Turcos”. El sultán fue obligado a aceptar la monarquía constitucional, que alentó manifestaciones de fraternidad entre otomanos y cristianos, incluidos los armenios.

Este clima duró poco, pues –como dice el historiador Richard Hovannisian– *“una de las metamorfosis más inesperadas de la historia moderna y de las más trágicas para los armenios fue el proceso que se desarrolló de 1908 a 1914, en el curso del cual los Jóvenes Turcos, de apariencia liberal e igualitaria, se transformaron en nacionalistas extremos, con el objeto de crear un orden nuevo y suprimir la cuestión armenia mediante el exterminio del pueblo armenio”*.¹⁵ Un sector de los Jóvenes Turcos se inclinó por el nacionalismo excluyente, a partir de una estructura homogénea del Estado turco en reemplazo del imperio otomano debilitado.

Fue entonces que, a partir del golpe de 1913, la fracción ultranacionalista de los Jóvenes Turcos tomó el poder, y hasta 1918 el gobierno estuvo en manos de un triunvirato integrado por Enver, ministro de Guerra; Talaat, ministro del Interior; y Djemal, ministro de la Marina.¹⁶ Se fortaleció la ideología del “turquismo”, que suplantaba el principio igualitario del “otomanismo” –en el cual las minorías eran “toleradas”, con sus identidades particulares– y justificaba la violencia para transformar un imperio heterogéneo en un Estado homogéneo, fundado sobre el concepto “un pueblo, una nación”.¹⁷

El medio social en el cual Gokalp pasó la primera parte de su infancia incidió –tal como lo señala Ziyaeddin Fahri¹⁸ en las ideas que –más tarde– desarrolló. Decía Fahri: *“Conviene agregar que el aspecto étnico y político del medio en el cual nace y se desarrolla el pensamiento de nuestro autor, juega –en su formación– un rol decisivo. La minoría armenia de la ciudad, animada de un espíritu nacional como todos los armenios del país, se esfuerza por sustraerse al yugo del imperio y se agrupa en organizaciones políticas ilegales. Alentada por las aspiraciones imperialistas de Rusia, de Inglaterra, ella se propone actuar”*. En nota a pie de página, Fahri agregaba: *“El nacionalismo de Gokalp se explica por las aspiraciones revolucionarias de los armenios (sic)”*.

¹⁵ Hovannisian, R., “La question...”, op. cit., pp. 38-40.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 41-42.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 44.

¹⁸ Fahri, Ziyaeddin “Les sociologues turcs. Zia Gokalp”, en *Action. Revue trimestrelle turque de morale et de sociologie*. N° 1, 1936, pp. 7-8.

A partir de la revolución de 1908, Gokalp ocupó un rol destacado en el CUP, y en 1911, invitado como delegado de Diarbekir (de donde era originario), participó en el Congreso de Salónica, en el cual se establecieron los lineamientos del plan de exterminio de los armenios.

A partir de la descripción de Gokalp de este período clave se observa que su entorno fue determinante en la gestación y ejecución de la política de homogeneización que derivaría en el genocidio armenio. Gokalp señalaba que, durante un tiempo (suponemos la última década del siglo XIX), se discutía en las sociedades secretas revolucionarias cuál de los ideales –panturquismo, pantomanismo o panislamismo– se correspondía con la realidad. Este debate se expandió entre los Jóvenes Turcos de Europa y Egipto, y la idea del otomanismo ganó ascendencia con la revolución de julio de 1908. Sin embargo, luego de la contrarrevolución del 13 de abril de 1909, esta idea comenzó a perder su antigua fuerza ante los panislámicos. Esta era la situación política de Turquía en 1909, cuando fue electo miembro del Comité Central de Unión y Progreso en el Congreso de Salónica.

Las ideas de Gokalp sobre la nación turca fueron difundidas en la revista *Gench Kalemler* (Plumas jóvenes) de Salónica, en la cual publicó el poema *Turán* (1911), con el seudónimo Tefik Sedat. Consideraba que era necesario tomar al “turquismo” como un programa general, con todos sus ideales y no sólo la cuestión de la lengua.¹⁹ Invitaba a “turquizar, islamizar y modernizar”, nociones que se convirtieron en el *slogan* de los reformistas turcos. Lo peligroso de estas ideas era que se ignoraba a quienes reivindicaran otras identidades que no fueran la turca y la islámica.

Un año antes de su muerte, en 1923, Gokalp publicó su libro *Los principios del turquismo*,²⁰ con el objeto de reunir en un único volumen sus ideas y enseñanzas. De sus escritos se infiere el proyecto de fortalecer la sociedad turca sobre la base de quienes se reconocían como turcos.

Según Gokalp, “anteriormente, la nación turca no tenía un lugar reconocido en Turquía, sin embargo hoy (1923) todos los derechos pertenecen a los turcos. Entendía con ello que los turcos eran soberanos en Turquía, siendo dominantes en política, cultura y economía.”²¹

Con anterioridad a la revolución de los Jóvenes Turcos, la población no musulmana había quedado fuera de la vida política y, en consecuencia, se había ocupado fundamentalmente de las actividades económicas. Continúa Gokalp:

Dado que nuestro gobierno permitió a las comunidades religiosas organizarse bajo el liderazgo religioso [sistema de millet], sus organizacio-

¹⁹ Gokalp, Z., op. cit., pág. 8.

²⁰ Gokalp, Z., op. cit.

²¹ *Ibíd.*, pág. 11.

*nes se constituyeron sobre la base de sus empresas sociales, y en este camino, nuestros compatriotas no musulmanes pudieron desarrollarse en la economía. Cuando advertimos la necesidad de una revolución social luego de la política, nuestros compatriotas no musulmanes habían alcanzado una posición más favorable en las esferas económica y social. Las preocupaciones políticas habían forzado a los musulmanes a permanecer débiles en las actividades económico-sociales.*²²

El relativo predominio económico de los armenios se convirtió en una carga negativa, que despertó el resentimiento de los turcos, lo cual acrecentó su vulnerabilidad²³ y facilitó el cambio que Gokalp no explica: el de una sociedad multiétnica –en la cual las minorías tenían ciertos derechos, como el ejercicio de la actividad económica– a una sociedad en la cual “*todos los derechos pertenecen a los turcos*”. Mediante una construcción intelectual, nuestro autor justificaba las “*reformas*” que legitimaron la eliminación de la minoría armenia, sin aclarar a qué tipo de reformas se refería.

Para entender este cambio es importante conocer su comprensión de la nación. Una nación –decía– no es un grupo racial o étnico o geográficos o político, sino que se compone de individuos que comparten un lenguaje común, una religión, una moral y una estética, que reconocen haber recibido una misma educación.²⁴ Según Gokalp, para los racistas turquistas la nación es sinónimo de raza; otros la vinculan con “grupo étnico” (es decir, que todos descenderían de un mismo ancestro, cosa imposible en los tiempos actuales, reconocía). El autor –en cambio– afirmaba que los individuos llegan al mundo como criaturas no sociales, carentes de conciencia social, señalando que no se nace con valores lingüísticos, sociales, políticos, etc.; es decir que los rasgos sociales no son transmitidos por herencia biológica, sino por educación, quitando –así– relevancia a los vínculos étnicos.²⁵

Los conceptos vigentes entonces –el “otomanismo”, como reunión de todos los individuos del imperio otomano (griego, judíos, armenios, kurdos), y el “islamismo”, entendido como la totalidad de los musulmanes– no expresaban la nueva idea de nación que Zia Gokalp y sus seguidores querían instalar. La nación no sería un grupo racial, étnico, geográfico o político, sino que se sustentaría en vínculos establecidos por compartir la misma educación y la misma cultura.²⁶ Concluía Gokalp diciendo que aquellos ciudadanos de Turquía que tra-

²² Gokalp, Zia. “Turkish nationalism and Western civilization”, en *Selected essays of Zia Gokalp*. Londres, Ruskin House, Georges & Unwin, 1959, pág. 56. Prefacio y traducción: N. Berkes.

²³ Dadrian, Vahakn. *Los factores comunes en dos genocidios descomunales. Una reseña de los casos armenio y judío*. Buenos Aires, Fundación B. Arzoumanian, 2004, pág. 14.

²⁴ Gokalp, Z., *The principles...*, op. cit., pág. 15.

²⁵ *Ibid.*, pág. 12.

bajaban por el ideal turco, aun cuando provenían de otros países, no debían ser separados; debía reconocerse como turco a aquel que afirmara serlo y castigar a aquellos –si había alguno– que traicionaran a la nación turca.²⁷

En síntesis, y siguiendo el razonamiento de Gokalp, la sociedad turca tomó conciencia de ser parte de la nación turca a partir de 1908, y desde entonces, las minorías que no se integraran o que reivindicaran su propia identidad serían excluidas. ¿Cómo justificar esta exclusión? Dos nociones tomadas de Durkheim lo ayudaban a explicar lo “normal” y lo “patológico” en una sociedad. Según Gokalp, el objeto de la sociología debía ser el mejoramiento de la sociedad. Si un fenómeno es normal, no habría razón para eliminarlo, aun cuando no fuese moralmente aceptado, como el suicidio; pero si un fenómeno es patológico, existen argumentos científicos para justificar los proyectos de reforma.²⁸

La nación moderna –tal como Gokalp la entendía– era un producto homogéneo de varios elementos raciales, étnicos y religiosos, relacionados entre sí por un mismo pasado histórico. En esta nueva forma de nación, los elementos tribales y teocráticos serían “patológicos”.²⁹

A partir de este análisis cultural que justificaba el “proyecto de reforma”, Gokalp proponía a los líderes de la reconstrucción nacional turca un programa cuyo objeto era preparar la revolución social –luego de la revolución política de 1908–, que significaba una “nueva vida”, no cosmopolita (vinculada con el otomanismo), sino nacional (en el sentido de “turquismo”).³⁰

Y agregaba que, hasta entonces, los no musulmanes habían acaparado experiencia en las actividades económicas; no necesitaron buscar una “nueva vida”, pues imitaron a la civilización europea. En cambio, los turcos –teniendo en cuenta su pertenencia a una religión diferente– no podían reproducir los modelos europeos, sino que debían crear una nueva civilización, según su propia comprensión de los hechos. Esa “nueva vida” no sería una copia, sino una nueva y “genuina civilización, la turca”, en la lengua nacional turca, con el control de la economía y la industria por la nación turca.

Recapitulando, en sus escritos, Gokalp presentó un “programa de renovación” que proponía el desarrollo de una genuina civilización turca, en la cual tendrían cabida quienes se identificaran con ella. No fue el caso de la minoría armenia, cuyos reclamos de reformas e igualdad social y política hicieron de ella un grupo peligroso y, por ende, vulnerable.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 15.

²⁷ *Ibíd.*, pág. 16.

²⁸ Gokalp, Zia. “Turkish...”, *op. cit.*, pp. 22-30.

²⁹ *Ibíd.*, pág. 25.

³⁰ Gokalp, Z., *The principles...*, *op. cit.*, pp. 55-60.

II. Patrones de la negación

La noción de genocidio lleva implícita la destrucción sin límites –destrucción física y degradación de la persona–, así como la eliminación de la entidad jurídica de los sobrevivientes. Las prácticas de la negación demuestran que es doble: por un lado, la de los muertos –es decir, la responsabilidad por el crimen contra la minoría armenia del imperio otomano–, y por el otro, la de la existencia de los sobrevivientes como persona jurídica.

El tema de la negación o “negacionismo” ha sido ampliamente estudiado. Mientras algunos, como el historiador norteamericano Richard Hovannisian,³¹ se centraron en la responsabilidad del Estado; otros, como Vigen Guroian,³² lo hicieron en la responsabilidad colectiva y la justificación oficial. El historiador francés Yves Ternon³³ analizó los alcances del término “negacionismo”, articulado con los límites de la libertad de expresión ; en particular, los casos de intelectuales alineados con la tesis turca.

El historiador Hilmar Kaiser, en su investigación sobre lo que denominó “*negación a la alemana*”, se ocupó de la incidencia del gobierno germano en la desmentida del genocidio armenio. Afirmaba que la misma fue contemporánea de las masacres y contribuyó a su ejecución. En ese sentido, el embajador alemán en Constantinopla, Hans von Wangenheim, afirmaba que “*los intereses esenciales alemanes no debían ser sacrificados por el sostenimiento de los armenios*”.³⁴

Lo interesante del análisis de Kaiser³⁵ es la demostración –a través de los archivos alemanes– de la contribución de sus funcionarios a la construcción de los mecanismos de negación: el embajador Wangenheim hacía saber a la Sublime Puerta que Alemania aceptaría las deportaciones de armenios siempre que fueran justificadas por necesidades militares y a condición de que los deportados fueran protegidos de los pillajes. Otro documento señala que, para justificar las masacres, era necesario demostrar que había habido –efectivamente– un vasto movimiento de subversión de la población armenia en Turquía, al cual el gobierno había tenido que reprimir para preservar su continuidad.³⁶

³¹ Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit., pp. 111-133.

³² Guroian, Vigen. “Collective responsibility and official excuse making. The case of the Turkish genocide of the Armenians”, en Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit., pág. 135.

³³ Ternon, Yves. *Du négationnisme. Mémoire et tabou*. París, Desclée de Brouwer, 1999; Ternon, Yves. *El Estado criminal. Los genocidios del siglo XX*. Barcelona, Península, 1995.

³⁴ Kaiser, Hilmar. “Le génocide arménien. Négation à l’allemande”, en *L’actualité...*, op. cit., pág. 79.

³⁵ *Ibíd.*, pp. 80-81.

³⁶ *Ibíd.*

Marjorie Housepian Dobkin señala, en su trabajo,³⁷ que si bien la prensa de los Estados Unidos le otorgó una amplia cobertura a la política turca de exterminio de los armenios, luego se instaló la teoría de “los dos lados de la historia”, con una verdad compartida. La reescritura de la historia se sustentó en el argumento que hubo una guerra, en la cual murieron personas de ambas partes. Los intereses económicos norteamericanos en Turquía favorecieron el cambio gradual en la opinión pública, que se manifestó en la “teoría de la responsabilidad compartida”, aceptada por una parte de la sociedad.

II.1. Mecanismos de la negación

Los argumentos básicos de la negación perduraron a través de las décadas —en particular, la falta de responsabilidad y la culpabilidad de la víctima—, pero las tácticas cambiaron según los momentos.³⁸

II.1.1. Primera etapa de gestación: Negación absoluta y justificación (contemporáneas a las masacres)

Desde los inicios de las deportaciones en masa, los Jóvenes Turcos pusieron en marcha un sistema de defensa, cuyo objeto era la transformación de una realidad histórica en una cuestión sujeta a controversia.³⁹ Las publicaciones de la época y las declaraciones oficiales asignaban a los armenios comportamientos desleales (culpabilidad de la víctima), así como referían a la inminencia de una rebelión en el interior del país y la necesidad de evitarla.

Un documento importante fue publicado por el gobierno turco en 1916, *Verité sur le mouvement révolutionnaire arménien et les mesures gouvernementales*, cuyo objeto era salir al paso de los cargos por las atrocidades cometidas; dicho texto puede ser considerado un modelo de la negación. El término “*deportación*”, empleado en la documentación turca, encubría el verdadero objetivo de la eliminación de la población armenia:

Para prevenir las dificultades que los armenios ubicados en zonas militares puedan ocasionar al ejército y al gobierno, para evitar posibles disturbios de armenios contra la población musulmana, para proteger las comunicaciones del ejército imperial y prevenir posibles golpes fue decidido el traslado de armenios de las zonas militares a otras localidades.

Para asegurar el orden interno y la seguridad externa del país fue in-

³⁷ Housepian Dobkin, Marjorie. “What genocide? What Holocaust ? News from Turkey, 1915-1923. A case of study”, en Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit., pp. 97-109.

³⁸ Véase, sobre todo, Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit.

³⁹ *Ibid.*, op. cit., pp. 113-114.

dispensable la remoción de los armenios de los lugares donde su presencia era peligrosa. (...)

Durante la aplicación de estas medidas, lamentables actos de violencia fueron cometidos en algunas oportunidades, pero aunque lamentables, estos actos fueron inevitables por la profunda indignación de la población musulmana.⁴⁰

En las *Memorias póstumas* de uno de los responsables directos del genocidio, Talaat Pashá –luego de haber sido declarado culpable en ausencia y antes de ser asesinado en Berlín, en 1921, por un armenio cuya familia había muerto durante las masacres– decía que los armenios de las provincias orientales habían sido deportados, pero que no había existido un plan predeterminado de aniquilación. Algunos inocentes habían sufrido excesos por abusos de autoridad –agregaba–, pero se justificaba al decir que no era posible permitir que el país se dividiera y se instalara la anarquía en Anatolia. “*Medidas preventivas fueron tomadas por todos los países durante la guerra –decía–, pero si actos lamentables habían pasado desapercibidos en otros países, el eco de los nuestros fue escuchado en todo el mundo porque los ojos de todos estaban puestos en nosotros*”.⁴¹

Estos dos ejemplos, uno de un responsable directo y el otro de un documento de propaganda estatal, prueban que la negación comenzó con el crimen mismo.

II.1.2. Segunda etapa de desarrollo: Propaganda encubierta por vía de los canales diplomáticos

En la etapa de entreguerras, Turquía intentó rechazar el hecho sin demasiadas estridencias, mediante canales diplomáticos o presiones políticas.⁴² En los años treinta, por ejemplo, Turquía presionó al Departamento de Estado norteamericano para evitar que los estudios MGM produjeran un filme basado en la novela de Franz Werfel *Los cuarenta días de Musa Dagh*, que narraba con claridad el martirio de un grupo de armenios en Antioquía, sobre el mar Mediterráneo.⁴³

Esta etapa, como se ha visto en un trabajo anterior,⁴⁴ coincide con la recordación del genocidio como una conmemoración privada en memoria de los familiares masacrados, que fue determinante en la institucionalización de la con-

⁴⁰ Guroian, V., op. cit., pág. 141.

⁴¹ “Posthumus memoirs of Talaat Pashá”, en *Current history*, 15/11/21, pp. 294-295. En Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit., pág. 117-118.

⁴² Smith, Roger W. et al. “Professional ethics and the denial of Armenian genocide”, en *Holocaust and genocide studies*. Vol. 9, 1995, pág. 3.

⁴³ Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit., pp. 120-121.

⁴⁴ Boulgourdjian-Toufeksian, Névida. “La recordación del genocidio armenio en la etapa de entreguerras”, en *Los derechos humanos y la vida histórica. Actas del II Encuentro sobre Genocidio*. Buenos Aires, Edición del Centro Armenio, 2002, pp. 39-54.

memoración del 24 de abril. En el período de entreguerras se desarrollaron, entonces, los rituales que modelaron esta fecha como día de recordación.

II.1.3. *Tercera etapa de expansión: Propaganda activa, la negación en el campo académico*

Es sobre todo a partir de la “explosión” de la recordación del 24 de abril en el ámbito público –con el cincuentenario del genocidio armenio, en 1965– que el gobierno turco orientó sus esfuerzos a “reescribir” la historia mediante publicaciones –de difusión general o académica– para el consumo externo (gobiernos extranjeros), con el objeto de rehabilitar a los perpetradores y responsabilizar a las víctimas.

En la década del sesenta se hicieron esfuerzos por influir sobre periodistas, docentes y funcionarios públicos para contar “la otra cara de la historia”. Se alentó la consulta de los archivos sobre el genocidio a estudiosos extranjeros, con el objeto de dar una versión de los hechos adaptada a la postura turca, al decir que la guerra había afectado más la vida de los turcos que la de los armenios.⁴⁵

En un interesante trabajo de Clive Foss sobre libros de Historia turca, con el objeto de detectar el lugar que en ellos ocupa la temática armenia, el autor señala que la historia oficial se propuso demostrar la prioridad absoluta de la población turca en el territorio de Anatolia, mientras que la presencia armenia (a pesar de su importante concentración en esa región) era insignificante.⁴⁶ En tanto, otros autores, si bien la reconocían, le asignaban una antigüedad menor a la de la población turca. Finalmente, salvo algunas excepciones –señala Foss–, los escritos turcos son tendenciosos, pues reducen la presencia armenia en el mapa de Turquía hasta prácticamente su desaparición.

En los ochenta se invirtieron importantes sumas para –por un lado– confundir a la opinión pública internacional, mediante publicaciones con apariencia de serias, y –por otro lado– atraer a su campaña de tergiversación al ámbito académico no turco. Turquía dirigió sus ataques a conferencias internacionales y discusiones públicas sobre el genocidio, y ejerció presiones para que no se tratase el “caso armenio” en una conferencia internacional en Tel Aviv, en 1982 –“el llamado ‘genocidio armenio’”, decía-, mediante amenazas.

Asimismo, se invirtieron importantes sumas para crear institutos dedicados a la investigación de la historia turca, con el objeto de profundizar la negación y mejorar la imagen. Uno de los especialistas en el campo académico es Heath Lowry, un universitario norteamericano que puso su nombre y prestigio al ser-

⁴⁵ Hovannisian, R., “The Armenian genocide and patterns of denial”, op. cit., pp. 113-114; 124-127; 129-130; Smith, R. W. et al., op. cit., pág. 3.

⁴⁶ Foss, Clive. “The Turkish view of Armenian history. A vanishing nation”, en Hovannisian R. (ed.). *The Armenian genocide*, op. cit., pág. 256.

vicio de la empresa de la negación.⁴⁷ La captación de intelectuales al servicio del Estado turco tendría la función de desacreditar a todo autor que presentara el genocidio armenio como una verdad histórica.

La desmentida del crimen encierra una negación total, al decir que el genocidio no tuvo lugar y que las víctimas tendrían cierta responsabilidad en su eliminación. El objetivo es instalar la idea del “sí, pero” como una de las formas de la negación: los armenios murieron, pero también los turcos; el conflicto tuvo lugar, pero fue una guerra civil en el contexto amplio de una guerra.⁴⁸

Como parte de la política de negación, el Estado turco ejerce el control estatal de quienes consultan los archivos otomanos, cerrados al público hasta 1989. Una prueba de ello es la denuncia del historiador Hilmar Kaiser: “*Quienes sostienen la tesis negacionista turca tienen la exclusividad o la prioridad para acceder a ciertos documentos*”.⁴⁹ Además, ha comprobado que existen textos consultados por ciertos autores a los cuales él no ha tenido acceso. Otro historiador, Ara Sarafian, manifestó haber pasado por la misma experiencia en los archivos turcos,⁵⁰ realidad que lleva a preguntarnos sobre la confiabilidad de los mismos.

II.2. Argumentos para una justificación inverosímil

Los argumentos en que se basó el Estado turco para justificar los actos pueden ser reunidos en las siguientes ideas:

- 1) Los armenios se comportaron en forma desleal y se rebelaron;
- 2) El gobierno turco se vio obligado a desplazarlos porque estaban ubicados cerca del frente y colaboraban con el enemigo;
- 3) Hubo víctimas, como también las hubo entre la población turca, a pesar de todas las recaudas tomadas para proteger las vidas y los bienes de los deportados. Se trató de una guerra, en la cual el ejército y la población civil fueron sometidos a terribles sufrimientos.⁵¹ Las muertes, en consecuencia, no fueron actos organizados.⁵²

Esta forma de negación, que incluye la ocultación de la verdad histórica, contrasta con las múltiples pruebas existentes. Incluso, sus argumentos se desmoronaron en el mismo momento en que se construyeron; es decir, cuando en 1919, en Constantinopla –ocupada por los aliados–, se efectuó el juicio a los res-

⁴⁷ Smith, R. W. et al., op. cit., pp. 2-4.

⁴⁸ Smith, Roger W. “The Armenian genocide. Memory, politics and the future”, op. cit., pág. 11.

⁴⁹ Kaiser, H., op. cit., pág. 76.

⁵⁰ Sarafian, Ara. “Réexamen du ‘Débat sur les archives ottomanes’”, en *L'actualité du génocide des arméniens*, op. cit., pp. 128-130.

⁵¹ Ternon, Y., op. cit., pp. 19-20.

⁵² *La cuestión armenia en nueve preguntas y respuestas*. Ankara, Instituto de Política Extranjera, 1992.

pensables de las masacres de armenios, condenados en ausencia por ese crimen. En ese momento se demostró que el Comité Unión y Progreso había organizado la eliminación y que el argumento de la revuelta era falso. Sólo había habido movimientos de autodefensa, como un último recurso para evitar la muerte.⁵³

Durante décadas se intentó reducir el genocidio armenio a una materia de disputa y controversia, con el objeto de evitar que se aplicara al “caso armenio” la noción de “genocidio”.

Se utilizaron distintos procedimientos:

- a) No se diferenció a las víctimas de las masacres de quienes murieron durante el conflicto bélico.
- b) Se presentó el genocidio armenio como una guerra civil en el marco de la Primera Guerra Mundial.
- c) Las víctimas y los victimarios fueron colocados en el mismo plano, es decir que se los consideró como antagonistas en una contienda.
- d) Las víctimas fueron transformadas en victimarios, como iniciadoras de la violencia.⁵⁴

Finalmente, Turquía trató de minimizar los hechos mediante:

- 1) El reemplazo de la noción de “genocidio” por la de “masacres aisladas y locales”.
- 2) La presentación de la deportación como la “ficción de una transferencia”, legítima para la legislación turca.
- 3) La negación de la intención, con la cual se niega la planificación.⁵⁵

Consideraciones finales

La noción de “turquismo” (nacionalismo turco), que suplantó al principio igualitario del otomanismo, justificó la exclusión de aquellos que no eran reconocidos como parte de la nación turca por no compartir su cultura. Entre ellos, los armenios, quienes no eran considerados parte de la sociedad civil pues no eran turcos ni musulmanes y no compartían su educación y su cultura, elementos fundamentales para ser parte de la nación turca, según Gokalp. Si bien éste no aludía de manera explícita a la fuerza o la violencia para excluir a aquellos que no se consideraban parte de la nación, otros sí lo hicieron, como el historiador Bernard Lewis, quien señalaba: “*Si la turquización y la islamización no hubiesen sido aceleradas en estas regiones [Anatolia] mediante la utilización de la fuerza, seguramente no habría hoy una república turca, una república que debe*

⁵³ *Ibíd.*

⁵⁴ Véase cómo Turquía construyó el discurso de la negación en *La cuestión armenia...*, op. cit., pp. 16-32.

⁵⁵ Ternon, Y., *El Estado...*, op. cit., pp. 195-200

su fuerza y estabilidad a la homogeneidad de su población, un Estado que es un socio apreciado de los Estados Unidos".⁵⁶

Zia Gokalp fue uno de los ideólogos más influyentes del partido gobernante y de su sucesor, Mustafá Kemal. Proponía un orden nuevo, una "nueva vida", en la cual sólo tendrían cabida quienes aprehendieran la cultura turca, fuesen albaneses, árabes o armenios. Este orden nuevo llevaba implícita la transformación del imperio otomano heterogéneo (otomanismo) en un Estado homogéneo (turquismo), fundado en el concepto de "un pueblo, una nación".

La posición de subordinación de los no musulmanes respecto de los musulmanes se apoyaba en el cuerpo de doctrinas adoptado por el Estado otomano.⁵⁷ Dada la influencia del islam sobre la vida de las personas, los Jóvenes Turcos tomaron el "*principio de subordinación de los unos y superioridad de los otros*"⁵⁸ como sustento de su ideología. En suma, los Jóvenes Turcos –agnósticos– tomaron la noción de "nación dominante", la nación turca, sobre las minorías y eliminaron la legitimidad de cualquier expresión de nacionalismo de los grupos "tolerados". Toda resistencia a la superioridad de la población turca era interpretada como una amenaza para la sociedad.

Para finalizar, el genocidio lleva implícita la destrucción sin límites; es decir, la aniquilación física de las personas, así como la eliminación de la entidad jurídica de los sobrevivientes. La destrucción de la persona física fue profundizada con la negación de los hechos por el Estado turco. Algunos académicos acompañaron esta posición; se elaboraron diversas tesis con el objeto de desacreditar los testimonios de los sobrevivientes. Los historiadores turcos presentaron una visión remozada y adaptada –acorde con la nueva imagen que se quería proyectar– al decir que los armenios nunca habrían existido en la llamada "Armenia histórica". La verdad histórica fue, entonces, una víctima más de los responsables del genocidio armenio.

⁵⁶ Lewis, Bernard et al. *The United States, Turkey and Iran*. Cambridge, Mass., 1951, pág. 61. En Hovannisian, R., "La cuestión...", op. cit., pág. 60.

⁵⁷ Dadrian, Vahakn. *Autopsie...*, op. cit., pp. 29-32

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 30.

**Lic. Florencia
Schkolnik**

Socióloga (UBA),
docente e investigadora
en formación.

Reflexiones de índole estadística acerca de las visitas guiadas al Museo de la Shoá*

El siguiente informe tiene como objeto analizar el público que ha concurrido al Museo de la Shoá para participar de las visitas guiadas, plasmando estos datos gráficamente.

La metodología empleada para recabar esta información fue a través de la encuesta, herramienta que pertenece al estudio cuantitativo de un fenómeno. Nuestro interés es que –por medio de gráficos y cuadros que se presentan a continuación– se pueda conocer esta actividad del Museo.

Una de las características del método estadístico es representar, por medio de números, situaciones concretas; en este caso, referidas al público del Museo. Nunca hay que perder de vista que detrás de estas cifras se encuentran personas, que estos dígitos representan nada más y nada menos que individuos.

El Museo de la Shoá de Buenos Aires cuenta con un sector encargado de realizar visitas guiadas a aquellos que lo soliciten. Este relevamiento se ha hecho entre instituciones educativas que han pedido este servicio. Estas escuelas se ubican en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, son de carácter público y privado, laicas y religiosas.

Durante el año 2005, 8.344 personas visitaron el Museo. En el siguiente cuadro se puede observar la distribución de las visitas por mes, tanto de alumnos como de turistas que concurrieron de manera individual:

* Relevamiento por encuesta. Cuestionario con preguntas cerradas, de opción simple y auto-administrado, contestado por colegios. Muestra: 69 casos. Buenos Aires, 2005.

Visitas mensuales al Museo en 2005, por porcentaje de procedencia de los asistentes

	Escuelas públicas	Escuelas privadas	Otros	Total
Enero	0%	0%	0%	100%
Febrero	0%	0%	0%	100%
Marzo	0%	0%	100%	100%
Abril	0%	67%	33%	100%
Mayo	4%	24%	72%	100%
Junio	51%	49%	0%	100%
Julio	5%	3%	92%	100%
Agosto	19%	74%	7%	100%
Septiembre	40%	60%	0%	100%
Octubre	50%	50%	0%	100%
Noviembre	46%	54%	0%	100%
Diciembre	5%	0%	95%	100%

Si tomamos en consideración los meses del año, se puede observar que el nivel de visitas de las instituciones escolares –cualquiera sea su índole– en los primeros cuatro fue prácticamente nulo –debido al receso escolar–, mostrando la categoría “Otros” un altísimo número de asistentes en marzo. Este ítem también presenta un alto nivel de concurrencia en julio –período de vacaciones de invierno, con un 92 %– y diciembre, cuando las visitas del público en general alcanzaron un 95% del total.

Continuando con la dimensión temporal como modo de análisis y el año escolar dividido en trimestres, podemos observar que en el correspondiente al inicio del ciclo lectivo (marzo-abril-mayo), la asistencia al Museo aumentó de manera paulatina, pero no de igual forma si se distinguen las instituciones educativas privadas de las públicas. Ello se debe a que estos meses son de “reacomodamiento” y a que los distintos mecanismos burocráticos de autorizaciones del colegio hacia los padres y viceversa lentifican el proceso.

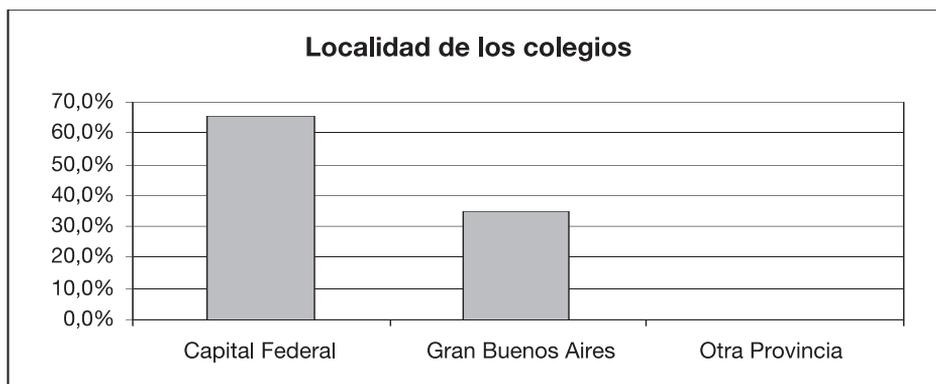
Visitas al Museo en 2005, por porcentaje mensual de procedencia de los asistentes

	Escuelas públicas	Escuelas privadas	Otros
Enero	0%	0%	0%
Febrero	0%	0%	0%
Marzo	0%	0%	2%
Abril	0%	1%	2%
Mayo	6%	24%	75%
Junio	13%	7%	0%
Julio	1%	1%	18%
Agosto	4%	10%	1%
Septiembre	20%	18%	0%
Octubre	24%	15%	0%
Noviembre	31%	24%	1%
Diciembre	1%	0%	1%
Total	100%	100%	100%

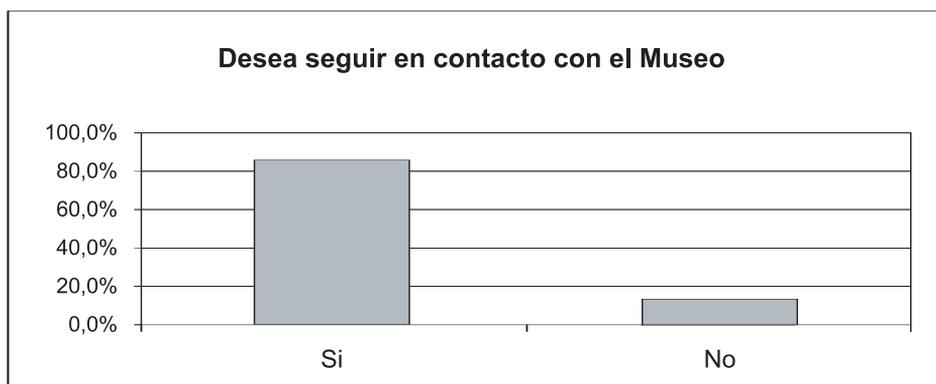
Analizando los datos según el carácter de la institución que concurrió al Museo podemos determinar que las visitas de colegios públicos se concentran en el tercer trimestre del año, con un 31 % en noviembre. Esta asistencia es importante si se la compara con mayo (6%) y agosto (4%). No obstante, se puede observar un aumento progresivo a lo largo del año. Los establecimientos privados presentan una mayor concurrencia al final de los trimestres primero (24% en mayo) y tercero (24% en noviembre).

Si tomamos como eje de análisis las escuelas cuyos docentes han respondido la encuesta suministrada por el Museo una vez concluida la visita, podemos analizar otros datos que son interesantes para conocer un poco más acerca de esas instituciones.

En lo que respecta a su ubicación geográfica, el 65% de las instituciones educativas provino de la Capital Federal y solamente un 35% lo hizo desde el Gran Buenos Aires, presentándose nulas las visitas de colegios del interior el país.



La voluntad de “Seguir en contacto con el Museo” fue otra categoría importante que se les preguntó a los docentes encuestados.



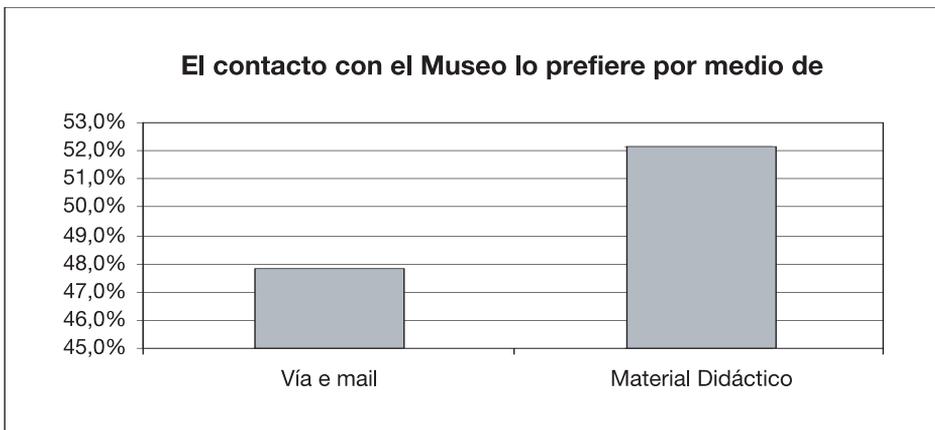
El 85% de ellos se mostró favorable a mantener relación y comunicación con el Museo. Este cuadro demuestra un gran interés, por parte de la comunidad, de conocer –a través de las visitas guiadas– situaciones políticas, sociales y culturales que acontecían en Europa, y cómo las mismas repercutían en nuestro país. No olvidemos que la transmisión es una herramienta que posibilita la memoria.

Así, el Museo –en tanto “lugar de memoria”¹ es uno de los ámbitos en los cuales el pasado y el presente se conjugan y combinan. Lejos de ser un espacio estático, que solidifica el recuerdo, es un lugar en el cual permanentemente se lo debate.

¹ “Les lieux de mémoire”, concepto acuñado por Pierre Nora (1984-1992). En su “Introducción” al primer volumen, Nora analiza una serie de definiciones acerca de esta idea. Ver Nora, Pierre. “Between memory and history”, en Nora, Pierre (editor). *Realms of memory. The construction of the French past*. New York, Columbia University Press, 1984, Vol. I, pág. 3.

Por eso, las visitas son un elemento importante como un instrumento que permite pensar y repensar lo acontecido a la humanidad.

A la pregunta “¿De qué manera es posible permanecer en contacto?”, el 52% de los encuestados respondió “por medio de material didáctico”. El resto prefirió la información virtual.



De una u otra manera, la transmisión está presente. Este “lugar de memoria” está en un constante hacer, y qué mejor manera de construir que de la mano de la difusión.

A continuación podemos observar que ésta se concentra a través de dos canales:

Por referencia de	Porcentaje
Docente	36,23%
Medios de comunicación	42,03%
Otros	19,84%

Si bien estos datos muestran pequeñas diferencias porcentuales entre los indicadores, se puede observar que ambos canales son apropiados para la difusión de la existencia del Museo, ya que cuatro de cada diez de los docentes se enteró de ella por medio de otro colega y otro tanto por un medio de comunicación.

Sabemos que si no hay transmisión, la memoria se acaba. Por ello, ésta es una actividad permanente y la educación, un medio excelente. Los docentes, en tanto actores del sistema educativo, son sujetos centrales en este proceso de formación y transmisión, pero –por supuesto– no los únicos.

Es así como este ejercicio de recordación es fomentado a través de las visitas guiadas. El dinamismo otorgado por éstas anula y deja sin efecto la idea de un pasado estático, ya que generan un “espacio entremedio”,² en el cual lo pretérito se encuentra y recuerda, pero siempre pensándolo desde el presente.

² “*In between*”, término que pertenece a Homi Bhabha, El autor lo entiende como un espacio intermedio a llenar. Bhabha, Homi. “Narrando la nación”, en Fernández Bravo, A. (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires, Manantial.

**Lic. Damián
Weizman**

Master en Periodismo.
Jefe de la sección
Sociedad del diario *Los
Andes* de Mendoza.
Ganador del certamen
“Marcha por la Vida”.

Relatos de una travesía de Auschwitz a Jerusalem

Una mirada de “Marcha por la Vida”
desde adentro

El ejercicio era nada sencillo: había que retrotraerse más de sesenta años e imaginar un lugar que fue destruido y vuelto a construir. Pero el pueblo, la gente, las familias ya no estaban, y tal vez ése era el capítulo más difícil de resolver. El desafío no era igual para todos, y el viaje implicaba algo distinto para cada uno.

Era la tercera vez que Saúl Goldblit se embarcaba en “Marcha por la Vida”. El ya había podido reconstruir su historia, pero ahora lo hacía para darle la misma oportunidad a su hermana, Josefa. Juntos volverían al pueblo, a la casa donde vivió su familia antes de formar parte de los 2.800.000 judíos polacos asesinados. En otra etapa de la vida y con sólo 17 años, a Nicolás Brukman lo movilizaba la misma inquietud; es que sus abuelos están entre aquellos que lograron sobrevivir y pudieron dar testimonio.

Para los demás, en su mayoría adolescentes y compañeros de colegio, este recorrido iría adquiriendo significado a medida que pasaran los días. Para mí, implicaba completar una imagen, terminar de comprender lo narrado por los sobrevivientes y sus familias en los sucesivos encuentros que dieron pie a mi trabajo.

Era el 21 de abril y, a pesar de estar en plena primavera y haber amainado el crudo invierno, Varsovia se presentaba como una ciudad triste, gris, fría... Quizás éste era uno de los mayores desafíos del itinerario: tratar de desentrañar cómo era la vida judía antes de que el nazismo perpetrara su plan de aniquilación.

En la capital polaca se había desarrollado la comunidad judía más grande de Europa: eran 375 mil judíos (un tercio de la población de la ciudad), que a partir de 1940 vivieron una pesadilla de la cual la mayoría jamás despertó. Fueron trasladados al gueto de Varsovia, que –con el correr del tiempo– llegó a albergar a ocho personas por habitación.

Tras el muro de tres metros, el hacinamiento, la falta de alimentos y las enfermedades ocasionaron miles de muertes. El terror ya estaba instalado cuando el 22 de julio de 1942 empezó la deportación, en trenes, a Treblinka. El 19 de abril de 1943 sería recordado como el heroico día del levantamiento del gueto, que fue destruido por los nazis tras casi un mes de combate.

Ahí estábamos –63 años después– frente a un muro, tratando de imaginar, de entender lo inentendible. Escasos restos de la antigua Varsovia siguen en pie en medio de una nueva ciudad. Una ciudad en la cual frente a un Mc Donald's persiste una pared de lo que fue el gueto, en la cual parte de aquellos edificios hoy han sido ocupados por indigentes, o en la cual los habitantes de un barrio residencial se quejan porque grupos de jóvenes recorren sus tristes calles plagadas de nostalgia. Además de esos recuerdos, en Varsovia quedó en pie la sinagoga de Nozyk, que fue recuperada y es el nexo de una pequeña comunidad judía que los viernes celebra el *Shabat*.

Las calles de la ciudad de *El pianista* –la película de Roman Polanski– parecen conformar un inmenso museo. Los monumentos brotan en cada rincón y rescatan miles de nombres, de víctimas y de aquellos que pelearon hasta el último instante, como los combatientes del gueto o Janusz Korczak, quien dirigió el orfanato y decidió correr el mismo destino que sus chicos, quienes murieron en la cámara de gas.

Así, Varsovia despertaría diversas sensaciones en los integrantes del grupo, y en especial en los chicos: “No pensaba que podía vivir gente en lo que fue el ghetto”, “Me llamó la atención la cantidad de monumentos en las calles”, “Hasta ahora no me había podido imaginar lo que significaba un ghetto, pensé que era más chico”, “Es difícil tratar de sentir lo que pasaba, cuando en el mismo lugar ahora hay restaurantes y *pubs*”.

Lo que seguía, en el viaje, eran escenarios más crudos, muchos de los cuales aún están intactos, como el campo de exterminio de Majdanek, en el corazón de la ciudad de Lublin.

No obstante, el quiebre emocional para muchos se produciría antes, en uno de los *shtetl* (“poblado”, en ídish) apartados de las grandes ciudades, donde los judíos de Europa Oriental conformaban la mayoría de la población y vivieron por cientos de años.

En Tycoczin-Tiktin, al nordeste de Polonia, fundado en 1552, vivían 2.500 judíos en los '40. Esta comunidad era como una gran familia, en la que todos se conocían; cuando había un casamiento, la mayoría asistía, al igual que a los entierros o cualquier otro acontecimiento. Al desatarse la guerra y dividirse el país, esta zona quedó bajo el dominio de los rusos, por lo que su gente vivió tranquila por lo menos un año más, hasta que Alemania terminó con el pacto y atacó a la Unión Soviética.

De aquellos días previos a la ocupación nazi aún queda en pie una sinagoga, reconstruida y reabierto tras la guerra. Funciona como una especie de museo, y en su interior –a través de imágenes, una maqueta y los elementos de la época– se pueden evocar esos años de esplendor social y cultural. Afuera, el verde ganaba la mayoría del terreno y el frío aflojaba en este mediodía de fines de abril. Los chicos del grupo se mostraban entusiasmados con un lugar que daba pie a

imaginar a los personajes del pueblo, como el lechero, el *moré* (maestro) o el *rav*. Minutos después conocerían el anunciado final de la historia, en el mismo sitio en que sucedió: el bosque de Lopojoa, a pocos minutos de allí.

En medio de una espesa arboleda, los alemanes habían mandado cavar tres grandes fosas. El domingo 24 de agosto de 1941 les ordenaron a los judíos del pueblo reunirse en la plaza central. Entre la gente circulaba la teoría de que los trasladarían para trabajar; muchos creían que irían al ghetto de una ciudad cercana. Lo cierto es que, ese día, todas las familias estaban allí, expectantes. Muy temprano por la mañana llegaron camiones de la Gestapo, a los cuales subieron a las mujeres, niños y ancianos; a los hombres los hicieron caminar.

“Había madres hasta con cuatro hijos. Al llegar al bosque nos hicieron desnudar y ubicar sobre una colina, junto a una fosa”, cuenta una sobreviviente de la masacre. Los gritos, llantos y súplicas habían quebrado la tranquilidad de Lopojoa; a continuación llegarían los eternos estallidos. “Mi tía estaba con sus hijos, todos agarrados de la mano, y les dispararon. Nos fusilaron y nos empujaron a las fosas”, continúa el relato de esta mujer —entonces niña—, a quien un disparo hirió, y luego pudo salir de un pozo de cinco metros de profundidad, repleto de cadáveres. Ese fue el fin de los judíos de Tiktin.

Y si sólo el escuchar esta narración hace estremecer, la sensación de estar allí, frente al mismo sitio en que se cavaron las fosas, es indescriptible. Hoy, en Lopojoa reina una inquietante tranquilidad, un silencio absoluto que hace erizar la piel... y que se volvió a quebrar con las lágrimas.

En un ambiente teñido de tristeza, el programa continuaba. A no muchos kilómetros de allí esperaba Treblinka, un campo apartado de la urbanización, creado con el único fin del “exterminio” y en cuya edificación se simulaba una estación de trenes para desorientar a las víctimas, para que éstas ingresaran sin resistencia a las cámaras de gas. Hasta allí arribaban los trenes de Varsovia, entre otras ciudades de muchos países.

En los trece meses que funcionó asesinaron a 870 mil personas. El 2 de agosto de 1943, los prisioneros se rebelaron y algunos lograron huir. Posteriormente, el campo fue destruido por completo, con la intención de no dejar evidencias de la matanza.

En los años sesenta, en el predio se levantaron varios monumentos; uno de ellos está compuesto por miles de rocas, con la inscripción de cada comunidad judía aniquilada. Y en medio de un “paisaje” (por sus verdes y bosques) en el que trataron de ocultar casi un millón de crímenes, muchos de los visitantes de Treblinka encuentran en esas piedras los nombres de poblaciones de las cuales fueron arrancados sus seres queridos. Una de ellas fue Gabriela (19), quien se emocionó al hallar el Zablubow natal de su familia.

Mientras, a Nicolás, el regreso de Treblinka le depararía una sorpresa. Desde el colectivo pudo distinguir —según los relatos de su familia— el lugar por el cual

su abuelo había logrado escapar a territorio ruso durante la ocupación nazi. “Reconocí el puente porque era celeste y blanco, y cuando me dijeron el nombre del río (Brok), supe que era ése. Fue una emoción fuerte, que me conectó más con el viaje”, cuenta entusiasmado. Apenas llegó al hotel, “Nico” llamó a Buenos Aires, a sus padres, quienes ya habían estado en 2001, y lo corroboró.

Corría el 24 de abril y el día comenzaba muy temprano para el grupo: la salida desde Varsovia fue a las 5 de la mañana, con destino final Cracovia, donde se realizaría el acto de *Iom Hashoá* (Día de la *Shoá*). La ciudad de Lublin –una de las más antiguas de Polonia, reconocida por sus estudios judaicos– era la parada intermedia. Antes de la Segunda Guerra vivían 40 mil judíos, un tercio de la población total. Ya en noviembre de 1939 fueron expulsados de sus casas, humillados en las calles y apresados en el ghetto. Muchos murieron allí por las terribles condiciones sanitarias, mientras que otros fueron exterminados en el campo de Belzec, fusilados en los bosques, o en Majdanek.

Aún hoy, Majdanek recibe al visitante que llega a Lublin. Está a metros de una calle principal, junto a edificios y comercios, desde donde se lo puede apreciar: numerosas barracas de una oscura madera, rodeadas de cercas de alambre de púa electrificado y de torres de seguridad. Para muchos, tal vez se aproximaba la imagen más shockeante del viaje.

La mayoría de los pabellones de este campo están intactos. Al atravesar la puerta del primero se percibe un intenso olor, principalmente a madera, mezclado con otros indescritibles. Unos pasos más y aparecen las duchas y la cámara de gas (una de las siete). En las paredes, evidencias de los rasguños de quienes, desnudos y a oscuras, experimentaron la muerte intoxicados con “Zyklon B”. Las latas de este gas siguen apiladas en una habitación contigua. A esta altura del recorrido, muchos tuvieron que salir de la sala, desconsolados.

En otros galpones se rescatan miles de zapatos, de los que fueron despojados grandes y chicos antes de morir; las literas “comunitarias”, en las cuales estaban hacinados los prisioneros, y por último, una gran estructura de ladrillos: el crematorio mayor, construido en setiembre de 1943, ya que el anterior no daba abasto. Otra indescrutable sensación se viviría allí dentro: el silencio volvió a ser protagonista y, frente a los hornos, se pronunció el *Kadish* (oración fúnebre). Las palabras, a esa altura, estaban de más. Afuera, un imponente monumento –en cuyo centro, un monte de cenizas recuerda a las víctimas– marcó el final del recorrido.

A seis horas de viaje aguardaba Cracovia –la capital histórica del país–, que podría mencionarse como una ciudad-museo para el judaísmo, ya que si bien se rescataron sus sinagogas, edificios y calles, los judíos corrieron la misma suerte que en el resto de Polonia; en la actualidad sobrevive una pequeña comunidad. Durante la ocupación nazi fue sede del denominado gobierno general, que demarcó las calles de un ghetto en el cual sus habitantes sufrieron similares atro-

ciudades que en el de Varsovia –ello puede verse mínimamente en la película *La lista de Schindler*– y que, en marzo de 1943, fue evacuado: los trenes partieron a Belzec y Auschwitz-Birkenau.

Volviendo al tiempo real, ese 24 por la tarde, la plaza de Cracovia era el escenario donde se convocaron más de dos mil personas, en su mayoría jóvenes, pertenecientes a delegaciones de “Marcha por la Vida” de todo el mundo. Bajo una persistente lluvia flamearon las banderas de Israel y se entonó el *Hatikvá* (Himno Nacional Israelí). Los discursos recordaron a los 1.500.000 niños asesinados durante la *Shoá*.

Finalmente, el día de la marcha llegó y ese *Iom Hashoá* reuniría a más de seis mil personas a sólo sesenta kilómetros de Cracovia, en Auschwitz-Birkenau. ¿Qué decir de este sitio conocido como el mayor campo de exterminio, donde perecieron más de un millón y medio de personas como consecuencia de desnutrición, trabajos forzados, violencia, torturas, experimentos médicos y las cámaras de gas?

El recorrido se iniciaba en las barracas de lo que fue el predio Auschwitz I, con el tiempo transformadas en un museo. Tras enormes vitrinas se pueden ver miles de ollas, zapatos y valijas, con las cuales los prisioneros llegaban en los trenes y de las que eran despojados. Parte de la humillación que sufrían se refleja en una piletta colmada de cabellos, que obtenían los nazis luego de rapar a las mujeres.

Se acercaba el mediodía y el ánimo del grupo ya daba cuenta de sucesivos días de fuertes emociones. En tanto, el lugar se poblaba más y más por las delegaciones, hasta que arrancó la esperada “Marcha”. Los jóvenes traspasaron el tristemente conocido cartel “*Arbeit macht frei*” (“El trabajo libera”) para caminar los tres kilómetros que separan a Auschwitz I de Birkenau y rememorar, así, las denominadas “marchas de la muerte”. Pero ésta era una travesía diferente, dedicada a la memoria y al “Nunca más”.

La multitud avanzó con banderas de Israel en alto y cruzó la entrada de lo que fue el temible Birkenau, donde funcionaron las cámaras de gas y los crematorios, destruidos por los nazis al final de la guerra, ante la inminente llegada de los Aliados.

Estos tres kilómetros también fueron recorridos por los propios testigos de lo que fue Auschwitz. Un hombre mayor llegado de California, ayudado por su bastón y con la impronta del número tatuado en su brazo, era acompañado por familiares. Por mi cabeza se cruzaban las historias de los sobrevivientes que llegué a conocer. Estaba en el mismo lugar que ellos describían.

Helena Ickovic (Mendoza) recuerda la llegada en los trenes: “Se veía un displayado. Ahí separaban a los grandes de los chicos. Si había una madre joven y no quería dejar a su bebé, la mandaban con los viejos; ellos iban derecho al crematorio”.

Edgar Wildfeuer, radicado en Córdoba, cuenta del arribo al campo: “Recuerdo dos alambres electrificados, que estaban distantes un metro uno del otro, para que nadie pudiera escapar. Ese alambre también estaba para quienes no podían aguantar y se suicidaban. Eso se veía todos los días. Otra cosa que no puedo olvidar es la puerta de entrada a Auschwitz, que decía ‘*Arbeit macht frei*’. Todos supimos que el trabajo a nadie hizo libre”.

Víctor Opper (Entre Ríos) señala en su libro: “*Las chimeneas continuamente emitían su humareda, y con el tiempo uno se habituaba al olor dulzón. Uno de los SS, en un alarde de crueldad, nos indicó, con una mueca enferma que simulaba ser una sonrisa: ‘¿Ven ese humo? ¿Saben qué se está quemando en los hornos? Son sus padres y hermanas’. El sol se desplomó para mí. No recuerdo si logré llorar*”.

Seis décadas después, ahí estábamos, ahí estaba la multitud, junto a las vías que llegaban al corazón mismo de Auschwitz, que fueron extendidas hasta la entrada del crematorio para acelerar los procesos de la “Solución final”. Ese lugar era el punto de reunión de un acto cargado de significado: miles de personas, de jóvenes, de adolescentes afirmando su compromiso con la memoria, tratando de entender lo que pasó y unidos para que nunca se repita.

Días después, la otra parte de la Marcha se concretaría en Israel y convocaría a los jóvenes hasta la explanada del *Kotel* (Muro de los Lamentos), en lo que sería una verdadera fiesta, ya que se celebraba *Iom Haatzmaut*, la creación del Estado de Israel.

Documentación y
reseñas bibliográficas

Dr. Daniel Rafecas

Profesor de Derecho Penal (UBA). Juez Federal.

La destrucción de los judíos europeos*

Raul Hilberg

Madrid, Ediciones Akal, 2005, 1.455 pp.

Segunda Parte**

Retomo el comentario de esta obra a partir de su página 953, en la cual Hilberg se aboca a “Las operaciones de los campos de exterminio”.

Nos estamos refiriendo a aquellos sitios destinados inequívocamente al asesinato planificado y masivo de seres humanos, con instalaciones sólo útiles para tal cometido: cámaras de gas y hornos crematorios.

Entre los miles de *lager* levantados por los nazis entre 1933 y 1945 (de trabajo, de concentración, de tránsito, etc.), Hilberg identifica sólo seis de exterminio, todos ellos ubicados en Polonia, punto de destino de transportes ferroviarios procedentes de toda la Europa conquistada, desde el norte de Noruega hasta la isla de Kos, en el Mar Egeo; desde los pueblos al oeste del Volga hasta los Pirineos franceses.

En tres años, de diciembre del '41 a noviembre del '44, vagones de carga llevaron a tres millones de seres humanos a estos seis lugares, para retornar vacíos a sus puntos de partida. Pese al costo y las necesida-

des bélicas impostergables, los convoyes ferroviarios con carga humana destinada a desaparecer nunca detuvieron su ritmo.

Sus nombres hoy son sinónimo del mal más radical que haya campeado en el mundo: Auschwitz-Birkenau, Sobibor, Treblinka, Belzec, Kulmhof (Chelmno) y Lublin (Majdanek).

Nos dice Hilberg —en un razonamiento que luego será profundizado por Bauman y Traverso— que estos centros de la muerte trabajaban de manera rápida y eficaz, asemejándose en varios aspectos a los métodos complejos de la “producción en serie” de la fábrica moderna, y que en tal sentido, se trataba de un hecho sin precedentes en la historia, pues nunca antes se había matado a seres humanos de acuerdo al “modelo fordista” de la cadena de montaje. Con referencia a Auschwitz, Hilberg dirá que, desde el momento en que se abrían las puertas del tren, a muchos de los deportados les quedaban sólo dos horas de vida.

Los seis centros de exterminio emergieron en 1941-1942; esto es, durante el perío-

* Traducción: Cristina Piña Aldao. Primera edición en inglés: 1961. Primera edición en castellano: 2005. (De la edición 2002 revisada, publicada por Yale University Press.)

** La primera parte fue publicada en el número anterior: *Nuestra Memoria*. Año XI, Nº 26. Buenos Aires, Diciembre 2005.

odo en que la Alemania nazi avanzaba triunfante en todos los frentes de batalla, al tiempo que expandía –con euforia y pronósticos de impunidad– su extenso sistema concentracionario para acabar con sus enemigos internos y explotar al máximo a sus trabajadores esclavos.

Aquí, Hilberg se ocupa de un dirigente nazi que supo abarcar el manejo de casi todos los campos de concentración y exterminio, al comando de su Dirección General Económico-Administrativa (WVHA) de las SS, dependiente de Heydrich y Himmler: Oswald Pohl. Fue bajo la órbita de Pohl que los *lager* se multiplicaron y los centros de exterminio emergieron sin contratiempos y discretamente.

El primero de ellos, Kulmhof (Chelmno) se levantó en diciembre de 1941, con la instalación fija de tres furgones acondicionados para matar personas con los escapes de vehículos a motor. Más de 150.000 víctimas de origen judeopolaco terminaron allí sus días. Operó hasta mediados de 1944.

Le siguió Belzec, inaugurado a comienzos de 1942, donde fueron asesinados –hasta su cierre, a fines de ese mismo año– casi medio millón de judíos, casi todos polacos de Galitzia, Cracovia y Lublin. En este campo se usaba gas (cianuro de hidrógeno) embotellado, contaba –además– con un motor Diesel (monóxido de carbono) y sus instalaciones fueron ampliadas para tener mayor capacidad de destrucción.

Cerca de éste se erigió Sobibor, que funcionó desde abril de 1942 a octubre de 1943 y se tragó para siempre la vida de unas 150.000 víctimas judías de distinto origen (polacos, franceses, holandeses, eslovacos y bálticos). Sobibor mataba con monóxido de carbono emanado de un motor de ocho cilindros y 200 caballos de fuerza. Tenía cámaras de gas, mas no hor-

nos crematorios: los cadáveres se quemaban en fosas comunes.

Y en julio siguiente comenzó a operar Treblinka, donde fueron asesinadas 800.000 personas por su condición de judíos, la mitad de ellas provenientes del ghetto de Varsovia. Casi no hubo sobrevivientes de este campo. La producción de muerte en Treblinka se expandió dramáticamente cuando se instalaron, a fines del '42, seis cámaras de gas, que operaron hasta octubre de 1943. Relata Hilberg que *“la fachada del edificio de gaseado de Treblinka estaba decorada con una Estrella de David bajo el hastial. En la entrada colgaba una pesada cortina negra, sacada de una sinagoga, en la que aún se leían en hebreo las palabras ‘Esta es la puerta que atraviesan los justos’”*.

Siguiendo con la cronología, en septiembre de 1942, un campo de prisioneros fue acondicionado como centro de exterminio, al levantarse tres cámaras de gas. Se lo conocía como Lublin, pero terminó imponiéndose el nombre “Majdanek”. Más de 50.000 víctimas judías murieron allí, la mayoría gaseadas con monóxido de carbono o cianuro, pero también por medio de ametrallamientos masivos.

Paralelamente, en la Alta Silesia, cerca de Cracovia, las SS desplegaron su control sobre una amplia zona, a partir de la ocupación de lo que había sido una base de artillería, y luego, un centro sanitario de cuarentena. Su comandante daba una pista de lo que, en secreto, se estaba concibiendo: era un ex funcionario de Dachau y Sachsenhausen, Rudolf Höss. Cuando Hitler decidió la solución final, Auschwitz estaba listo para liderar la última fase del proceso de destrucción. Los cálculos de Hilberg arrojan una cifra aproximada al millón de judíos asesinados en este complejo mientras permaneció operable,

entre febrero de 1942 y el 25 de noviembre de 1944, día en que Himmler ordenó el cierre del campo. La cifra, como sabemos, se expande sustancialmente al sumar víctimas de otra condición (gitanos, testigos de Jehová, opositores, prisioneros de guerra, etc.).

Siguiendo al autor, es difícil describir Auschwitz-Birkenau, pues se trató de un campo en permanente ampliación. A tal punto que en 1943 fue dividido administrativamente en tres: Auschwitz I o *Stammlager* (“campo viejo”); Auschwitz II o *Birkenau* (el campo de exterminio) y Auschwitz III o *Monowitz* (el campo de trabajo industrial).

Se trataba de un enorme complejo concentracionario —que albergaba a cientos de miles de reclusos, explotados en las decenas de fábricas que se instalaron en los alrededores, encabezadas por IG Farben— y un sector apartado (en el bosque de Birkenau) que funcionaba como área de exterminio, con vías férreas propias y siete cámaras de gas, en las cuales se empleaba cianuro de hidrógeno solidificado, un avance de la industria química desarrollado por la firma Degesch, productora del (nombre comercial) “Zyklon-B”.

Enormes hornos crematorios cerraban el circuito siniestro, convirtiendo en cenizas a niños, adultos y ancianos de ambos sexos. Estas eran dispersadas por altas chimeneas de ladrillo, que aún hoy pueden contemplarse. Cuando se hacía un “cuello de botella” por la acumulación de cadáveres (llamados por las SS “trapos” o “*figuren*”), se incineraban cuerpos en un campo adyacente. Es que en Birkenau se llegó a superar las 10.000 víctimas diarias, en junio de 1944.

Es interesante el cálculo que hace Hilberg del personal que las SS emplearon en todo el sistema de exterminio —es decir,

en contacto directo con el terror y la muerte—, entre 1942 y 1945: aproximadamente 45.000 personas, 7.000 de ellas sólo en Auschwitz-Birkenau. A ellas se le sumaban los *sonderkommandos*, grupos de cautivos que se dedicaban a las tareas más duras y eran sistemáticamente eliminados y reemplazados por otros, en cuestión de semanas.

También se ocupa de la distribución del poder entre los sometidos, bajo el dictado de férreas jerarquías raciales; en el escalón inferior estaban los judíos, que sólo podían esperar la muerte, ya sea en la cámara de gas o como mano de obra esclava, fácilmente reemplazable.

Se detiene también en los experimentos médicos aberrantes en estos campos: métodos de esterilización (Dr. Clauberg) y purificación racial a través del empleo de gemelos (Dr. Mengele), entre otros.

Finalmente, describe la “cadena de montaje” que corría paralela a la de fabricación de cadáveres y se encargaba de la confiscación de todos los elementos con algún valor que transportaban las víctimas al campo. Partidas de trabajo formadas por presos inventariaban desde las prendas de vestir hasta relojes y utensilios, desde monedas y billetes hasta dientes de oro. El cabello era cortado y enviado a Alemania con fines industriales. En fin, “*los dos procesos orgánicos del campo de exterminio, la confiscación y las matanzas, se fusionaban y sincronizaban en un solo procedimiento que garantizaba el éxito absoluto de ambas operaciones*”.

El 27 de enero de 1945, Auschwitz fue liberado por tropas soviéticas. Diez días antes se había evacuado hacia el interior del *Reich* a 58.000 presos que podían caminar. En estas “marchas de la muerte”, pocos de ellos sobrevivieron el crudo invierno. En cambio, saludaron a los libera-

dores unos 7.000 cautivos que quedaron allí, librados a su suerte (entre ellos, Primo Levi y nuestro David Galante).

Hilberg cuenta con material histórico ruso, recogido recientemente, a partir del cual nos informa de los hallazgos en los almacenes del campo: 836.255 abrigos y vestidos de mujer, 368.820 trajes de hombre, siete toneladas de cabello humano...

A continuación, en el capítulo X (“Reflexiones”), Hilberg se dedica a extraer sus conclusiones acerca de la inmensa tarea emprendida en los capítulos precedentes.

Para ello, las divide en tres secciones: “Perpetradores”, “Víctimas” y “Vecinos”.

Respecto de los perpetradores, Hilberg despliega sus agudos y conocidos razonamientos relacionados con el papel crucial de la burocracia alemana en todo el proceso de destrucción del pueblo judío, comenzando por la definición, pasando por la expropiación y la concentración y culminando con el exterminio y la confiscación de sus últimos bienes. Todos los organismos públicos, todos los estamentos, todas las clases sociales, se vieron involucradas en él. Nunca hubo excusas –como en Italia-, o movimientos simbólicos –como en Bulgaria-, o dilaciones –como en Hungría-.

De la comparación del aparato estatal alemán con otros puestos bajo esta misma e inaudita presión en similares circunstancias, emerge clara la diferencia en la respuesta ofrecida por aquél frente a éstos.

Se cumplió el “deber” con eficiencia, aun cuando los tiempos apremiaban, la tarea era enorme en su magnitud y la mayoría de los agentes tenía varias tareas que cumplir, además de su intervención en la “Solución final”. Y eso que –lo digo con una frase célebre de Hilberg, muy citada-, de modo creciente, los “autores de escritorio” sabían que las pilas de formularios se convertían –a continuación– en pilas de cadáveres.

Claro que desde el poder totalitario se multiplicaron las iniciativas para anestesiar y neutralizar cualquier reacción moral de sus cuerpos administrativos (propaganda, discursos pseudocientíficos, silenciamiento y negación de rumores, etc.).

Pero por otra parte, Hilberg demuestra documentalmente que cuando un agente (desde jerarca hasta soldado) quería apartarse de la “Solución final”, no sufría consecuencias graves que lo inhibieran. Así y todo, la enorme mayoría aceptó participar y convertirse en un perpetrador más de la *Endlösung*.

También son conocidas las posiciones de Hilberg en relación a las víctimas; en especial, en cuanto a que el patrón de reacción de los judíos se caracterizó casi completamente por la falta de resistencia armada, ya que la fase final del Holocausto los tomó completamente desprevenidos. Cuando entre el '42 y el '44, los dirigentes judíos se dieron cuenta de que la persecución no tenía precedentes en la historia e iba a cobrarse millones de vidas, ya era demasiado tarde.

Y esto, Hilberg lo refleja en crudas cifras de las bajas ocasionadas a los victimarios: 14 muertos y 85 heridos tras el levantamiento del gueto de Varsovia, 11 muertos tras la fuga de Sobibor. La cifra total no va más allá de unos cuantos cientos de hombres, entre muertos y heridos, en todo el proceso de destrucción.

En cambio –refiere el autor– se apeló a la confrontación intelectual y moral, a la palabra, a ganar tiempo mediante el trabajo y la autogestión, y a no provocar a los victimarios (muestra de ello es que para la vigilancia del gueto de Lodz, que llegó a albergar a 164.000 habitantes, bastaba con un contingente diario de unos doscientos policías). Sabemos que nada de ello funcionó; al contrario, se allana-

ron los caminos para acelerar la “Solución final”.

Termina sentenciando el autor que “*las víctimas judías, atrapadas en la camisa de fuerza de su historia, se lanzaron física y psicológicamente a la catástrofe*”.

En cuanto a los “vecinos” (o “espectadores”), Hilberg parte de la premisa evidente de que las diversas fases por las cuales avanzó el proceso de destrucción del pueblo judío en la Europa ocupada no le eran desconocidas al resto de la población.

Los boicots, los despidos, las arianizaciones, las estrellas judías, los guetos, las columnas de trabajadores judíos en las calles eran harto visibles, como también lo era cómo se esfumaban –para siempre– vecinos judíos, quienes dejaban detrás casas, comercios y muebles que eran adquiridos –sin más– por aquellos.

La conclusión del autor al respecto era que la mayoría se escudaba en una supuesta neutralidad: era un curso de acción seguro, sin los riesgos ni costos que tenía ayudar al perseguido (en muchos casos, castigado con la pena de muerte) y sin la carga moral de aliarse con el perpetrador (es obvio el lazo genético que une esta postura con el “no te metás” que campeó en la Argentina del terrorismo de Estado).

A esta postura de distanciamiento con el perseguido judío, Hilberg la traduce en cifras: en una ciudad como París, con la cual se podría ser optimista, la cifra de refugiados ilegales no superó el 3% de la población no judía. De allí, las cifras van en descenso: Copenhague, Amsterdam y Varsovia sólo escondieron el equivalente al 1% de sus gentiles. En las ciudades alemanas, la cifra es aún menor, y así hasta la insignificancia en Bohemia, Moravia y otras regiones.

Al mismo tiempo, fueron muchos los voluntarios que se alineaban con los ale-

manes: marcaban las casas judías, señalaban las vías de escape, delataban identidades ocultas, colaboraban en los barridos, vigilaban los transportes, etc. Pocas fueron las áreas que no contaban con dichos colaboradores.

El primer muro en torno a los judíos fue jurídico. El segundo, los guetos. El tercero –nos dice Hilberg– fue humano, levantado por los espectadores locales en cada región.

La obra termina con el capítulo final (“Consecuencias”), en el cual se repasan algunas cifras relacionadas con el tema en estudio.

Por ejemplo, que la comunidad judía mundial perdió en la *Shoá* a un tercio de sus miembros: unos 11 millones de los más de 16 millones; la mitad de ellos, judíos polacos, que pasaron de una población de más de 3 millones a menos de 50.000 al final de la guerra (500.000 muertes en guetos, 700.000 en ametrallamientos y 1.700.000 en campos de exterminio). Y que el bienio 1941-1942 se llevó el 60% de las víctimas.

También aquí, el autor analiza los juicios al genocidio nazi, comenzando por el más famoso, llevado a cabo en Nuremberg y que culminó el 1º de octubre de 1946.

Pero no se detiene allí y ahonda en los procesos judiciales que vinieron después, que llevaron al procesamiento de unos 180 perpetradores, en doce grupos de acusación (médicos, jueces, burócratas, planificadores, empresarios, generales, etc.), culminaron con 27 condenas a muerte y 97 a penas de prisión, y fueron seguidos –inmediatamente– de una serie ininterrumpida de reducciones de los castigos impuestos. En 1951, sólo cincuenta de ellos seguían encarcelados.

Además, los procesos de desnazificación terminaron con la reclusión de miles de personas en Alemania y Austria duran-

te algunos años, tras los cuales fueron paulatinamente liberados.

Hubo juicios y condenas a muerte también en Austria, Polonia y la Unión Soviética, entre otros.

Señala Hilberg que los juicios continuaron a lo largo de décadas y que, en general, se sustanciaron contra victimarios de los rangos más bajos.

En las últimas páginas, Hilberg despliega cuadros con cifras finales de víctimas. En este sentido, había cierta expectativa en punto a la revisión de las mismas —que el autor mantiene sin modificaciones desde 1961—, dado que las nuevas vetas de documentación obtenidas tras la apertura de archivos en el Este europeo podían llevarlo a considerar cambios. No obstante, las cifras se mantuvieron. En definitiva, para Hilberg —tras estudios y cruzamiento de datos de poblaciones previas y supervivientes en toda Europa, más las fuentes propias de archivos nazis y aliados— la cantidad total de víctimas judías asesinadas ronda las 5.100.000. La cifra propuesta en 1961 era especialmente baja porque Hilberg contabilizó algo más de cien mil víctimas de enero a mayo de 1945, lo cual reafirma en esta edición revisada. Tal vez la diferencia con las aproximaciones más convencionales (que

fincan la cifra entre los 5,5 y los 6 millones) se deba a la diferente apreciación de los caídos en las “marchas de la muerte” y, sin duda, a la altísima cifra de fallecidos tras la caída de Hitler.

Entre muchas otras ricas reflexiones, a Hilberg le duele especialmente el silencio que le fue dispensado a la *Shoá* durante las tres décadas posteriores. Se la omitió en libros de texto y enciclopedias, en la historiografía, el teatro y el cine. El viraje comenzó a fines de los '80 y no se ha detenido hasta nuestros días.

La traducción de esta obra a nuestra lengua (algo reclamado en algún número anterior de *Nuestra Memoria* por quien aquí la reseña) se inscribe en esta sana tendencia de asumir, desde la modernidad, todo lo que significa la *Shoá*. Ahora deberían traducirse su versión condensada (publicada en inglés como *student edition* por Holmes & Meier —Nueva York, 1985—, de tan sólo 360 páginas) y la posterior *Perpetrators, victims, bystanders* (Nueva York, 1992), en la cual continúa sus desarrollos al capítulo X de *The destruction...*, obras que multiplicarán el acceso de todo tipo de público a un autor imprescindible, un sabio, un erudito y —especialmente— un ser humano de profunda y noble sensibilidad.

Lic. Adrián Jmelnizky

Investigador del
CES-DAIA, docente
adjunto de la UBA y
coordinador del INADI.

Informe sobre antisemitismo en la Argentina 2005

Marisa Braylan; Adrián Jmelnizky.

Buenos Aires, Centro de Estudios Sociales-DAIA, 2006.

El lunes 8 de mayo fue presentado, en el contexto de la Feria del Libro, el *Informe sobre antisemitismo en la Argentina*, correspondiente al año 2005. El mismo fue realizado por los investigadores Marisa Braylan y Adrián Jmelnizky, en el marco del Centro de Estudios Sociales de la DAIA.

Este informe sobre el antisemitismo en nuestro país es presentado por octava vez, ya que esta investigación se viene realizando desde 1998, en forma ininterrumpida y sistemática. Esto posibilita la obtención de un juicio sólidamente sustentado sobre el desenvolvimiento de la sociedad argentina frente a la otredad negativa —específicamente frente a las formas y expresiones antijudías—, brindando la posibilidad de identificación y prevención de este fenómeno.

No son muchos los países que realizan este tipo de investigaciones en forma continua. En el ámbito nacional, este estudio sigue siendo el único que desarrolla esta temática y se ha transformado en un referente en el espacio académico, educativo y político acerca de las conductas discriminatorias antisemitas.

En el marco internacional, los estudios más representativos sobre este tema son el *Antisemitism world report*, elaborado por el Institute for Jewish Policy Research; el

Annual report on international religious freedom, del Departamento de Estado de los Estados Unidos; y el *Anti-semitism worldwide*, de la Universidad de Tel Aviv. Los dos últimos toman el *Informe sobre antisemitismo en la Argentina* como fuente para describir la situación de nuestro país.

La presente edición del trabajo que presentamos desarrolla los aspectos demográficos de la comunidad judía en la Argentina, aquellos aspectos jurídicos del antisemitismo en nuestro país, un análisis del juicio oral y público como consecuencia del atentado terrorista de 1994, los partidos y publicaciones antisemitas presentes en la sociedad argentina, la profusión de pintadas antisemitas, el fenómeno del antisemitismo en el fútbol, las expresiones de antisemitismo en otros países y los datos que surgen de un estudio de opinión pública sobre la percepción de la discriminación antijudía. Además, incluye tres anexos que analizan el tratamiento del antisemitismo en los medios de comunicación, un listado de los hechos antisemitas sucedidos en 2005 y tres ensayos históricos sobre el antisemitismo en nuestro país.

En esta nueva presentación resalta notoriamente la cantidad de hechos antisemitas registrados. Entre 1999 y 2004, los hechos antisemitas variaban de 150 a 185

por año. En 2005, esta variable asciende a 373 actos, por lo que se observa un notable incremento en esta dimensión del análisis. Ello no implica, necesariamente, un aumento del fenómeno del antisemitismo en la Argentina, lo que sí evidencia es un incremento en un tipo de manifestación –las pintadas antisemitas– y, posiblemente, una mayor denuncia pública de este tipo de acción.

Este estudio no sería completo si no presentáramos las actitudes positivas del Estado y de la sociedad civil respecto de la diversidad judía y el pluralismo en su conjunto. En el transcurso de 2005 fueron numerosas las iniciativas llevadas adelante en esta dirección. Por otro lado, también deben mencionarse la situación de discriminación que sufren otros grupos, los que viven en una condición de notable invisibilidad y violencia.

Si bien el *Informe sobre antisemitismo...* trabaja en profundidad las formas de expresión del antijudaísmo, estos otros grupos discriminados son también parte del análisis global en esta investigación.

Este trabajo se propone constituir un aporte académico, educativo y político a las formas en que se articula la diversidad en nuestro país y un llamado de atención a los actores responsables de legitimarla y fomentarla. Busca, por lo tanto, convertirse en una convocatoria amplia y extensa a las expresiones del pluralismo en nuestra sociedad.

Finalmente, queremos agradecerles al licenciado Claudio Avruj y el doctor Mario Feferbaum, quienes vienen apoyando, tesoneramente y desde hace mucho tiempo, esta línea de investigación y publicación.

Lic. Sima Weingarten

160023. Cenizas y esperanzas

Vivencias de un sobreviviente
del Holocausto judío

Tulio Astudillo

Santiago de Chile, Noviembre de 2002, 244 pp.

David Feuerstein es un judío nacido en Polonia, sobreviviente del Holocausto. Padece el régimen nazi en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau y luego fue enviado al Ghetto de Varsovia, de donde logró escapar en 1944.

Desde la clandestinidad, luchó hasta la liberación de Polonia por las tropas del ejército ruso.

Actualmente reside en Chile, logró armar una familia con su esposa, 2 hijas y nietos.

Tiene una relevante actuación en la comunidad judía de Chile, con fuertes convicciones religiosas.

En este libro testimonial, David intenta transmitir momentos particularmente emotivos de su infancia a la vez que sus duras experiencias como sobreviviente de los campos de exterminio, brindándonos –a través de sus relatos– una lección de vida, amor y solidaridad.

Reproducimos a continuación los aspectos más salientes del capítulo que denomina “Una promesa”:

“Al dejar atrás los horrores de la guerra se me hacía cada vez más imperioso el cumplir la promesa hecha a mis compañeros de cautiverio y a mí mismo de

contarle al mundo el infierno en que vivimos y de entregar un mensaje de paz para que hechos como éstos no se repitan jamás.

Contra todos los eventos, a pesar de toda la maldad, dentro de esa locura colectiva que tenía como propósito arrancarnos la vida, la dignidad, la entereza y el espíritu, logré sobrevivir.

Cada vez, los sobrevivientes del exterminio nazi somos menos (...) quedamos pocos testigos presenciales de una de las más horrendas acciones contra una raza. Vamos avanzando en edad y nuestra memoria se torna más frágil (...).

Hoy, en los inicios del siglo XXI, me siento lo suficientemente fuerte y emocionalmente preparado para narrar importantes momentos que han marcado mi existencia.”

DAVID FEUERSTEIN

Este libro se inscribe en la serie de textos testimoniales que están siendo publicados en estos últimos años y que seguramente perdurarán a lo largo del tiempo como un lúcido legado de todos aquellos que padecieron la Shoá.

**Lic. Eduardo Alberto
Chernizki**

Sociólogo y periodista.

Después de Auschwitz.

Renacer de las cenizas

Eugenia Unger

Ed. Milá, Colección “Testimonios”. Buenos Aires, 2005. 128 pp., y un anexo fotográfico de 16 pp.

Eugenia Unger es una sobreviviente de la Shoá que, en los últimos años, se ha dedicado a dar testimonio de lo que le tocó vivir bajo el nazismo: en el Ghetto de Varsovia, en los campos de Lublin, Majdanek, Auschwitz-Birkenau, Ravensbrik, Resov y Malajov, y en la “Marcha de la Muerte”. Esas vivencias fueron reflejadas en su primer libro: *Holocausto. Lo que el viento no borró*.

Esta ímproba tarea la realizó tanto en Buenos Aires y el interior de la Argentina como en el exterior del país, y su relato fue elegido para integrar el medimetraje *algunos que vivieron*, dirigido por Luis Puenzo e integrante de la serie “Broken Silence”, de la Shoah Foundation.

Como bien dice el doctor José Edgardo Milmaniene en el Prólogo, en este libro, Eugenia Unger “relata el esfuerzo titánico para reconstituir su vida, la pasión por fundar su familia, su anhelo de integrarse a una nueva sociedad y, lo más importante, su constante e ineludible lucha por preservar la memoria de la Shoá”.

En el primer capítulo se resumen sus vivencias desde la niñez hasta la liberación, en 1945. Luego pasa a testimoniar su regreso a Polonia, la vida en los campos para desplazados en la Europa de posguerra, su casamiento en esas circunstancias y el nacimiento de su primer hijo. Des-

pues se dedica a narrar las peripecias que le permitieron arribar a Buenos Aires y cómo aquí, junto con su marido y su cuñado, fue organizando su vida, criando a sus hijos y trabajando denodadamente para asegurarse el porvenir. Finalmente, aborda su integración a la asociación de sobrevivientes Sherit Hapleita y la Fundación Memoria del Holocausto y su convencimiento de que debe dar testimonio de lo ocurrido durante la Shoá para que ello no vuelva a repetirse.

La profesora María Cristina Alonso escribe el epílogo de este libro. En él afirma que existe “una estrecha relación entre la voz femenina y la memoria” y que, por lo tanto, Eugenia Unger se convierte en “la voz femenina que narra”, pues “no puede vivir sin contar, y cuando cuenta, vuelve a revivir escenas que no sólo le dejaron marcas en la piel, sino que –lo que es peor– le dejaron el infierno de la repetición”.

La historia que nos narra esta voz femenina tiene un valor testimonial sustancial, pues se refiere a los sufrimientos de los sobrevivientes una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, cuando –apesadumbrados y ansiosos– buscaban un lugar en donde poder vivir y trabajar, mientras las naciones “civilizadas” se lo negaban.

Hace décadas, una película, *El azote 81*,

afirmaba que mientras, en los campos, los nazis muchas veces castigaban a los judíos con ochenta azotes, muchos recibían después otro más, el 81, cuando no les creían lo que contaban que estaba sucediendo.

Hoy, eso ya no ocurre, pero son muchos los que todavía creen que, una vez vencido el nazismo, a los sobrevivientes de la Shoá se les terminaron los suplicios. Y no

fue así. Eugenia Unger, en *Después de Auschwitz. Renacer de las cenizas*, nos lo explica claramente, a la vez que nos enseña cómo sobrellevaron esas penurias.

En definitiva, tanto en *Después de Auschwitz. Renacer de las cenizas* como en *Holocausto. Lo que el viento no borró*, Eugenia Unger nos ayuda a mantener viva la memoria.

2005

MEMORIA

Sin memoria no tenemos presente, futuro ni esperanza. A todos nosotros, los sobrevivientes, se nos acerca el tiempo de partir; unos antes, otros después. Quisiera que cada uno de ustedes sea las otras voces que, a partir de hoy, transmitan nuestra historia, nuestro testimonio.

Quisiera que ustedes sean los que repitan, a través de los mares, los ríos y las montañas, nuestro padecimiento. Quisiera la promesa de vuestro compromiso con nuestra causa y la lucha contra la discriminación. Quisiera que el olvido no invada vuestras almas, así sabré que la memoria de nuestros seis millones de hermanos será honrada por siempre. Yo podré, recién entonces, descansar en paz.

Eugenia Unger

Lic. Eduardo Alberto
Chernizki

Sociología de la memoria

Paolo Montesperelli

Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, 192 pp.

Traducción: Héber Cardoso.

Original: *Sociologia della memoria*. Roma-Bari, 2003.

Nueva Visión ha editado en nuestro medio un muy interesante trabajo sociológico dedicado a la memoria de Paolo Montesperelli, profesor de Metodología y Técnica de la Investigación Social en la Universidad de Salerno, Italia.

A lo largo de sus páginas, este reconocido sociólogo italiano va historiando las diversas acepciones que se le han dado a la memoria a lo largo de los siglos, partiendo de la Grecia clásica, hasta llegar a nuestros días, en los cuales tienen una gran importancia aquellas que surgen de las investigaciones y desarrollos teóricos aportados por la psicología.

Lo hace partiendo de una amplia definición de en qué consiste la memoria (“*usos del tiempo por parte de individuos y sociedades*”), con la que inicia su trabajo, para agregar luego que es “*como el abanico de argumentos que otorgan a la memoria una función estratégica: los criterios de plausibilidad, de relevancia y clasificación, las representaciones del tiempo y del espacio, las relaciones que el individuo mantiene con la memoria de los demás miembros de un mismo ambiente social, etc.*”.

El libro está estructurado en tres grandes capítulos (“La memoria como objeto”,

“La memoria como límite” y “La memoria como recurso”), en los cuales desarrolla correlativamente las facultades mnemónicas, la relación entre memoria y significado, y su función como instrumento de interpretación, constituyendo un importante recurso hermenéutico.

El texto incluye un extenso aparato crítico, integrado por citas de los diversos autores que trataron esta temática -que se apoyan o contradicen-, lo que le agrega al texto principal el debate que se ha suscitado a lo largo de las últimas décadas.

Casi al finalizar el primer capítulo, a partir de textos de Primo Levi, analiza lo ocurrido durante la Shoá, afirmando que “*El genocidio quería borrar el propio sentido de la memoria que la historia y la cultura del pueblo hebreo testimoniaban*”. Luego se adentra en el proceso que tuvieron que atravesar los sobrevivientes de los campos -una vez finalizada la contienda bélica- hasta que un importante porcentaje de ellos pudo contar sus vivencias, utilizando el recurso de brindar sus testimonios varias décadas después, pues -en un primer momento- debieron “*establecer una especie de equilibrio interno, a menudo precario y frágil, entre recordar demasiado y recordar demasiado poco*” que les permitiera rehacer sus vidas.

Otro de los aspectos instructivos de *Sociología de la memoria* es la explicación de cómo interpretar el olvido; es decir, las limitaciones que los seres humanos o las sociedades le imponen al proceso que les permite recordar ciertos hechos y otros no. A la vez, la interpretación de esos acontecimientos rememorados, privados o comunitarios, varía de acuerdo a las circunstancias en las cuales se los evoca, pues *“la memoria se presta a ser examinada según una amplia multiplicidad de perspectivas”*.

Entre esas “perspectivas” no debe descartarse la distorsión y/o la infidelidad de lo recordado, debido a que, si quien relata ciertos hechos del pasado es sincero, para él son reales, pues *“cuenta lo que ha ocurrido y, al mismo tiempo, lo que se en-*

cuentra en curso”. Basándose en lo señalado por Walter Benjamín, *“la narración no apunta, como la información, a comunicar el puro en sí de lo sucedido, sino que lo baja a la vida del relator, para ofrecérselos a los oyentes como experiencia. Así queda el signo del narrador como el de la mano del vasallo en la copa de arcilla”*.¹

Algo que queda muy en claro en este trabajo de Paolo Montesperelli es la diferencia de enfoque entre los historiadores y los sociólogos al utilizar los recuerdos de los hechos que quienes los vivieron cuentan luego de un tiempo. Mientras los primeros deben confrontarlos con la documentación de la época en que sucedieron, para los segundos lo relevante es el significado que el narrador le otorga en el momento de contarlos.

¹ Benjamín, Walter. *Escritos*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.

Institucionales

Recomposiciones identitarias en la modernidad

Acerca de la visita de Régine Azria a la Argentina

Lic. Damián Setton

Sociólogo (UBA). Integra el CEIL-Piette del CONICET.

En el marco del dictado del seminario “Sociología de los judíos y del judaísmo: La modernidad judía”, la socióloga francesa Régine Azria visitó el Museo de la Shoá en Buenos Aires. Habiendo llegado a la Argentina por iniciativa del Centro Franco-Argentino de Altos Estudios de la UBA, realizó una serie de conferencias en diferentes espacios, como la Organización Sionista Argentina y el Instituto Hannah Arendt.

Régine Azria es investigadora del *Centre d'Etudes Interdisciplinaires des Faits Religieux de la Ecole des Haut Etudes en Sciences Sociales* de París. Enseña en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*, en la Universidad de Lausanne y en el Instituto Católico de París. Desde 1983 es redactora en jefe de los *Archives de Sciences Sociales des Religions*.

En su encuentro con el cuerpo directivo del museo, Azria se explayó sobre la realidad del judaísmo en Francia, sin dejar de referirse al caso de Ilan Halimi, el joven de 23 años secuestrado y asesinado en un caso que ha sido caratulado como “crimen antisemita”. No se trata –sostiene la investigadora– de que toda crítica a las políticas del Estado de Israel deba ser entendida como una expresión de antisemitismo, pero lo cierto es que existe una cristalización antijudía en actores pro palestinos o

árabes musulmanes, donde es difícil trazar la frontera entre antisemitismo y antisionismo. No se trata de una guerra de culturas, sino de grupos marginados que se definen como víctimas y encuentran en los palestinos una representación de esa condición, con la cual entablan relaciones de identificación.

Mientras el palestino representa a la víctima, las representaciones en torno al judío tienden a resaltar dos atributos: la solidaridad y el dinero. Esas representaciones parecen encontrarse en el origen del “caso Halimi”, si bien aún no está resuelto. El jefe del grupo que cometió el crimen no se declaró antisemita, sino que –basado en los estereotipos mencionados– consideró que los judíos, solidarios y adinerados, pagarían el rescate de Halimi. Esto muestra cómo ciertos atributos –como la solidaridad–, en principio positivos, pueden devenir problemáticos.

Como suele ocurrir con los seminarios del Centro Franco-Argentino, una de las clases se abre al público en general. De ahí que la conferencia de Azria haya sido una continuación del programa del seminario. La pregunta que guió al mismo refiere a los ejes sobre los cuales se reinventa la vinculación de los judíos con el judaísmo en la modernidad, interrogante que no puede

dejar de lado la cuestión de la relación entre identidad y pertenencia comunitaria.

Para la mayoría de los judíos –sostiene Azria–, la comunidad ha dejado de ser el marco de la socialización judía. Los judíos utilizan la comunidad como una prestadora de servicios y una vía para solucionar problemas particulares, relacionados –por ejemplo– con la necesidad de un préstamo sin interés o la atención de parientes enfermos. Para ocasiones determinadas como un casamiento, un entierro o una circuncisión se vinculan con funcionarios religiosos. Esta vinculación pasa, entonces, por la necesidad de cumplir con dichos ritos de pasaje, que no suponen la inserción del judío en un marco permanente de referencia. El caso de la ceremonia de *Bar Mitzvá*, devenida una fiesta que permite el encuentro con amigos y familiares, en la cual las exigencias relativas a conocimientos y saberes han sido disminuidas para permitir el acceso de los jóvenes a la realización del rito, es un ejemplo de los modos modernos de relación entre los judíos y el judaísmo.

El carácter de la participación comunitaria es selectivo, puntual y discontinuo, por lo que se vuelve difícil estudiar a los judíos a partir de la comunidad. No es en ese espacio en el cual el investigador debe buscar las lógicas a partir de las cuales los judíos recomponen sus identidades. Este fenómeno se extiende por fuera del marco judaico y refiere a una crisis de transmisión institucional de la identidad.

La socióloga Daniëlle Hervieu-Leger ha utilizado el concepto “peregrinaje” para expresar el modo en el cual la religiosidad se

presenta en la alta modernidad.¹ El “peregrino” circula por diversas instancias de sentido, realizando una operación de bricolaje mediante la cual construye marcos de sentido inmunes al control institucional. Se trata de lo que varios autores han denominado “individualización de lo religioso”.²

Podemos sostener que la religión no ha desaparecido con la modernidad, sino que se ha transformado. El “mercado religioso”, utilizando la metáfora de Peter Berger,³ ofrece bienes de salvación al interior de una sociedad plural, en la cual las instancias oferentes compiten por la adhesión de los fieles, proceso de competencia que transforma a las mismas instituciones, conduciéndolas hacia procesos de burocratización.

Si la identidad no se transmite a través de los espacios comunitarios tradicionales, lo cierto es que los judíos continúan reivindicándose como tales. Más allá de la comunidad, las identidades judías contemporáneas –sostiene Azria en su libro *Le judaïsme*–⁴ se construyen alrededor de cuatro polos de referencia: Israel, el antisemitismo, lo etnorreligioso y la memoria.

Desde su creación en 1948 hasta la década del setenta, el Estado de Israel devino el primer polo de cristalización de la identidad judía, generando rituales de movilización y cohesión tales como manifestaciones, colectas, etc. La importancia de la guerra de 1967 superó a los acontecimientos de 1948, ya que la victoria israelí transformó la imagen de los judíos. La sensación de vulnerabilidad propia de los días anteriores al conflicto reforzó la conciencia

¹ Hervieu-Léger, Daniëlle. *El peregrino y el convertido. La religión en movimiento*. México DF, 2004.

² Oro, Ari Pedro. “Considerações sobre a modernidade religiosa”, en *Sociedad y religión*. N° 14/15, pp. 61-70.

³ Berger, Peter. *El dosel sagrado*. Buenos Aires, 1971.

⁴ Azria, Regine. *Le judaïsme*. Paris, 1996. Nueva edición: 2003.

del lazo que une a los judíos, vulnerabilidad producto –en parte– de la propaganda árabe, que remitía a las masacres hitlerianas producidas pocos años atrás. Las relaciones entre la Diáspora e Israel tomaron un carácter pasional, ejemplificado en la reemergencia de una conciencia identitaria que provocó el reforzamiento del lazo que, a través de Israel, une a los judíos de todo el mundo.

A partir de la década del setenta, el ideal pionero de los comienzos de la inmigración judía a Palestina perdió su fuerza, y otros actores sociales tomaron el relevo de esos precursores que parecían ya aburguesados. Se trató de jóvenes religiosos, con ideales mesiánicos.

En relación a la Diáspora, el lazo se debilitó, perdió su carácter incondicional, lo que no significa que Israel no continúe siendo un referente central.

La lucha contra el antisemitismo constituye otra fuente de movilización de los judíos. Las esperanzas de que –tras la Segunda Guerra Mundial– el antisemitismo pudiera ver su propia decadencia no se confirmaron, y otras formas de antisemitismo, ligadas a sentimientos antisionistas, se manifiestan en las democracias occidentales.

La década del setenta permitió observar el crecimiento de formas comunitarias de identificación con la judeidad. Si la ortodoxia había nacido como respuesta a la emancipación de los judíos, reproduciendo lazos comunitarios por fuera del mundo moderno, la neoortodoxia se enraza en la modernidad. Sus adeptos pertenecen a las clases medias secularizadas, han tenido estudios universitarios, y en los ámbitos laboral y empresarial pertenecen a las categorías superiores.

De acuerdo a Azria, el fenómeno de la neoortodoxia puede explicarse en fun-

ción de: 1) la desilusión respecto de una modernidad que no ha podido cumplir con sus propias promesas, 2) la búsqueda de sentido y de certidumbres, 3) la aspiración a un mundo ordenado, conforme a un código moral y social riguroso, 4) la necesidad de reapropiarse de una identidad y reinscribirse en un linaje creyente, en el seno de una comunidad estructurada.

Estos fenómenos de reidentificación comunitaria se manifiestan en el caso de los judíos sefardíes de Francia. El arribo de estos inmigrantes a un país de escasa tradición ortodoxa llevó a la reconstrucción de barrios judíos y a la edificación de sinagogas, escuelas, baños rituales y negocios de aprovisionamiento de alimentos *casher*. En este caso, se observa una combinación de reafirmación étnica, ligada al desarrollo de la ortodoxia en Francia. Si bien en países anglosajones como Estados Unidos e Inglaterra, donde la presencia de las comunidades no es puesta en cuestión, en Francia –debido a su herencia jacobina y a su tradición laica y asimilacionista– estos fenómenos son aceptados con dificultad.

No obstante, este fenómeno de realineamiento comunitario concierne a una minoría de judíos. Para muchos otros, el abandono de las formas tradicionales de la vida judía es compensado con formas de expresión de la identidad a través del ejercicio de la memoria. Entre las prácticas conmemorativas, la memoria del genocidio figura en el lugar principal. Se ha constituido en referente identitario y momento fundador, suplantando a Israel en su capacidad movilizadora.

De acuerdo a Azria se observa la acumulación y constitución de elementos de una pseudoreligión de sustitución, en la cual una memoria autorizada del genoci-

dio se articula alrededor de un conjunto de testimonios, cifras, signos, lugares. Un “turismo de memoria” conforma la experiencia de numerosos jóvenes que asisten a los campos de exterminio. Turismo que no deja de tener implicancias políticas, por los significados que actualiza en torno a la relación genocidio-redención. Así como la “Marcha de la Vida” comienza en Polonia y culmina en Israel, actualizando –así– la imagen del Estado de los judíos como salvaguardia y refugio frente al antisemitismo, algunos museos proponen recorridos en los cuales el

juego de luces y sombras produce la experiencia de un pasado de muerte y un resurgimiento en los Estados Unidos, como tierra de la libertad.

De los cuatro elementos mencionados, sólo las recomposiciones comunitarias insertan a los individuos en modos de vida integrales. Por un lado, actores sociales que sostienen una concepción holista de la vivencia judía, centrada en lo étnico y lo religioso. Por el otro, un judaísmo “a la carta”, en el cual sus contenidos de sentido no invitan más que a prácticas intermitentes y puntuales.

Documentación, estabilización y acondicionamiento

Puesta en valor de la colección del Museo de la Shoá

Lic. Susana Luterstein

Socióloga

Lic. Valeria Ugarte

Museóloga

Agenzia Consolare Polacca
 Napoli (Vomerà)
 Via Massimo Stanzani, 13
 Telefono 13248
AMBASADA R. P. W. RZYMÓŁ
 BUREAU KONSULARNY
AMBASCERATA DI POLOSKA A ROMA
 UFFICIO CONSOLARE
 N.º B.434/46

POSWIADCZENIE
CERTIFICATO

Niniejszym poświadczam że
 Si certifica col presente che

Ob. **BOROWICZ Mojsesa**
 Il cittadino

Urodzony w **Sokoły**
 Nato a

Dnia **10. II. 1927.**
 Il giorno

Zamieszkały w **S. Maria di Bagno**
 Abitante a

Został zarejestrowany w dniu **20. XI. 1946.**
 È stato registrato il giorno

Razem z nim zostały zarejestrowane jego zona
 Insieme con lui sono stati registrati sua moglie

bracia
figli

Poswiadczenie niniejsze nie jest dokumentem stwierdzającym obywatelstwo polskie i traci
 Il presente certificato non costituisce un documento conferente la cittadinanza polacca

ważność z dniem **1. I. 1947.**
 e perde la sua validità il

RZYM, dn. Napoli, 31. XII. 1946
 ROMA / d

(PODPIS - Firma)
/Jerry, Sokołuk/



Certificado emitido por el consulado polaco en Nápoles, a nombre de Moisés Borowicz. Este documento le permitía comer gratis en los comedores polacos. Extendido el 31/12/1946, con validez hasta el 1/4/1947. Medidas: 30 x 21 cm.

¿Por qué un museo debe estar preocupado por su colección?

¿Por qué debe acrecentarla?

¿Por qué debe cuidarla?

¿Por qué debe hacerla conocer?

Son preguntas que nos formulamos aquellos que nos adentramos en la trastienda de un museo.

Este museo tiene como objetivo rescatar la memoria de aquello que fue salvajemente destruido durante la Shoá. No sólo se intentó hacer desaparecer al pueblo judío, sino también borrar su cultura, su vida, sus obras, su día a día.

Hoy, para conocer y acercarnos a esa vida tenemos dos fuentes: el testimonio de los sobrevivientes, quienes atravesaron el horror, y los objetos, papeles maltrechos y fotos ajadas que permiten recordar caras y lugares.

Sentimos que tenemos una obligación: recuperar aquello que aún conservan sobrevivientes de la Shoá, hijos, familiares y amigos para hacerlo conocer, para que otros se familiaricen con el horror y la vida que estos objetos transmiten.

La colección comprende aproximadamente 2.000 piezas, y crece día a día gracias a donaciones realizadas por sobrevivientes de la Shoá.

Se constituyó como el eje central del proyecto la colección compuesta –entre otras cosas– por pasaportes, cartas, documentos de acreditación de identidad, billetes, fotografías y objetos litúrgicos de la religión judía. Estos son los protagonistas del proyecto iniciado en 2003.

La idea se fue desarrollando por etapas. La primera de ellas fue a nivel edilicio y comprendió la construcción de la reserva técnica (depósito de la colección con especiales condiciones medioambientales y de seguridad), a cargo de la arquitecta Analía

Gómez. Este espacio se pensó teniendo en cuenta el material a albergar. Se realizó una adecuación bioambiental, con el uso de aislación térmica y ventilación e iluminación naturales, y se equipó la reserva con los muebles necesarios para tal fin (planeras, armarios, fichero, etc).

Además se están realizando –en forma sistemática– mediciones de parámetros higrotérmicos (temperatura y humedad relativa) e iluminación, tanto artificial como natural, con instrumental adquirido por la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá.

La segunda y tercera etapas fueron el acondicionamiento de las piezas (conservación) y la documentación museológica, registro y soporte que ayudan a garantizar su verdadera preservación.

Cuando hablamos de la colección, lo primero que pensamos es que se tiene que atesorar para las generaciones futuras. Los materiales que componen los objetos son pasibles de sufrir deterioro; la función de los conservadores es evitarlo. Para eso trabajamos en la limpieza de las piezas, reparaciones menores y acondicionamientos para su guardado, según las condiciones de conservación requeridas por cada objeto (sobres, cajas, etc.). Según sus componentes, cada pieza necesita un material distinto y un soporte diferente para su guarda, confeccionada con materiales de calidad de archivo.

La colección fue dividida por materiales, para llevar a cabo el proyecto. El mismo se encuentra en la última fase y ha sido llevado a cabo por pasantes no rentados, alumnas de la Licenciatura en Restauración del IUNA (Instituto Universitario Nacional de Arte) y de la Tecnicatura en Conservación de la Universidad del Museo Social Argentino, con la coordinación de la arquitecta Analía Gómez y la licenciada Valeria Ugarte.

Para la tercera etapa se tomó como premisa que los objetos no hablan y que investigarlos nos permite darles significado. La documentación es una herramienta eficaz, que permite un rápido acceso a la colección de acuerdo a las necesidades de los usuarios. Al referenciar la colección podemos cruzar información e interrelacionar las piezas.

En primera instancia se realizó un relevamiento de la colección. Luego se realizó el diseño de la ficha museológica y el armado de la base de datos *ad hoc*, en la cual están siendo volcados todos los datos de cada objeto, para que los mismos adquieran significado.

Para esta tarea se contó con el asesoramiento invaluable del profesor Abraham Zylberman, respecto de hechos históricos, y la ayuda de sobrevivientes, para la traducción de documentos.

Este trabajo se encuentra también en su fase final y está siendo llevado a cabo por las licenciadas Cecilia Jorge y Valeria Ugarte.

Entre las funciones primarias de un museo se encuentra la conservación y la documentación museológica. El conocimiento de la colección nos permite realizar, con fundamento y seguridad, una programación museística acorde a los distintos mensajes que los objetos traen consigo y poder volcarlos en el producto final, la exhibición, para cumplir con éxito la gran tarea de comunicación que toda institución necesita para relacionarse con la comunidad.

El proyecto de puesta en valor fue llevado a cabo por iniciativa y con el continuo apoyo de la Comisión de Patrimonio, conformada –en la actualidad– por la licenciada Susana Luterstein y la señora Eva Rosenthal.

Prensa

Sebastián Scherman

A continuación se presenta un resumen de las gacetillas y comunicados del primer semestre de 2006, emitidos desde el Área de Prensa con el objetivo de difundir a la sociedad, las diversas actividades que realizó la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá, dentro y fuera de la institución. Cabe señalar que algunas de las gacetillas fueron citadas como fuente por algunos medios de comunicación (prensa, radio, Internet). Asimismo, se incluyen noticias de interés relacionadas con la temática en las que esta institución participó.

Un negacionista condenado

24 de febrero de 2006

La Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá manifestó su apoyo a la Justicia austríaca, que condenó a David Irving a tres años de prisión, el pasado 20 de febrero, por negar el Holocausto. “El escritor inglés –informa el comunicado– fue sentenciado en una corte austríaca por negar, en dos discursos que hizo en 1989, la existencia de las cámaras de gas durante la Segunda Guerra Mundial y el asesinato de seis millones de judíos. En Austria existe la *Verbotsgesetz*, una ley de 1945 que prohíbe las actividades y organizaciones neonazis, así como también la justificación, aprobación, minimización o negación pública de los crímenes del nacionalsocialismo. Esta severa ley contempla una condena máxima de veinte años.” La Fundación Memoria del Holocausto alertó acerca del “contexto político preocupante [que vive el mundo], en el que líderes de algunos países niegan la verdad del Holocausto, ante la mirada indiferente de los demás” y remarcó, en ese sentido, que esta acción de la Justicia austríaca “se condice con la lucha contra el antisemitismo y la intolerancia, a la vez que reafirma el respeto a la memoria de las víctimas de la Shoá y a los sobrevivientes”.

Apoyo al documento del Vaticano que critica el rechazo a los gitanos

2 de marzo de 2006

La Fundación envió una carta al embajador del Vaticano en la Argentina, Nuncio Apostólico Adriano Bernardini, en apoyo al documento “Directivas para una pastoral de los gitanos”, en el que se criticó el rechazo a esa minoría. Con este tipo de acciones de comunicación, la institución busca establecer, con los diversos sectores de la sociedad, un diálogo tendiente a generar cambios culturales y educativos. En aquella oportunidad, el cardenal Stephen Fumio Hamao, presidente del Pontificio Consejo de la Pastoral para los Migrantes e Itinerantes, había instado a respetar a los gitanos en “su diversidad étnica, su cultura y sus antiguas tradiciones”. En su carta al Nuncio, la Fundación Memoria del Holocausto afirma que “esta decisión muestra, sin duda, un acercamiento y un respeto por la diversidad cultural que vale celebrar. Al igual que los judíos, los gitanos fueron una minoría perseguida, humillada y arrasada por los criminales nazis. Nuestra Fundación brega, hace más de diez años, por mantener viva en la Argentina la memoria de lo que significó el Holocausto: el asesinato masivo de seis millones de judíos por el sólo hecho de serlo”. Asimismo, se hizo hincapié en la ne-

cesidad de “continuar con la tarea de investigar, informar, difundir, educar, para afirmar una conciencia moral colectiva que rechace toda persecución del hombre por el hombre, para derribar las barreras del prejuicio y el odio, de la discriminación y la intolerancia”, y se instó a la “necesidad de incluir temáticas como el Holocausto, la discriminación y la intolerancia en nuestro sistema educativo, para generar cambios culturales que permitan la convivencia pacífica y el respeto mutuo”.

Nunca Más (24 de marzo 1976-2006)

Marzo de 2006

En el 30º aniversario del golpe militar de 1976, que inauguró la noche más oscura y larga de la historia argentina, la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá de Buenos Aires expresó su más firme rechazo a toda forma de avasallamiento contra las personas y las instituciones democráticas.

Gacetillas

Objetos y documentos de la Shoá

“Una lucha contra reloj”

Marzo de 2006

Así definen su tarea las conservadoras del Museo de la Shoá: Libros, uniformes, utensilios de cocina, pasaportes, cartas –entre otros– son los objetos salvaguardados en la institución, en apropiadas condiciones climáticas y de seguridad. La doble pared con cámara de la sala evita cambios bruscos de temperatura que puedan dañar los objetos, mientras que el papel con reserva alcalina protege los documentos conservados. El papel neutro hace lo

mismo con las fotografías. El equipo se encuentra actualizando el inventario de colección con un registro documental y fotográfico de los objetos, que está sistematizándose en una base de datos. Las museólogas explican que la suya es “una lucha contra reloj”, ya que muchos sobrevivientes fallecieron y sus familiares no están lo suficientemente informados acerca de la importancia de preservar esos objetos –importantes para mantener la memoria– en un lugar adecuado. Además, todo lo donado a la Fundación y su Museo se acompaña de fichas que cuentan una historia y contextualizan cada foto, carta u otro objeto.

63^{er} aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia

En recuerdo de la resistencia del ghetto

Abril de 2006

En abril se realizó, en el Museo del Holocausto, el acto en conmemoración del 63^{er} aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia, en el que setecientos judíos, al mando de Mordejai Anielewicz se rebelaron contra el ejército nazi, el 19 de abril de 1943. Esta fecha fue instituida, por el Ministerio de Educación, en el año 2000, como “Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural”. Se escucharon emotivas palabras de un sobreviviente del Holocausto y otras autoridades.

En el acto, al que asistieron autoridades de diversos ámbitos de la sociedad, Juan Lichtig recordó el horror por el que pasó durante la Segunda Guerra Mundial: “Entraron al ghetto disparando a ciegas, día y noche, matando personas”. Lichtig nació en Polonia, y durante la guerra fue conducido a un ghetto, junto

con su familia. Gracias a un joven católico logró escapar. Antes de conseguirlo, habían matado a su madre y a su hermana de 8 meses. Entró a trabajar en una fábrica de aviación militar, y allí recibió documentación como católico. Finalizada la guerra, arribó a la Argentina, donde pudo vivir en paz y felicidad y rehacer su vida. “Este país fue un paraíso para mí. No entendía poder caminar libremente por la calle, sin que la policía me pidiera documentos”, dijo. El 19 de abril de 1943, setecientos judíos del Ghetto de Varsovia, al mando de Mordejai Anielewicz, se levantaron contra el ejército alemán. Este acto de resistencia del pueblo judío fue declarado como “Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural”, por resolución del Ministerio de Educación. Andrés Schottlaender, un joven estudiante de 15 años, afirmó que las víctimas del Holocausto “son seis millones de nombres, pero con ellos, seis millones de identidades, de personalidades, de aspectos, de historias, de gustos, de vidas. Seis millones de personas que nunca volverán”. El presidente de la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá, Dr. Mario Feferbaum, remarcó que “hoy es un día para reflexionar”, mientras que la directora ejecutiva de la institución, Prof. Graciela Jinich, manifestó una “gratitud a la vida para seguir adelante con esta misión: no olvidar”. En la ceremonia, representantes de instituciones centrales, comunitarias y no comunitarias, así como el embajador de Polonia, Stanislaw Paszczyk; el consejero de la Embajada de Israel, Modi Ephraim; la subdirectora de Derechos Humanos de la Cancillería, Lic. María Gabriela Quinteros; el embajador argentino ante la ITF (International Task Force) Alejandro Dosoretz, la licenciada Laura Pitman del Ministerio de

Educación y el rabino Rubén Saferstein encendieron seis velas, en nombre de quienes fueron asesinados por el nazismo. Se inauguraron placas en su homenaje.

En el marco del simposio “Culturas Urbanas de la Memoria”

Directivos de diversos memoriales de Alemania visitaron el Museo del Holocausto de Buenos Aires

26 de abril de 2006

Directivos de diversos memoriales de Alemania, quienes participaron en Buenos Aires de la segunda edición del simposio “Culturas Urbanas de la Memoria”, visitaron el Museo del Holocausto de Buenos Aires.

La coordinadora para las Américas del Departamento de Relaciones Internacionales de la Cancillería del Senado de Berlín, Doris Beiersdorf; el director académico del Instituto Ibero-Americano Patrimonio Cultural Prusiano, Dr. Peter Birle; el director de Relaciones Públicas y Prensa en la Fundación Stiftung Brandenburgische Gedenkstätten (Sachsenhausen), Dr. Horst Seferens; Elke Gryglewsky, del House of the Wannsee Conference; y Rainer Klemke, director de los Museos Estatales, Palacios y Jardines y de la Junta Directiva de la Fundación Stiftung Brandenburgische Gedenkstätten, recorrieron el Museo y sus muestras, así como también sus instalaciones, acompañados por representantes del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, autoridades del Museo y el señor Wolfgang Levy.

Seminario de Doctorado en el Museo del Holocausto de Buenos Aires

“Sociología de los judíos y el judaísmo”

9 de mayo de 2006

La clase pública fue dictada por la profesora Régine Azria, de la Universidad de la Sorbonne, en el Museo del Holocausto, como parte de un seminario de doctorado.

El Museo del Holocausto recibió la visita de la profesora Régine Azria, quien dictó una clase del seminario de Doctorado “Sociología de los judíos y el judaísmo”. El seminario fue organizado por el Centro Franco-Argentino de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires.

Se presentó “Memoria, voces de sabiduría y esperanza”, en el Museo del Holocausto

“Estos testimonios nos hacen entender y confirmar acerca del valor de la vida”

11 de mayo de 2006

Estas fueron palabras de Andrea Poretti durante la presentación de su libro Memoria, voces de sabiduría y esperanza, de Ediciones Paulinas. Su publicación fue impulsada por la Comunidad Sant'Egidio, una asociación nacida a la luz del Concilio Vaticano II, cuyos pilares se basan en el diálogo y el ecumenismo.

El Museo del Holocausto de Buenos Aires fue sede de la presentación de este libro. Estuvieron presentes los sobrevivientes que brindaron los testimonios que forman parte del mismo. “Son las historias de amigos. Apreciamos sus vidas como sólo la amistad lo puede hacer y estamos orgullosos de ser sus amigos. Junto a ellos hemos comprendido la capacidad terrible del hombre de

hacer el mal y hasta dónde pueden llevar las semillas del prejuicio y la ignorancia”, sostuvo la autora, tras lo cual se refirió brevemente a la historia de cada uno de ellos. Acompañaron a Poretti Hugo Chantada, jefe de Redacción de la revista del Consejo Superior de Escuelas Católicas, y el presidente del Museo de la Shoá, Dr. Mario Feferbaum.

Visitantes en el Museo del Holocausto

Simposio “Holocausto: Sus efectos en la teología y la vida cristiana”

17 de mayo de 2006

Expositores y concurrentes al I Simposio Internacional de Teología Cristiana “Holocausto-Shoá, sus efectos en la teología y la vida cristiana en la Argentina y América Latina” recorrieron el Museo del Holocausto de Buenos Aires, acompañados por sobrevivientes de la Shoá. El simposio, desarrollado entre el 15 y el 17 de mayo en el Palacio San Martín, fue organizado por la Secretaría de Culto, la Confraternidad Argentina Judeo-Cristiana, la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y el Instituto ISEDET (Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos). Su realización surgió de “la necesidad de un desarrollo teológico claro y contundente que influya en la predicación, la catequesis y la formación de los cristianos”, debido a que “la mentalidad y –consecuentemente– el lenguaje de predicaciones y catequesis y las conversaciones ordinarias de los cristianos no se han liberado de estereotipos antijudíos y de afirmaciones discriminatorias, que se acentúan todavía más en períodos de inestabilidad política y económica”, según establecían los objetivos del simposio.

Actividades

Día Internacional de Conmemoración Anual en Memoria de las Víctimas del Holocausto

La Fundación Memoria del Holocausto estuvo presente en el acto realizado en la Cancillería en el “Día Internacional de Conmemoración Anual en Memoria de las Víctimas del Holocausto”. Fue la primera vez que se realizó esta conmemoración, aprobada en 2005 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. La fecha coincidió con el 61^{er} aniversario de la liberación del campo de concentración de Auschwitz. El acto, presidido por el vicecanciller Roberto García Moritán, contó entre otros, con la presencia de los embajadores de Estados Unidos, Israel, Austria y Polonia y de autoridades comunitarias.

63° aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia - *Iom HaShoá*

En ocasión de la conmemoración del 63^{er} aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia, sobrevivientes del Holocausto brindaron su testimonio en el interior del país y en la institución.

Juan Lichtig recordó el horror vivido durante la Segunda Guerra Mundial en el acto realizado en el Museo del Holocausto y en el organizado por la *Kehilá* de Tucumán. Jorge Klainman, por su parte, habló ante el III Cuerpo de Ejército, en Córdoba. Moisés Borowicz dio su testimonio en Basavilbaso, Entre Ríos, y Eugenia Unger, en Rosario. Cabe destacar que el juez federal Daniel Rafecas disertó acerca de la temática en Corrientes. En el marco de esta conmemoración, Sherit Hapleitá, junto con la Fundación Memoria

del Holocausto, honró la memoria de los seis millones de héroes y mártires asesinados durante la *Shoá* junto al monumento que los recuerda, en el cementerio de Tablada.

Diálogo con la Escuela de Cadetes de la Policía

Jornada de reflexión y capacitación sobre el Holocausto (Abril de 2006)

La Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la *Shoá* y la División Conductas Discriminatorias, liderada por el Principal Daniel Pérez, realizaron una actividad de concientización en la Escuela de Cadetes de la Policía Federal. El objetivo del encuentro consistió en promover un cambio en la conciencia de los ciudadanos respecto de la convivencia, la democracia y el respeto mutuo. La directora ejecutiva de la Fundación, Graciela Jinich, brindó una charla en ese ámbito, ante la presencia de 800 cadetes de la Policía Federal Argentina. Se entregó material sobre la temática para la Biblioteca de la Escuela de Suboficiales y Agentes de la Policía Federal.

Audiencia pública por monumento

La Fundación Memoria del Holocausto participó, en marzo, de la audiencia pública realizada en la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires respecto del emplazamiento de un Monumento a la Memoria de la *Shoá*, en la zona de Puerto Madero.

International Task Force (Hungría)

En mayo de 2006, la Fundación Memoria del Holocausto integró, junto a otras insti-

tuciones, la representación argentina en la reunión del Grupo de Trabajo para la Cooperación Internacional en Educación, Rememoración e Investigación del Holocausto (ITF), en Budapest. La representación fue encabezada por el consejero Federico Villegas Beltrán, director general del Departamento de Derechos Humanos de la Cancillería, y el embajador ante la ITF, Alejandro Dosoretz, y estuvo integrada por la directora ejecutiva de la Fundación Memoria del Holocausto, Prof. Graciela Nabel de Jinich; la subsecretaria de Educación, Alejandra Birgin; el director ejecutivo de la DAIA, Claudio Avruj; Julio Schlosser, en representación de la AMIA; y el embajador argentino en Hungría, Domingo Cullen. La reunión, que se desarrollaba al cierre del presente número de

Nuestra Memoria, preveía evaluar “el estado de situación de la implementación de las políticas de Estado” en esta materia, en cada uno de los países miembro que conforman la *Task Force*.

Firma de convenio con FLACSO

La Fundación Memoria del Holocausto firmó, el 21 de febrero, un convenio-marco de colaboración con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Argentina, que tendrá por objeto “implementar acciones tendientes a desarrollar, en forma conjunta, proyectos de carácter académico, científico y cultural y de interés común para ambas instituciones”.

Congreso Latinoamericano para el Aprendizaje y la Enseñanza del Holocausto - Shoá

Los días 25, 26 y 27 de octubre de 2006 se realizará, en la sede de la Fundación Memoria del Holocausto-Museo de la Shoá, el Congreso Latinoamericano para el Aprendizaje y la Enseñanza del Holocausto-Shoá.

Sus ejes temáticos serán: Memoria, Pedagogía de la transmisión, Singularidad de la Shoá, Negación de la Shoá y Argentina frente a la Shoá. La inscripción está abierta.

Informes: congresoshoa@fmh.org.ar.